Historia de Europa Oxford

LA ALTA EDAD MEDIA

Rosamond McKitterick

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

Historia de Europa Oxford

La alta Edad Media

Historia de Europa Oxford

Editor de la colección: T. C. W. Blanning

PLAN DE LA OBRA:

La Grecia clásica (publicado)
Robin Osborne

Roma (publ. prevista: 2004)
J. Bispham

La alta Edad Media (publicado)
Rosamond McKitterick

El cenit de la Edad Media (publ. prevista: 2004)
Daniel Power

La baja Edad Media (publ. prevista: 2003)
Malcolm Vale

El siglo XVI (publ. prevista: 2003)
Evan Cameron

El siglo XVII (publicado)
Joseph Bergin

El siglo XVIII (publicado)
T. C. W. Blanning

El siglo XIX (publicado)
T. C. W. Blanning

Europa 1900-1945 (publ. prevista: 2003)
Julian Jackson

Europa desde 1945 (publicado)
Mary Fulbrook

Historia de Europa Oxford

Editor de la colección: T. C. W. Blanning

La alta Edad Media

Europa 400-1000

Edición de Rosamond McKitterick

CRÍTICA
Barcelona

Creative Commons

Traducción castellana de Lourdes Soriano Robles

Fotocomposición: Pacmer, S. A.

© Oxford University Press 2001
The Early Middle Ages was originally published in English in 2001.
This translation is published by arrangement with Oxford University Press.
La alta Edad Media se publicó originalmente en inglés en 2001. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press.
© 2002 de la traducción castellana para España y América:
EDITORIAL CRÍTICA, S. L.
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es
ISBN: 84-8432-385-4
Depósito legal: B. 37.899-2002
Impreso en España
2002. - A & M Gràfic, S. L., Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Prefacio del editor de la colección

Escribir una historia general de Europa es una tarea que presenta muchos problemas, pero lo más difícil, sin duda, es conciliar la profundidad del análisis con la amplitud del enfoque. Todavía no ha nacido el historiador capaz de escribir con la misma autoridad sobre todas las regiones del continente y sobre todos sus variados aspectos. Hasta ahora, se ha tendido a adoptar una de las dos soluciones siguientes: o bien un único investigador ha intentado realizar la investigación en solitario, ofreciendo una perspectiva decididamente personal del período en cuestión, o bien se ha reunido a un equipo de expertos para que redacten lo que, en el fondo, es más bien una antología. La primera opción brinda una perspectiva coherente, pero su cobertura resulta desigual; en el segundo caso, se sacrifica la unidad en nombre de la especialización. Esta nueva serie parte de la convicción de que es este segundo camino el que presenta menos inconvenientes y que, además, sus defectos pueden ser contrarrestados, cuando menos en gran parte, mediante una estrecha cooperación entre los diversos colaboradores, así como la supervisión y encauzamiento del director del volumen. De esta forma, todos los colaboradores de cada uno de los volúmenes han leído el resto de capítulos, han analizado conjuntamente los posibles solapamientos u omisiones y han reescrito de nuevo sus aportaciones, en un ejercicio verdaderamente colectivo. Para reforzar aún más la coherencia general, el editor de cada volumen ha escrito una introducción y una conclusión, entrelazando los diferentes hilos para formar una sola trenza. En este ejercicio, la brevedad de todos los volúmenes ha representado una ventaja: la necesaria concisión ha obligado a centrarse en las cuestiones más relevantes de cada período. No se ha hecho el esfuerzo, por tanto, de cubrir todos los ángulos de cada uno de los temas en cada uno de los países; lo que sí les ofrecemos en este volumen es un camino para adentrarse, con brevedad, pero con rigor y profundidad, en los diferentes períodos de la historia de Europa y sus aspectos más esenciales.

T. C. W. Blanning

Sidney Sussex College
Cambridge

Lámina 1 Relieve estucado del siglo VIII de la iglesia de Santa María en Valle, Cividale.

Prólogo de la editora

Cuando los seis autores de este libro decidimos intentar escribir sobre la historia de Europa en el período comprendido entre los años 400-1000 en 100.000 palabras, sabíamos que era todo un reto y que algunos podían pensar que era temerario. Que sería bastante difícil, pero a la vez agradable, se hacía cada vez más y más evidente a medida que escribíamos. Con un período tan largo que tratar, nuestra perspectiva se podría definir como la de un Boeing 767 de la Europa del período altomedieval. No hemos intentado ser exhaustivos, ya que, obviamente, no era factible. Hemos destacado, por tanto, lo que creemos que son los elementos más importantes dentro del período y hemos procurado hacer generalizaciones lo suficientemente válidas con relación a las pruebas documentales que se han conservado y sobre las que, más o menos, estamos de acuerdo. Un panorama homogéneo de este período crucial para la historia de Europa no es posible, pero hemos pretendido al menos ofrecer uno que sea coherente.

Los seis autores hemos trabajado juntos en este libro. Tras intercambiar y discutir nuestras sinopsis originales y, una vez concluidos los borradores, nos reunimos en Cambridge para comentar capítulo por capítulo las distintas interpretaciones, moviendo párrafos de uno a otro y decidiendo qué debía ser tratado y dónde. De este modo, Chris Wickham y Jonathan Shepard han contribuido con algunos párrafos en la Introducción, especialmente aquellos sobre Bizancio; Jean-Pierre Devroey ha trabajado en la sección dedicada a las finanzas en el capítulo de política; Rosamond McKitterick ha facilitado el material sobre la cultura carolingia y otoniana, y todos hemos colaborado en la Conclusión. Dado que también todos hemos revisado la versión final, podemos afirmar sin ambages que los seis somos los autores de este libro.

Como editora deseo dar las gracias a mis compañeros por todo el trabajo duro, la crítica sincera y el gran entusiasmo demostrado, especialmente durante las inevitables interrupciones en el momento de escribir. Agradezco a Caroline Burt su ayuda con la cronología, y a Lucy McKitterick y Laurent Terrade su colaboración en la traducción inglesa del capítulo de Jean-Pierre Devroey. Colectivamente los seis autores nos hemos beneficiado mucho de la franqueza y los conocimientos de cada uno, así como de los muchos amigos que estuvieron dispuestos a leer y comentar nues-

tros capítulos, especialmente David McKitterick, Yitzhak Hen, Christina Pössel, David Pratt, Barbara Rosenwein, Thomas Noble y Julia Smith. Asimismo, queremos dar las gracias a nuestros evaluadores anónimos de la propuesta original presentada a Oxford University Press, cuyo escepticismo sobre la viabilidad de nuestra particular iniciativa fue un estímulo útil. También estamos muy agradecidos a nuestro editor general, Tim Blanning, a quien debemos esta colección y este volumen, a Ruth Parr y los editores, Andrew Maclennan y Fiona Kinnear, y a Jo Stanbridge en Oxford University Press, por su consejo y apoyo.

Finalmente, queremos dar las gracias a Editorial Crítica y a su traductora, Lourdes Soriano, por el cuidado y la atención con que han elaborado esta edición española.

Rosamond McKitterick

Cambridge
Agosto de 2002

Lámina 2 Estilicón, *magister militum*, su esposa Serena (nieta del emperador Teodosio I) y su hijo Eucherio.

Introducción

Rosamond McKitterick

Cuando el poeta del texto épico de Paderborn se refería en el año 799 a Carlomagno como el *pater Europae*, el padre de Europa, daba un nombre antiguo y clásico a un nuevo territorio cristiano, encarnado, para el poeta al menos, en el gobierno y dominio del gobernador franco. En este volumen hemos optado por considerar los acontecimientos históricos a largo plazo dentro de una extensión geográfica aún más vasta que la de los reinos europeos sobre los que Carlomagno gobernó. La definición de Europa entre el año 400 y el 1000 es ambigua. En gran parte se identifica con la cristiandad latina. Pero la Europa latina cristiana era dinámica, polimórfica y constantemente en expansión y por ello no se ajusta nítidamente por mucho tiempo a ningún molde político. Es más, los occidentales conocían la existencia hacia el este de otra forma, sólidamente establecida, de orden cristiano. Como veremos, la cristiandad latina tenía, además, contactos decisivos con otras regiones, ellas mismas afectadas por, o afectando a, la civilización occidental europea. Éstas incluyen Escandinavia, las zonas celtas del oeste de Gran Bretaña e Irlanda, las regiones eslavas de los Balcanes y Europa oriental, el Oriente Medio y norte de África islámico y Bizancio. No fueron el sentimiento de un pasado imperial romano compartido y una religión cristiana común lo que creó una Europa integrada en sentido político o eclesiástico, sino el ejército que extendiéndose, cuando no uniendo, hizo que este campo magnético politico-cultural fuera sólido. Seguiremos los temas particulares de esta colección de Historia, es decir, la política, la sociedad, la economía, la religión, la cultura y los vínculos con el mundo más amplio, a través del período completo con la diversidad geográfica apropiada y un elemento comparativo entre las épocas anteriores y posteriores del período. A diferencia de otros volúmenes de esta colección, hemos integrado la cuestión militar y el arte de la guerra, tan atrincherados en las estructuras sociales y políticas de este

período, en los capítulos sobre política, economía y sociedad donde pueden ser tratados en su contexto. Hemos añadido un capítulo separado sobre religión, debido a que los cimientos institucionales de la Iglesia cristiana, así como los cambios decisivos en la fe y el ritual y la definición de las relaciones con otras religiones que se observan posteriormente en Europa, fueron asentados en este período. Esta no es, por lo tanto, una historia narrativa, sino un conjunto de interpretaciones temáticas. En esta introducción, sin embargo, proporciono, tras estudiar las discusiones historiográficas modernas y las fuentes originales, una narración breve de los principales acontecimientos en Europa entre el año 400 y el 1000. Se remite también al lector al cuadro cronológico detallado y a la guía de bibliografía complementaria al final de este libro.

El contexto

El período comprendido entre los años *c.* 400 y *c.* 1000 ha sido visto en el pasado como un período de transición, con la atención demasiado puesta en francos y germanos, entre el mundo supuestamente coherente del Imperio Romano y sus provincias y el mundo desigual de la Europa medieval, donde las diferencias locales asumieron un significado mayor. Perspectivas más recientes, sin embargo, subrayan dos cosas. En primer lugar, está la gran diversidad del mundo romano de la Antigüedad tardía. En segundo lugar, se dio una sólida coherencia a los estados sucesores de la Europa altomedieval mediante la religión institucional del cristianismo latino y una rica pero distintiva mezcla de cultura clásica, cristiana y no romana. Las cuestiones principales para este período siguen siendo la caída del Imperio Romano occidental en el siglo V, su sustitución por las élites políticas y militares germánicas, la unificación y expansión de los reinos francos y su definitiva reintegración (por vía filial o a través del matrimonio, en su mayoría) en las bases de poder aristocráticas locales de los estados sucesores del siglo X, en las regiones que ahora designamos como Alemania, Francia, Benelux, Suiza, Austria e Italia. No obstante, la relación entre el poder central y las localidades situadas en las tierras al oeste y este del Rin y la total variedad de formas de gobierno por toda Europa, nos advierten de que la comprensión antigua y simplista, dominada por los acontecimientos en lo que hoy es Francia y Alemania, es inadecuada.

Este volumen tiene en cuenta, por lo tanto, la diversidad de Irlanda; la unificación gradual del reino inglés en el siglo X; los pequeños reinos cristianos del norte de España; la aparición de reinos como Dinamarca, Noruega, Polonia, Hungría, Croacia, Bulgaria, Kiev (Rusia) y Bohemia y su adopción y explotación del cristianismo; las complejidades de la política bizantina a lo largo del período; y la fuerza de las comunidades marítimas fundadas alrededor de los mares Mediterráneo, de Irlanda, Báltico y del Norte. Los temas dominantes de este período, que serán examinados detalladamente en los siguientes capítulos, son la continuidad y discontinuidad con el mundo romano y los modos en que éstos pueden ser examinados. Una preocupación principal en gran parte de este período es hasta qué punto una determinada cultura o sociedad (en este caso, Roma), como observamos en sus formas de gobierno, ideologías de gobierno, organizaciones sociales y preocupaciones intelectuales y culturales, puede proporcionar un modelo tan abrumadoramente poderoso que las sociedades con las que entró en contacto (en este caso, los estados sucesores bárbaros de Europa occidental) procuraron emularla conscientemente. La fuerza de la herencia romana en diferentes contextos y el grado de continuidad y discontinuidad con el mundo romano deben ser examinados más adelante. ¿Cómo y por qué los historiadores han percibido este período a la sombra de Roma? ¿Por qué el período inicial, en particular, ha sido visto en estos rígidos términos de culturas en conflicto? ¿Por qué la idea tradicional era la de un Imperio Romano civilizado invadido por tribus bárbaras?

Con todo, cualquiera que escriba sobra la historia de Europa occidental durante un período de seiscientos años debe preocuparse por la emulación y asimilación inconscientes, tanto por las continuidades como por las discontinuidades, por el rechazo y la selección y por las nuevas influencias. ¿Cómo pueden definirse los reinos sucesores bárbaros y sus pueblos? ¿Cómo pueden ser identificados los conceptos de identidad y autoconciencia? Esas preguntas son consideradas en el contexto de los ámbitos generales de desarrollo político, grupos sociales, economía, religión, tradiciones intelectuales y cambios culturales. Muchos temas dentro de estas amplias categorías, como la alfabetización, la memoria y la oralidad, el papel de las mujeres y el género, el funcionamiento del derecho y la justicia, las percepciones y representaciones del pasado, la fe y sus expresiones, o la etnicidad y la identidad, son de crucial importancia. ¿Cómo podemos documentar las culturas del poder a nivel central y local, el papel de las cortes, de la nobleza, de la monarquía y de la familia? Muchas

más preguntas surgen acerca de la percepción moderna de la última parte del período dominado por los carolingios. ¿Cuál es el legado de todo el período comprendido entre los años 400 y 1000 para el desarrollo político, social, económico y cultural de Europa en su conjunto? ¿Cuáles son las consecuencias de la expansión de Europa hacia el norte y el este y con quiénes entraron en contacto las gentes de Europa? Además, dada la preocupación por el año 1000 en relación a las interpretaciones de la historia de la Europa medieval y las nociones comunes de periodización, es necesario considerar la validez del año 1000 como un tipo de línea divisoria en la «formación de Europa».

Las pruebas documentales y materiales

¿Cómo se encaja una interpretación de la historia de este período que tenga sentido en función de las pruebas documentales y materiales que se han conservado? ¿Qué preguntas son apropiadas para esos indicios? Aunque las fuentes conservadas no son ni mucho menos tan abundantes como las disponibles para períodos más modernos, concentrarse en la relativa escasez de vestigios burocráticos o la falta de detalles personales sobre tantos hombres y mujeres de este período es no comprender el punto principal. Existe aún una cantidad extraordinaria y variada de pruebas, desde el casco más sucio y los restos de un asentamiento rural, hasta coronas de oro y ruinas de un complejo palaciego, y desde un fragmento de un documento legal local, dejando contancia escrita de la cesión de un pequeño campo por un devoto agricultor al monasterio local, hasta la impresionante producción de las chancillerías reales, cartas, sofisticados tratados sobre las ideas y la doctrina, historias narrativas y enciclopedias universales. En cualquier período de la historia, dependemos en sumo grado del azar y de la selección fortuita para la supervivencia de nuestras pruebas. La excavación realizada por el anticuario francés Chifflet puso al descubierto la rica tumba de Childerico, padre de Clodoveo, primer rey de los francos, en 1653. Sus dibujos y unos pocos objetos dejados por los ladrones que allanaron el palacio del Louvre en 1831 y robaron todo el oro es lo único que tenemos ahora para conocer el estatus político de Childerico en el norte de la Galia a finales del siglo V. La correspondencia epistolar entre los tres primeros gobernantes carolingios y los Papas de Roma durante la segunda mitad del siglo VIII depende de un manuscrito

de finales del siglo IX copiado en Colonia y ahora en la Österreichische Nationalbibliothek (Viena). La carta de confirmación de la casa de la moneda de Quentovic (cerca de Rouen) para la denominada acuñación imperial de Carlomagno existe en un único ejemplar que representa al monarca como emperador romano y a un barco con un pájaro en el palo mayor, ahora en el Fitzwilliam Museum de Cambridge. En 1944, las bombas aliadas descubrieron la tumba de un joven príncipe merovingio debajo de la antigua catedral de Colonia. Los hallazgos de estructuras de construcciones y herramientas del período vikingo encontradas en L'Anse aux Meadows en Terranova han confirmado las historias del siglo XIII en las que los vikingos habían descubierto América alrededor del año 1000. Material nuevo continúa saliendo a la luz. Así, las excavaciones «milenarias» actuales en el Foro de Nerva en Roma han puesto al descubierto una magnífica casa de principios del siglo IX. El inmenso complejo monástico del siglo IX en San Vincenzo al Volturno en la Italia central ha ido siendo descubierto por los arqueólogos ininterrumpidamente durante los últimos veinte años.

Otras categorías, como documentos registrando transacciones legales, las deliberaciones de las asambleas judiciales, libros, cartas, narraciones históricas, fueron prudentemente conservados en un esfuerzo por preservar la historia. En cualquiera de las instituciones donde estos archivos fueron depositados han sobrevivido inalterados, como en el monasterio de Sankt Gallen en Suiza, como también lo han hecho los documentos. En Sankt Gallen, más de ochocientas cartas, es decir, folios de documentos que registran transacciones legales de los siglos VIII a X, se conservan en su forma original. De un modo parecido, la biblioteca de Sankt Gallen aún preserva los libros realizados por los monjes de Sankt Gallen durante la alta Edad Media. Archivos como los de Saint-Denis, Fulda, Lorsch, Canterbury y Farfa han conservado, asimismo, una serie de documentos de importancia decisiva para la alta política, así como para la historia de la sociedad local. Con todo, las selecciones realizadas de documentos históricos por generaciones posteriores y las decisiones tomadas por los contemporáneos, digamos, de los siglos X y XI, hacen suponer que también mucho fue intencionadamente echado al olvido. Así, el historiador de este período está tan preocupado por lo que se ha destruido y olvidado o puede haberlo sido, como por lo que todavía es recordado. De este modo, otros textos y objetos, como epístolas, joyas, tumbas, intervenciones en debates políticos e intelectuales, los inventarios escritos de los recursos de un estado, conocidos como polípticos, poemas y armas, fueron idea-

dos para los contemporáneos, pero se han convertido en ricos filones para el historiador moderno de este período. Es de cajón que los medievalistas del período altomedieval se han acostumbrado a abordar una amplia variedad de materiales y de pruebas documentales por la luz que puedan arrojar sobre el pasado.

La supervivencia hasta el día de hoy de todas estas fuentes depende, de un modo parecido, tanto de la suerte como de la conservación intencionada. Los historiadores modernos de la Antigüedad tardía y de la Edad Media están en gran deuda con, por ejemplo, los anticuarios y los buscadores de curiosidades de principios del período moderno, que reunían objetos y dejaban constancia escrita de la aparición de artefactos y construcciones. Además, desde el Renacimiento los investigadores han buscado y editado muchos textos trasmitidos por manuscritos que han descubierto. Hombres como Poggio Bracciolini y sus colegas en el Renacimiento, y Jean Mabillon, Humphrey Wanley, Ludovico Muratori y Étienne Baluze en los siglos XVII y XVIII, elaboraron métodos eruditos para la categorización, datación y autentificación de fuentes de las cuales todavía dependemos completamente. De hecho, algunas de las ediciones de textos que aún utilizamos son aquellas publicadas en los siglos XVII y XVIII. Muchas de ellas fueron reimpresas en una sorprendente empresa de París a mediados del siglo XIX conocida como los Ateliers Catholiques. Esta fábrica de libros fue dirigida por el Abbé Migne y editó la *Patrologia Latina* y la *Patrologia Graeca*. Los impresores de Migne compusieron reimpresiones abigarradas a doble columna de antiguas ediciones de estereotipos de imprenta a vapor. Cuenta la historia que la impresión fue realizada por un grupo variopinto de sacerdotes proscritos, pequeños criminales y vagabundos sacados de las calles, todos con un salario mínimo y que los *Ateliers* estaban bajo constante vigilancia policial. Otro de los depósitos más importantes e indispensables de textos históricos para la alta Edad Media es la colección de publicaciones de la Monumenta Germaniae Historica. La MGH fue fundada en 1819 (y todavía está en activo) para editar nuevas ediciones eruditas de textos relativos a la historia medieval de «Alemania», una región tan generosamente definida como para abarcar la totalidad de la Europa latina y cristiana desde Irlanda hasta Hungría y Polonia.

Empresas nacionales para la conservación de las fuentes históricas en bibliotecas y en ediciones eruditas fueron, por supuesto, vinculadas con los deseos nacionalistas de dejar constancia del pasado de una región determinada y fomentar la identidad tanto política como histórica de la

gente de esa región. Esto fue tan cierto de las llamadas «historias» nacionalistas escritas en la alta Edad Media, como de la utilización del pasado medieval por parte de muchas generaciones posteriores. Sólo tiene uno que considerar la *Francogallia* de François Hotman (1573), donde trataba de demostrar la derivación de la tradición franca de la asamblea consultativa y la dependencia del rey de su pueblo, o en el culto al rey Alfredo por los victorianos. También vienen a la mente ejemplos del siglo XX, como la exposición del Consejo de Europa sobre Carlomagno, preparada en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y en los inicios de la Comunidad Europea y finalmente puesta en escena en 1965; la celebración del aniversario de la conversión de los rusos en 1988; las extraordinarias circunstancias que rodearon la visita papal a Francia en 1996 con motivo de la celebración del milesimo quincuagésimo aniversario del bautismo de Clodoveo, el primer rey cristiano de los francos; la exposición de Paderborn en 1999 para celebrar el encuentro entre Carlomagno y el papa León III en el año 799; y la exposición del Consejo de Europa sobre Otón el Grande en Magdeburgo en 2001. Todo esto refleja la variada explotación propagandística, conmemorativa, política y académica del pasado altomedieval. Con todo, en la base de estas conmemoraciones permanece la sensación de una herencia cultural y política común por toda Europa y nuestra necesidad imperiosa por comprenderla completamente en el mundo moderno.

Todas las categorías de fuentes, por otra parte, presentan imágenes de sus propias sociedades en una variedad de medios —arte, construcciones, monedas, símbolos religiosos, tratados políticos, historiografía, derecho y una plétora de otros tipos de textos— que aguardan el análisis del lector moderno. Una rasgo distintivo y notable de la alta Edad Media es el alcance al que el conocimiento y la discusión posterior de los reinos bárbaros de la Europa altomedieval han estado condicionados por las historias narrativas escritas en estos reinos uno o dos siglos después de su establecimiento. Una vez calificadas como historias «nacionales», estas narraciones proporcionan, de diferentes maneras, un pasado largo y distintivo para un pueblo en particular. Jugaron un papel importante al definir la identidad de ese pueblo tanto en el momento en que fueron escritas como con posterioridad. A los ojos de los historiadores actuales estos textos reflejan el proceso de etnogénesis, es decir, la formación y metamorfosis de grupos políticos o profesionales en grupos étnicos y el nacimiento de un «pueblo». Las narraciones altomedievales también ofrecieron una perspectiva especial para la gente sobre la que escribieron, bastante diferente

de la selección de sucesos y personalidades sobre los que se ha concentrado la atención desde entonces. Gregorio de Tours († 594), por ejemplo, que escribió en la Galia a finales del siglo VI, comenzaba su enérgica narración con la Creación, Adán y Eva y un relato selectivo de la historia del Antiguo Testamento y de la primitiva Iglesia Cristiana, antes de describir cronológicamente los actos violentos de los reyes francos y los obispos de la Galia.

Gregorio escribe con gran destreza y de ese modo hace de los francos el nuevo Pueblo Elegido, descendientes directos de los Hijos de Israel. En cambio, Jordanes el Godo († 552) y el lombardo Pablo Diácono († 799) de la Italia septentrional ofrecen relatos de los godos y los lombardos donde subrayan los antiguos orígenes germánicos de la población. Beda († 735), en su *Historia eclesiástica del pueblo inglés*, insiste, sobre todo, en el cristianismo de los ingleses y sus reyes y las conexiones de la iglesia con Roma. Los narradores de la historia franca en los siglos VIII, IX y X se fijan de un modo parecido en la identidad y triunfos de los francos cristianos. Las historias escritas en Inglaterra y Alemania a finales del siglo IX y durante el X celebran la aparición de reinos unidos y sólidos bajo los reyes de la casa de Wessex, y de los gobernantes otonianos o sajones, respectivamente.

Todos estos escritores, recurriendo a la tradición oral y escrita y a la memoria social, construyeron una imagen enormemente influyente y poderosa de su sociedad y de sus acontecimientos. Realizaron lo que puede identificarse como intentos de crear una versión aprobada de su pasado. Cualquiera que estudie la alta Edad Media, por lo tanto, tiene que explotar todas las fuentes disponibles para ofrecer un contrapeso del punto al que las fuentes narrativas han llegado, al fijar el programa para nuestra comprensión del pasado que describen.

En gran medida, además, las fuentes existentes son principalmente las de las élites sociales, aunque los datos de las cartas locales y las pruebas materiales posibilitan alguna indicación de la gente de los estratos sociales más bajos. Es importante no infravalorar la autoridad de la palabra escrita y los niveles de alfabetización pragmática en los diversos reinos de la Europa occidental. Los textos tenían muchas utilidades prácticas además de fuerza simbólica en la Europa altomedieval. Viejos supuestos sobre la alfabetización, como el dominio de una pequeña élite clerical, sencillamente no concuerdan con la gran variedad de usos de la alfabetización que han sido ahora identificados en la documentación que se conserva de la alta Edad Media. Las muestras de alfabetización en el mundo romano persistieron al lado de nuevas maneras de explotar la escritura en los rei-

nos germánicos. La cultura intensamente textual de la alta Edad Media proporcionó unas bases estables para la posterior y nueva expansión de la alfabetización en la Baja Edad Media. No obstante, lo que perdura es la perspectiva predominante, aunque no exclusiva, de la élite sobre la marcha de los acontecimientos en la Europa altomedieval. La habilidad de leer y escribir se concentraba en los laicos más importantes y en los grupos clericales. Aunque las instituciones eclesiásticas han podido conservar mejor los documentos del pasado, se da el caso, además, de que todo nuestro material procede de escritores o fuentes clericales. El creciente reconocimiento del diáfano volumen de material acerca de la sociedad secular, así como hasta qué punto los intereses y actividades laicas y clericales estuvieron entrelazados, es algo sobre lo que se insiste y se explica con detalle en cada capítulo de este libro.

La mayoría de las fuentes escritas existentes sobre este período están en latín. En aquellas regiones que pertenecieron en algún momento al Imperio Romano, el latín era, en efecto, la lengua vernácula y evolucionó gradualmente hacia las lenguas románicas de Europa occidental. Existían también otras lenguas vernáculas como el irlandés, el inglés antiguo, el nórdico antiguo, el frisio, el antiguo sajón, el antiguo alto alemán, el hebreo y las lenguas eslavas y, en el este, un montón más como el griego, el copto, el árabe, el sirio, el armenio y el arameo. Aparte de la España árabe, el latín, como lengua primera o segunda de la gente, era la lengua de la liturgia, del saber y del derecho en Occidente (aunque en Irlanda, Escandinavia e Inglaterra las leyes estaban en la lengua vernácula). Esto creó coherencia y facilidad de comunicación a través de fronteras políticas, exactamente como la religión cristiana, en sí misma una singular fusión de diferentes tradiciones que ayudó a forjar una cultura común.

Inevitablemente puede existir controversia sobre cómo interpretar determinados textos u objetos. Así también, es difícil juzgar la influencia que el tiempo y el lugar de producción o las intenciones del autor o del artesano pueden haber ejercido en la información que un texto u objeto contiene. Ofrecemos nuestras particulares interpretaciones de las pruebas documentales con insistencia y detalle en lo que hemos convenido, pero queremos subrayar que sería ilusorio esperar un tratamiento exhaustivo del período. La delgada línea que separa un relato coherente que omita algunos datos y un amasijo de información es algo que hemos intentado no cruzar. Lo que hemos intentado expresar es el significado de los principales acontecimientos y las complejidades y agitaciones de este período y algunas de las nuevas interpretaciones de todo ello.

Los acontecimientos

El cometido restante de esta introducción es ofrecer el marco cronológico básico del período comprendido entre los años *c.* 400 y *c.* 1000.

Escribir la historia del período comprendido entre los siglos IV y VI y de la «caída del Imperio Romano» y de las «invasiones bárbaras» fue en otro tiempo una tarea fácil. El saqueo de Roma por Alarico y sus godos en el año 410, sensacionalmente descrito en la lejana Palestina por Jerónimo, quien tomó los detalles del relato bíblico del saqueo de Jerusalén, podían ser considerados como el leitmotiv del comportamiento bárbaro. La deposición de Rómulo Augústulo, el «último emperador de Occidente», en el año 476 puede ser tomada como un cisma hábil. No fue difícil añadir los conceptos de declive y decadencia (estimulado por algún comentario eclesiástico contemporáneo y localizado) y una retórica emotiva sobre las hordas salvajes bárbaras saliendo en tropel de los bosques germánicos de una parte a otra del Rin y del Danubio, destruyendo la civilización romana a su paso. La noción de una edad bárbara que invadía Europa resultó muy resistente y perversamente atractiva. Pero, por supuesto, no fue tan sencillo como eso.

El establecimiento de los primeros reinos bárbaros

La fuerza creciente de los hunos en las regiones al norte del Mar Negro a finales del siglo IV parecía haber alentado, si no forzado, a otros grupos, identificados en la fuentes romanas como vándalos, suevos, alanos y godos, a avanzar hacia el territorio romano. En el este, a los godos, por ejemplo, las autoridades romanas les permitieron cruzar el Danubio y establecerse en Tracia en el año 376. En sublevación contra sus terribles condiciones de vida, infligieron una dura derrota a los romanos en Andrinópolis en el año 378. Después se establecieron como federados (apoyando a las tropas defensivas para los romanos).

Este acuerdo federativo y el empleo de grupos tribales como mercenarios o como secciones regulares del ejército romano eran, de hecho, las formas más comunes de relación entre las autoridades romanas y los «bárbaros». La misma palabra «bárbaro» originariamente tan sólo desig-

naba a un hablante no griego, un hombre que tan sólo emitía el sonido «ba-ba». Llegó a designar al hablante no latino, no romano o extranjero. Además, en las extensas regiones fronterizas y de un modo particular en las zonas del Rin y del Danubio, el contacto diario entre las guarniciones romanas y sus redes de administración complementarias involucraron a las gentes establecidas en la zona y aseguraron así un intercambio regular. Esto se enriqueció con el suministro de provisiones, ropas, herramientas, noticias, materiales de construcción, artículos de lujo y ganado. Estudios recientes y los cada vez más abundantes restos arqueológicos han enfatizado la naturaleza mixta de las sociedades de estas zonas fronterizas.

De un modo parecido, en Occidente, suevos, alanos, burgundios y francos parece que ya habían cruzado el Rin a principios del siglo V (grupos e individuos lo habían hecho antes durante más de un siglo) y parece probable que muchos de ellos se establecieran bajo tropas federadas distribuidas dentro de las provincias romanas de la Galia, Alemania y España. También como tropas invitadas, Alarico y sus visigodos fueron los primeros en ayudar a Estilicón, entonces comandante en jefe del ejército romano occidental y emparentado por matrimonio con el emperador Teodosio II, en una campaña en Iliria. Pero la campaña fue suspendida y las súplicas de Alarico para que se le pagara cayeron en oídos sordos. Sólo después de una serie de negociaciones infructuosas para asegurar el pago de su ejército, al final Alarico saqueó Roma en el año 410 y dejó Italia buscando empleo para sus guerreros en otras partes. Finalmente los visigodos, después de un breve período luchando para los romanos en España, fueron establecidos en el sudoeste de la Galia en el año 418 por el prefecto pretoriano. A su debido tiempo se expandieron por la región sur del Loira y asumieron el gobierno de toda la zona. Los vándalos, por otra parte, invadieron el norte de África y, alrededor del año 450, habían conquistado y se habían hecho con el control de la mayoría de las provincias costeras, incluyendo Cartago. Los hunos, mientras tanto, famosos por su ferocidad en la batalla y bajo el liderazgo de Atila, atacaron tanto los imperios del este como los del oeste. Atila fue derrotado de modo decisivo por las tropas romanas en los Campos Cataláunicos en el año 451 y murió de una intensa hemorragia nasal poco después. El poder de los hunos disminuyó rápidamente a partir de entonces.

En el curso del siglo V la vida política y los acuerdos administrativos del Imperio occidental (latino) y del Imperio oriental (griego) se dividieron cada vez más y el control central del emperador occidental fue menos

efectivo. Este proceso fue favorecido por la falta aparente de interés por parte del emperador en los asuntos de las diferentes provincias occidentales. El emperador Honorio, por ejemplo, fracasó al reemplazar las legiones retiradas de Gran Bretaña a principios del siglo V. Existe, sobre todo, una acusada disminución del contacto e interés mantenido entre Italia, por un lado, y la Galia y España, por el otro, desde mediados del siglo V en adelante. En efecto, el pueblo de la Galia meridional estaba tan insatisfecho con la situación que en el decenio de 450 los gobernadores militares visigodos y los miembros de la aristocracia senatorial galorromana se coligaron para alzar al galo-romano Avito al trono imperial. Dentro de la misma Italia la rápida sucesión de emperadores, quienes con pocas excepciones eran títeres de las facciones, permitía a los comandantes en jefe de los ejércitos romanos, muchos de los cuales eran de origen bárbaro (como Estilicón, Ricimer u Odoacro), ser los gobernantes *de facto*.

En Italia, la toma del control por Odoacro y la deposición del emperador Rómulo Augústulo, de 16 años, en el año 476 sencillamente fue uno más de una sucesión de golpes políticos e interregnos. A pesar de la existencia de otro emperador occidental, Julio Nepote, quien se refugió en Dalmacia y no murió hasta el año 480, Odoacro simplemente gobernó como «rey» en Italia en nombre del emperador oriental, Zenón. Teodorico el Ostrogodo invadió Italia a petición de Zenón, se deshizo de Odoacro alevosamente invitándole a comer para discutir las condiciones, asesinándolo entonces, y tomó el control en el año 493. Su gobierno como rey de los godos y de los romanos en Italia fue reconocido por el emperador oriental Anastasio, el sucesor de Zenón. Teodorico gobernó los pueblos de Italia pacíficamente durante los siguientes treinta años, aunque las tres décadas posteriores a su muerte contemplaron los esfuerzos violentos de los bizantinos para reconquistar Italia. Las guerras godas de la primera mitad del siglo V permitieron a los lombardos, otro grupo germánico de Panonia (aproximadamente equivalente a la actual Hungría), que habían servido originalmente como mercenarios para los ejércitos bizantinos en Italia, invadir y asentarse en la llanura del Po y crear su propio reino en el norte, con base en Pavía, pero con ducados en Spoleto y Benevento, también en la Italia central. Los bizantinos retuvieron el control de la parte nordeste cerca de Rávena hasta el siglo VIII y también el de la punta sur de Italia hasta bien entrado el siglo X. El Papa tenía su propio pequeño territorio de la «República de San Pedro» cerca de Roma y hacia finales del siglo VIII había conseguido

deshacerse incluso de cualquier deferencia prolongada y nominal hacia Bizancio.

En la Galia meridional, los visigodos, que habían asumido el control completo en el sur, una vez que la autoridad central del Imperio Romano de occidente dejó de existir, fueron expulsados en el año 507 por los francos procedentes del norte. Desde la segunda década del siglo VI, por lo tanto, los visigodos gobernaron sólo en España sobre una población mixta de hispano-romanos y visigodos hasta que fueron derrotados a su vez por los árabes y los bereberes en el año 711. Algunas de las élites visigodas gobernantes fueron capaces de retirarse para fundar los reinos cristianos del norte de España. Fue en León y Castilla, algunos siglos después, desde donde la Reconquista empezaría, culminando con la expulsión de los árabes de España en 1492.

En el norte de la Galia, los francos, bajo los gobernantes merovingios —Clodoveo, sus hijos y sus nietos—, en el siglo VI extendieron sistemáticamente sus territorios mediante la conquista militar de la Aquitania y la Provenza visigótica, de los reinos burgundios y de los reinos francos en Renania. En asociación con la aristocracia galo-romana y el episcopado, crearon un gobierno sólido firmemente basado en los fundamentos de la administración provincial romana, de los que se habían encargado. Incluso dentro de la Galia, no obstante, algunas zonas como Bretaña, Baviera, Frisia, Retia y los territorios de los alamanes (lo que es ahora el sur de Alemania y Suiza) permanecieron independientes, aunque fue una familia franca, los agilolfingios, la que parece haber establecido su gobierno en Baviera. Existen indicios de que, en Inglaterra, al menos Kent, entre los nuevos reinos territoriales basados en diversas unidades tribales de anglos y sajones, estaba de algún modo subordinada a los reyes merovingios. Desde luego, las relaciones entre la Galia franca e Inglaterra eran sólidas, especialmente en las esferas del comercio y la labor de la Iglesia, como lo eran con Irlanda.

En todos estos reinos emergentes de Europa occidental las reacciones locales a la conmoción política por la caída del emperador occidental fueron muy diferentes. Pero en ningún caso hubo una imposición brutal e inmediata de un sistema político ajeno sobre un pueblo conquistado. De forma considerable, los nuevos francos, vándalos, visigodos, suevos, burgundios, ostrogodos y lombardos y otros por el estilo se habían casado entre ellos y habían adoptado la lengua y las costumbres, las instituciones y la cultura de la gente entre la que se habían establecido, a menudo mucho antes de finales del siglo V. Aunque muchos de los pueblos germá-

nicos eran arrianos en vez de cristianos católicos, y habían sido además cristianos antes de establecerse dentro del Imperio, muchos aceptaron el cristianismo ortodoxo a su debido tiempo. Sin duda, las sólidas e inamovibles jerarquías eclesiásticas católicas de las antiguas provincias romanas ejercieron una presión considerable sobre ellos para hacerlo. Asimilación y transformación fueron procesos muy graduales. Muchas tradiciones e instituciones romanas también desaparecieron o simplemente llegaron a ser excesivas durante el proceso, por ejemplo las arenas y anfiteatros para los circos y juegos en otro tiempo mantenidos por el Estado y las autoridades municipales.

Está muy bien hablar de establecimiento, transformación y conceptos por el estilo, pero ¿de dónde surgió la noción de invasión, asociada a la destrucción violenta del Imperio Romano de Occidente? En parte se debe a los observadores contemporáneos, que dejaron constancia escrita de las crisis locales a corto plazo, las dramáticas tomas de posesión y las convulsiones. Los jefes se sucedían; los gobernantes eran reemplazados. Las élites militares, llenas de aquellos identificados como no romanos y tropas extranjeras, jugaban un papel principal. Algunos, como el régimen vándalo en el norte de África, fueron indudablemente agresivos hacia los romanos católicos en su medio. En otras partes la situación es más complicada. De vez en cuando tenemos la impresión de que el mundo cambiaba ostensiblemente ante los propios ojos. Sidonio Apolinario († 479/486), en la Galia, por ejemplo, habla de las políticas conciliatorias a menudo adoptadas por sus contemporáneos romanos para contener el poder de los visigodos. Pero dice de Eurico († 484), el gobernador visigodo, que el rey puede de hecho ser capaz de «proteger el menguado Tíber», esto es, ayudar a conservar los arreos de la civilización romana apreciados por Sidonio y sus contemporáneos. En Italia, la deposición de Rómulo Augústulo no fue la señal para la anarquía. Más bien Odoacro y Teodorico continuaron el modelo de gobierno y de burocracia romanos. En la Galia septentrional, Childerico, padre de Clodoveo, parece haber obrado como gobernador militar de una provincia romana y Clodoveo haber sucedido en el poder a su padre en el año 481, gobernando a romanos y francos y siendo apoyado por Remigio, arzobispo de Reims y por sus colegas eclesiásticos.

Los grandes cataclismos eran raros, en claro contraste con el inicio de lentos pero fundamentales y radicales cambios en la sociedad y en la organización política, como veremos en los siguientes capítulos. En Italia, el verdadero trastorno, y en menor grado en España y en África, no eran los

vándalos o los godos, sino la reconquista bizantina. El gobierno bizantino fue reemplazado, en el norte de África y en España al menos, por los árabes. La imagen de una enérgica invasión bárbara en el siglo V puede haberse visto influenciada por algunos historiadores bizantinos del siglo VI, demasiado deseosos de justificar las guerras de reconquista de Justiniano en el Imperio occidental. En los restos arqueológicos, es principalmente en relación con las guerras bizantinas de reconquista donde se observan los estratos de destrucción.

Bizancio

La crisis para el Imperio bizantino llegó en el siglo VII, con la larga guerra contra los persas y después, en los años 636-642, con la conquista árabe de dos tercios de la tierras del Imperio y, probablemente, tres cuartos de su riqueza. Bizancio se quedó con el mar Egeo y la altiplanicie de Anatolia a su este, que era tan pobre como expuesta a la invasión árabe. También la mayor parte de los Balcanes fue temporalmente perdida por los eslavos en este período. Fue un retroceso a gran escala. Por consiguiente, todo tuvo que ser de nuevo configurado. Las conquistas árabes finalmente transformaron mucho más Oriente que los anteriores asentamientos de los pueblos germánicos el Imperio Romano de Occidente. Es también importante recordar que la presencia árabe se hizo sentir en el oeste, de manera más decisiva en la Península Ibérica con el establecimiento del dominio árabe desde el año 711, pero también en las colonias pequeñas, núcleos comerciales y campamentos piratas por todo el Mediterráneo, especialmente en Sicilia, el sur de Italia, Córcega y Cerdeña.

Como consecuencia de no dejar nunca de imponer tributos, Constantinopla continuó siendo rica y poblada, y había dinero disponible para financiar la extensa burocracia civil local; pero también el ejército continuó siendo en parte asalariado y la hegemonía imperial sobre sus estructuras fue igualmente mucho mayor. Los bizantinos mantenían ejércitos territoriales, con cometidos geográficos claramente delimitados, cuya estructura era muy distinta de las clientelas armadas y aristocráticas de Occidente. Por consiguiente, el ejercicio de la política era diferente. Incluso después del año 700, los peligros principales para los emperadores eran los golpes de las facciones burocráticas o militares, en una clásica tradi-

ción romana, en vez de la descentralización y la desintegración eventual del mundo carolingio contemporáneo. El misticismo de la corte imperial bizantina, cada vez más cuidado bajo emperadores como Justiniano, Heraclio o Basilio I, ayuda a dar cuenta de esta cohesión en ausencia de recursos económicos y militares bizantinos particularmente abundantes. En efecto, el separatismo regional no fue apenas un problema para los bizantinos hasta mucho después del año 1000, si exceptuamos alguno de los puestos avanzados del Imperio en Italia en los siglos VII y VIII, como Roma, Nápoles y Venecia, los cuales escaparon del control de Constantinopla. También es probable que la coherencia del poder imperial y la relativa insignificancia de las élites militares fueran mantenidas durante largo tiempo en las tierras más cercanas a la capital, en el Egeo septentrional y lo que es actualmente el nordeste de Turquía, que también estuvieron entre las zonas más ricas de Bizancio. Las regiones del Imperio más parecidas a Occidente, Anatolia y (más tarde) los Balcanes, fueron también las más marginales y las más pobres.

La aparición de los carolingios

En Europa occidental, el período comprendido entre el siglo VII y principios del XI está dominado por la expansión franca en Europa dirigida por la familia carolingia y sus sucesores. Los hombres dirigentes de la familia carolingia habían triunfado al monopolizar la posición superior de mayordomo de palacio en Austrasia (la región este del reino merovingio en el bajo Rin, el Mosela y las regiones del Mosa) hacia finales del siglo VII. Una serie de matrimonios acertados acrecentó su riqueza personal y gradualmente extendieron su poder e influencia sobre Neustria, esto es, la zona entre el Sena y el Loira y Borgoña (los valles de los ríos Ródano alto y Saône y la actual Suiza occidental).

Las constantes sucesiones de conquistas francas dirigidas por los gobernadores carolingios Carlos Martel, Pipino III y Carlomagno en el curso del siglo VIII, durante el cual Alemania, Frisia, Aquitania, el reino lombardo del norte de Italia, Septimania, Baviera, Sajonia y Bretaña fueron añadidas al corazón de la Galia, crearon un inmenso Imperio. La expansión cesó por un tiempo desde más o menos el año 803, con estrategias militares a partir de entonces concentradas en la defensa y la consolidación. Con el Tratado de Verdún en el año 843, el territorio fue dividido en

reinos independientes a beneficio de los nietos de Carlomagno, pero el Imperio permaneció bajo diversos miembros de una familia.

La consolidación de la fuerza carolingia y la creación de solidaridad entre la élite del reino fue posible por el liderazgo guerrero que los gobernantes carolingios ofrecían. Replegaron las fuerzas francas contra amenazas exteriores como las que representaban los frisios, sajones, ávaros y árabes en el siglo VIII y los vikingos y magiares en los siglos IX y X. Aunque tales incursiones y evasiones trastornaban bastante la vida política de las distintas regiones del Imperio, tuvieron en ella un impacto poco duradero como entidad cultural o territorial. La extensión de la educación y la cultura carolingia (véase el capítulo 5), la fundación de nuevos obispados y nuevos monasterios y la creación de estructuras francas y cristianas para la vida social y política fueron logros importantes y perdurables. El personal de estos obispados y monasterios, además de los magnates laicos destacados, desempeñó un papel decisivo en el reino, tanto en sus propias instituciones como en las asambleas convocadas por el soberano.

Como sistema político, el Imperio carolingio era una emulación consciente del pasado romano, en especial porque recreaba dentro de sus límites gran parte del antiguo territorio del mismo Imperio Romano occidental. Era por encima de todo el antiguo Imperio Romano cristiano, y en particular los emperadores cristianos Constantino y Teodosio, quien proporcionaba la inspiración más fuerte a los gobernadores francos. Tal inspiración se refleja visiblemente, además, en las estructuras físicas de muchas construcciones eclesiásticas como la capilla del palacio de Aquisgrán, construida a imitación de la iglesia de San Vitale en Rávena. Otras iglesias emulaban las grandes basílicas de Roma de los siglos IV y V.

La protección del papado, además, se convirtió en un cometido cada vez más urgente. En el año 754, el rey carolingio Pipino III se había convertido en el protector de la Santa Sede. Este era un papel que aumentaba tanto el prestigio del rey, al menos a los ojos de su familia, como su legitimidad. La relación culminó en la coronación de Carlomagno como emperador por el Papa León III en Roma el día de Navidad del año 800. Era un cargo que comportaba el gobierno del norte de Italia y la protección de Roma. Hasta bien entrado el siglo X, uno de los gobernadores carolingios ostentaba el título de emperador y era al menos nominalmente el superior de sus hermanos, primos y sobrinos. La coronación imperial tenía de este modo un gran significado simbólico con efecto real, si bien en la práctica limitado, aunque cuando se otorgó por primera vez en el

año 800 pareció simplemente un título adicional evocador de la sólida herencia romana de los francos. Desde luego, por lo que a Carlomagno se refiere, no afectó en lo más mínimo a su poder real. No obstante, la relación así creada entre los gobernadores occidentales y el papado había de tener ramificaciones y repercusiones a lo largo de toda la Edad Media, especialmente una vez que el papado empezó a acusar las consecuencias del oficio, autoridad e ideología papal respecto del poder secular desde el año 1050 en adelante.

El siglo X

En el siglo X los contactos políticos y económicos entre los pueblos escandinavos y eslavos y los antiguos reinos establecidos de Europa occidental, Gran Bretaña y el Mediterráneo oriental se intensificaron. Los aventureros vikingos fundaron comunidades agrícolas y núcleos comerciales en Rusia, en Staraia Ladoga, Kiev y Novgorod y más lejos, al norte del Atlántico, en Islandia, Groenlandia, Terranova, así como en Gran Bretaña, en las Islas Órcadas, en las Shetland, Hébridas, y en la Isla de Man, en Irlanda, norte y este de Inglaterra y oeste de Francia, en lo que es Normandía. Los pueblos al norte, este y sur de los reinos francos, especialmente los obodritas, serbios, moravos, bohemios, polacos, búlgaros, eslovenos y magiares, interactuaron con sus vecinos francos y bizantinos tanto en la esfera política como en la eclesiástica, con apoyo buscado o impuesto por determinados contendientes por el liderazgo político o la infiltración de misioneros cristianos. Era, en efecto, principalmente en su rivalidad sobre el esfuerzo de influir en las regiones eslavas que los reinos occidentales europeos y el Imperio bizantino tenían mayor contacto.

El Imperio carolingio fue dividido en muchos reinos y ducados pequeños. Nuevos reinos como los de Borgoña, Polonia, Hungría, Croacia, Bulgaria, aparte de los de Dinamarca, Noruega, Escocia, Gales e Irlanda y la República de Venecia, habían surgido hacia finales del siglo X. Los gobernadores otonianos en Alemania construyeron un nuevo Imperio que se extendía desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y Otón I emuló a Carlomagno al ser coronado emperador en Roma en el año 962. La nueva dinastía capeta en Francia, que reemplazaba a la familia carolingia en el año 987, gobernó sobre un grupo dispar de principados territoriales

semiautónomos. Pero aún muchos vínculos, simbólicos y reales (en especial los del matrimonio entre las élites gobernantes), siguieron uniendo a todos, muy especialmente en aquellos territorios que habían formado parte alguna vez del gobierno carolingio. La proeza y la leyenda del mismo Carlomagno resultaron ser inspiraciones poderosas para sus muchos sucesores.

Lámina 3 Carlos el Calvo, rey de los francos de occidente (840-877), coronado.

1

La política

Rosamond McKitterick

La política de Europa en la alta Edad Media raramente ha sido considerada en conjunto. Más bien se han efectuado consideraciones separadas de las muchas regiones de Europa, por un lado, y, por el otro, una perspectiva predominantemente franco-céntrica desde la que se han hecho generalizaciones, lo cual ha tendido a influir en las interpretaciones y en la comprensión de la evolución política de conjunto. Sólo una comparación sistemática y detallada de las diferentes doctrinas políticas de Europa occidental podría determinar el grado de validez de las generalizaciones sobre la política de Europa medieval. Esto, además, estaría lejos del cometido de este capítulo. No obstante, debe intentarse analizar las estructuras políticas, la conducta y las ideologías de Europa occidental en el período del siglo VI. Lo haré por lo que se refiere al control político y las culturas de poder, y determinaré lo que estas formas de gobierno tenían en común, así como los muchos cambios acontecidos a lo largo del tiempo.

Sobre todo, la particular importancia política y social de este período necesita observarse, primero, en el contexto de la transformación gradual del mundo romano. En segundo lugar, desde el siglo VIII en adelante, el ejercicio de la autoridad política por los francos estaba determinado por sus conquistas y expansión al este y al norte hacia el interior de las regiones que no habían formado parte del Imperio Romano y por la incorporación de nuevos pueblos que gobernar. Los límites de los reinos francos de los gobernantes carolingios en el norte y el este eran prácticamente también los de la cristiandad latina hacia el último tercio de este período. En el oeste y en el sur, sin embargo, existen también los reinos cristianos de Bretaña, Irlanda, Benevento y España septentrional que deben ser considerados. Existen además regiones donde la cristiandad latina y griega intentaron ejercer su influencia, como Moravia y Bulgaria. En el período otoniano de los últimos años del siglo X, además, se produjo

una extensa expansión de la cristiandad latina en Escandinavia, Polonia y Hungría, mientras los rusos de Kiev eran convertidos a la cristiandad de Bizancio. Por supuesto, la magnitud del reino franco contribuyó sustancialmente a la configuración de la Europa medieval tardía y a las orientaciones de su política. Todavía es importante observar que las fronteras francas fueron heredadas de aquellos a los que los gobernantes carolingios sujetaron al dominio franco, en lugar de ser el resultado de una opción estratégica deliberada. En otras palabras, los francos se adaptaron a las configuraciones existentes aun cuando no podemos, por ahora, reconstruir este hecho con precisión.

El Imperio franco en su apogeo se extendía desde Bretaña a Carintia, desde los Pirineos e Italia septentrional hasta el Mar del Norte y el Mar Báltico. Comprendía muchos pueblos diferentes. Así, las relaciones entre el centro y estas regiones periféricas (desde una perspectiva franca) son de importancia vital para nuestra comprensión del gobierno a partir del siglo VIII. Las fronteras seguían siendo regiones de intercambio y canales de comunicación para los líderes militares y oficiales locales, comerciantes, peregrinos y las poblaciones locales, así como lo habían sido en el Imperio Romano. No obstante, los pueblos de las periferias de los reinos francos tenían a su vez relaciones independientes con los pueblos del norte, sur, oeste y este. La expansión del territorio y la consolidación del control político también trajeron nuevos contactos y requirieron nuevos esfuerzos dentro de las regiones periféricas para mantener la paz y la estabilidad. Las fuentes narrativas, en particular, están llenas de relaciones de embajadas y de reuniones especiales para fijar treguas o firmar la paz entre bandas belicosas. La suma habilidad con que los gobernantes del período altomedieval dirigieron las relaciones con sus vecinos (los gobernantes bizantinos son los mejor documentados) y el grado en el que existieron protocolos formales e «inteligencia» que llevaron a influenciar en las «relaciones exteriores», podemos vislumbrarlo de vez en cuando en los testimonios arqueológicos y literarios del período (véase el capítulo 6).

Más allá de la esfera de control franca pero todavía en algún tipo de interacción con ella estaban Escandinavia, las Islas Británicas, la España musulmana, el papado, Bizancio, los Balcanes y Europa oriental. Debido a la enorme región bajo jurisdicción franca en el siglo IX y a los contactos con las formas de gobierno vecinas, las influencias francas en la práctica y en la ideología de gobierno son un elemento tan decisivo en la formación política de Europa como el legado romano. De hecho, la aparición de determinados gobernantes y estilos de gobierno que podemos ver en

tales regiones como Croacia o Dinamarca en los siglos IX y X era el resultado directo del contacto con los francos.

Las antiguas estructuras políticas romanas

La *Notitia Dignitatum*, una «lista de todas las categorías y puestos administrativos tanto civiles como militares» describe, más bien de modo poco sistemático, las complicadas estructuras administrativas del Imperio Romano a finales del siglo IV y, por tanto, el inicio del período cubierto en este libro. Era tal la magnitud del Imperio que «la delegación era un corolario ineludible de autocracia».[1] Así, posiblemente, existía la corrupción. La administración civil del Imperio estaba dividida en provincias, cada una administrada por un gobernador. Su responsabilidad abarcaba asuntos locales de finanzas, justicia y administración. Una provincia estaba dividida en diócesis supervisadas por un *vicarius*. Las mismas diócesis se agrupaban en cuatro grandes prefecturas, cada una bajo un oficial civil poderoso llamado prefecto pretoriano. Cada uno tenía la responsabilidad total de la administración del Imperio en la Galia (incluyendo a Bretaña y España), Italia (incluyendo a África), Iliria (la región balcánica) y el este, respectivamente. Todos estos oficiales eran servidos por jerarquías de burócratas dependientes de extensas comunicaciones escritas y registros para la documentación de su trabajo. Todavía la carrera de un general militar como Aecio, igualmente renombrado por sus negociaciones con los burgundios y godos y por su derrota de Atila el Huno en los Campos Cataláunicos en el año 451, es una indicación de cómo la dirección militar dentro de una provincia o prefectura podía ser cubierta o combinada con su colega civil. Esto quizá se esperaría en un sistema en el que el mismo emperador, la mayoría de las veces, surgía de las líneas del ejército y donde el comandante en jefe del ejército romano era el apoyo principal para la posición del emperador, notablemente en el siglo V en Occidente.

Había también una relación íntima entre la guerra y el poder político. Las guerras civiles interiores eran una amenaza aún mayor para la estabilidad y la seguridad imperial que los pueblos de las fronteras. Muchos de

[1] C. Kelly, «Empire building», en G. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (eds.), *Late Antiquity: A Guide to the Postclassical World* (Cambridge y Londres, 1999), pp. 170-195, esp. p. 176.

los pueblos más allá del Imperio, en las regiones fronterizas, eran reclutados para inflar las líneas de los ejércitos de contendientes por el poder político dentro del Imperio, y muchos de sus líderes, en consecuencia, ascendieron a la prominencia civil y militar dentro del Imperio. Entre éstos estaba Estilicón († 408), *militum magister* del ejército romano y sobrino político del emperador Teodosio, quien invitó a Alarico y a los godos a Iliria a actuar como mercenarios en una campaña militar romana, y quien fue enterrado supuestamente en una magnífica tumba en la iglesia de San Ambrosio de Milán. Gundobado, rey de los burgundios (474-518), fue anteriormente *magister militum* del ejército romano. El rey Eurico el Visigodo (466-484) gobernó a los godos establecidos por las autoridades romanas en Aquitania y a los galorromanos. Childerico, padre de Clodoveo, rey de los francos († 481) cuya suntuosa tumba fue descubierta en Tournai en 1653, parece que fue el gobernador provinciano de la segunda provincia de Bélgica en la Galia septentrional a finales del siglo V.

Los primeros reinos medievales de Europa

Con la caída del gobierno romano central, las estructuras del gobierno provincial y sus métodos de documentación que persistieron en Occidente, con líderes bárbaros asumiendo responsabilidades civiles ayudados por oficiales romanos, se combinaron con la dirección militar de las bandas guerreras. Por consiguiente, las estructuras y los métodos de la burocracia imperial asociados con el gobierno provincial también persistieron dentro de los primeros reinos bárbaros. Así, Sidonio Apolinario, un aristócrata galo-romano que vivía en Auvernia, hace referencia al dominio de los reyes godos Teodorico y Eurico en la Galia meridional y nos habla de sus colegas León, que «todos los días en los concilios del rey recogía información sobre los asuntos del mundo»[2], y Siagrio, que dominaba el alemán, traducía cartas y era «el nuevo Solón de los burgundios discutiendo sus leyes».[3]

En el este, como se verá más adelante, el sistema romano también fue adaptado continuamente, sobre todo a partir del siglo VII, para acomodarse a la nueva situación política. En otras regiones, esas áreas que se es-

[2] Sidonius Apollinaris, *Poems and Letters*, ed. y trad. W. B. Anderson (Londres y Cambridge, 1963), II, Ep. IV. 22, p. 147.

[3] *Ibid.*, Ep. V. 5, p. 183.

taban desarrollando fuera del sistema imperial romano, como Escandinavia, las tierras eslavas, e Irlanda, tenían sus propias formas de liderazgo en tiempo de guerra y paz y sus propios métodos de regular la conducta de una comunidad y preservar el orden y la justicia. Éstos eran indudablemente eficaces en su función. Cuando se describen en los documentos escritos, sin embargo, puede observarse la influencia de la Antigüedad clásica y cristiana mediatizada a través de la Iglesia cristiana, como la profunda huella del Antiguo Testamento en las leyes y concepciones de la monarquía en Irlanda. Ello hace difícil reconstruir la organización precristiana con confianza. Además, regiones fuera del antiguo Imperio Romano son anotadas en primer lugar por los observadores desde dentro del área romanizada, quienes traducen lo que ven en términos que les son familiares y escriben, además, en un latín que ya lleva connotaciones extras. Así, las referencias francas a los eslavos o a los escandinavos son de valor limitado al construir las estructuras políticas de estas regiones antes de la introducción de la cristiandad o del establecimiento de contactos con el resto de Europa.

A pesar de la fuerza perdurable del legado romano, las estructuras políticas emergentes de Europa en los siglos VI, VII y VIII, debe entenderse en sus propios términos. Es un error ver los reinos de la Europa altomedieval como una versión desarreglada de los modelos sociales y políticos romanos tardíos o como las versiones rudimentarias de lo que existió en Europa a partir del siglo XI.

No obstante, los planes políticos de los primeros estados sucesores bárbaros eran una consecuencia de las circunstancias peculiares del siglo V y consecuencia inmediata de la deposición del último emperador romano en Occidente en el año 476. Las regiones que habían estado hasta entonces bajo el dominio romano carecían ahora de cualquier esfuerzo de guía, explotación, o control de un gobierno central. Las poblaciones locales eran una mezcla de gentes nacidas allí, de guarniciones militares y de familias originalmente de otras partes del Imperio que se habían convertido en dueños de tierras y desempeñaban cargos oficiales en las jerarquías civiles y eclesiásticas locales. Les dejaron que se las arreglaran por sí solos. Los modos precisos en que los líderes políticos y las instituciones surgieron en los siglos V y VI, sin embargo, son a menudo oscuros. En Bretaña, por ejemplo, existe poco más que conjeturas, recostrucciones modernas que razonan a partir de una situación de un siglo y más, después de que el gobierno central romano dejara de ser eficaz y a partir de un rico material arqueológico. La imposición de una estructura clara de

reinos en Inglaterra antes del siglo VIII fue trabajo de historiadores desde el siglo VIII en adelante, quienes, sin duda, encontraron difícil de imaginar cualquier otra organización política. Al menos Beda, sin embargo, era consciente de las complejidades de las medidas existentes.[4] La evidencia arqueológica de Inglaterra indica que esos pequeños reinos estaban empezando a cristalizar sólo a partir del año 600.

En el continente, las pruebas documentales son más sustanciales y la toma de la administración y el gobierno por las élites locales, el ejército, los bárbaros federados y los aliados está clara. Era una situación en la que los líderes eran quienes tenían la riqueza y quienes podían confiar en el poder armado. En las fuentes escritas más tempranas de los estados sucesores bárbaros, estos nuevos gobernantes son identificados como los reyes de los pueblos que ahora ocupaban las antiguas provincias romanas y gobernaban sobre una población mixta.

Hay una falta de claridad en las pruebas documentales primarias y en la interesante discusión entre los historiadores actuales sobre los orígenes e identidades de estas gentes —«romanos», «galo-romanos», «hispano-romanos», «romano-británicos», pictos, escoceses, francos, godos, lombardos, burgundios, suevos, alamanes, vándalos, anglos, sajones y así sucesivamente—. Tales identidades no eran una cuestión de etnicidad biológica, pero fueron construídas en parte retrospectivamente, es decir, inventadas; son parte de un proceso descrito por los estudiosos actuales como etnogénesis. Dicha construcción cultural se observa más notablemente en las historias escritas desde el siglo VI en adelante, como la de Jordanes sobre los godos, que narraba los orígenes de diferentes pueblos. Los orígenes legendarios de las familias reales proporcionaron un enfoque decisivo. Las victorias sobre sus rivales por el poder, ganadas con la ayuda de sus fieles seguidores, en nombre del pueblo sobre el que gobernaron, consolidó el sentido de lealtad y la pertenencia política. Todavía la ley y la magnitud del poder político y la jurisdicción de un gobernante particular, como se verá más adelante, ayudaban en el proceso de construcción de identidades políticas sin tener en cuenta el origen étnico. En otras palabras, en la etnogénesis no tratamos con «tribus» existentes objetivamente, sino con identidades creadas por los textos.

Podían señalarse comparaciones entre estos reinos tempranos y una confederación de naciones, cada uno buscando gradualmente la indepen-

[4] James Campbell, «Bede's reges et principes», Jarrow Lecture, 1979 (Jarrow, 1980), reimpreso en *Essays in Anglo-Saxon History* (Londres, 1986), pp. 85-98.

dencia de las antiguas estructuras imperiales, provincianas o coloniales a las que habían estado una vez sujetos. Los restos arqueológicos no pueden ayudar a establecer la identidad, aunque lo que sí puede discernirse son los cambios mayores en el estilo de vida y en la naturaleza y concentración de la evidencia material. De hecho, para persistir en una búsqueda de las antiguas identidades como «romana» o «no romana», a expensas de la nueva, es como preocuparse por la proporción de huevos, queso y harina en un soufflé al comerlo. Más bien debemos buscar entender cómo estos grupos de gentes organizaron juntos su sociedad.

Como podíamos esperar, sus métodos de gobierno eran una combinación de estructuras heredadas y procedimientos e innovaciones diseñados para adaptarse a las circunstancias locales e inmediatas. Los reinos bárbaros encajaron, más o menos, en las antiguas estructuras administrativas romanas de provincias, ayudados por las divisiones en *civitas* (es decir, el área administrativa de una ciudad con su territorio dependiente) que fueron tomadas por la Iglesia para definir las diócesis episcopales. Así como la magnitud de la jurisdicción de la administración imperial romana había definido los límites territoriales del Imperio, perfilados en los documentos como la *Notitia Dignitatum* mencionada más arriba, también el grado de jurisdicción de cada gobernante definió su reino en la alta Edad Media. Es importante observar, sin embargo, que los reyes generalmente eran (pero no siempre) llamados reyes de gentes en lugar de reyes de un territorio. Sólo gradualmente durante este período las formas de gobierno fueron definidas en términos claros de territorio y de sensibilidad geográfica explícita. El caso más llamativo, y que sentó un precedente, fue la división del Imperio Franco en el Tratado de Verdún en el año 843 entre los tres hijos supervivientes del emperador Luis el Piadoso.

> Luis el Germánico obtuvo todo lo que estaba al este del Rin y [al oeste] obtuvo las *civitates* y distritos de Speyer, Worms y Maguncia; Lotario consiguió las tierras entre el Rin y el Scheldt donde se encuentra con el mar y tierra adentro por vía de Cambrai, Hainault, las regiones de Lomme y de Mézières y los condados que están situados casi juntos en el lado occidental del Mosa hasta donde el Saône se encuentra con el Rhône y Rhône abajo hasta donde fluye en el mar, e igualmente los condados situados a ambas orillas de aquél. Más allá de estos límites, sin embargo, todo lo que consiguió fue Arras y fue por la generosidad de su hermano Carlos. A Carlos [el Calvo] le fue entregado todo lo demás hasta España.[5]

[5] *Annals of St Bertin*, ed. R. Rau, *Quellen zur karolingischen Reichsgeschichte* 2 (Darmstadt, 1972), p. 60.

En este caso los reinos se definieron en términos de regiones respecto de los ríos mayores, *civitates* (es decir, diócesis) y condados. La división creó el reino medio de Lotaringia, un área sobre la que las disputas eran constantes y no fueron finalmente resueltas hasta 1945.

Las unidades pequeñas, como la diócesis o el condado (o *pagus* en los reinos francos), eran administradas por oficiales que actuaban en nombre del rey. Otras unidades administrativas fueron creadas a su debido tiempo, como los *earldordoms*, *shires* y *hundreds* en Inglaterra o los *themes* en Bizancio. El elemento militar en estas divisiones variaba. El conde o su equivalente tenían a menudo deberes judiciales, el cargo de la acuñación de la moneda y del mantenimiento de caminos y puentes y la obligación de convocar al ejército para las campañas militares. Los condes podían ser nombrados para el cargo procedentes de otras tierras o podían ser hombres locales. Hacia el siglo X hay una tendencia creciente de que estos condados se concedieran por herencia a una familia particular y también a unirse con la tierra poseída por el conde. En las marcas o límites periféricos de los reinos, sobre todo los de los francos, los condes de la marca probablemente tenían un peso mayor de responsabilidad para la defensa y las relaciones con aquéllos fuera de la jurisdicción de sus propios gobernantes.

El rey

En la cabeza de la administración de todas las formas de gobierno altomedievales estaba el rey. Era el líder del ejército. Asumía la responsabilidad del mantenimiento de la justicia y la paz. Como los emperadores romanos habían hecho antes, promulgaba la legislación y lo hacía con el acuerdo y consejo de todos sus hombres principales. Desde el principio, el rey disfrutó de una relación con la Iglesia similar a la de los emperadores romanos. Es decir, su autoridad procedía de Dios y era responsable del bienestar y la salvación de su pueblo. En el año 589, por ejemplo, al inaugurar el cambio de la cristiandad arriana al catolicismo en su reino, Recaredo, el rey de los visigodos en España, afirmó que «Dios Omnipotente nos ha dado el cargo del reino para beneficio de sus gentes y ha confiado el gobierno de no poca gente a nuestro cuidado real».[6] Esta responsabili-

[6] Recaredo, profesión de fe en el tercer concilio de Toledo, 589. Ed. G. Martínez Díez y F. Rodríguez, *La colección canónica hispana 5. Concilios hispanos: segunda parte*, Monumenta Hispaniae Sacra, Serie Canónica 5 (Madrid, 1992), p. 54.

dad especial se reforzó principalmente bajo los gobernantes carolingios y fue transmitida a generaciones posteriores. La preocupación por el bienestar moral de los individuos, por las formas correctas de culto, por el pensamiento y la devoción, y la promoción de la educación y la enseñanza para animar el pensamiento correcto y el entendimiento de la fe cristiana se volvieron elementos esenciales de la ideología de la monarquía cristiana. Los gobernantes amonestaban y exhortaban a los individuos a unirse en un esfuerzo por comprender su visión de un reino cristiano en el que la justicia y el orden prevalecieran.

¿Qué se esperaba de un rey en la alta Edad Media? La respuesta a esta pregunta podría ser diferente si uno se refiere a, digamos, Gundobado de los burgundios a finales del siglo V e inicios del VI, Etelberto de Kent en el siglo VI, Égica de los visigodos en la España del siglo VII, o Carlomagno a finales del siglo VIII. Esto no ocurre sólo porque las circunstancias fueran evidentemente muy diferentes, sino también porque las fuentes primarias de que disponemos varían considerablemente.

Cuando fueron escritos los relatos sobre los gobernantes de los estados sucesores bárbaros, en el siglo VI y después, podría darse por sentado algún cambio en las expectativas de gobierno desde el siglo V. También es posible hacerse alguna idea a partir de las acciones recogidas por escrito de los reyes, sobre todo en las historias narrativas, de lo que ellos, y posiblemente sus súbditos también, suponían que podían hacer. De esta manera la práctica podría proporcionar un modelo para la teoría y la teoría podría dar detalles de las posibilidades prácticas de coerción y control dentro de un sistema político. Las primeras oportunidades de observar a los gobernantes bárbaros en acción es a través de los códigos de leyes atribuidos a ellos y de las narraciones tempranas sobre ellos. Éstas incluyen las narraciones condenatorias de la persecución de católicos por gobernantes vándalos arrianos en el norte de África en el siglo V; las *Historias* de Gregorio de Tours, con sus vívidos retratos de los gobernantes francos merovingios «de hacha fácil» del siglo VI; y la *Historia de los godos, suevos y vándalos* de Isidoro de Sevilla, llena de adulación hacia los reyes visigodos una vez convertidos en católicos en el año 589. Los autores, no obstante, hacen asunciones importantes sobre el poder del gobernante y las esferas de sus actividades.

En sus leyes, los reyes de la Europa altomedieval llegan a emular a los gobernantes romanos. Con todo, es el elemento guerrero de la monarquía de la alta Edad Media lo que proporciona una buena explicación de cómo funcionaba la monaquía. La dirección, la habilidad táctica, el juicio, la fir-

meza y la racha de victorias inspiraban confianza y lealtad. Buena parte de la efectividad del control político podía atribuirse a los sentimientos de seguridad de los súbditos, o al hecho de estar en buenas manos. Un gobernante con éxito se aprovechaba de todos los medios de buen gobierno para ejercer ese control. También podía, naturalmente, sobrepasar las convenciones de buen gobierno, recurrir al temor y a la tiranía y alejarse de los límites de la ley.

La reina

Dentro de la casa real, el rey era apoyado por la reina. Su papel, y el grado en que pudo haberse alterado durante este período, todavía está evaluándose, pero puede relacionarse con si la monarquía era o no hereditaria en los reinos. En muchos, notablemente el de los visigodos y en menor grado el de los lombardos, la monarquía era en principio electiva y las dinastías no aseguraban el trono. En otras partes, con más éxito en la Galia franca bajo los merovingios y después bajo los carolingios, una sucesión dinástica de padre a uno o más hijos (por repartición de la herencia) o, como en Irlanda, la sucesión por un hijo del rey, se establecieron al menos a partir de finales del siglo V. En otros aún, como en los reinos anglosajones, los gobernantes parecen haber sido escogidos de entre los varones de un grupo parentelar y, sólo gradualmente en el curso del siglo IX, la sucesión dinástica de la casa de Wessex se produjo de rey a hijo de rey deviniendo la norma. Ésta era la costumbre para los reyes de Inglaterra. Sólo los pictos, posiblemente, divergieron del modelo europeo de ascendencia masculina con su sucesión monárquica aparentemente matrilineal, aunque esto es bastante discutido.

Por consiguiente, algunos sistemas políticos y hereditarios, como los de los anglosajones, irlandeses y visigodos, al parecer dieron menos prominencia al papel de la reina que los de los francos o griegos. Ello, sin embargo, puede ser debido a las diferentes percepciones proporcionadas por la existencia de fuentes narrativas. La importancia de la reina de los lombardos Teodelinda, y posiblemente Gundeperga, en la Italia del siglo VII, también debe señalarse. En los reinos francos y bizantinos, la posición de la reina era en parte debida a su capacidad de dar a luz herederos masculinos. En Bizancio, el término para la consorte del emperador reinante era el de *Augusta.* Normalmente era la esposa del emperador pero, de vez en

cuando, un viudo hacía de su hija o incluso de alguna otra mujer su *Augusta*, pues era muy importante tener una persona del género femenino en la vida ceremonial y cortesana. En conjunto, en las formas de gobierno occidentales de Europa, sin embargo, la reina parece también haber sido responsable de los asuntos domésticos de la casa real, con oficiales a su cargo, y de haber manejado el dinero para asuntos relacionados con la provisión de la corte. Además, como muchas cartas, epístolas y referencias narrativas dejan claro, la reina también tenía un papel como mediadora, agente de paz, mecenas, así como de co-conspiradora, como en los casos de Goiswintha, reina de los visigodos, como relata Isidoro de Sevilla, quien había conspirado con el obispo Uldida contra el partido católico del rey Recaredo, o Rosamunda, reina de los lombardos, quien con éxito se confabuló para asesinar a su marido, el rey Alboíno.[7]

Una reina tenía, después de todo, su sistema particular y especial de llegar muy cerca del rey. Aquéllas con personalidades fuertes sabían explotar su potencial de influencia y poder que su posición como esposa de rey les permitía. Esto también se extendió a la esfera eclesiástica, por lo que se refiere a las amistades con los clérigos, la dotación de iglesias y monasterios y el mecenazgo de determinados eruditos. En cuanto a esto, las reinas del período altomedieval emularon las actividades culturales de las emperatrices teodosianas del siglo V. Ello puede observarse tanto en Teodelinda, reina de los lombardos en el siglo VI, como en Judith, esposa del emperador Luis el Piadoso en el siglo IX.

Es sorprendente, además, cuántas reinas fueron dejadas como regentes (*de facto* o *de iure*) por sus hijos jóvenes o nietos en este período: Arnalasuintha de los ostrogodos fue regente por Atalarico en el siglo VI y Brunhilda, Balthilda y Nantechilda de los francos por Teodeberto II y Teodorico II, Clotario III y Clodoveo II, respectivamente, en los siglos VI y VII; la emperatriz Irene gobernó por Constantino VI († 797) en Bizancio (y al final le derrocó y le reemplazó); Adelaida y Teófano gobernaron en nombre de Otón III († 1002) durante su infancia en Alemania a finales del siglo X. Otros miembros femeninos de la casa real, como hijas del rey, hermanas y tías pueden documentarse extendiendo su influencia política y mecenazgo, de vez en cuando, de manera muy similar a la de la misma reina. En apariencia neutralizadas políticamen-

[7] Pablo Diácono, *Historia Langobardorum*, II. 28, ed. G. Waitz, *Monumenta Germaniae Historica* (en adelante *MGH*) *Scriptores rerum germanicarum* 48 (Hanover, 1878), pp. 104-105.

te por el matrimonio con nobles menores o comprometiéndose a la vida religiosa, muchas mujeres nobles y reales lograron, no obstante, posiciones de influencia considerable. Los casos más llamativos son Gisela, Gisela la Joven y Rotrud, hermana e hijas de Carlomagno, dirigiendo el convento real de Chelles pero manteniendo relaciones estrechas con la corte real. La pariente femenina de Otón I de Alemania en el siglo X rigió conventos ricos como Quedlinburg y Gandersheim. Estos conventos funcionaron como hoteles de cinco estrellas para el séquito real.[8] Así, las mujeres reales jugaron un papel decisivo en el itinerario real y en el gobierno del reino sajón.

Poder y responsabilidad: el consenso

La conducta política de las gentes de la alta Edad Media puede reconstruirse a partir de sus acciones y sus expectativas copiadas en las fuentes primarias. Los relatos narrativos, como las llamadas historias nacionales de los francos, godos, lombardos y anglosajones, y la extensa serie de anales de todas partes de Europa occidental han sido muy influyentes determinando mucho de nuestra comprensión actual de las culturas de poder en este período. Estas fuentes enfatizan sobre todo dos aspectos: el consenso y la proximidad al gobernante.

Hasta aquí, el consenso ha sido examinado más a menudo por los especialistas en el contexto del dominio franco y, a veces, ha sido mal considerado como un aspecto de la influencia política romana en lugar de como un rasgo original de gobierno altomedieval. El consenso arroja luz sobre la práctica política, la relación entre el gobernante y la nobleza y sobre las diferentes tensiones de dependencia mutua, cooperación, oposición y el propio interés en las relaciones entre el rey y sus magnates. Es difícil elaborar los principios generales sobre el sistema de funcionamiento de la política carolingia sin mencionar la política en otras regiones de Europa. La mayoría de los capitularios francos e italianos, por ejemplo, pueden verse como respuestas directas a los problemas particulares, antes que como una formulación de principios. Además, está claro que la política a nivel local reflejaba la conducta política, con los

[8] Véase J. W. Bernhardt, *Itinerant Kingship and Royal Monasteries in Early Medieval Germany, c. 936-1075* (Cambridge, 1993).

potentes, los hombres poderosos, participando activamente en el gobierno a cada nivel.[9]

La monaquía es un sistema político en el que la habilidad personal, el talento y los recursos del gobernante son tan importantes como el propio sistema. Hasta cierto punto, como atestiguan las muchas minoridades, interregnos o regencias que pueden documentarse en todos los reinos altomedievales, el sistema podía sustentar a un individuo como rey, que era personalmente incapaz de ganar el consentimiento de la extensa comunidad política para lo que él quería hacer. Pero el caso de un rey o de una serie de reyes que buscasen aprovecharse demasiado del sistema o, más comúnmente, a quienes les faltase la tenacidad para explotarlo lo suficiente, como vemos en el caso de los visigodos y los francos merovingios, podía suponer, respectivamente, la caída de un individuo o de una dinastía aunque la monarquía como institución permaneciera.

Tres ejemplos pueden servir para ilustrar cómo se efectuaba la elección de un gobernante y el pensamiento que había detrás de los recursos puestos a su disposición. En el siglo VIII, Pablo Diácono daba un relato extraordinario de la elección que los lombardos hicieron en el año 584 a favor de un rey, después de diez años de dominio de muchos duques «... quienes eran entonces duques cedieron la mitad de sus posesiones para usos reales, para que pudieran existir medios por los que el rey y los que debían servirle y los consagrados a su servicio mediante diversos cargos pudieran mantenerse».[10] Cuando Pipino III se autoproclamó rey en el año 751 era, como el cronista que habla del asunto relata, «con el consentimiento y consejo de todo los francos».[11] En el año 888, cuando el gobernante legítimo Carlos [*Simplex* (sencillo, simple)] no era más que un bebé, los nobles francos orientales eligieron a uno de ellos, Odón, conde de París, como rey, cuya reputación como guerrero les ofrecía la esperanza de una dirección eficaz contra los vikingos.[12]

La lealtad era algo que se ganaba y se retenía, pero también podía ser comprada e institucionalizada. Obsequios en forma de oro, joyas, armas o animales, concesiones de tierra y cargos podían fomentar una cohorte de hombres fieles alrededor de un rey, así como acrecentar su propio po-

[9] Véase M. Innes, *State and Society in the Early Middle Ages, 400-1000* (Cambridge, 2000).

[10] Pablo Diácono, *Historia Langobardorum*, III, 16, ed. Waitz, p. 123.

[11] *Annales regni francorum*, ed. F. Kurze, *MGH, Scriptores rerum germanicarum* 6 (Hanover, 1895), p. 8 (entrada para el año 749).

[12] Richer, *Histoire de France (888-995)*, I, 5, ed. Robert Latouche (Paris, 1967), p. 16.

der. Los seguidores que elegían a un rey también se proclamaban sus partidarios fieles. Carlomagno optó por exigir un juramento formal a sus partidarios mientras fue rey de los francos y, de nuevo, después de su famosa coronación como emperador en Roma en el año 800. El juramento, explícito en su caso e imitado por sus sucesores, hábilmente expresa los lazos de obligación mutua y deber que ataban al hombre y al señor. El extracto siguiente es un ejemplo típico de la importancia de semejante juramento:

> Yo seré su auxiliador fiel, tanto como mi conocimiento y poderes permitan, con la ayuda de Dios, sin ningún engaño o sublevación, en el consejo y en la ayuda, según mi función y mi persona, para que pueda mantener y ejercer su autoridad que Dios le ha otorgado a Su voluntad y para su propia salvación y la de sus súbditos fieles.[13]

La corte y la proximidad al rey

La proximidad al rey (*Königsnähe*) también era un elemento decisivo de conducta política. Ser duque o conde, o poseer los títulos más genéricos regiamente conferidos como *vir inluster* (en Francia) o *vir magnificus* (en Italia), eran privilegios importantes; también lo era estar cerca del rey en un sentido personal. Los dos no sólo comportaban un estatus sino también protección real y apoyo para los actos privados de tales aristócratas (como sus asuntos en la corte), y beneficios materiales más directos como tesoros y tierras. Era para la ventaja de «la élite» en conjunto que los reyes debían ser capaces de imponer su voluntad para que estas prácticas pudieran continuar. Con todo, cuando los forcejeos partidistas continuaron en cada corte real, uno podía muy fácilmente estar en el lado perdedor y tener que renunciar a la riqueza y al estatus y, en muchos casos, a la propia vida. Los reyes, particularmente los merovingios y los visigodos, no mostraban escrúpulos para matar a los sospechosos de deslealtad o a los que estaban, por otra parte, fuera de su favor. Por con-

[13] Extracto del juramento a Carlos el Calvo, rey de los francos de Occidente (840-877) en Quierzy en el año 858, ed. A. Boretius y V. Krause, *MGH, Capitularia regum francorum* II (Hanover, 1897), no. 269, p. 296. Véase C. E. Odegaard, «Carolingian oaths of fidelity», *Speculum*, 16, (1941), pp. 284-296 y su *Vassi et Fideles in the Carolingian Empire* (Cambridge, Mass., 1945), apéndice IV, pp. 75-79.

siguiente, disfrutar de la *Konigsnähe* era arriesgado y no necesariamente permanente. Las facciones perdedoras a veces se encontraban luchando contra el rey o cambiando la lealtad de un rey a otro si había alternativas. Las había en Francia con su tradición de dividir el reino o en Inglaterra con sus muchos pequeños reinos. Por toda Europa, además, existen documentos de gran número de destierros políticos y de hombres que afirman ser de procedencia diversa y que ofrecen su servicio a reyes extranjeros lejos de su tierra natal. Una inscripción rúnica de finales de la era vikinga, alzada por Gulli en Västergötland, conmemora a los hermanos de su esposa «Æsbiorn e Iuli, muchachos muy duros [que] encontraron la muerte en el servicio activo en el este».[14] Las culturas de poder eran una combinación de intimidad y de responsabilidad. La actividad comunal del rey con su corte, como dar banquetes, cazar y hacer carreras de caballos y su relación con la reina, eran aspectos esenciales de la monarquía del período altomedieval. Einardo contaba de Carlomagno cómo el rey disfrutaba nadando en las fuentes termales de Aquisgrán con miembros de su corte, de forma que en cualquier momento «cien hombres o más podían bañarse con él».[15] Luis el Piadoso disfrutaba intensamente cazando, especialmente «en el mes de agosto, cuando los ciervos están muy gruesos, pasaba las horas cazándolos hasta que llegaba el tiempo de cazar jabalíes».[16] Muchas residencias reales o palacios parecen haber sido pensados en parte como pabellones de caza, como Thionville, en las Ardenas, o Tamworth, en el reino de Mercia. Las cortes lombardas y las familias reales del siglo VIII, así como las carolingias y anglosajonas del siglo IX y las de los gobernantes otonianos del siglo X, además de las de Bizancio y los emires de Córdoba, también eran, en diferentes momentos, célebres por su cultura, su promoción de la erudición y el aprendizaje y su mecenazgo activo de las artes. Sobre todo, en tal patrocinio los obispos y los miembros de las principales casas de la aristocracia los emularon (véase el capítulo 5).

Dentro de los reinos había, a menudo, guerras civiles entre pretendientes rivales. En estas circunstancias, las facciones perdedoras se volvían más duras de coaccionar. Los reyes del siglo X pudieron extender me-

[14] R. I. Page, *Chronicles of the Vikings: Records, Memorials and Myths* (Londres, 1995), p. 87.

[15] Einhard, *Vita Karoli*, cap. 22, ed. R. Rau, *Quellen zur karolingischen Reichsgeschichte* 1 (Darmstadt, 1974), p. 194.

[16] Thegan, *Gesta Hludowici imperatoris*, cap. 19, ed. E. Tremp, *MGH, Scriptores rerum germanicarum* 64 (Hanover, 1995), p. 205.

nos su control político directo sobre la extensión teórica y territorial de sus reinos de lo que sus predecesores habían podido en Francia e Italia y así eran un foco menor de interés para la aristocracia. En Alemania pudieron imponer más directamente su voluntad en sus territorios, pero no controlaron directamente más que partes de su reino. Sólo en aquéllos como Inglaterra y Léon y Castilla (ambos imitativos de modelos carolingios y también relativamente pequeños) los reyes del siglo X realmente eran más capaces de ejercer el control directo sobre sus súbditos e imponer su autoridad que anteriormente, aunque no deben infravalorarse las dificultades de gobernar los reinos que se habían extendido recientemente, como en la Inglaterra del siglo X. En la mayoría de las regiones de la Europa latina, los poseedores reales del poder público en el siglo X, los focos de *placita* (asambleas judiciales) y los defensores de la paz eran, sin embargo, duques y condes en vez de reyes. Lo hicieron al modo carolingio, pero actuaban a escala más pequeña.

Oficiales y asambleas

Los hombres reunidos en la corte actuaban como consejeros del rey y funcionarios dentro de palacio. Una manera de entender el gobierno del período altomedieval es no categorizar sus oficiales o sus estructuras y sus esferas de jurisdicción demasiado estrictamente. Bajo los primeros gobernantes bárbaros, clérigos y laicos estaban al cargo de los asuntos públicos, aun cuando cada uno tenía sus propias y distintas áreas de responsabilidad. Los concilios visigodos de la Iglesia, por ejemplo, legislaban contra la conspiración política y la rebelión, y los reyes anglosajones de Northumbria y Mercia emplazaban las reuniones para recibir a los legados papales en el año 786. En la administración del reino ostrogodo de Italia reflejada en el *Variae* de Casiodoro,[17] y en el reino lombardo antes del año 774, por otro lado, el clero no parece haber jugado un papel directo en la vida política. Mientras que muchos de los otros códigos legales aluden a la ayuda de clérigos, obispos, o abades, las leyes lombardas sólo hacen referencia a jueces y consejeros de una manera que, sin duda, marca su carácter secular.

[17] Cassiodorus, *Variae*, ed. T. Mommsen, *MGH, Auctores Antiquissimi* 121 (Hanover, 1894) y A. Fridh, *Corpus Christianorum Series Latinorum* (Turnholt, 1973).

Bajo los carolingios, la versatilidad de los oficiales públicos es particularmente evidente. Un notario judicial también podía ser erudito y clérigo. Un obispo podía administrar su diócesis espiritual y materialmente, pero también servir como consejero real, *missus* (véase más abajo) y embajador. Un conde podía ser *missus*, juez, mandar una sección del ejército en campaña, administrar su propio dominio, ser un erudito y un mecenas de la Iglesia. Los clérigos jugaban un papel importante en el gobierno. Los laicos mantenían la Iglesia y algunos poseían abadías, al menos en el siglo IX. Era cuestión de premiarlos por su servicio. Disfrutaban de los ingresos procedentes de un monasterio pero también se les exigía tener el debido cuidado de los hermanos y proteger sus intereses. Tenían el mismo papel los clérigos y los laicos en la expansión y en la consolidación del dominio del reino franco. Cada uno tenía ambiciones similares premiadas de una manera similar que producían las mismas manifestaciones de poder y riqueza.

Aunque la causa común de clérigos y laicos en el ámbito político está mejor documentada en las fuentes francas, es probable que ambiciones muy similares prevalecieran en otras partes. Es sorprendente, por ejemplo, cómo se entrelazaron las preocupaciones eclesiásticas y seculares en los concilios toledanos de los reinos visigodos, cuán decisivo fue el papel jugado por los obispos de Armagh, Londres, York y Canterbury en Irlanda e Inglaterra, cuán material fue la contribución del clero italiano en la consolidación del dominio franco después de la conquista carolingia del reino lombardo y cuán profundamente los gobernantes otonianos de Alemania confiaron en sus magnates laicos y eclesiásticos. Incluso Offa de Mercia intentó crear su propio arzobispado (de Lichfield) en su reino, así como Boris, el kan de los búlgaros, negoció con el papado su propio patriarcado (véase más adelante, p. 237).

Podemos, además, postular la existencia de un grupo de oficiales responsables de la administración con notarios trabajando para ellos en la mayoría de los reinos del período altomedieval. Aquéllos preparaban los documentos oficiales que expresaban las decisiones y los deseos del gobernante y que respondían a las peticiones. Muchas de estas pruebas documentales están en forma de cartas reales cuya estructura, derivada de los documentos oficiales romanos, es en sí misma indicativa de la fuerza de la herencia romana. En los reinos de los ostrogodos, vándalos, burgundios, lombardos y visigodos existen referencias y copias tardías de su recurso a los documentos escritos en el gobierno y en las transacciones legales. Sólo se conservan documentos originales anteriores al siglo VIII de

los reinos francos merovingios (en continuación directa de la administración provincial romana) y anglosajones (a quienes las prácticas documentales fueron reintroducidas por misioneros cristianos de Italia y la Galia en el siglo VII). Estos originales conservan información extra no preservada en copias posteriores. Todos los reyes dependían de un grupo de oficiales que llevaban a cabo funciones administrativas en la corte y en otras partes del reino.

Una chancillería real franca con un canciller principal y notarios puede documentarse a lo largo del los siglos VIII, IX y X. Ésta a su vez fue emulada por condes y duques en ducados y principados emergentes como Borgoña, Flandes, Lotaringia, Normandía, Aquitania, Sajonia, Baviera, Spoleto y la Toscana en los siglos X y XI, aparte de los reinos independientes de Inglaterra, España septentrional y Europa central y oriental. Una chancillería real existió indudablemente en Inglaterra hacia el siglo X, si no mucho antes. También los francos fundaron una capilla en el palacio con capellán y personal (quienes pueden haber tenido una función dual como notarios). A Angilram, obispo de Metz († 791), y al arzobispo Hildeboldo de Colonia († 818) se les concedió permiso papal para ausentarse de sus diócesis con el fin de servir al rey en la corte como capellanes. El grado en el que las cortes reales de los diversos reinos bárbaros, de manera más importante las de los carolingios, expedían instrucciones orales y escritas y textos es sorprendente y confirma el alto nivel de alfabetización pragmática en la Europa altomedieval. Era una sociedad en la que la escritura y la administración estaban arraigadas en la práctica social y política.

Un resultado directo de la gran expansión de los gobernantes carolingios hacia el este fue la reorganización de la administración laica y eclesiástica, además de la corte y la cooperación íntima entre ellos a cada nivel. En Francia, el rey afianzó las líneas de comunicación local y la administración, en primer lugar, a través de una red de condes que actuaban como agentes en las localidades. En segundo lugar, está la institución franca de los *missi dominici*, probablemente de finales del siglo VIII, reorganizada en el año 802 y cuyos deberes parecen haber ido unidos con los de los príncipes locales a finales del siglo IX. Los *missi* eran agentes reales que actuaban en parejas, un conde y un obispo, a cargo de una área conocida como *missaticum*. Juntos, los *missi* arbitrarían e investigarían que los asuntos funcionasen propiamente y la justicia se preservase. Un *missus* era Teodulfo, obispo de Orleans, que dirigió un poema a los jueces advirtiéndoles contra el soborno y el favorecer al rico en los jui-

cios.[18] Pascasio Radberto describe la confianza que pusieron en la autoridad predominante del *missus* franco en Italia, Wala, los que buscaban justicia.[19]

En la mayoría de los otros reinos estaban en funcionamiento, o fueron introducidas, similares medidas a las del sistema franco de condes como agentes reales, aunque el grado en que los métodos administrativos escritos eran apropiados o requeridos, varía enormemente. En Islandia, por ejemplo, los *goðar*, los principales señores con tierras de la «república», discutían los asuntos de preocupación común en la *thing* (asamblea). En la Bretaña oriental los líderes locales de las parroquias eran los *machtierns*, que presidían las reuniones y a veces iniciaban procedimientos legales en las comunidades locales. En la Italia lombarda, por otro lado, las estructuras eran más formales. Oficiales locales conocidos como *gastalds* servían en una ciudad, en lugar de un duque o conde, como administradores de la propiedad real en un territorio municipal. Al otro extremo del Mediterráneo, en Bizancio, en cambio, había un complejo colectivo burocrático provisto de personal civil, y en las provincias unidades conocidas como *tourmai* y *banda*. Éstas eran esencialmente de carácter militar, con jefes bajo la dirección del *strategos* (comandante del *theme*), pero algunos oficiales rendían cuentas a la administración central y la mayoría de los superiores parecen haber recibido su paga de la capital.

Sin duda, los oficiales corruptos, ineficaces o perezosos estaban entre estos oficiales locales y agentes reales, pero un sistema no sólo debería juzgarse por su efectividad en términos de los que abusaron y fracasaron.[20] Esencialmente los sistemas administrativos de los reinos altomedievales, con la tensión de llevar a cabo la voluntad del rey y afianzar el orden y la justicia a nivel local, parecen haber sido capaces de adaptarse a las condiciones locales, así como haber sido susceptibles de elaboración por cualquier rey que buscase en mayor medida el control.

[18] Teodulfo de Orleáns, *Contra Iudices*, ed. E. Dümmler, *MGH, Poetae Latini aevi Carolini* I (Hanover, 1881), pp. 493-517.

[19] Paschasius Radbert, *Epitaphium Arsenii*, ed. E. Dümmler, *Abhandlungen der königlichen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, phil-.hist. Klasse* 2 (Berlín, 1900), pp. 1-98.

[20] El acento más negativo de investigadores como F. L. Ganshof, *Frankish Institutions under Charlemagne*, trad. B. Lyon y M. Lyon (Nueva York, 1970), ha sido mejorado en trabajos más recientes: véase Innes, *State and Society*, en J. L. Nelson, «Literacy in Carolingian government», en R. McKitterick (ed.), *The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe* (Cambridge, 1990), pp. 258-296.

La presencia real era una manifestación física del poder del rey. La corte estaba donde el rey estaba. En el reino irlandés, escocés, inglés, lombardo, visigodo, búlgaro o danés, con lugares como Tara y Dublín, Dunkeld, Winchester, Londres, York, Pavia, Toledo, Pliska o Jelling funcionando como residencia y capital (y a menudo también como centro eclesiástico), la residencia del rey era una localización central de su poder y la ubicación de una administración central (si la había), así como un complejo palaciego. Sin embargo, muchos reyes del período altomedieval, al principio al menos, también eran itinerantes. Una corte itinerante vivía en palacios urbanos y rurales y en pabellones de caza. Así, Carlomagno y Luis el Piadoso vivían en Thionville, Aquisgrán, Frankfurt, Paderborn y Ratisbona, entre otras ciudades. Tenía que realizarse una planificación detallada de la comida, del forraje y de la ropa de cama. El rey y su séquito también eran los invitados de obispos y abades en las grandes sedes y monasterios del reino. El plano de Sankt Gallen ofrece una indicación del alojamiento de invitados distinguidos, como también lo hace el recientemente excavado monasterio del siglo IX de San Vincenzo al Volturno en el centro de Italia. Estos monasterios reales eran una parte esencial de la topografía del poder real.

Las asambleas eran un medio principal de gobierno y de toma de decisiones. Eran grandes reuniones públicas de magnates laicos y eclesiásticos, a nivel central y local. En ellas se zanjaban disputas, se oían peticiones, se tomaban decisiones y se hacían leyes. Las asambleas, a menudo, se programaban para coincidir con el pase de revista al ejército en primavera antes de una campaña militar. Los reyes visigodos del siglo VII gobernaron principalmente a través de grandes y complejos concilios que regularmente se celebraban en su capital, Toledo.[21] Los concilios de la Iglesia eran también lugares de reunión para las élites laicas. Hacia finales del siglo VII, la asamblea judicial conocida como *placitum* se había desarrollado en Francia, y continuaría hasta al menos el año 1000 como lugar de reunión para la discusión, oída por una comunidad pública que incluía al menos algunos de los señores feudales locales y hombres importantes. Esta clase de práctica política tenía fuertes elementos romanos, en especial la asociación constante con la terminología del *publicum*, el poder público.

El orden del día y las decisiones de estas asambleas de los siglos VIII y IX se presentan en capitularios, actas conciliares y cartas de folio único

[21] Véase más abajo, p. 147, (capítulo 4).

donde queda constancia escrita de las decisiones legales. Estos documentos dan una amplia indicación de la variedad de asuntos discutidos en ellas. El Concilio de Frankfurt del año 794, por ejemplo, declaraba el rechazo franco a la noción teológica del adopcionismo (Cristo es hijo adoptivo de Dios) y de la posición bizantina respecto a las imágenes religiosas, pesos regulados y medidas, y ofrecía las directivas sobre la disciplina eclesiástica y la observancia religiosa laica. El capitulario general del año 802 hacía hincapié en muchos y diferentes aspectos de la autoridad real, el castigo de crímenes y la administración de la justicia. En el reino de Italia en los siglos X y XI, más de 300 actas de audiciones de asambleas judiciales dan testimonio de la discusión pública de casos legales y disputas, presididas por emperadores o sus representantes locales.[22] La *Althing* de Islandia en el año *c.* 1000 tomó la famosa decisión de aceptar la cristiandad. Las cartas reales inglesas, con sus listados de magnates laicos y eclesiásticos importantes que actuaron como testimonios, indican que las reuniones de los hombres principales del reino, convocadas por el rey como una manera de extender el control político, no eran raras. Además, las muchas y diferentes leyes que emanan de los varios reinos bárbaros son el resultado de deliberaciones de los reyes y sus magnates.

El derecho

Muchos elementos del sistema legal y judicial elaborados en los varios reinos del período altomedieval, y de las instituciones y métodos de gobierno introducidos o consolidados por los gobernantes carolingios, proporcionaron un legado duradero y un modelo para los períodos alto y bajomedieval. La insistencia de los estudiosos actuales en los acontecimientos de los siglos XI y XII ha llevado a olvidar la naturaleza fundamental del éxito del período altomedieval para los acontecimientos posteriores de la Europa latina en cada esfera. La Iglesia era una parte integral de ese logro. No sólo cumplía con su contribución personal a los asuntos del gobierno y la administración; sus ideales espirituales eran una parte esencial de la ideología política de los gobernantes seculares. Las preo-

[22] C. J. Wickham, «Justice in the kingdom of Italy in the eleventh century», *La Giustizia nell'alto Medioevo (secoli IX-XI)*, Settimane di Studio del Centro Italiano di studi sull'alto Medioevo (Spoleto, 1997), pp. 179-250.

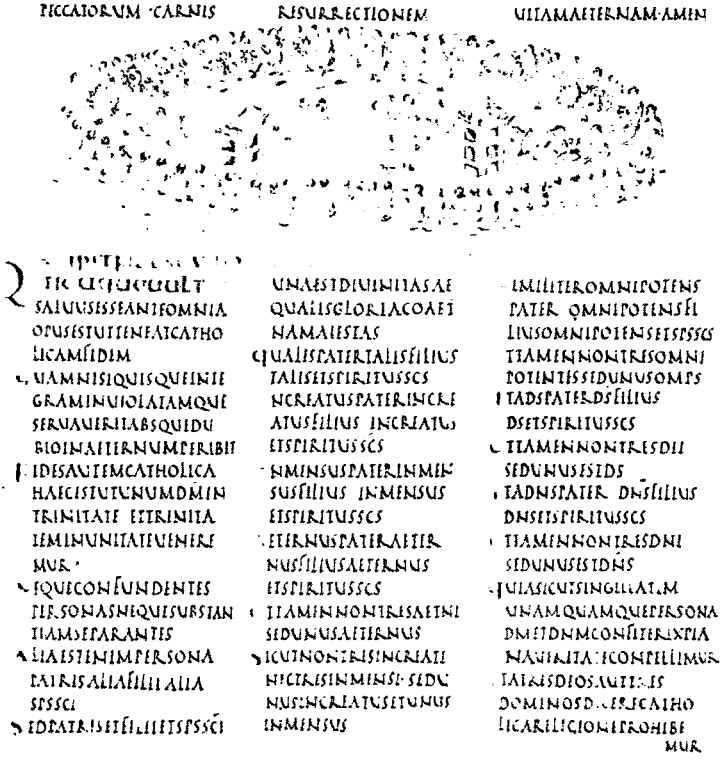


Lámina 4 Salterio de Utrecht: una asamblea carolingia.

cupaciones religiosas e intelectuales eran asunto tanto de los gobernantes seculares como de los clérigos. Más tarde las distinciones entre «Iglesia» y «Estado» no son relevantes en el período altomedieval. Es notable que muchos eclesiásticos importantes insistieran en la autoridad del derecho y ayudaran a mantenerlo. Hincmar, arzobispo de Reims desde el año 840 hasta el 882, por ejemplo, afirmaba:

> Desde que se declara que todos deben conocer las leyes y deben conformarse a sus decisiones, ningún laico, cualquiera que sea su posición, puede exigir la exención de su autoridad. De este modo, existen leyes que los reyes y los *ministri rei publicae* deben hacer cumplir en la administración de sus provincias y existen también capitularios de reyes cristianos y de sus predecesores legalmente promulgados por ellos con el consentimiento general de sus *fideles* y éstos igualmente deben observarse. San Agustín dice de estas leyes «Es justo que los hombres las debatan mientras son formuladas, pero una vez que son aprobadas y aceptadas, los jueces ya no tienen opción de cuestionarlas sino sólo de ejecutarlas».[23]

La continuidad con el mundo romano es más aparente en el contexto del derecho y en las materias asociadas de transacción legal y el uso de la escritura para el registro legal. No hubo ningún «declive y caída» del derecho romano, sino un proceso gradual de adaptación. El derecho del período altomedieval en Occidente comprende, en primer lugar, el derecho romano en la forma del Código Teodosiano. Este código fue escrito en latín en el año 438. Se hicieron diversos compendios de él a lo largo de la alta Edad Media, de los que el más difundido fue el llamado *Breviario de Alarico* o *Lex Romana Visigothorum*. El *Corpus iuris civilis* de Justiniano (534), también en latín, era conocido pero no se hizo ninguna referencia a él en Occidente antes del siglo XI, aunque era la codificación corriente del derecho romano en Occidente, y las traducciones griegas y compendios de él empezaron a realizarse y a usarse para la enseñanza en las escuelas de derecho de Bizancio a partir del siglo VII. En segundo lugar, está el grupo de textos conocidos colectivamente, aunque erróneamente, como las *leges* germánicas de los burgundios, visigodos, alamanes, bávaros, lombardos, anglosajones, francos, sajones y frisios. Éstas, aparte de las leyes anglosajonas en inglés, también están en latín y se basan principalmente en el derecho romano, tanto en estructura como en forma. Una parte del contenido, además, surge de la antigua práctica legal romana o una evolución

[23] Hincmar de Reims, *De ordine palatii*, cap. 3, ed. T. Gross y R. Schieffer, *MGH, Fontes iuris germanici antiqui* 3 (Hanover, 1980), pp. 46-47.

de ésta. También fueron incorporados elementos de práctica social posiblemente no romanos así como nueva legislación. La mayoría de las codificaciones iniciales de *leges* se asociaban a gobernantes y a sus consejeros principales.

Además, está el derecho eclesiástico de la Iglesia. Las leyes bíblicas y las regulaciones tuvieron, naturalmente, una gran influencia en la legislación eclesiástica posterior. Las provisiones eclesiásticas acordadas en los concilios principales de la Iglesia temprana, las decisiones papales y el derecho imperial romano que se ocupan de las materias eclesiásticas de organización y disciplina se las denomina colectivamente como derecho canónico. Las varias recopilaciones individuales de derecho canónico respecto a las percepciones locales de lo que se necesitaba se realizaron en la alta Edad Media. Algunas pretendían funcionar como colecciones para los reinos francos y visigodos, como la *Vetus Gallica* de *c.* 700 o la *Hispana* de *c.* 700, respectivamente. Se trató de imponer uniformidad a finales del siglo VIII con un texto asociado con el Papa, pero promovido por el gobernante franco, conocido como *Dionisio-Adriana.* Se formaron más recopilaciones en los siglos X y XI, las más influyentes de Regino de Prüm († 915) y de Burchard de Worms (965-1025), que jugaron un papel, junto con las colecciones más tempranas, en la codificación formal del derecho canónico en el siglo XII. Al norte de los Alpes, desde mediados del siglo XI en adelante, existía una tradición rica y viva, aunque discorde, en oposición incluso a los más enérgicos esfuerzos de los Papas por crear uniformidad e imponer su autoridad.

Por último, hay una nueva legislación real, destacando las leyes de los reyes ingleses de finales del siglo IX en adelante y las leyes en forma de capitularios producidos por los gobernantes carolingios a finales del siglo VIII y IX. Un compendio del capitulario carolingio de Carlomagno y del de Luis el Piadoso realizado por Ansegiso, posiblemente actuando en capacidad de oficial, se realizó en el decenio de 820, y fue ampliamente difundido a lo largo del Imperio Carolingio.

El estudio del derecho y su función en la Edad Media se ha centrado en particular en el papel del derecho escrito. Pero hasta qué punto el derecho escrito actuó como fuente constante de referencia y guía para las decisiones legales en la práctica, tomadas por jueces y con el consejo de grupos de hombres que servían en las cortes (como los *rachimburgii* de la Galia merovingia) con una función judicial, sólo puede deducirse de vez en cuando de las cartas, de los acuerdos de disputas (principalmente sobre la tierra) y de las actas de *placita.* Las normas legales pueden haber existido

en la memoria de cada hombre de la comunidad, pero es más probable que la preservación de decisiones legales por escrito llevara, a su debido tiempo, al desarrollo de un grupo de especialistas en derecho como los que han sido identificados en Italia septentrional en el siglo X.

En el período romano tardío, hubo divergencia entre el derecho en la acción y el derecho en los libros. Lo mismo sucedió en el período altomedieval. Existió probablemente un proceso constante de adaptación, de cambio y de interpretación del derecho respecto a las condiciones sociales existentes y cambiantes. Existen muchos preceptos carolingios que exigían a los jueces juzgar según la ley escrita en lugar de seguir su propio juicio supuestamente arbitrario. Esto por supuesto implica que muchos jueces escogieran no referirse a los libros de derecho, pero puede, no obstante, haber adecuado el criterio a las normas legales aceptadas. Existen también muchas copias de *leges* bárbaras, que datan fundamentalmente de finales del siglo VIII, IX y X, que hacen pensar en una amplia difusión de *leges* junto a la legislación capitular carolingia por toda Europa occidental.

Muchos manuscritos conservados indican que los individuos hacían colecciones de derecho para su propio uso. Pero una parte significante de códices legales francos refleja la actividad de un pequeño grupo de escribas presididos por el cabeza de la chancillería real, el *cancellarius*, y asociado a la corte real. Así, la responsabilidad inicial de copiar y difundir las decisiones del rey y de las asambleas en la alta Edad Media era probablemente asumida por el rey y su chancillería. También encontramos colecciones en Inglaterra y en Francia asociadas a determinados eclesiásticos importantes.

La proliferación de copias de *leges* y capitularios, de leyes canónicas y del Código Teodosiano, en su versión completa y en varias compendiadas, parecería también indicar un acuerdo de la autoridad del derecho escrito. Estos textos dan testimonio de un esfuerzo por entender esa autoridad con relación a los procedimientos legales y las decisiones judiciales dentro de un sistema político cuyos líderes garantizaron el funcionamiento de la justicia y la ley. El derecho romano, las *leges* y los capitularios carolingios, todos inspiraron posteriores formulaciones del derecho para las monarquías de Europa occidental y la profesión creciente de abogados en los siglos XI y XII. Dentro de los reinos del período altomedieval, además, el derecho no es tanto un rasgo definido ni una característica de identidad étnica como una marca de obediencia política y de alineación social. Es una declaración de identidad política en vez de biológica.

Se copiaron en cartas transacciones legales entre individuos e instituciones. Estas cartas dejaban constancia del acuerdo de contenciosos sobre la propiedad, ventas, intercambios, obsequios, rentas y manumisión de esclavos. Atestiguan procedimientos prescritos y registrados por escrito. En las cartas podemos observar también la continuación de prácticas romanas, gradualmente adaptadas con el tiempo. Están escritas en latín con las fórmulas distintivas con relación a las transacciones particulares (algunas de las cuales fueron reunidas para la ayuda de oficinistas legales en colecciones conocidas como formularios). En contenciosos administrativos, por consiguiente, se recurre a la ley escrita, la costumbre, las cartas y la memoria, esto es, al testimonio escrito y oral. Ambos están interrelacionados estrechamente y son interdependientes.

La prueba documental de la carta proporciona el hilo más fuerte de continuidad en la interacción social y las transacciones legales a través del período desde *c.* 550 hasta los siglos XI y XII. Las cartas reflejan cómo los hombres y mujeres se aferraban a sus derechos e interponían demandas por su tierra y su patrimonio. Las donaciones a las instituciones religiosas, además, expresan la devoción piadosa que sirvió para vincular las preocupaciones espirituales y mundanas en un mundo donde los monasterios estaban firmemente arraigados en las comunidades locales. En cuanto a las funciones de las cartas y a la organización social que apoya su producción y uso en las localidades, por toda Europa los modelos básicos se establecieron en todos los reinos altomedievales. Posteriormente, el uso de cartas, junto con la escritura latina, se introdujo en las áreas recientemente conquistadas y cristianizadas de Europa como Escandinavia y Bohemia.

Los recursos y los aspectos prácticos del gobierno: las finanzas y el ejército

Es en las recompensas o el pago por ayudar al gobernante en el gobierno, donde se aprecia gradualmente la mayor diferencia entre el sistema romano y el de los reinos de Europa occidental en la alta Edad Media. Aunque los visigodos mantuvieron un sistema de tributos y lo mismo, hasta *c.* 600, hicieron los francos, no hay ningún indicio de que fuera más que un aspecto subsidiario del poder real. Los premios importantes por el servicio y la lealtad eran ahora la tierra, no el dinero; y sobre todo, los títulos

como conde o duque eran inútiles si no podían defenderse las tenencias privadas y clientelas de dependientes militares. Incluso los ejércitos de cada reino eran poco más que colecciones de clientelas privadas armadas. Estas clientelas también esperaban ser premiadas principalmente con tierras. Probablemente era, como resultado, más caro ser un aristócrata poderoso en el año 650 que en el año 400; y el interés aristocrático llegó a estar dirigido tanto hacia la creación de bases de poder locales como hacia el servicio al Estado. De este modo se emprendió el régimen de política de tierras que dominaría en la Edad Media al menos hasta 1250, aunque también debe enfatizarse que sabemos demasiado poco sobre saqueos, obsequios y recompensas en especies —equipo militar, ganado y esclavos— aparte de tierras. Uno repartía la tierra para ganar lealtad, pero, en consecuencia, tenía menos en la vida para dar, y por lo tanto, menos para negociar el poder en el futuro. Los reyes y magnates, además, tenían las mismas clases de recursos y así jugaban en el mismo terreno. Esto podía favorecer fácilmente la importante descentralización del poder. Los reyes tenían recursos materiales más escasos y fueron menos hábiles para exigir directamente a sus súbditos hacer exactamente lo que ellos querían que hicieran en gran parte de Europa después del año 900 aproximadamente.

El Imperio Romano había mantenido un sistema de tributos pesado y complicado, basado principalmente en los bienes raíces y su explotación agrícola. Se estima que las reclamaciones de tributos pudiesen haber excedido la mitad del excedente agrícola (después de satisfacer las necesidades de subsistencia) del Imperio. El tributo no era el único recurso del Estado; en la Antigüedad tardía y en Bizancio la administración imperial podía haber sido autosuficiente en todo el Imperio en cuanto a sus dominios y sus productos, aunque no hay ninguna evidencia de que éste fuera el caso. Todavía los impuestos eran esenciales para cubrir el gasto público, el mantenimiento de caminos y puentes, el despliegue del ejército permanente y la remuneración para los soldados.

Mediante el dinero las rentas públicas podían recaudarse y gastarse. La estabilidad de la acuñación era, por tanto, un factor principal en las finanzas públicas. Después de un período de inflación a finales del siglo III y la depreciación del valor del *denarius*, los impuestos se recaudaban en especias y, a finales del siglo V, en oro. El tributo era doblemente regresivo. Los pobres pagaron significativamente más impuestos que los ricos; la cesión de la recaudación de impuestos dejó una porción nada despreciable de dinero recaudada en manos de *curiales* (concejales municipales)

reclutados entre las filas de las aristocracias de la ciudad, que actuaron como recaudadores de impuestos. A cada ciudad se le exigió rendir el tributo impuesto de los campos vecinos. Así, la extorsión del tributo se volvió el rival directo de las rentas privadas.

La evolución del tributo y la acuñación en los Imperios oriental y occidental divergió notablemente en la alta Edad Media. En Oriente, el Estado conservó su interés directo en acuñar monedas buenas, porque el tributo en oro era uno de los eslabones en el ciclo de intercambio (incluyendo los impuestos y sueldos pagados por el Estado) en el que el comercio jugaba un papel mínimo. En Occidente, los nuevos gobernantes procuraron dejar la recaudación de tributos y algunas de las estructuras administrativas del sistema fiscal romano en funcionamiento. La remuneración por el servicio público y el mantenimiento de la élite militar, sin embargo, era, cada vez más, sustentada por la distribución de tierras en lugar de los pagos en oro y plata. Por consiguiente, la acuñación se volvió menos compleja.

La carga de impuestos indirectos, sin embargo, aumentó durante toda la Edad Media. La imposición de contribuciones de transporte y de mercancías, por ejemplo, fue la prerrogativa exclusiva del rey y sus agentes hasta mediados del siglo IX. Supuso una buena contribución a la tesorería real. Además, la inmunidad era una parte esencial del sistema de delegación gubernamental de ciertas tareas a un grupo intermedio. La inmunidad situaba a un individuo, sus posesiones y sus dependientes fuera de los límites de interferencia de los oficiales públicos. Las exención de obligaciones del inmunista hacia el rey era total en principio, pero los asuntos que tenían que ver con los tributos, la justicia y el mantenimiento de un ejército en la población tendieron en general a ser delegados por el rey al poseedor de una inmunidad. La concesión de inmunidad era un acto extraordinario de autodominio por el gobernante y sus agentes.[24] Con todo, paradójicamente, también era una demostración de autoridad real y una afirmación de la condición real. Se concedieron más a menudo inmunidades a las instituciones eclesiásticas. Así, también constituían una manipulación secular de los límites del espacio sagrado. En la esfera práctica, es posible que en el curso de la alta Edad Media, los mecanismos de inmunidad desbarataran completamente el sistema de tributos de tierras, porque este impuesto había desaparecido a inicios del siglo VII. Las inmunidades documentadas datan más tarde esta desaparición,

[24] Véase B. Rosenwein, *Negotiating Space: Power, Restraint and Privileges of Immunity in Early Medieval Europe* (Manchester, 1999).

pero no puede haber ninguna conexión causal. Los servicios debidos de un immune y el principio de imposición de contribución pública eran dos sistemas totalmente separados. Es evidente alguna continuidad desde la Antigüedad tardía en el papel de los magnates laicos y eclesiásticos como agentes indispensables del gobierno. Con la desaparición de un ejército fijo permanente, por ejemplo, ya no fue la imposición de impuestos, sino la guerra y la organización militar lo que se delegó a los magnates.

Desde finales del siglo VII, los reyes contaron con la solidaridad creciente de las élites políticas inspiradas por el éxito militar. En la Francia de tiempos de Carlos Martel (714-741), e incluso de Pipino III (741-768) y Carlomagno (768-814), las campañas militares y la expansión progresiva del territorio constituyeron un aspecto regular y dominante de la vida franca y un aumento continuado de la riqueza de tierras. Los historiadores han insistido correctamente en la fuerza creciente del ejército franco, de guerreros profesionales, armados y normalmente montados a caballo, cuyo sustento estaba asegurado con la concesión de propiedades reales y eclesiásticas en beneficio.

El notable alcance del ejército y del gasto público trajo consigo un grado de organización logística y económica sin precedentes en Europa occidental desde el siglo V. Se ejemplifica la absoluta eficacia de la organización militar y administrativa en las campañas mayores, en dos frentes simultáneamente, contra los sajones y los ávaros a finales del siglo VIII; en el impresionante, aunque finalmente fracasado, intento de conectar el Main/Rin y el Danubio mediante un canal entre los ríos Rednitz y Altmühl; y por las obligaciones impuestas a la totalidad de mansos dependientes de la iglesia de Reims de colaborar para proporcionar el transporte y la mano de obra para la construcción del palacio de Aquisgrán a principios del siglo IX.

Aunque continuaron gobernando a través de magnates como intermediarios, los gobernantes carolingios también buscaron dotar a la Iglesia de nuevos recursos y nuevos instrumentos. La economía política del período carolingio estuvo dominada a lo largo del siglo VIII y primer tercio del siglo IX por la necesidad de centralizar y suministrar mano de obra, instrumentos agrícolas y productos alimenticios al rey. El más importante entre los nuevos recursos del gobernante fue el nuevo método de dirección de las propiedades reales y eclesiásticas (véase el capítulo 3).

En ausencia del ejército fijo permanente del Imperio Romano y en contraste con el pequeño sustentado por Bizancio, el ejército fue organi-

zado, en principio, mediante el reclutamiento de todos los hombres libres. Esto se mantuvo en teoría hasta el siglo IX. Carlomagno introdujo al final del siglo VIII un sistema según el cual el servicio real sólo requería hombres en posesión de una cierta cantidad de tierra alodial. En el año 808, la cantidad estaba fijada en cuatro mansos (véase el capítulo 3). Otros hombres combinarían recursos para equipar a un hombre combatiente, o por regla general, para pagar los impuestos sustitutorios a un magnate que actuaba como intermediario. La forma más común de los derechos pagados al gobernante, junto al servicio al ejército y otros deberes exigidos por el gobernante, era el obsequio anual dado por los magnates al rey (*annua dona*; *eulogiae*) que era una costumbre no romana.

El medio principal para el pago de estos derechos era el *denarius* o penique de plata. Hizo su aparición primero como una unidad de dinero en Neustria alrededor del año 670 y pronto después en la Inglaterra anglosajona. Tenía el mismo peso que el *tremissis* de oro que reemplazó (1.3 g o 20 granos de cebada) y, por lo tanto, mucho menos valor nominal, lo que bien puede haber facilitado el intercambio comercial a nivel local, aunque esto se cuestiona bastante. Los gobernantes carolingios reformaron el peso a 1.7 g o 20 granos de trigo. El sistema monetario de Europa occidental había evolucionado hacia el monometalismo, al principio basado en la acuñación en oro cada vez más rebajado y, con el tiempo, en plata. La emisión de moneda cambió gradualmente de la acuñación imperial romana a imitaciones de la acuñación imperial. A la larga se produjeron monedas distintivas de los gobernantes visigodos, lombardos, ingleses y francos, aunque el grado de control político ejercido sobre las casas de la moneda y sobre la acuñación varió considerablemente en los distintos reinos. En la Galia de los merovingios, por ejemplo, era principalmente una acuñación local, en cecas más o menos privadas con un volumen de producción pequeño, aunque ahora está claro que pudo haber habido control total sobre la acuñación. No obstante, hacia el siglo VIII, el control real sobre la moneda es evidente. La circulación interregional de moneda en el noroeste de Europa estuvo dominada por los peniques frisios y, en menor grado, por los anglosajones, cuyo incentivo principal para la producción parece haber sido comercial.

Los decretos acerca de la acuñación están vinculados por los francos con medidas contra el abuso de portazgos (es decir, individuos particulares que los destinan para su propio uso), la adulteración de pesos y medidas, la acuñación falsa y el control de mercados. Por acuñación falsa no se

entendía tanto la acuñación de imitaciones de metal bajo (de lo que, de hecho, existen pruebas, aunque muy pocas) como de monedas acuñadas en cecas no controladas por el rey. Había también castigos severos por negarse a aceptar el dinero útil. Semejante rechazo (que nos puede parecer muy raro) posiblemente esconde elementos más complejos de resistencia al control real en la población en general.

Juzgando a partir del modelo de acuñación y los hallazgos de monedas, la zona oriental a partir del reino franco de Luis el Germánico (840-876) disfrutó de una economía esencialmente no monetaria. Existen otras diferencias entre las regiones del este y las del oeste del Rin, indicadas por Adrian Verhulst, como el recurso a los servicios laborales y la falta de insistencia en el arriendo en dinero. No obstante, el dinero sin duda circuló regular y rápidamente, estimulado por la actividad comercial, sobre todo en el área del Mar del Norte. Los francos tuvieron mucho éxito al impedir la circulación de dinero extranjero dentro de su reino. De hecho, en el reino de Luis el Piadoso, Europa occidental disfrutaba de lo que sólo puede describirse como una única moneda europea, con la moneda extranjera excluida del Imperio Carolingio. Sólo Inglaterra y Benevento, de las formas de gobierno productoras de moneda, estaban fuera del sistema. En el caso de Inglaterra, sin embargo, su dinero, reformado por el rey Offa de Mercia a finales del siglo VIII, era del mismo peso de plata. El importante centro comercial de Venecia labró la moneda *Christiana religio* de Luis en su ceca junto a emisiones similares propias, probablemente para facilitar el comercio.[25] La acuñación en Inglaterra y Francia se usó como un medio de afirmar la autoridad real, aunque el volumen de producción de moneda altomedieval todavía está en cuestión.[26] La acuñación también podía ser una manera de aumentar el pago de tributos rápidamente, aunque en algunos casos el tributo también se pagaba en parte en vino, ganado y grano. Los tributos pagados a los vikingos, además, significaban que ese precioso oro en lingotes dejaba el país. Desde el último tercio del siglo IX, el control del sistema monetario era desviado y adquirido por los grandes magnates laicos y eclesiásticos que recurrían en gran escala, como otros gobernantes habían hecho antes que ellos, tanto a la depreciación del contenido del metal como al peso de la acuñación. Desde apro-

[25] S. Coupland, «Money and coinage under Louis the Pious», *Francia*, 17/1 (1990), pp. 23-54.

[26] Véase M. Blackburn, «Money and coinage», en R. McKitterick (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, II, *c. 700-c. 900* (Cambridge, 1995), pp. 538-562.

ximadamente el año 900, el destino del dinero es una indicación justa de los diferentes acontecimientos políticos en los reinos del occidente cristiano. En Alemania, por ejemplo, los gobernantes sajones difundieron la acuñación de moneda en las regiones al este del Rin y se extendió gradualmente a nuevas formas de gobierno como Polonia, Hungría y Bohemia, pero fue organizada a través de los magnates locales. En Francia, las normas regionales de peso se habían desarrollado a finales del siglo X. La Inglaterra anglosajona, por otro lado, retuvo e incluso aumentó el fuerte control real sobre la acuñación. Hacia mediados del X, de hecho, Inglaterra tenía el sistema monetario más sofisticado, si bien autónomo, de toda la Europa occidental contemporánea.

Aunque el tesoro familiar no parece ser un elemento de poder estatal disputado en los reinos lombardos o visigodos, era esencial en Francia. Después de la muerte de Pipino II y su hijo Grimoaldo en el año 714, por ejemplo, Ragamfred, el mayordomo del palacio de Neustria, y Radbod, rey de los frisios, secuestraron a Plectrude, viuda de Pipino, junto con el tesoro familiar pipínido. Carlos Martel pudo finalmente recuperarlo en el año 717. Además, Carlomagno se sirvió por completo del tesoro ávaro después del año 796 como medio de hacer obsequios suntuosos para impresionar a gobernantes vecinos como Offa de Mercia y para recompensar a sus hombres fieles en la corte. No obstante, la distribución y el control de cargos, como condados, abadías y obispados en lugar de la tesorería real se convirtieron en los focos principales de las rivalidades políticas y los conflictos de los siglos IX y X.

La ideología política

Gran parte de este capítulo ha hecho hincapié en las realidades de la monarquía y el gobierno, en la medida en que pueden ser reconstruidas. Pero existían también ideales poderosos en movimiento en las contestaciones/ reacciones prácticas al ejercicio del poder político. Aun siendo el orden semanal, aparentemente festivo, del deber de un rey irlandés, el *Críth Gablach* expresa, de hecho, muchas de las expectativas subyacentes de conducta política discutidas más arriba, así como los ideales de la monarquía:

Domingo para beber cerveza, porque no es un gobernante justo aquel que no se provee de cerveza todos los domingos.
Lunes para el juicio, para la modificación de la *tuatha*.
Martes para jugar al ajedrez.
Miércoles para observar a los galgos en la caza.
Jueves para la sociedad de la esposa.
Viernes para las carreras de caballos.
Sábado para juzgar casos.[27]

En la Antigüedad tardía el poder y la presencia del emperador estaban implícitos. La majestad del mismo emperador fue realzada enormemente, desde los tiempos de Constantino en adelante, con una insistente ideología monárquica alentada por la visión cristiana de un cielo jerárquico gobernado por una divinidad omnipotente. Las complicadas ceremonias celebraban el advenimiento (*adventus*) y los triunfos del emperador. La exaltación del emperador estaba cada vez más intrincada en un protocolo estricto para entrar en su presencia. Todo ello fue registrado por escrito, por un lado, en obras como la *Vida de Constantino* de Eusebio y en su *Historia eclesiástica* (conocida en Occidente por la traducción latina de Rufino, † 411). Por otro, se articularon las ideologías del poder político y legal en el Código Teodosiano de derecho romano, reunidas en el año 438 y utilizado en Occidente hasta el siglo XI. Ciertamente la ideología imperial y real cristiana disfrutó después de gran influencia. Se le dio expresión visual en pinturas y esculturas y fue elaborada no sólo por la Iglesia en el ritual litúrgico, sino también por los gobernantes y sus consejeros en la escenificación de la llegada del rey, presidiendo la corte y el ceremonial cortés.

La imagen del rey, por consiguiente, combinaba un simbolismo muy cargado y una asociación con la autoridad divina, con el negocio más pragmático y doméstico de gobernar a hombres y mujeres, manteniendo el equilibrio entre las relaciones con ellos y con los consejeros y dignatarios principales. Los primeros retratos reales postromanos conservados, aparte de las imágenes más tempranas en las monedas de España, Inglaterra, Francia e Italia, son las miniaturas de manuscritos de mediados del siglo IX. En ellas el gobernante es representado con los símbolos de su car-

[27] Críth Gablach, cap. 41, ed. D. A. Binch, *Críth Gablach*, Medieval and Modern Irish Series 11 (Dublín, 1941), p. 21. Los *tuatha* son unidades políticas y jursdiccionales del reino. Véase, W. Davies, «Celtic kingships in the early middle ages», en A. Duggan (ed.), *Kings and Kingship in Medieval Europe* (Londres, 1993), pp. 101-124.

go y la mano de Dios sobre su cabeza. En los retratos de Carlos el Calvo (840-877) (lámina 3) y de los gobernantes otonianos de Alemania (lámina 11) existen representaciones de los magnates laicos y eclesiásticos del reino, personificaciones de las virtudes —la prudencia real, la justicia, la fortaleza y la templanza— y de las provincias o regiones sobre las que el rey gobernaba.[28] Tales vínculos con la autoridad divina y la responsabilidad del gobernante cristiano de apoyar la religión cristiana se convirtieron en un aspecto familiar de los retratos del gobernante medieval: la reina Emma y el rey Cnut, mecenas reales de New Minster (la Nueva Catedral) de Winchester son retratados en el siglo XI, por ejemplo, en el *Liber Vitae* de New Minster (Biblioteca Británica, Stowe 944, f. 6^{r}) ofreciendo una cruz de oro a la abadía.[29]

Estos retratos reflejan, además, mucho de lo que también se expresa en los rituales de inauguración o de coronación que empezaron a ser incorporados en las liturgias francas y anglosajonas en el curso del siglo IX. A su vez, éstos eran rituales formalizados y específicos que tenían sus raíces en las misas primitivas para el monarca, como las oraciones de la liturgia visigoda del siglo VII para el rey que sale a la batalla. Dichas oraciones y gestos son expresiones dramáticas del papel del rey como el representante de Dios afianzando la justicia y la paz para las personas cristianas. Los visigodos y los francos, a emulación del Antiguo Testamento, ungían a sus reyes con aceite sagrado. En el caso de los francos, la unción era un ritual inventado por el clero franco para reforzar la posición del nuevo gobernante carolingio Pipino III en su usurpación de la dinastía merovingia. La unción de los nuevos reyes como parte de rituales litúrgicos complejos se convirtió, a su debido tiempo, en una práctica real europea.[30] Los reyes, además, tomaron amplia conciencia de su condición y de la de sus familias instituyendo oraciones conmemorativas en determinados aniversarios de la familia para que fueran observadas en los monasterios e iglesias de sus reinos.

La ideología de la monarquía cristiana y, ocasionalmente, también la del ideal de armonía, cuando no la unidad del imperio cristiano, también

[28] Véase H. L. Kessler y P. D. Dutton, *The Poetry and Paintings of the First Bible of Charles the Bald* (Ann Arbor, 1997) y H. Mayr-Harting, *Ottonian Book Illumination: An Historical Study* (Londres, 1991).

[29] S. Keynes (ed.), *The Liber Vitae of the New Minster and Hyde Abbey Winchester*, Early English Manuscripts in Facsimile 26 (Copenhagen, 1996), lámina V.

[30] Véase R. A. Jackson, *Ordines Coronationis Franciae: Text and Ordines for the Coronation of Frankish and French Kings and Queens in the Middle Ages*, 1 (Philadelphia, 1995).

se presagiaban de manera más convencional en los tratados, a menudo conocidos como espejos de príncipes. Se conservan varios del siglo IX. Recurrían mucho a modelos más primitivos de monarquía cristiana, en especial a aquellos de san Agustín, y a modelos bíblicos. A su vez, estos tratados influyeron después en la formulación del pensamiento político. Con todo, los textos altomedievales, especialmente los escritos históricos y la legislación del período, también refuerzan la importancia de la fidelidad y del señorío políticos, o la virtud política y la obligación mutua entre el gobernante y sus hombres fieles. Como Janet Nelson ha subrayado, «el pensamiento político no sólo se manifiesta en las teorías sino también en las respuestas *ad hoc* contemporáneas a los problemas políticos y a las diferencias percibidas entre los ideales y las realidades».[31]

Ciertamente existen muchos contrastes y variaciones en las culturas de poder y en las manifestaciones del control político por Europa a lo largo de la alta Edad Media. A pesar de todo, existían también similitudes fundamentales en el desarrollo, desde el sistema autocrático del Imperio Romano tardío a través de los primeros reinos bárbaros hasta las concepciones del reino como una entidad territorial y sociológica, el *ministerium* del gobernante cristiano y el compartimiento del poder y de la responsabilidad, en un grado mayor o menor, entre la aristocracia (laica y eclesiástica) y el rey.

[31] Janet L. Nelson, «Kingship and empire in the Carolingian world», en R. McKitterick (ed.), *Carolingian Culture: Emulation and Innovation* (Cambridge, 1994), p. 65.

Lámina 5 Beato de Liébana, *Comentario sobre el Apocalipsis.*

2

La sociedad

Chris Wickham

En este capítulo se confrontarán dos historias: la de las aristocracias con posesión de tierras y la del campesinado, respectivamente. Esto no es porque las dos clases fueran completamente distintas (menos, en algunas regiones, que en cualquier período de la historia desde el año 200 a. C. hasta el presente), sino porque, si uno las mantiene separadas, las sociedades campesinas corren el riesgo de ser excluidas totalmente, como resultado de su pobre documentación, aunque constituyeron quizá el 95 por 100 de la población. En el contexto de esa oposición esencial trataré tres grupos de sociedades europeas por separado: las sociedades postromanas occidentales; la sociedad todavía romana oriental; y las sociedades no romanas del norte. Es difícil no ser esquemático en una discusión sobre la historia social de un período de 600 años, pero espero que esta separación permita, por lo menos, algo de equilibrio entre el reconocimiento de, a menudo, grandes diferencias locales o regionales en la Europa del período altomedieval y el establecimiento de tendencias generales comprensibles. Concentrarse en los aristócratas y en los campesinos implica algunas omisiones. Me centraré en la sociedad laica y, hasta donde sea posible, en los aspectos seculares de acción social; la actividad eclesiástica y religiosa se discutirá en el capítulo 4. Asimismo, los artesanos y los comerciantes se tratarán, como poderes económicos por encima de todo, en el capítulo 3, porque eran pocos en número después de la caída del Imperio Romano y no formaron una categoría social (o categorías) particularmente bien definida por sí misma. El trabajo artesanal se atestigua bien en la arqueología altomedieval, sobre todo el de los obreros del metal y el de los alfareros. Los artesanos, sin embargo, normalmente trabajaban a dedicación parcial, y en términos sociales pueden asimilarse al campesinado o, en el caso de algunas ocupaciones de la élite como orfebres y acuñadores de monedas, a la aristo-

cracia.[1] Incluso en sociedades donde el urbanismo sobrevivía, como en Italia septentrional, la agricultura era la base económica de casi toda la sociedad; este capítulo pretende reflejar ese hecho.

Las aristocracias romanas

Nuestro punto de partida debe ser el mundo romano tardío que todavía era próspero y estable en el año 400. Los antiguos aristócratas romanos eran aproximadamente divisibles en cuatro categorías que se superponen. En primer lugar están las familias senatoriales que podían ser muy ricas, como Probo, que a inicios del decenio de 420 pagó 1.200 libras de oro sólo para los juegos pretorianos, un ritual que marcaba el principio de su carrera política formal, o como Piniano y Melania, una pareja joven que adoptó la cristiandad ascética en la primera década del siglo V e incluso vendió sus propiedades en Italia, Sicilia, el norte de África, España y Bretaña, así como grandes cantidades de ropa y joyas.[2] En segundo lugar, está la élite gubernamental del Imperio. Muchos de éstos procedían de familias senatoriales y muchos más llegaron a formar parte de ellas. Se concentraban principalmente en las capitales, Rávena (después del año 401) para Occidente y Constantinopla para Oriente, aunque habían bastantes aún en los antiguos centros: Roma, Antioquía y otras partes. En tercer lugar, estaban las familias de los concejales de la ciudad (*curiales*) de los muchos centenares de ciudades del Imperio, la aristocracia urbana que había construido los templos en el siglo II y otros edificios públicos que todavía tan a menudo sobreviven, y que, a partir del siglo IV, fundaban con entusias-

[1] Un buen estudio de la variedad de oficios y artesanos puede encontrarse para Inglaterra en C. J. Arnold, *An Archaeology of the Early Anglo-Saxon Kingdoms*, 2ª ed. (Londres, 1997), pp. 67-100. Para Europa occidental en conjunto, véase R. Doehaerd, *The Early Middle Ages in the West* (Amsterdam, 1978), pp. 159-169, un breve estudio práctico basado principalmente en fuentes escritas. Los mercaderes podían ser ricos e ifluyentes, pero eran aún más marginales socialmente, como forasteros, a menudo extranjeros, espías potenciales (de hecho, a veces reales): para una lista de referencias, *ibid.*, pp. 169-182, y más detalladamente, el artículo de D. Claude en *Untersuchungen zu Handel und Verkehr der vor— und frühgeschichtlichen Zeit in Mittel— und Nordeuropa* (Göttingen, 1985), vols. 2 y 3, pp. 9-99.

[2] Olympiodorus, frag. 41.2, ed. y trad. inglesa en R. C. Blockley, *The Fragmentary Classicising Historians of the Late Roman Empire*, 2 (Liverpool, 1983), pp. 204-7; *Vie de Sainte Mélanie*, caps. 11, 19-20, ed. y trad. D. Gorce (París, 1962), pp. 146-149, 162-171. Probo era considerado por Olimpiadoro por debajo del promedio de riqueza.

mo los edificios de la nueva religión estatal, la cristiandad. Este estrato aristocrático local se sintió amenazado hacia el año 400, cuando su papel tradicional de recaudador de impuestos fue socavado por los funcionarios del estado romano tardío, más centralizado, pero su riqueza colectiva no disminuyó demasiado. En conjunto, los *curiales* formaban el grupo principal de dueños de tierras bajo el Imperio Romano, y sus tierras, que tendían (al contrario de aquellas de los senadores) a ser restringidas a los territorios de ciudades únicas, era más probable que sobrevivieran a la descentralización radical que acompañó a la disgregación del Imperio en Occidente. En cuarto lugar, estaba el ejército, una jerarquía parcialmente separada cuyos líderes eran, no obstante, los máximos representantes en la escena política. Muchos de éstos eran de origen senatorial, pero había siempre espacio en la cima de la jerarquía militar para hombres de talento de familias menores, particularmente de las regiones fronterizas y, de hecho, cada vez más de las comunidades germánicas más allá de la frontera. Estos nuevos hombres no sólo eran ignorantes de Virgilio, sino que su latín (o, en Oriente, el griego) era a menudo considerado imperfecto; por estas razones, eran regularmente el blanco del esnobismo social y cultural de las élites civiles (incluyendo a los escritores de todas nuestras fuentes), pero ellos no eran los menos romanos por eso y no pocos llegaron a ser emperadores.

Deben hacerse algunas puntualizaciones sobre estos diferentes grupos aristocráticos, tomados en conjunto. Primero está el hecho de que la mayoría de los miembros de esta clase, incluso el más rico y el de posición más alta, eran figuras civiles, no militares: la aristocracia imperial romana era una de las pocas en la historia del mundo preindustrial (la única principal excepto China) en no ser dominada por la proeza militar. Sus marcadores culturales no eran el valor, la equitación, la caza, sino más bien la educación y el bienestar. Los aristócratas civiles romanos tenían que saber a Virgilio de memoria (en Oriente a Homero) y poder componer por ellos mismos un poema lírico admisible u oración; también valoraban las casas de buena calidad, llenas de mármol, de suelos de mosaico, paredes de frescos y con calefacción central por debajo del suelo: las fuentes literarias y los restos arqueológicos, respectivamente, que han asombrado a las generaciones posteriores hasta el día de hoy. También valoraban la comida cara y la ropa ostentosa. En esto no eran atípicos de las aristocracias posteriores, aun cuando un senador romano se habría cansado pronto de la dieta obsesionante de carne asada de sus descendientes nobles medievales en Occidente.

En segundo lugar, había una asociación íntima entre la condición aristocrática y la ocupación de un cargo imperial. Incluso los miembros de las familias senatoriales más ricas fueron legitimados totalmente sólo por ocupar una serie de cargos, bien en la antigua y ceremonial capital, Roma (como la pretoría de Probo) o en la administración. No es que todos los miembros de la familia necesitaran ser oficiales, de hecho podían serlo, pero no habían los suficientes cargos para todos. Incluso cuando los rechazaban, como por ejemplo si optaban por la cristiandad ascética, mantenían no obstante «su propio rango», como Gregorio de Tours dijo acerca de un santo senatorial de principios del siglo v, Paulino de Nola.[3] Pero no habría sido posible para una familia permanecer de lleno en su condición senatorial si, por ejemplo, había rechazado todo cargo y se había retirado a sus tierras; y para el estrato curial semejante opción era, en efecto, ilegal. Una alternativa era, desde luego, unirse a la Iglesia: los obispos normalmente procedían de familias senatoriales o de *curialis*. A medida que pasaba el tiempo, la jerarquía eclesiástica se convirtió en un caso análogo, incluso más atractiva a las familias curiales por cuanto estaba exenta de tributos. Pero el episcopado estaba fielmente vinculado a los valores imperiales mientras durara el Imperio; obispos y *curiales* cooperaron gobernando las ciudades del siglo v.

Un tercer punto es, precisamente, este enfoque urbano para la aristocracia. Sólo la jerarquía militar era parcialmente inmune de tener que operar en un escenario urbano en su actividad pública. Las ciudades romanas estaban llenas de arenas públicas para la acción política: el foro, los edificios ceremoniales a su alrededor, los baños para las reuniones menos formales y, ahora, la catedral. Ésta estaba a menudo en el foro, reforzando así, además, la importancia del centro de la ciudad, aunque igualmente, con frecuencia, cuidadosamente situada en una esquina de los muros de la ciudad, como un foco ceremonial alternativo. La conducta «civilizada» —saberse a Virgilio, etc.— significaba, precisamente, un comportamiento de ciudadano. No es que uno nunca saliera al campo. En el Imperio tardío, en particular, cada familia principal occidental tenía al menos una propiedad rural lujosamente amueblada, o «villa» como la llamamos, en la que los aristócratas pasaban los meses de verano rutinariamente. Un buen número de éstas han sido halladas por arqueólogos. Pero esta clase de vida no

[3] Gregorio de Tours, *Liber in gloria confessorum*, cap. 108, ed. B. Krusch, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* 1.2 (Hanover, 1885), pp. 817-818; trad. inglesa de R. Van Dam, *Gregory of Tours: Glory of the Confessors* (Liverpool, 1988), pp. 108-111.

era considerada como una alternativa a la ciudad; era llamada *otium*, «descanso» (con su opuesto, el efectivo *negotium*, «negocio», con base en la ciudad). El senador galo Sidonio Apolinario (*c.* 431-485) lo expresaba bien en su extensa colección de cartas de los decenios de 460 y 470: uno iba a sus dominios lujosamente amueblados, como su propio *avitacum* en Auvernia, con su pórtico con vistas a un lago y su terma privada, para hablar con sus invitados en verano, pero en otoño era conveniente regresar a la ciudad (en su caso, Clermont), porque si no sería despreciado como un campesino. Sidonio no menciona las funciones agrarias del *avitacum*, aunque las debe de haber tenido, porque habrían sido la base de su propia riqueza; un interés manifiesto en la creación de riqueza era considerado «déclassé». «Si cultivas una propiedad en la moderación, la posees; si lo haces demasiado, te posee», escribió a Siagrio, un amigo de quien sospechó tener poco interés en la vida urbana. Esto podía ser dicho por cualquier aristócrata romano tradicionalista. Semejante ecuación entre la ciudad y la cultura/civilización fue heredada por el episcopado con base en la ciudad que, a finales del siglo V, estuvo entre sus defensores más acérrimos. De hecho, Sidonio al final de una carrera pública exitosa, fue nombrado obispo de Clermont en el año 469 y ayudó a defenderla contra los ejércitos visigodos en los años 471-475. Su amigo Mamerto, obispo de Vienne, en el mismo período elaboró los rituales públicos de la Iglesia conocidos como rogativas, esencialmente las procesiones en la ciudad, descritos en un lenguaje llamativo por Sidonio en otra carta, para fortalecer el cuerpo del ciudadano después de una serie de desastres.[4]

Uno no debe, no obstante, tomar demasiado en sentido literal a Sidonio. Él es un buen ejemplo de este estilo de vida urbano e imaginería, no sólo porque lo expresa bien, sino también porque escribió en un momento de cambio. Sidonio escogió escribir como parte de una tradición interminable de aristócratas civiles amantes de la poesía, vestidos con togas y asiduos de los baños. Pero no todos siguieron su ejemplo. Siagrio, por lo menos, no lo hizo. No sabemos cuán típico era su rechazo de la ciudad, pero probablemente no era raro. Tampoco, sin embargo, lo hizo Ecdicio, cuñado de Sidonio, que era de mentalidad tan militar que estaba dispuesto a defender Clermont con un ejército privado. Ni de hecho lo hizo Avito, padre de Ecdicio (quien fue emperador en los años 455-456, lan-

[4] Sidonio Apolinario, *Epistolae* 2.2, 1.6, 8.8, 7.1, ed. y trad. inglesa de W. B. Anderson, *Sidonius: Poems and Letters*, 2 vols. (Cambridge, Mass., 1936), vol. 1, pp. 416-435, 362-367; vol. 2, pp. 336-341, 286-293.

zando así la carrera pública de Sidonio): Avito fue capaz en su juventud de cabalgar detrás de un jinete huno al servicio del ejército romano, quien había matado a su esclavo de manera fortuita, y de matar al huno en combate único, una imagen muy marcial, como el propio Sidonio escribe en un poema de alabanza. Cuando los visigodos tomaron el sur de la Galia en el decenio de 470, las aristocracias empezaron a tener que escoger nuevos papeles. Algunos de sus miembros se vistieron con los hábitos de la Iglesia, como obispos o aspirantes a obispos, como hizo Sidonio y Mamerto; algunos se pusieron la armadura, como los generales de los ejércitos de los nuevos reinos romano-germánicos; algunos, como el propio hijo de Sidonio, hizo ambas cosas.[5] Había, sin embargo, el espacio decreciente para una aristocracia laica específicamente civil, salvo para unas pocas personas en la administración inmediata de los reyes. Sidonio, por todo su tradicionalismo confiado, estaba en la última generación de su esplendor. Hacia el siglo VI, muchas cosas habían cambiado.

Las primeras élites occidentales medievales

Continuemos con la aristocracia de las provincias romanas occidentales en el mundo postromano, el período 500-750, para ver cuán diferentes eran respecto a la tradición romana. Podemos encontrar la misma clase de modelos en la Galia franca, la España visigoda o, un poco más tarde, en la Italia lombarda a partir del año 568/569, y tomaré los ejemplos de estas tres regiones. En cada caso, un indicador mayor de la aristocracia secular era ahora la actividad militar que, de hecho, hacia el siglo VII era a menudo también un requisito para los obispos. Incluso los administradores gubernamentales centrales podían recibir un cinturón (*balteus* o *cingulum*) de los reyes en señal del servicio militar (aunque en el mundo romano *cingulum* y *milicia* habían ya significado de manera abstracta el servicio público civil). No podría concluirse, sin embargo, que esta clase de investidura formal «creara» la condición militar y aristocrática, como el armarse caballero hizo en Europa noroccidental en el siglo XII. De hecho, este

[5] Sidonio Apolinario, *Carmen* 7, versos 246-294, *Poems and Letters*, vol. 1, pp. 138-141; para el hijo de Sidonio, Apolinario, Gregorio de Tours, *Decem libri historiarum*, 2.37, 3.2, ed. B. Krusch, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* 1.1 (Hanover, 1885), pp. 88 y 98; trad. inglesa de de L. Thorpe, *Gregory of Tourse: The History of the Franks* (Harmondsworth, 1974), pp. 154 y 162-163.

período es quizá el menos explícito en la historia occidental sobre lo que exactamente componía el estatus aristocrático, la condición de ser *nobilis*, como a veces se llamaban a los aristócratas. La riqueza (en tierras) era un elemento, desde luego; tener un cargo militar, otro; la ascendencia, un tercero; la proximidad al rey (véase el capítulo 1), un cuarto; una serie de modelos típicos de conducta aristocrática, un quinto. Necesitamos mantenerlos por separado, al menos en nuestras mentes, si queremos entender la sociedad aristocrática en el Occidente altomedieval. Aunque en la práctica tienen que ser descritos juntos, eran considerablemente menos inseparables que en períodos posteriores.

Puede ser muy útil empezar con la ascendencia. ¿Quién pertenecía a un estatus claramente alto en Occidente en, digamos, el siglo VII? Una respuesta clara son las antiguas familias aristocráticas romanas, el grupo denominado familias «senatoriales» por Gregorio de Tours en los decenios de 570 y 580, aunque el Senado como institución se confinaba ahora a la propia Roma y en decadencia terminal incluso allí. Podemos rastrear bien su ascendencia en el siglo VII en la Galia en algunos casos, como en el de la familia de Avito y Sidonio en Clermont, aunque menos en España e Italia, porque las pruebas documentales no son tan buenas.[6] Estas familias mantuvieron su estatus en parte debido a su continuada riqueza de tierras, pero en gran parte debido a su linaje: podían infundir respeto. Es interesante, sin embargo, que también estuvieran mejor definidas como grupo de ascendencia de lo que lo estuvieron las nuevas aristocracias germánicas que entraron con la conquista. En Italia, las denominadas familias lombardas por línea masculina de sangre aristocrática (*genera*) no se documentan después del decenio de 640 y el concepto puede haber entrado en desuso rápidamente cuando se quedaron sin herederos masculinos; sólo en Baviera dichas familias, llamadas allí *genealogiae*, perduraron hasta el siglo VIII. En Francia, en cambio, el primer código de derecho, el *Pactus legis Salicae* de *c.* 500-510, sólo se refiere a los francos libres y no hace referencia a ningún tipo de condición aristocrática.[7] De hecho, en las

[6] Sobre Clermont, véase I. N. Wood, «The ecclesiastical politics of Merovingian Clermont», en P. Wormald (ed.), *Ideal and Reality in Frankish and Anglo-Saxon Society* (Oxford, 1983), pp. 34-57.

[7] *Edictus Rothari*, Prologue, ed. F. Beyerle, *Leges Langobardorum 643-866* (Witzenhausen, 1947), pp. 2-4; trad. inglesa de K. F. Drew, *The Lombard Laws* (Philadelphia, 1973), pp. 39-40; *Lex Baiwariorum*, 3.1, ed. E. von Schwind, *MGH, Leges nationum germanicarum* 5.2, (Hanover, 1926), pp. 313-315; trad. inglesa de T. J. Rivers, *Laws of the Alamans and Bavarians* (Philadelphia, 1977), p. 129.

tierras francas, a menudo se ha argumentado, en efecto, que la aristocracia del período altomedieval era una nueva aristocracia de servicio, que debía su riqueza y posición exclusivamente a Clodoveo y a sus hijos. Ello es improbable, porque están firmemente arraigadas, probablemente por los años 500-520, si consideramos las fechas de los hallazgos de ricas tumbas de cementerios del período merovingio y por el año 550 a más tardar. Con todo, el argumento muestra al menos cuán duro sería sostener que existía explícitamente cualquier aristocracia de sangre determinada en Francia, al menos hasta que las mismas familias principales del siglo VI echaron raíces. Pero estas tenían estructuras familiares ligeramente diferentes, como veremos en breve.

La tenencia de tierras era, por otro lado, una constante. En la Italia del siglo VIII, la riqueza y la *nobilitas* eran en realidad sinónimos, como nos dice Pablo Diácono.[8] En Francia, la equivalencia era menos explícita, pero sin duda se consideraba igualmente normal. Si los aristócratas germánicos se apoderaron de la tierra directamente, o les fue asignada por los reyes como parte formal de un asentamiento, o la ganaron a través de la ocupación de cargos, o más tarde, por *largesse* real, ciertamente la poseyeron en cada estado sucesor. En cualquier caso, algunas de estas posesiones eran también inmensas, excepto aquellas de los senadores más ricos del siglo V. Wademir, dueño de tierras que vivía en o cerca de París, quien redactó su testamento en el año 690, tenía treinta y tres propiedades esparcidas por toda el área de París hasta Angers en el Loira e incluso hasta Cahors en la Aquitania central. El obispo de Le Mans, Bertram, en su testamento del año 616 listaba aún más, unas cien propiedades dispersas por un docena de diócesis. Se ha sostenido verosímilmente que Bertram era en parte de ascendencia romana, así como que quizá estuviera relacionado con dos reinas merovingias; es bastante significativo, sin embargo, que fuera un seguidor íntimo del rey Clotario II y ganara mucha de esta tierra en el período posterior a la rápida conquista por ese rey de todos los otros reinos francos en el año 613.[9] Por ahora, la ascendencia étnica era menos importante que la *Königsnähe*; pero ambas se transmutaron en la riqueza de tierras y así la posibilidad de poder local independiente.

[8] Pablo Diácono, ed. E. Dümmler, *MGH, Poetae aevi carolini* I (Hanover, 1881), p. 48.

[9] Wademir, en H. Atsma y J. Vezin (eds.), *Chartae Latinae Antiquiores* XIII (Olten and Lausanne, 1981), n. 571, pp. 94-99, con facsímil; sobre Bertram, véase el texto y las hipótesis sobre los orígenes de la familia en M. Weidemann, *Das Testament des Bischofs Bertram von Le Mans vom 27 März 616* (Mainz, 1986).

Si uno compara Francia con los reinos visigodos y lombardos, parece evidente una conclusión: los aristócratas francos eran los más ricos. Wademir y Bertram son parte de un grupo de aristócratas muy acaudalado, con base entre el Loira y el Rin, que no tienen ningún paralelo conocido en otra parte. En la documentación del siglo VIII para la Italia lombarda, los señores feudales raramente poseían más de media docena de propiedades cada uno, incluso cuando eran miembros reales: hasta los aristócratas francos medianos los pueden haber aventajado con mucho. La situación es menos clara en España, pero nuestras fragmentarias pruebas documentales hacen alusión a una escala pequeña similar para todos, menos para las familias nobles principales. Esto permitiría una acumulación de riqueza y una serie de actividades de intercambio en Francia que no pudo ser igualada en otra parte hasta aproximadamente después del año 650, como veremos en el capítulo 3. También hizo la vida más difícil para los reyes merovingios, quienes tenían que enfrentarse con la facción en lucha más seria de cualquier reino germánico. Embarcarse en una aventura peligrosa era duro y no es sorprendente que la monarquía merovingia fuera la que sufriese la crisis política más seria a finales de la segunda mitad del siglo VII. Sin embargo, los recursos reales continuaban siendo suficientemente importantes en Francia para que los carolingios se recuperaran a partir del año 718 y se establecieran como la dinastía más poderosa en Occidente. De hecho, una vez ellos hubieron impuesto su autoridad sobre las facciones y una vez hubieron confiscado las tierras de los adversarios perdedores, también pudieron beneficiarse de la riqueza y el poder local de sus aristocracias.

Estas aristocracias francas, italianas y españolas eran, ante todo, militares. Aspiraban a las posiciones en el gobierno real que eran, sobre todo, definidas en términos militares, como duques y condes, es decir, jefes del ejército y jueces provinciales y locales. Ellos se unían entre sí, y a los reyes, en clientelas vinculadas por juramentos de lealtad que tenían un fuerte componente militar. Su imagen de conducta apropiada implicaba mucha violencia: no sólo la valentía en la guerra, sino también el asesinato por venganza era considerado completamente honorable, incluso por reyes y clérigos. Gregorio de Tours describió el sadismo más desagradable en sus vecinos aristocráticos que censuraba; observaba bastante agriamente que los aristócratas, en general, estaban sólo interesados en el honor, en los saqueos, en el dinero y en los asuntos de la corte.[10] Pero estas últimas pecu-

[10] La venganza como norma: por ejemplo, Gregorio, *Decem libri historiarum*, 9.19, ed. B. Krusch, pp. 432-434; trad. inglesa de Thorpe, *Gregory of Tours*, pp. 501-502; *Vita Landi-*

liaridades eran más a menudo toleradas que criticadas por nuestros comentaristas, incluyendo en otros días al propio Gregorio. Eran normales. También lo era la ostentación aristocrática. Las élites llevaban mucha riqueza en su persona para causar efecto: oro y gemas sobre elegante piel y vestidos de seda eran comunes entre los aristócratas de ambos sexos, por ejemplo. Cuando san Eligio de Noyon († 660) era el orfebre de la corte para el rey franco Dagoberto en el decenio de 630, era tan santo que dio sus ropas de seda adornadas con piedras preciosas, su pulsera de oro, e incluso su cinturón del cargo, a los pobres y para redimir a los cautivos. Pero no era en absoluto demasiado santo para llevarlos, y cuando él los regaló el rey se los dio nuevos. Esta retórica de la indumentaria, cabe señalar, incluso era respetada por los campesinos: cuando el rey visigodo Leovigildo regaló una propiedad a un asceta real, Nancto, dos de los labriegos lo asesinaron porque iba vestido con trapos y con el pelo desaliñado: dicha ropa era indigna de un *dominus*.[11] Comer y beber en exceso también era normal. De hecho, participar en banquetes reales —ser un *conviva regis*— era un aspecto particularmente importante de la *Königsnähe*.

El vestir y el comer no eran solamente atributos de identidad militar, pero puede ser debido a tradiciones militares que no estuvieran acompañados de buenas casas. Con el declive de las ciudades como focos políticos al final del Imperio, la vida urbana ya no era esencial para las aristocracias y gran parte de las élites llegaron a vivir en el campo donde las ciudades estaban sólidamente arraigadas, como en la Galia septentrional y central o en la España interior. Sólo en Italia las ciudades mantienen claramente su antiguo papel de residencias para la aristocracia. Pero incluso nada ha sido hallado aún por arqueólogos para la Francia o la Italia del período altomedieval que se equipare a las grandes villas rurales de la antigua Roma, que habían desaparecido hacia el año 600 de todas partes

---

berti 11-17, ed. B. Krusch, *MGH, Scriptores regum merovingicarum* 6 (Hanover, 1913), pp. 364-370; Rothari, *Edictum*, 74, ed. Beyerle, p. 26; Pablo Diácono, *Historia Langobardorum*, 4.51, ed. G. Waitz, *MGH, Scriptores regum germanicarum* 48 (Hanover, 1879), pp. 174-176; trad. inglesa de W. D. Foulke, *Paul the Deacon: History of the Lombards* (Philadelphia, 1907), pp. 205-208. Gregorio sobre los aristócratas: *Decem libri historiarum*, 5.3, ed. Krusch, pp. 196-198; trad. inglesa de Thorpe, *Gregory of Tours*, pp. 255-258; *Liber Vitae Patrum* 6.1, ed. B. Krusch, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* 1.2 (Hanover, 1884), p. 680.

[11] *Vita Eligii* 1.10-12, ed. K. Bursch, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* 4 (Hanover, 1902), pp. 676-680. *Vitas sanctorum patrum Emeritensium*, 3.10-15, ed. A. Maya Sánchez, *Corpus Christianorum* 116 (Turnhout, 1992), pp. 21-24; trad. inglesa de A. T. Fear, *Lives of the Visigothic Fathers* (Liverpool, 1997), p. 57.

—hacia el año 450 en la Galia septentrional—. En España, también, un único ejemplo, probablemente del siglo VII, se conoce, en el Pla de Nadal a las afueras de Valencia.[12] Tampoco las fuentes literarias nos dicen mucho acerca de las residencias aristocráticas, ni por casualidad, aunque a menudo dicen bastante sobre las maravillas de la arquitectura de la Iglesia. Los aristócratas laicos parecen haber gastado su riqueza en el adorno personal, la comida y —sobre todo— en la compra de la lealtad de los partidarios armados con el dinero y la tierra, en lugar de hacerlo en los edificios permanentes favorecidos por los aristócratas civiles romanos o por los clérigos del período altomedieval.

El panorama recién presentado tiene poco paralelismo con el de la aristocracia civil del Imperio Romano, a excepción de la importancia de la riqueza de tierras. Con todo, muchos de los antepasados de los aristócratas militares del siglo VII habrían sido ciertamente romanos. De hecho, en lugares como Aquitania, donde pocos alamanes se establecieron por mucho tiempo, la mayoría o todos ellos eran de origen romano. Pero incluso los aristócratas aquitanos no son visiblemente diferentes de otras partes, como muestran textos como la *Vita Pardulfi* del siglo VIII.[13] ¿Por qué era esta situación tan diferente? Sobre todo lo era porque la forma del Estado había cambiado. La base material para la actividad aristocrática, en cualquier sociedad preindustrial, es la tierra; pero siempre se relacionan sus formas institucionales e identidad cultural con las estructuras más amplias del poder político. El Imperio Romano era un sistema político muy sólido, financiado por la imposición de tributos; no sólo los títulos, el estatus y el privilegio, sino también el dinero estaba disponible como resultado del servicio al Estado. Formar parte de este sistema y jugar con sus reglas era ventajoso y, sobre todo, estable: la posesión de un título dado significaba lo que decía, como base para la posición segura y para los poderes de mecenazgo que derivaban de él. Sólo en las últimas décadas del Imperio, los elementos menos formales de poder local, como los ejércitos privados, no llegaron a ser más que, de vez en cuando, necesarios para los aristócratas. Nada de esto fue verdad en el mundo postromano.

[12] E. Juan e I. Pastor, «Los visigodos en Valencia. Pla de Nadal: ¿una villa áulica?», *Boletín de Arqueología Medieval*, 3 (1989), pp. 137-179. Algunas villas primitivas continuaron, sin embargo, hasta el siglo VII en España; la mejor estudiada es Vilauba, en el norte de Cataluña, sobre la cual véase R. F. Jones et al., «The late Roman villa of Vilauba and its context», *Antiquaries Journal*, 62 (1982), pp. 245-282, esp. pp. 271-272.

[13] *Vita Pardulfi*, caps. 9, 17, ed. W. Levison, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* 7 (Hanover, 1919-1920), pp. 29-30 y 35.

Como vimos en el capítulo 1, el sistema tributario estaba en rápida decadencia en el siglo VI y la tenencia de tierras se convirtió en la base de la riqueza y el poder real y aristocrático; todos los elementos de posición política merecían algo la pena si eran respaldados por el control de tierras. Como resultado, la política se volvió más descentralizada, porque el poder local se volvió cada vez más importante; también se volvió más directo, porque si uno no podía impresionar al propio séquito armado, no se tenía ninguna oportunidad de impresionar a nadie más. De nuevo, reyes y aristócratas estaban aquí en el mismo barco y tendían a comportarse de la misma manera.

La otra cosa que cambió fueron, naturalmente, los estados del mundo postromano, que habían llegado a ser vistos como germánicos, y la legitimidad que buscaban. Tales legitimaciones no eran necesariamente antiguas; investigaciones recientes muestran que las identidades colectivas entre los pueblos germánicos eran muy fluidas, incluso antes de que sus ejércitos tomaran las provincias romanas. La «etnogénesis» de grupos hasta entonces mixtos, sólo unidos por sus líderes, en comunidades teóricamente homogéneas de francos o de lombardos era, en realidad, el resultado de esa conquista, un poco a la manera en la que el caramelo caliente cristaliza en formas fijas cuando se sumerge en agua fría. Semejante proceso de cristalización fue sin embargo eficaz; mientras que un reino perdurara, su rey y su corte serían francos, visigodos, lombardos, burgundios, alamanes o bávaros. Dichos reyes también eran, al menos nominalmente, los gobernantes de un pueblo en armas que incluía al campesinado. Gobernaban por asamblea, por consiguiente, mediante grandes reuniones públicas, tanto a nivel central como local, a menudo llamadas *placita*, en las que se zanjaban disputas y se promulgaban leyes, como se describe en el capítulo 1. Esta clase de práctica política tenía fuertes elementos romanos, pero la imaginería correspondiente era étnica. Para participar en la política secular, uno llegó, cada vez más, al menos hacia el siglo VII, a tener que *ser* franco, visigodo, o lo que fuera localmente apropiado. La práctica de elegir un nombre cambió para armonizar. El tío abuelo de Gregorio de Tours fue uno de los primeros senadores romanos en ser asociados con el servicio al gobierno franco; fue llamado por el nombre germánico de Gundulfo.[14] Hacia el siglo VII los nombres romanos en Francia eran indu-

[14] Gregorio, *Decem libri historiarum*, 6.11, ed. Krusch, p. 281; trad. inglesa de Thorpe, *Gregory of Tours*, p. 342; *Vita Arnulfi*, cap. 3, ed. B. Krusch, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* 2 (Hanover, 1888), p. 433.

dablemente menos; hacia el siglo VIII, en un segundo proceso de etnogénesis, todos los habitantes de las tierras al norte del Loira fueron llamados, y parece que ellos mismos se habían considerado, francos. Lo mismo pasó en Italia y en España. Con estos cambios, una identidad aristocrática más amplia cambió también: todos los aristócratas seculares se convirtieron en los señores nobles locales con instrucción militar, además de lo que ellos también fueran.

Las familias aristocráticas eran de base muy amplia: el vínculo familiar era tanto por línea femenina como por masculina, como las antiguas estructuras familiares romanas habían sido antes. Se prestaba mucha atención a los matrimonios, como medio principal de extender la identidad del clan hacia un lado, y ello significa a su vez que la situación de las mujeres tenía alguna importancia para las familias. Esto no traía consigo mucha autonomía para la mujer, pero probablemente es en este contexto en el que otro papel social se desarrolló para las mujeres aristocráticas, al menos en Francia, a saber, el control de los conventos. Éstos podían llegar a ser el foco religioso semi-autónomo para grupos familiares bastante amplios, como era Nivelles en el noroeste de Francia y Faremoutiers al este de París para los dos principales agrupamientos de clanes francos del siglo VII. Ser miembro de las familias reales francas, los merovingios y los carolingios, estaba, en cambio, restringido a la línea masculina, pero las esposas y las madres de reyes pertenecían a menudo a la aristocracia. Aquí, también, dichas mujeres podían ganar un papel político considerable, para ellas y a través de ellas para sus familias, particularmente en tiempo de minoridades reales, cuando las madres generalmente eran reinas regentes. Cuando, en el siglo X, las estructuras familiares por línea masculina se convirtieron también en un rasgo de la aristocracia, esta clase de centralismo genealógico produjo un grupo notable de madres poderosas en cada zona de la Europa latina. No debemos confundir este grupo de mujeres influyentes con una prueba de independencia y autonomía: el poder de una reina era a menudo disputado y todos los indicios que tenemos de autonomía femenina muestran haber sido frágil y circunscrita. El espacio público era visto sobre todo como masculino; la asertividad femenina fue criticada regularmente. Gregorio de Tours vivió en tiempos de dos reinas regentes poderosas, Brunhilda y Fredegunda: reserva mucho de su veneno para Fredegunda, que era su enemiga. Pero aún más significante es su relativo silencio sobre Brunhilda, su mecenas; la actividad pública femenina era demasiado problemática para él como para poder alabarla. Se supone que las mujeres, por muy influyentes que fueran,

actuaban en privado, dentro de la casa. Pero entraron en el ámbito público al menos en algunas ocasiones.

Las bases de poder locales de las aristocracias eran, como hemos visto, decisivas. También eran muy diversas. Dos regiones de Europa no eran iguales en sus estructuras sociales y esto significaba que ese poder local tenía que ser construido diferentemente en cada uno. Entre Nivelles y Liège, por ejemplo, apenas se conoce a alguien que tuviera tierras en los siglos VII y VIII que no fuera parte, o dependiente, de la red de familias que denominamos pipínidas, los antepasados de los carolingios. El poder local era aquí honrado y no disputado. En cambio, alrededor de un centro de poder real mayor como París en el mismo período, encontramos una variedad de señores feudales de gran envergadura que empujan para conseguir poder en el mismo espacio: las familias aristocráticas principales, los monasterios suburbanos ricos (Saint-Denis y Saint-Germain-des-Prés) y el mismo rey. Aquí, el poder era más competitivo y más mediado: debido a la fundación de monasterios privados y a los aristócratas que simplemente buscaban hacerse notar en los palacios reales apiñados al norte de la ciudad. Quizá más común que cualquiera de estos dos modelos fuera, sin embargo, uno todavía más fragmentado. Alrededor de Lucca, la ciudad mejor documentada en la Italia del siglo VIII, los documentos nos muestran una variedad de aristócratas, con residencias urbanas en este caso, con tenencias muy esparcidas, separadas no sólo por otras tierras aristocráticas sino también por las tierras del campesinado. Ningún noble local podía establecer un poder no disputado en esta clase de ambiente. Más bien, utilizaba sus tierras para acrecentar las clientelas y así el apoyo y la influencia. Su objetivo sería llamar la atención del rey y convertirse en su seguidor personal, con la posibilidad de ganar más riqueza, por consiguiente, o convertirse en duque o, de hecho, en obispo de la ciudad. Este juego competitivo constante a nivel local, con media docena de jugadores principales, podía absorber a los aristócratas durante generaciones. También era, naturalmente, mucho menos peligroso para el poder real de lo que eran los puntos de poder locales como la región de Liège, a no ser al menos que las facciones aristocráticas de diferentes localidades se unieran en agrupaciones más amplias.

He tomado la mayoría de los ejemplos anteriores del período precarolingio, pero debe decirse como conclusión a esta sección que los carolingios cambiaron algunos de estos modelos. Lo que las cuatro generaciones de poder carolingio unitario hicieron entre los años 718 y 840 fue enfocar firmemente la atención aristocrática en el mayordomo de pala-

cio/rey, el emperador y su corte como único campo para la acción política a gran escala. Esto era de lo más atractivo, porque la expansión franca en Aquitania, Cataluña, Sajonia, Baviera y (sobre todo) en Italia ofrecía oportunidades de patrocinio incomparables para la familia carolingia, con un montón de nuevos condados, ducados y de tierras reales para ser repartidos. Una vez se aclaró cómo podía ser esto de provechoso, hacia mediados del siglo VIII, la violencia partidista se quedó bastante atrás y no regresó hasta el decenio de 830, cuando el Imperio había dejado de extenderse. Por entonces, los dominios y la ideología política habían cambiado considerablemente, como puede verse en otros capítulos; pero la sociedad aristocrática y los valores seguían siendo los mismos. Dos cambios merecen señalarse: primero, en el ámbito de un Estado poderoso y dinámico, los grandes señores feudales aumentaban sus riquezas considerablemente, a menudo a expensas de su vecinos más pobres; segundo, como resultado de esto, los aristócratas tenían muchas más dependencias personales y los rituales de dependencia llegaron a estar mucho más desarrollados, notablemente aquellos asociados con el juramento de lealtad, los juramentos de vasallaje como a veces los llamaron en la Francia y en la Italia del siglo IX. Volveré después a las implicaciones de estos acontecimientos.

Bizancio y los árabes

El Imperio Romano «cayó» en Occidente en el siglo V, pero no en Oriente. Gran parte del Imperio oriental se extendía fuera de Europa, porque consistía en todo el Mediterráneo oriental, pero su capital Constantinopla era y es una ciudad europea y, de hecho, después de principios del siglo VI, era indiscutiblemente la ciudad más grande de Europa para el resto de la alta Edad Media. En el siglo VI, perdió su tradición de habla latina residual y los occidentales, en consecuencia, normalmente lo llamaron el Imperio «de los griegos»; con menos exactitud lo llamamos Bizancio. A lo largo de los siglos V y VI, el panorama que he trazado de las aristocracias romanas era todavía válido para el este, con sólo un pequeña modificación (las familias senatoriales, por ejemplo, eran menos ricas); las ciudades, además, continuaban siendo centros sociales activos y prósperos.

La crisis para el Imperio Bizantino llegó en el siglo VII. Una de las pérdidas más claras fue, una vez más, la tradición romana de la sociedad aris-

tocrática civil. Se habían recortado los ingresos tributarios a un cuarto, pero era más necesario un gran ejército que nunca; hacia el siglo VIII, podemos verlo en la meseta de Anatolia. Creció una nueva élite militar establecida en la región de la frontera que hacia el siglo IX había desarrollado su propia cultura: en parte de origen greco-romano, en parte armenia, pero, sobre todo, orgullosamente consagrada a la guerra de la frontera del período y a la clase de proeza militar que habría sido muy reconocible a un franco del siglo IX, como en la épica fronteriza *Digenes Akritis*, de la que algunas partes pueden tener una base en los siglos IX o X.[15] Esta aristocracia militar también eclipsó la mayoría de los estratos civiles. Las aristocracias senatoriales y curiales más o menos desaparecieron; la vida urbana (fuera de Constantinopla, Salónica y otros pocos centros) era ahora débil y sus líderes debían haberse marchado en su mayoría o al ejército o a la capital. Incluso en Salónica, los oficiales de la ciudad del siglo VII parecen reducirse al obispo y al representante imperial local, el *eparca*. En los *Milagros de san Demetrio*, un texto del siglo VII dedicado al patrón de la ciudad, aparecen los notables civiles de ilustre cuna, pero, en cambio, están muy vagamente caracterizados.[16] La red real de élites civiles estaba limitada a Constantinopla y, aun allí, a la sustancial burocracia del palacio. Llegó a haber, de hecho, una división política y (aún más) cultural entre los burócratas de la capital, todavía empapados de una cultura griega tradicional, pagana y cristiana, y los hombres del ejército de las provincias; todavía estaban enfrentados cuando los turcos invadieron el territorio bizantino en el decenio de 1060.

Hay similitudes obvias con Occidente en este cuadro, así como diferencias fundamentales. En Oriente como en Occidente, haciendo frente a la descentralización, la inseguridad militar endémica y una nueva forma de Estado, las estructuras aristocráticas civiles fueron excluidas. A medida que se hundían, también lo hacía gran parte de la identidad tradicional de sus miembros. La práctica romana de elegir un nombre desapareció muy rápidamente. Si en Francia o en Italia los antiguos aristócratas romanos fueron llamados hacia el año 700 «Waldelen» o «Lanprand» en lugar de «Claudio» o «Florentino», en Bizancio llegaron a llamarse «Juan» o «Pedro», nombres genéricos en la tradición cristiana. Es realmente más difícil rastrear la continuidad familiar aristocrática a lo largo del siglo VII en

[15] *Digenes Akritis*, ed. y trad. inglesa E. Jeffreys (Cambridge, 1998).

[16] *Miracula dancti Demetrii*, ed. P. Lemerle, *Les plus anciens recueils des miracles de Saint Démétrius* (París, 1979-1981).

Oriente que en Occidente, y el linaje importaba claramente muy poco a las nuevas élites bizantinas, particularmente a las militares. Las continuidades en las tenencias probablemente importaban bastante más, aunque no tenemos documentos para este período y, por tanto, no podemos verificarlo. Hacia el año 700, dominaba en Oriente y en Occidente una élite militar con tierras, con pocos vínculos con el pasado, cualesquiera que fueran sus orígenes genealógicos y con valores similares; en ambos lugares, llegaron a estar firmemente arraigados con el tiempo. Debe reconocerse que la estructura de los ejércitos territoriales de Bizancio, con sus puntos geográficos delimitados con precisión, era bastante diferente de las clientelas aristocráticas armadas de Occidente. Este fue el resultado de una base económica muy diferente para el Estado y tuvo, a su vez, consecuencias políticas diferentes, como vimos en la introducción. Pero, incluso en ese contexto, pueden verse algunos modelos análogos de desarrollo social. La estabilización de la aristocracia tenía, por ejemplo, consecuencias similares en Oriente y en Occidente. Los carolingios legislaron en el siglo IX intentando salvaguardar las tierras del campesinado libre, en peligro por la aristocracia militar. Lo mismo hicieron los emperadores bizantinos en el siglo X. Los resultados de ambos eran igualmente infructuosos; la hegemonía aristocrática a nivel local era, en la práctica, inexpugnable. Hacia el año 900, las familias militares en Oriente habían adquirido apellidos y una identidad dinástica, hecho que también tuvo su paralelo en Occidente un siglo después.

El Imperio Árabe queda al margen en su mayoría del cometido de un libro sobre Europa. Realmente, en las tierras ex bizantinas del mundo árabe como Siria y Egipto, algunos modelos sociales romanos sobrevivieron mejor de lo que lo hicieron en el propio Imperio Bizantino, notablemente una tradición de residencias urbanas y una aristocracia civil local, aun cuando esta aristocracia tenía menos estatus que las élites militares de los mismos árabes. Éstos también continuaron imponiendo tributos, incluso cuando sus estructuras fiscales divergían lentamente de las tradiciones romanas. Cuando los árabes conquistaron gran parte de la península Ibérica, en el año 711, restablecieron aquí algunos de estos modelos. Los visigodos habían impuesto tributos, salvo a su ejército que, ciertamente, tenía tierras. Bajo los árabes, la imposición de tributos se restableció rápidamente como la base del Estado, el cual ganó cierta estabilidad bajo la dinastía Omeya a partir del año 756. Lo que fue exactamente la España árabe es difícil de vislumbrar en realidad, porque desgraciadamente sus documentos se han perdido casi por completo; realmente se conocen bien

las sociedades con minúsculas formas de gobierno cristiano que se aferran a las montañas del norte. Sin embargo, lo que sabemos de la España árabe hace pensar en Bizancio en lugar de en los visigodos. Parece haber habido la misma clase de equilibrio entre una cultura principalmente civil y burocrática en la capital, Córdoba (otra ciudad grande, aunque más pequeña que Constantinopla), especializada en la imposición de tributos, y una aristocracia fronteriza más militarizada en la relativamente yerma meseta central, alguna de las cuales había recordado confusamente los orígenes étnicos visigodos, aunque éstos estuvieran revestidos de la cultura bereber, la árabe y, cada vez más, la islámica. Esta oposición persistió incluso durante la imposición, en el siglo X, del gobierno central sobre las periferias y estallaría dramáticamente en las guerras civiles del siglo XI, después de que la unidad árabe española se desintegrara.

Inglaterra y Noruega

Lo que unía el desarrollo social aristocrático en las provincias occidentales y orientales del antiguo Imperio Romano era la militarización de la práctica y la ideología; lo que las diferenciaba era la supervivencia de la imposición de tributos en Oriente (y su reintroducción en la España árabe) y el mantenimiento consiguiente de un poderoso centro de gravedad en las capitales políticas, Constantinopla y Córdoba y, fuera de Europa, Damasco y Bagdad. Así, la política de tierras tenía un papel relativamente pequeño en Bizancio o en la sociedad árabe. Los aristócratas consiguieron tanta tierra como pudieron en cada una, como en Occidente; pero este proceso era mucho menos peligroso para los gobernantes.

Las sociedades al norte del mundo franco compartieron algunas de estas similitudes, mientras que mantuvieron numerosas diferencias con las sociedades romano-germánicas del oeste hasta el siglo IX y, a menudo, incluso después. Es necesario enfatizar que al principio estas sociedades eran aún más heterogéneas que las examinadas hasta ahora, porque tenían orígenes principalmente independientes. Las sociedades celtas de Irlanda y Escocia divergieron de las sociedades «romano-celtas» de Gales o Bretaña en muchos aspectos significativos; la Inglaterra anglosajona evolucionó, claramente, de manera diferente que Sajonia, Dinamarca o Escandinavia septentrional, de donde habían venido sus gobernantes; las tierras eslavas eran también diferentes, con Polonia y Bohemia desarrollándose como es-

tados en el siglo X y algunos de sus vecinos occidentales, por ejemplo Liutizi, rechazando conscientemente la dignidad de Estado. Tenían rasgos comunes, destacando, sin duda, determinadas élites guerreras consagradas a la lucha a pequeña escala y al intercambio de obsequios y tesoros, y los campesinados libres acomodados, pero cualquier esfuerzo por generalizar a través de todos ellos se expone a la trivialidad. Por consiguiente, debo discutir aquí sólo dos de estas sociedades, Inglaterra y Noruega.

La Inglaterra anglosajona muestra un desarrollo más claro, gracias a la convergencia de fuentes narrativas, documentos y arqueología. Su conversión a la cristiandad en el siglo VII la abrió además a la influencia de Francia; como apuntábamos en el capítulo 1, tenía la pretensión de haber sido la forma de gobierno al estilo carolingio más exitosa en Europa hacia el siglo X. Sin embargo, tenía un largo camino que recorrer. Tres siglos antes, hubiera sido difícil defender que los reinos anglosajones tuvieran, de alguna manera, una gran coherencia política, y un siglo antes, incluso que las clases sociales fueran escasamente visibles. Los anglosajones tomaron los territorios agrícolas romanos, pero si hay una provincia romana con una ruptura social y política completa entre el Imperio y las directrices de gobierno germánicas es la anglosajona, esto es la inglesa, las secciones de Bretaña. Las comunidades anglosajonas del siglo VI parecen haber funcionado a escala minúscula, con docenas de unidades autónomas esparcidas por la isla. La arqueología funeraria y, cada vez más, la arqueología de los asentamientos, permiten sostener con un grado justo de convicción que, aunque existían ciertamente personas relativamente ricas en las tierras inglesas a principios del siglo VI, sólo al final de este siglo destacan como un grupo económico independiente cuyo estatus y riqueza deben de haber procedido de la explotación de otros. Es en el mismo período que los reinos del tamaño de un condado, Kent o Sussex o East Anglia, parecen haber cristalizado; y, en el siglo VII, formas de gobierno ligeramente más grandes, Wessex, Mercia o Northumbria, empiezan a aparecer como producto de la conquista. Incluso éstas, de hecho, todavía eran muy pequeñas y, para esa cuestión, pobres para los estándares continentales.[17]

La Inglaterra anglosajona del siglo VII era bastante pequeña en escala. Pero tenía una aristocracia. En las primeras leyes que tenemos, de Etel-

[17] Estas afirmaciones resumen mucho trabajo arqueológico reciente: véanse las síntesis en S. R. Bassett (ed.), *The Origins of Anglo-Saxon Kingdoms* (Leicester, 1989); C. J. Scull, «Archaeology, early Anglo-Saxon society and the origin of Anglo-Saxon kingdoms», *Anglo-Saxon Studies in Archaeology and History*, 6 (1993), pp. 65-82.

berto de Kent, de alrededor del año 605, los aristócratas eran reconocidos legalmente de una manera como no lo eran todavía los aristócratas francos; y en los relatos del siglo VIII sobre el mismo período —notablemente el de Beda, escrito en el decenio de 720— esa aristocracia aparece como muy belicosa, permaneciendo en las casas reales sólo por las concesiones de tierra, los obsequios del tesoro y espléndidos banquetes, y capaz de mudar de un rey a otro de más éxito con gran facilidad. Es interesante que esta aristocracia bien definida y con autoconciencia —identificable incluso por su estilo de hablar, como Beda nos cuenta en una historia sobre un noble llamado Imma que intentó escapar disfrazado de una batalla perdida en el año 678, pero fue reconocido— era al mismo tiempo tan reducida en términos materiales que aún los arqueólogos pueden sólo con dificultad distinguirla del extremo más próspero del campesinado.[18] Puede ser que el estatus de un aristócrata estuviera definido por distinciones esencialmente rituales en vez de económicas del de los campesinos libres o *ceorls*, que eran sus vecinos. Simplemente puede ser, sin embargo, que el siglo VII fuera un período de cambio social muy rápido y que el relato de Beda nos diga más sobre la identidad aristocrática del siglo VIII que sobre la del VII. De cualquier modo, está al menos claro que a lo que uno podía referirse como una vocación aristocrática se convirtió en algo explícitamente más estable. En el siglo VII, incluso la tenencia apenas se documenta; los reyes, los notables, las iglesias, por un lado, y los campesinos, por el otro, tenían derechos opuestos para tomar el excedente de extensiones de tierra, sin que éstos segundos fueran, en algún sentido claro, en su mayoría arrendatarios de los primeros. A finales del siglo VIII, esto estaba cambiando y la tenencia de tierras a imitación de la romana o franca se convirtió cada vez más en algo normal. Sin embargo, el campesinado libre todavía tenía un papel político en las comunidades inglesas como participantes en las asambleas judiciales y susceptibles de ser responsables del servicio militar y del trabajo de construcción para los reyes. Era este servicio público del que Offa pudo echar mano cuando construyó su dique contra los galeses a finales del siglo VIII y que Alfredo pudo también hacerlo cuando construyó ciudades fortificadas y se deshizo de los vikingos a finales del siglo IX. Por entonces, los aristócratas podían ser, desde luego, dominantes —y dominadores— en Inglaterra, pero no habían suprimido el papel público de los libres.

[18] Beda, *Historia ecclesiastica*, 4.22, ed. y trad. inglesa de B. Colgrave y R. A. B. Mynors, *Bede's Ecclesiastical History of the English People* (Oxford, 1969), pp. 402-403.

La imagen de la mesnada aristocrática que festeja con el rey es lo que hemos visto en Francia; también en Inglaterra llevaba consigo las obligaciones de apoyo mutuo y lealtad. Esto no era porque ambas sociedades fueran germánicas; también puede encontrarse en Gales e Irlanda. La imagen del guerrero que tiene que luchar para su señor en las solemnidades era general en la alta Edad Media: *Gododdin*, un poema galés que algunos creen puede contener un núcleo originalmente compuesto en Escocia en el siglo VI, lo expresa mejor, cuando dice «como un lobo en furia, ... Gwefrfawr era inestimable, en cambio, para beber vino del cuerno», o, más claramente aún, «Los hombres fueron a Catraeth, veloz era su hueste; el claro licor de aguamiel era su fiesta y era su veneno».[19] Los banquetes podían matarte (si no por la espada, por el colesterol, dada la carne consumida), pero era parte de ser guerrero y noble.

Donde las sociedades de Europa septentrional diferían era en la rigidez de sus estructuras sociales. Inglaterra estaba aquí en un punto medio; Irlanda era mucho más rígida y las sociedades escandinavas, parece ser, lo eran más bien menos. En Escandinavia, parece que esas jerarquías incluso tardaron bastante en establecerse, a excepción probablemente de Dinamarca. Nuestras fuentes tienden a ser bastante tardías, pero para Noruega tenemos un número de poemas del siglo X y leyes del siglo XII que tienen analogías con las leyes del siglo XII en su colonia Islandia, la cual se independizó políticamente a finales del siglo IX o del X. Por consiguiente, podemos hacer hipótesis, al menos, sobre este último período. En Noruega sería difícil de decir si había, de alguna manera, una aristocracia definida. Tanto allí como en Islandia las comunidades de campesinos libres, ricos o pobres, contaban con asambleas públicas o *things* independientes y favorablemente ritualizados como su mayor foco político. Desde finales del siglo IX en adelante, los *jarls* (los gobernantes regionales) y los reyes buscaron establecer la hegemonía sobre estas *things*, pero fue un proceso lento e intermitente, apenas completado en el siglo XII. No es que tales comunidades fueran refugios de igualdad; había hombres, desde luego, más ricos con un estatus más elevado, llamados *goðar* en Islandia o *hauldar* o *hersar* en Noruega, quienes tenían el derecho de llevar o representar a sus vecinos menores en la *thing* o en la guerra. Pero este estatus traía consigo poco poder permanente sobre estos vecinos e, incluso, no toda esa relativa riqueza. Noruega era un lugar violento; todos los hom-

[19] *Goddodin*, estrofas iv, viii, ed. I. Williams, *Canu Aneirin* (Cardiff, 1938).

bres eran rápidos en enojarse y ansiaban pelear. La desconfianza era sólo razonable; como dicen los proverbios del *Hávámál* del siglo X, «antes de entrar en el vestíbulo debes vigilar y observar todas las puertas, porque nunca puedes estar seguro de cuándo encontrarás enemigos presentes»; o «es un hombre tonto quien piensa que todos los que le sonríen son sus amigos; descubrirá cuando entre en la *thing* que tiene pocos partidarios»; o «un hombre debería ser amigo de su amigo y corresponder obsequio con obsequio. Las personas deberían encontrar sonrisas con sonrisas y mentiras con alevosía».[20] Los noruegos supieron evidentemente que su mundo social era duro para negociar. Pero la ausencia de relaciones de poder fijas significaba que era al menos posible, de hecho incluso normal, negociar la propia posición social y política, como era poco práctico en Inglaterra después del año 600 a más tardar: no sólo trataba uno con los vecinos que, más ricos o más pobres, estaban en un estrato económico comparable, sino que incluso las distinciones de estatus eran relativamente fluidas, salvo la marcada diferencia entre la esclavitud y la libertad. Los noruegos lucharon en guerras y reconocieron el liderazgo militar —eran, naturalmente, vikingos activos en el siglo IX— y, de hecho, admitieron las obligaciones del banquete y el intercambio de obsequios con los *jarls* y reyes, así como hizo cada sociedad que hemos examinado. A nivel local, también, había distinciones estructurales entre el poderoso y el débil. Pero las habilidades sociales podían superarlas. Los noruegos (y todavía más los islandeses que no tenían monarquía) estaban tan lejos, por lo que se refiere a éstas, del mundo civil romano, con el que empezábamos, como uno pueda imaginar.

El campesinado

Esto nos conduce a la sociedad campesina, porque en la Escandinavia septentrional incluso los «aristócratas» eran normalmente cultivadores directos o criadores de ganado. Las sociedades campesinas en nuestro período, sin embargo, no pueden ser divididas y descritas por grupos, de la misma manera que pueden serlo las aristocracias. Como apuntamos antes, son mucho menos visibles en nuestras fuentes, por lo que sencilla-

[20] *Hávámál*, estrofas 1, 25, 42 ed. y trad. inglesa de D. E. M. Clarke, *The Hávámál, with Selections from Other Poems of the Edda* (Cambridge, 1923), pp. 45, 51 y 55.

mente podemos decir poca cosa sobre ellas; además, lo que podemos decir es generalmente sobre cuestiones muy externas, sobre cómo los reyes en su legislación pensaban que debían comportarse, o qué señores feudales eran los que calculaban sus rentas. Las sociedades campesinas también eran múltiples. Los campesinos son los cultivadores de subsistencia y sus prácticas socio-económicas, en consecuencia, varían con cada cambio en la ecología local, algo que en Europa es frecuente; sus relaciones sociales también estaban asociadas estrechamente con los modelos de tenencias que eran iguales, aunque inconstantes. No puedo, por consiguiente, presentar un amplio grupo de tipos de campesinado como hice para las aristocracias, porque los problemas de tipicidad son tanto mayores. Ofreceré una serie de esbozos empíricos muy breves de tres de las sociedades campesinas mejor documentadas de la Europa altomedieval, sin pretensión de ser completo, antes de ofrecer algunas amplias pinceladas de generalizaciones.

Empecemos con los colonos del monasterio de Saint-Germain-des-Prés en los suburbios de París a inicios del siglo IX anotados con singular detalle, hasta los nombres de los niños, en un registro de la propiedad o políptico de los primeros años. Los aspectos económicos de este famoso texto se discutirán más adelante, en el capítulo 3; aquí, la situación de la sociedad local es la cuestión principal. Saint-Germain poseía un gran grupo de propiedades al sur y al oeste de París, a veces formando lo que parecen ser parcelas de tierra contiguas de tamaño considerable. La mayoría de estas propiedades eran, desde luego, obsequios reales, aunque a veces los aristócratas las habían cedido y muy de vez en cuando el políptico refiere propiedades campesinas que habían sido engullidas por ellos. Hacia el año 800, sin embargo, es evidente que pueblos enteros en lo que se ha transformado la conurbación de París, como Palaiseau y Villeneuve, fueron poseídos totalmente por el monasterio. La sociedad campesina era así una sociedad arrendataria. Las divisiones sociales se establecen entre los diferentes tipos de colonos, el libre (*ingenuus*) y el no libre o siervo (*servus*), viviendo en las tenencias monacales llamadas *mansi*. La división libre-no libre era la división básica, pero estaba parcialmente socavada por las condiciones detalladas de los arriendos que se registran en el políptico, con la posibilidad de colonos no-libres que poseen «los *mansi* de los libres» y servicio mínimo, o colonos libres que tienen «los *mansi* de los no-libres» y así sucesivamente. Además, el matrimonio mixto era posible, lo que probablemente trajo consigo el progreso social a los maridos no-libres de esposas libres y, desde luego, trajo la libertad a

sus hijos. Debe asumirse, entonces, que había una jerarquía social compleja en cada pueblo, dentro de un marco de sometimiento generalizado a un detallado control monacal que se extendió a instrucciones para cortar las tejas del techo a partir de troncos, para alimentar a los pollos o para tejer las ropas.

Las propiedades de Saint-Germain eran consideradas típicas en Europa occidental en este período; ahora generalmente esto no se cree. Como dijimos más arriba, la mayoría de las tenencias estaban mucho más fragmentadas que las grandes propiedades del tamaño de un pueblo que, de hecho, tan sólo parecen comunes en las regiones al noroeste de Francia y, posteriormente también, en regiones de Inglaterra, particularmente Mercia y Wessex. En Renania, Francia central y meridional, España septentrional e Italia, encontramos propiedades dispersas y, por consiguiente, pueblos con una gran diversidad de dueños de tierras. En cualquier pueblo dado, de hecho, uno podía encontrar tierras que pertenecían a un grupo más grande o más pequeño de dueños ausentes, cultivadas por colonos (libres o serviles) y también propietarios asentados en el pueblo que podían variar en riqueza y estatus, desde aristócratas pequeños a cultivadores de subsistencia y que podían tener la propiedad concentrada en el pueblo o dispersa. Alrededor de Lucca, por ejemplo, que seguramente perteneció por completo a este modelo y que está bien documentada para los siglos VIII y IX, las acumulaciones de transacciones de tierras existentes nos permiten incluso hacer distinciones entre los pueblos. Lunata, un pueblo en un camino principal cinco kilómetros al este de la ciudad, tenía varios dueños locales prósperos con varios colonos cada uno, de los cuales el mejor conocido, Crispino (documentado entre los años 742-764), era comerciante y puede haber tenido también una casa en la ciudad. Este estrato de dueños parece haber dominado el pueblo; pero también eran clientes del obispo de Lucca y daban tierras a sus iglesias, de aquí que también asegurasen la supervivencia de sus títulos. Contrasta la vecina Pieve San Paolo, al sur de Lunata, pero no en su camino, donde parece haber habido sólo una familia local importante en el siglo VIII, más propietarios campesinos y menos fuera de la tenencia antes de finales del siglo. Los dueños libres del pueblo vendían la tierra a los otros y no a los foráneos, manteniendo así una sociedad local cerrada y relativamente introvertida. Esto cambió de repente en el año 793 cuando el dueño de tierras más importante, Segismundo, dio mucha de ésta, incluso porciones de dos iglesias privadas —y las cartas de dos generaciones anteriores de intermediarios de tierras — a la catedral; en consecuencia, el pueblo

debe de haberse abierto y probablemente se volvió menos hermético y estable.[21]

Los modelos de tenencias fragmentadas de este tipo dan un papel más social al pueblo como unidad micropolítica. Saint-Germain podía dividir y volver a dividir sus propiedades como eligiera y quizá incluso los campesinos se movían físicamente para adaptarse. Crispino y Segismundo, sin embargo, tenían que tratar con vecinos que, menos ricos e influyentes, no podían ser mandados de la misma manera, excepto en el caso de sus propios dependientes directos. Tuvieron, por consiguiente, que ser tratados políticamente quizá en el marco de tomas de decisiones a nivel rural y público. No es que los asentamientos de Lucchese siempre tuvieran instituciones rurales muy poderosas; las identidades rurales incluso eran a menudo inciertas, porque las modalidades de colonización estaban muy fragmentadas en la región sin núcleos rurales reales. La ciudad tenía mucho poder y autoridad en su *hinterland*; el duque o el conde dominaban la justicia local, por ejemplo. Los focos políticos locales eran, probablemente y cada vez más, las iglesias rurales, de las que había muchas —Lunata tenía dos hacia el año 800, Pieve San Paolo tres— algunas privadas, algunas episcopales; sus mismos sacerdotes eran dueños de tierras e intermediarios rurales, que atraían las donaciones piadosas. A consecuencia de dichos obsequios, las familias sacerdotales en el siglo IX eran, a menudo, las familias principales en los pueblos.

Para modelos más claros de toma de decisiones de un pueblo, tenemos que acudir a regiones donde había, incluso, menos dueños locales acomodados y quizá más asentamientos nucleados. Uno semejante es la Bretaña oriental que se documenta en las cartas del siglo IX del monasterio de Redon. Estas cartas describen a una sociedad con pocos dueños foráneos (hasta que Redon empezara a extenderse) y con un estrato relativamente restringido de vecinos acaudalados llamados *machtierns*. Estos hombres tenían algo de autoridad local, por ejemplo, como presidentes de cortes y asambleas, pero muy poco poder coercitivo —desde luego, no tanto como el de un conde—. Los territorios del pueblo (aquí llamados *plebes*) más o menos funcionaban por sí solos: los lugareños libres (o el más rico entre ellos) garantizaban las transacciones de tierras, actuaban como fiadores en las disputas y, de hecho, juzgaban casos judiciales en las cortes del pueblo. La existencia de estas últimas (son llamadas *placi-*

[21] Véase C. Wickham, «Aristocratic power in eighth-century Lombard Italy», en A. C. Murray (ed.), *After Rome's Fall* (Toronto, 1998), pp. 153-170, esp. p. 168.

tum o *mallus*, voces del franco estándar para las asambleas judiciales) muestran que una *plebs* bretona tenía mucha más coherencia organizativa que un pueblo cerca de Lucca; una *plebs* era algo que uno podía buscar dominar y, de hecho, luchar hasta conseguirlo. Es igualmente notable que estos campesinados bretones no acumularan tierra con la misma extensión que puede encontrarse, por ejemplo, en Italia; su competitividad parece haber sido política en lugar de económica. Esto, como el poder de sus asambleas locales, tiene estrechas analogías con las sociedades de la *thing* de Noruega más que en la mayoría del resto de la Europa carolingia.[22]

Hasta aquí podemos llegar al explicar las diferencias; éstas, sin embargo, tienen que ser confrontadas con lo que los campesinos tenían en común. Primero eran, como ya anotamos, cultivadores de subsistencia, con algo de mano de obra a media jornada o a jornada completa: su primera preocupación tenía que ser sus cosechas. El mal tiempo indicaba una ruina más segura que los señores malvados. La magia meteorológica era habitual; Agobardo de Lyon, a finales del decenio de 810, escribió un tratado contra la creencia extendida en los hacedores de lluvia (*tempestarii*), quienes podían traer o apartar la lluvia y el granizo; y un hechizo que involucra a san Cristóbal se conserva en Asturias en un texto de principios del siglo VIII escrito sobre pizarra: «permite que el pueblo donde el monje Auriolo y sus hermanos y vecinos viven y todas sus propiedades... no sean dañados los árboles, los campos, las viñas y los árboles frutales... permite que el granizo se convierta en lluvia».[23] En segundo lugar, en casi toda Europa, los campesinos vivían en comunidades geográficamente definidas, bien nucleares o dispersas, las cuales significaban para ellos algo emocional o político, o, cada vez más, en términos religiosos, iglesias rurales o monasterios y su ritual firmemente vinculado que se convertiría en el más extendido hacia los siglos VIII a X. En tercer lugar, tenían que tratar con los señores reales, aristocráticos o eclesiásticos, que eran los dueños de sus tierras y tomaban su excedente, o bien, quizá, poseían tierras cercanas y buscaban extender sus propiedades a expensas de los campesinos, a menudo de

[22] Véase en general Wendy Davies, *Small Worlds: The Village Community in Early Medieval Brittany* (Londres, 1988).

[23] Agobardo de Lyon, *De grandine et tonitriis*, ed. L. Van Acker, *Agobardi Lugdunensis opera omnia* (Turnhout, 1981), pp. 3-15; trad. parcial inglesa de P. E. Dutton, *Carolingian Civilization* (Peterborough, Ontario, 1993), pp. 189-191; cf. *Vie de Théodore de Sykéon*, cap. 52, ed. y trad. de A. Festugière (Brussels, 1970), p. 45; trad. parcial inglesa de E. Davies y N. H. Baynes, *Three Byzantine Saints* (Londres, 1948), p. 126; I. Velázquez Soriano, *Las pizarras visigodas* (Murcia, 1989), núm. 104, pp. 312-314.

modo violento. Los campesinos podían ser clientes o también partidarios de los señores: podían buscar explotar el poder señorial, no sólo resistirlo o evadirlo. El señor «protegía» a sus vecinos más débiles, después de todo. La palabra «protección» es utilizada en nuestras fuentes y si su significado a veces es hoy ambiguo, debido a su asociación con la Mafia de Italia o la de EE.UU., esa ambigüedad habría sido bien entendida por cualquier señor o campesino del período altomedieval. Pero la relación entre la opresión señorial y la rapacería y la resistencia del campesino era esencialmente de conflicto: y esto sucedía por toda la Europa altomedieval, como en todas las sociedades campesinas de la historia.

Podemos ser un poco más precisos caracterizando estas continuidades. Quiero examinar, al menos brevemente, cuatro aspectos: las jerarquías campesinas, las colectividades rurales, las estructuras de la familia campesina y los campesinos y los señores. Los campesinos no eran todos iguales, como ya hemos visto, pero debe subrayarse más la manera en que eran desiguales. La distinción básica en cada sociedad rural altomedieval era entre libres y no libres. Los hombres libres (volveré a las mujeres en un momento) tenían derechos públicos, poseían, vendían, participaban en las cortes y tomaban decisiones; los no libres no los tenían. La manumisión, es decir, la puesta en libertad de los no libres, era un acto piadoso frecuente, particularmente en los testamentos de los dueños de las tierras, pero no siempre era fácil (la Iglesia visigoda prohibía la manumisión de *servi* en las tierras de la Iglesia, por ejemplo). En muchas sociedades europeas los libertos permanecían para siempre bajo el patrocinio legal de sus dueños anteriores; la manumisión no era una manera de igualar la condición social. La solidaridad entre los libres y los no libres era difícil de lograr, por consiguiente, y con frecuencia podemos encontrar actas judiciales en las que el *servus* reivindica que es verdaderamente libre, pero sus vecinos libres dan testimonio en su contra y pierde. Pero la distinción no era, con todo, absoluta. Como veremos en el capítulo 3, los colonos libres y no libres efectuaron la misma clase de servicios y pagaron la misma clase de rentas a sus dueños, por ejemplo; aunque los colonos no libres estaban más sujetos, sólo era una diferencia relativa. Es por esta razón por lo que he evitado traducir *servus* como «siervo». Esencialmente, en la sociedad rural había una jerarquía más articulada que simplemente esa entre libres y no libres, extendiéndose desde señores locales y acomodados con tierras con sus propios arrendatarios, pasando por los propietarios campesinos, los colonos libres y hasta los colonos no libres. La división entre dueños y colonos era en la práctica casi tan importante como la estable-

cida entre libres y no libres, aunque era más fácilmente salvable; muchos campesinos poseían alguna parcela de tierra y alquilaban también otras. En esta zona gris, el estatus puede haber sido tan flexible y negociado como en Noruega. Los pueblos diferían, como hemos visto, en dónde residía el equilibrio entre estos estratos sociales: si había muchos dueños cultivadores, o ningún dueño, o colonos no libres.

La división entre hombres libres y no libres socavaba la solidaridad del pueblo; pero también lo hacía la conducta de las élites locales. En la alta Edad Media, la política rural era rara vez tan apasionante como para que los dueños locales más ricos se dedicaran sólo a ella; generalmente miraban hacia arriba y hacia abajo: a los aristócratas más accesibles y al ámbito público. Los campesinos libres tenían responsabilidades militares en todas las formas de gobierno del período altomedieval; en la España visigoda, las tenían incluso los hombres no libres. Aunque éstos nunca eran convocados íntegramente (ningún estado altomedieval, tampoco Bizancio, tenía la logística para alimentar un ejército de centenares de miles de campesinos que, sin embargo, habrían tenido poca instrucción o equipo), un campesino que podía permitirse el lujo de una espada y un caballo y estaba capacitado para el servicio militar podía encontrar indudablemente una oportunidad para cumplirlas, para un noble/patrocinador privado o para el rey/conde, o para ambos. La lenta extensión de los vínculos de dependencia militar a los más bajos niveles de las clientelas de aristócratas en el período carolingio incluía a muchos miembros de las élites rurales. En el siglo X, no sólo en las tierras ex carolingias sino también en Inglaterra y en Castilla, estos *milites* menores llegaron a verse como una aristocracia local a pequeña escala y la división entre ellos y sus vecinos no militares se volvió cada vez más marcada. Uno de los rasgos de los decenios de alrededor del año 1000 en gran parte de Occidente era de hecho, como veremos, que esta última división cerraba el acceso a la aristocracia y al rey para la mayoría del campesinado.

Esta lenta tendencia también era el apoyo para algunos de los ejemplos más dramáticos de movilidad social del período, los procedentes de la más humilde cuna y después hechos condes, como Leudast de Tours en el decenio de 570, u obispos, como Ebbon de Reims en el decenio de 820, o incluso los emperadores bizantinos, como Basilio I (867-886). Tales «arribistas» fueron tratados regularmente con desprecio por comentaristas —excepto Basilio, al menos, cuya dinastía duró durante un siglo, haciendo así improductiva la crítica —. Célebremente, Ebbon fue atacado por el historiador Thegan: Luis el Piadoso «te hizo libre, no noble, lo que es imposible». The-

gan era el adversario de Ebbon en las bruscas luchas partidistas carolingias del decenio de 830; los aliados de este último podían haber sido menos crueles, porque Ebbon era indudablemente un hombre poderoso. Pero se demostró su frágil posición política cuando fue privado de su cargo episcopal en el año 835, siendo el más severamente castigado de su facción.[24] Siempre era probable que tal rápida movilidad social fuera arriesgada. También era algo, naturalmente, bastante raro. Pero era posible porque el campesinado todavía formaba parte de la esfera pública, al menos en teoría.

He subrayado que los pueblos no siempre eran todavía colectividades coherentes: bien porque estaban divididos internamente o porque, como cerca de Lucca, la identidad del pueblo no estaba relativamente formada todavía. Pero existían como conceptos y, a veces, tenían una cierta fuerza organizativa. Existen indicios de que los primeros pueblos francos —o grupos de pueblos— tenían cortes locales regidas por expertos judiciales locales llamados *rachimburgi*, quienes conocían una versión oral de la ley sálica y podían ser mandados a «pronunciarla» por litigantes. Dichas cortes tendrían claramente paralelismos con la *plebs* bretona y la *thing* noruega, y deben de haber existido versiones de ellas (posiblemente menos formales) en otras partes para zanjar las disputas a nivel local. Otra ley muestra que los pueblos francos también estaban sin duda suficientemente integrados por varones libres que tenían derecho de veto sobre los nuevos colonos. Aunque este veto está suficientemente señalado en el texto para dejar claro que un hombre no podía ejercerlo por sí mismo, la ley al menos muestra que un trabajador migratorio no podía establecerse contra la voluntad de un sector de un pueblo. Además, no sólo en Francia, sino también en otros muchos lugares, incluso en la Italia lombarda, los pueblos se atribuyeron responsabilidades colectivas en los códigos legales, por ejemplo para coger a ladrones o *servi* fugitivos, cosa que presupone una mínima identidad común al menos. En Bizancio, también, el «derecho del agricultor», una misteriosa serie de promulgaciones que podían proceder de casi cualquier territorio de habla griega del Imperio y datada en casi cualquier período entre el siglo VI y IX, muestra a lugareños libres regulando las tierras comunes del territorio del pueblo y también garantizando los tributos de sus vecinos.[25] Debe admitirse que, tomado en con-

[24] Thegan, *Gesta Hludowici imperatoris*, caps. 44, 56, ed. E. Tremp, *MGH, Scriptores rerum germanicarum* 64 (Hanover, 1995), pp. 232-238 y 252; trad. inglesa de Dutton, *Carolingian Civilization*, pp. 151-152 y 155.

[25] *Pactus legis salicae*, caps. 57, 45 (sobre los migratorios), ed. K. A. Eckhardt, *MGH, Leges nationum germanicarum*, 4.1 (Hanover, 1962), pp. 214-217 y 173-176; trad. inglesa de K. F.

junto, estas actividades no son sorprendentes y con probabilidad podían encontrarse en cada sociedad dividida en territorios rurales que haya existido alguna vez (la más sorprendente es la ley franca sobre los nuevos colonos que, como resultado, tienen una vasta historiografía). Pero llaman nuestra atención, al menos, las dimensiones de cooperación local y algunas diferencias en su intensidad. En general, era en los pueblos más fuertes donde había más actividad económica colectiva —el pasto, el uso del bosque—, y más débil donde habían fuertes señores feudales foráneos para dominar la práctica política local.

La mayoría de las familias campesinas eran nucleares: es decir, consistían en un matrimonio e hijos, no en un grupo más amplio de abuelos o familias de «hermanos/hermanas». El hecho está muy claro en los polípticos, pero se confirma también con más pruebas documentales dispersas en otras partes. Quizá ocurría así sólo porque las casas campesinas eran bastante simples y también porque las personas morían a una edad relativamente temprana: las lealtades familiares eran en verdad percibidas considerablemente, por ejemplo en la enemistad entre familias. Pero existía una clara insistencia en la unidad familiar nuclear. Dentro de esta unidad, había un ciclo de vida, centrado en el momento del matrimonio y un período posterior de crianza de los hijos como la culminación de pertinencia social para cualquier matrimonio; después de esto, sus hijos les reemplazaban poco a poco. El reciente estudio arqueológico de Guy Halsall de los cementerios del territorio de Metz de los siglos VI y VII muestran como la cantidad más elevada de objetos funerarios de mujeres estaba relacionada con jóvenes entre los últimos años de la adolescencia y los primeros de la edad adulta, probablemente la edad casadera, aunque el punto álgido para los hombres era más tarde y siendo mayores, aproximadamente hacia los veinte y los treinta. Podría concluirse razonablemente que las mujeres se casaban alrededor o antes de los veinte años y los hombres alrededor de los treinta, quizá después de un período de guerra u otro servicio público. Después de esa edad, se enterraba a los hombres y a las mujeres, cada vez más, con menos objetos funerarios: parecen haber perdido relevancia, las mujeres más pronto que los hombres, pero ambos después de los cuarenta. La sociedad de alrededor de Metz no dio ninguna prerrogativa pública particular a los an-

---

Drew, *The Laws of the Salian Franks* (Philadelphia, 1991), pp. 120-121 y 109-110; W. Ashburner (ed. y trad. inglesa), «The Farmer's Law», *Journal of Hellenic Studies*, 30 (1910), pp. 85-108 y 32 (1912), pp. 68-95.

cianos.[26] Esta parece una situación verosímil; en otras partes, habrá variado, pero quizá sólo en detalles.

Debe agregarse que en cuanto se consideran las pruebas arqueológicas para las diferencias de género, que tienden a enfatizar la ostentación femenina en los cementerios de gran parte de Europa occidental entre los años 500 y 700, uno queda impresionado, de nuevo, por cuán poco concuerda con otras fuentes escritas en las que las mujeres (particularmente las mujeres no aristocráticas) apenas aparecen mencionadas. A lo sumo, en los documentos sobre las tierras se requiere el consentimiento de las esposas a las acciones legales de los maridos (como a menudo en Italia) y ni siquiera esto es universal. Debe concluirse que, más aún que a nivel aristocrático, las mujeres estaban limitadas al ámbito privado: a la vida dentro de las casas pequeñas e incómodas del campesinado. Se esperaba de las mujeres que se casaran y permanecieran bajo el control de sus maridos. Excepto en Francia y en Bizancio, sólo parecen haber heredado la tierra de sus padres si no tenían ningún hermano. Aparte del mobiliario, obtenían a lo sumo una dote paternal. Incluso ésta era bastante pequeña, porque las novias recibían la mayoría de los regalos de matrimonio de sus maridos, que mantenían un verdadero control de estos obsequios hasta sus muertes. En Italia, en particular, las mujeres nunca tuvieron un período de independencia legal: estaban bajo la protección de su padre o hermanos, después de la de su marido y, más tarde, de la de sus hijos. En otras partes, sólo podía conseguirse una independencia relativa con la viudez. Y además, para insistir, las mujeres eran un importante escaparate para las familias de su sangre, como lo atestigua la riqueza de ornamentos asociada con las tumbas de mujeres adolescentes anteriores al siglo VIII. En público eran físicamente visibles, pero al mismo tiempo ideológicamente invisibles.

Los campesinos también tenían que vivir junto a aristócratas que eran señores feudales, patrocinadores, vecinos peligrosos o todos ellos simultáneamente. Los aristócratas eran, de hecho, intrínsecamente peligrosos, como ya se ha subrayado. Como el historiador griego Procopio dijo del aristócrata Teodato el Ostrogodo en la Italia de inicios de la década de 520: «tener un vecino le parecía un tipo de infortunio»;[27] Teodato estaba lejos de ser único en esto. No obstante, en Occidente, el período de los dos

[26] G. Halsall, *Settlement and Social Organization: The Merovingian Region of Metz* (Cambridge, 1995), pp. 75-109, 254-257.

[27] Prokopios, *History of the Wars*, 5.3.2, ed. y trad. inglesa de H. B. Dewing (Cambridge, Mass., 1919), p. 25.

últimos milenios en el que los aristócratas fueron menos dominantes fue el período *c.* 500-800; en el oriente bizantino, las fechas podían ser los años 650-850. Las aristocracias romanas en Occidente sobrevivían a las conquistas germánicas, pero no necesariamente salían ilesas; las aristocracias germánicas tardaron algún tiempo en desarrollarse. En Oriente, la crisis del siglo VII socavó la hegemonía aristocrática de manera semejante. No es que el rico no sobreviviera, pero no necesariamente podían dominar a sus vecinos campesinos, a menos que estos últimos fueran sus dependientes inmediatos. Sólo en el siglo VIII en Francia y en Italia, en el siglo IX en Inglaterra, y en el siglo X en Castilla y en Bizancio, más tarde todavía en Escandinavia, las hegemonías aristocráticas con plenos derechos empezaron a desarrollarse de nuevo. Debe admitirse que la prueba de este desarrollo es, en su mayoría, muy pobre. En Francia, y en particular en Italia, uno de los indicios es una serie de casos judiciales del siglo IX en los que los campesinos protestan a los poderes públicos contra el dominador aristocrático. En Castilla, estas tensiones aparecen más cerca del año 1000. En Inglaterra, una señal de que los aristócratas pueden haberse vuelto estructuralmente dominantes es la prueba arqueológica del intercambio de mercado, que se reduce a East Anglia en el siglo VIII, pero se consolida en otras partes a finales del siglo IX. Carecemos de amplias pruebas documentales para las revueltas campesinas a gran escala, en otras palabras, para la resistencia sistemática a estos cambios. Sajonia tuvo una, la gran sublevación de Estilicón, en los años 841-842; Asturias tuvo otra alrededor del año 770. A pequeña escala, una serie de documentos judiciales muestra un valle en el centro alto de los Apeninos italianos, el Valle Trita, defendiéndose contra un señor feudal monacal durante un siglo, entre los decenios de 770 y de 870. Los tres casos parecen haber sido ejemplos de sociedades relativamente marginales y coherentes, principalmente campesinas, haciendo frente a un progreso extraordinariamente rápido de señoríos feudales y, en estas ocasiones, defendiéndose. También se documentan campesinos en Francia, en el sur de París, donde en el año 859 se creó una asociación de campesinos que habían prestado juramento para combatir a los vikingos; significativamente, fue la aristocracia franca quien la destruyó —era un precedente demasiado peligroso.[28] Pero debe

[28] Asuntos de la corte franca del siglo IX: véase J. L. Nelson, «Dispute settlement in Carolingian West Francia», en W. Davies y P. Fouracre, *The Settlement of Disputes in Early Medieval Europe* (Cambridge, 1986), pp. 45-64, esp. pp. 51-2; sobre Italia (esp. el Valle Trita), véase C. Wickham, *Studi sulla società degli Appennini nell'alto medioevo* (Bolonia, 1982), pp.

decirse que podían haber más ejemplos parecidos: es una ausencia particularmente interesante la de la Inglaterra del siglo IX, porque debía haber sufrido marcados cambios sociales en detrimento de los campesinos, dada la riqueza y la prominencia de los aristócratas, como se ve en nuestras ricas pruebas documentales del siglo X. La usurpación de los poderosos, cuando se volvió más grave, con todo, no fue resistida con éxito en esta época. Hacia el año 1000, el poder aristocrático era de nuevo dominante por todas partes, casi tanto como lo había sido bajo el Imperio Romano.

Las sociedades campesinas estaban menos militarizadas que las aristocráticas y eran, naturalmente, menos ricas y poderosas. Pero vivían con arreglo a algunas mismas reglas: los varones en ambas se ofendían por poca cosa y reaccionaban violentamente; los hombres y mujeres relacionaban las obligaciones con el intercambio de obsequios; el estatus se asociaba, sobre todo, con la riqueza, la independencia legal y la proeza militar. Había, además, un continuo entre el campesino libre más pobre y el aristócrata más rico, un continuo compuesto de minúsculas gradaciones de la condición social, que sólo podían ascenderse con dificultad, pero que situaba a toda la sociedad libre bajo la misma clase de obligaciones legales. Esto continuaría durante algún tiempo en Bizancio y en Escandinavia, en formas de gobierno de fuerte poder público o de aristocracias débiles. Sin embargo, cambiaría en el siglo X en el occidente latino, esto es, en el mundo postcarolingio y en sus vecinos e imitadores ingleses y españoles. Acabaré este capítulo describiendo ese proceso de cambio.

El año mil

Las clientelas aristocráticas fueron un rasgo distintivo de toda la alta Edad Media, como de hecho antes y después. Se basaban en los intercambios de obsequios y favores, hacia arriba y hacia abajo: los señores ofrecían protección, tierras, tesoros o festines y esperaban a cambio la lealtad

18-28; sobre Stellinga, E. J. Goldberg, «Popular revolt, dynastic politics and aristocratic factionalism in the early middle ages», *Speculum*, 70 (1995), pp. 467-501; sobre Asturias, A. Barbero y M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica* (Barcelona, 1978), p. 261; sobre el año 859, *Annales Bertiniani*, ed. R. Rau, *Quellen zur karolingischen Reichsgeschichte* 2 (Darmstadt, 1972), p. 98; trad. inglesa de J. L. Nelson, *The Annals of St. Bertin* (Manchester, 1991), p. 89.

política y militar. Esto era normal y loable. Un rey franco en el siglo VII, por ejemplo, dispuso que si un aristócrata era enviado lejos por el rey para cumplir una función real, que «todos los asuntos de la corte y aquellos de sus amigos, dependientes que habían prestado juramento o aquellos en su esfera legítima de influencia» se suspenderían hasta que él regresara. El papel del aristócrata era apoyar a sus seguidores y éstos necesitaban que él estuviera ahí.[29] En el período carolingio, los rituales que rodean esta dependencia se volvieron ligeramente más articulados, a medida que el juramento de fidelidad se volvía más complejo, y era más frecuente que los señores cedieran tierras a los dependientes, con referencia más explícita al hecho de que pudieran devolver la tierra si el dependiente era desleal (tales «tenencias condicionales» a veces eran llamadas *beneficia* o *feuda*, los feudos, aunque la terminología continuó siendo vaga durante mucho tiempo). Pero los señores merovingios pudieron devolver tales tierras antes, en la práctica, y esta maniobra militar no fue fácil después, sólo porque la terminología del obsequio había cambiado. Un cambio más significativo ocurrió bajo los carolingios, pues se puso de manifiesto que los ejércitos reales y comitales estaban formados sólo por estas clientelas (incluyendo aquellas de los mismos reyes y condes). El servicio y la identidad militar llegaron a considerarse aspectos del servicio aristocrático, no simplemente las obligaciones públicas de hombres libres; y, como apuntamos antes, llegaron a ser vistos cada vez más como un privilegio, que distinguía a los *milites* como distintos de los miembros no militares de la sociedad. Este modelo ya empezó a mediados del siglo IX; hacia finales del X, podían ser vistas las familias de *milites* como aristócratas menores, que buscaban sus propios poderes locales sobre el campesinado. Hacia principios del siglo XI, la diferencia estructural entre los aristócratas militares y los campesinos se había cristalizado en la teoría de los tres órdenes: los que oran, los que combaten y los que trabajan; esta teoría tenía sus raíces en el siglo IX, si no antes, pero su completa elaboración solo empezó después del año 1000. Tenía un largo futuro por delante: en Francia, la separación entre estos tres «estados» sólo acabaría en 1789.

No obstante, en todos los períodos, la dominación local de los aristócratas era una realidad de la vida y era una de las razones principales por las que las élites quisieron apoyo real y patrocinio. De hecho, el período carolingio en muchas partes de Occidente fue, como ya observamos, el

[29] *Marculfi formulae*, 1.23, ed. K. Zeumer, *MGH, Formulae merowingici et karolini aevi* (Hanover, 1882-1886), p. 57.

período en que la hegemonía local aristocrática se completó en la práctica. Este poder, en teoría, estaba en pugna con el poder judicial local del conde, pero no tanto en la práctica: excluyendo la situación frecuente en la que el señor local era incluso él mismo conde, los *placita* eran asambleas de aristócratas y no era probable que un campesino que quisiera disputar la dominación local de su propio señor ganara en ellas. La vida del conde Geraud de Aurillac († 909) en la Francia meridional, que era un aristócrata tan virtuoso que fue considerado santo, nos da una clara idea de cuán inusual era esa virtud a finales del siglo IX y principios del siglo X: incluía la abstinencia sexual, efectivamente, pero también la negativa de permitir a sus hombres vivir del saqueo cuando andaban escasos de comida en las guerras locales, la insistencia, de hecho, en que pagaban el precio apropiado por las cosas mientras combatían y la insistencia en que todas esas guerras sólo debían ser defensivas. Los *placita* de Geraud también eran singulares, no sólo porque dejaban libres a la ligera a los delincuentes, sino también porque los poseía por completo y los juzgaba de acuerdo con la ley.

Geraud era además santo por cuanto en las guerras civiles del decenio de 890 continuó siendo vasallo del rey, quien no era visto en ninguna parte excepto dando su lealtad a otros duques o condes. Es innecesario decir que relativamente pocos aristócratas lo hicieron. Más significativo, sin embargo, es que, por un tiempo, cuando el poder real y, a nivel local, el comital existían todavía, al menos en teoría, incluso un hombre tan santo como Geraud en la práctica no tenía obligaciones con nadie y, tanto en el *placitum* como fuera de él, hizo exactamente lo que creía adecuado.[30]

Hasta cierto punto, por tanto, entre los años 850 y 1100, y de hecho antes y después, los aristócratas dominaron sin descanso. Permanecían con los reyes si podían y los desafiaban si debían, esperando salir impunes (que a veces lo hicieron); a nivel local utilizaban sus clientelas militares y personales arrojando todo su peso con poco miedo a la represalia, a excepción de los aristócratas rivales. Esto era igualmente verdad en el siglo IX, cuando los reyes eran poderosos, en el siglo X, cuando los duques y los condes locales eran puntos de referencia importantes y en el siglo XI, cuando todos los señores habían establecido sus propios tribunales judiciales y el *placitum* cayeron en desuso en muchas partes de Europa, o sim-

[30] Odilón de Cluny, *De Vita sancti Geraldi Auriliacensis*, caps. 1.8, 11, 17, 20, 23, 32, 33, 35; *PL* 133, cols. 641-643, 646-647, 649-650, 653-654, 655, 656, 660-664; trad. inglesa de G. Sitwell, *St Odo of Cluny* (Londres, 1958), pp. 99-101, 104-105, 111-112, 113-114, 115, 122-125.

plemente se convirtieron en el tribunal personal del conde como señor local hereditario. En la historiografía francesa, en particular, la caída del poder real en el siglo X, o el fracaso de aquellos condes a finales del siglo X e inicios del XI, han sido vistos durante largo tiempo como una línea divisoria en el desarrollo histórico; pero contemplado desde el punto de vista de la dominación aristocrática de la sociedad *local*, podría defenderse que realmente nada cambió. Semejante argumento ha sido planteado intensamente en estos últimos años.[31]

Los argumentos para la continuidad son sorprendentes, pero no son, al mismo tiempo, totalmente conclusivos. Los elementos que simplemente he definido, las clientelas militares y el poder local, tenían sus raíces en un pasado remoto, pero en el siglo X, y en particular a finales de éste, empezaron a encajar de diferentes maneras y también empezaron a aparecer elementos de discontinuidad. Uno es el *placitum*. Sin embargo, muchas de esas asambleas estaban en la práctica dominadas por los intereses aristocráticos en el período carolingio, representaban un sistema legal público, con una autoridad por todo el reino, donde la legislación real era reconocida, al menos a veces, y puesta en práctica. Representaba la legalidad; las medidas privadas de los señores, aunque sin restricciones en la práctica, era ilegal si estaban en conflicto con el *placitum*. En esas regiones de Europa del siglo XI donde los *placitum* desaparecieron, estas medidas privadas cristalizaron en cambio en tribunales con plenos derechos, con sus propias competencias territoriales, en lo que los franceses llaman la *seigneurie banale*. Éste fue un cambio real: lo que había sido ilegal ahora constituía la legalidad. Tampoco existía ya la concesión mutua entre dos tipos de poder local; la *seigneurie* era todo lo que había. Semejantemente, cuando los aristócratas dejaron de acudir a reyes o duques/condes por el estatus y el patrocinio y basaban su posición solamente en sus propios poderes locales, incluso cuando estos poderes locales permanecían esencialmente sin alterar, el sistema político había cambiado. Aquí, también, el toma y daca entre el centro y la localidad había desaparecido y el poder local era todo lo que quedaba. Estos cambios estaban extendidos en Europa occidental y simplificaron las estructuras políticas muy notablemente. Aproximadamente entre los años 1000 y 1050 ocurrió en gran parte de lo que ahora es Francia, excepto en condados más coherentes como Normandía y Flandes; en las regiones del reino alamán que ahora consti-

[31] Véase en inglés, pero también refiriéndose a los debates franceses, los estudios en *Past and Present*, 142 (1994), pp. 6-42; 152 (1996), pp. 196-223; 155 (1997), pp. 177-225.

tuyen los Países Bajos; en Italia septentrional (donde incluso las ciudades-estado en vías de desarrollo funcionaban como señoríos colectivos); y en Cataluña. Incluso en Inglaterra, donde los reyes eran fuertes, éste fue el período en el que la aristocracia militar, ahora claramente distinguida del campesinado, empezaba a construir las residencias fortificadas que se transformarían pronto en castillos. Éstas son los indicios de que Inglaterra podía haberse equiparado con el continente incluso sin la conquista normanda.

Si todo poder llegó a tener su base en localidades en muchas partes de Europa en el siglo XI, ese poder ya no podía ser informal y de facto. Incluso la *signeurie banale* más caótica empezó a generar su propia autoridad —a base de costumbres locales más antiguas, pero, por ahora, mucho más caracterizadas explícitamente—. Las legalidades locales empezaron así a ser definidas más claramente. También los parámetros de poder local, los territorios señoriales; asimismo lo hicieron los centros de poder concentrados cada vez más en los castillos. También las divisiones sociales, como la actividad militar e incluso más claramente, definió los límites de la aristocracia y legitimó el establecimiento de poderes señoriales para cada familia militar. Todos los territorios llegaron a definirse más claramente, no sólo el señorío, sino también el pueblo y la parroquia. Estos componentes básicos locales estaban claramente definidos hacia el siglo XII para que fueran la base sobre la que restablecer el gobierno central. Éste sería un poder público renovado que, por primera vez, no debía nada al pasado romano.

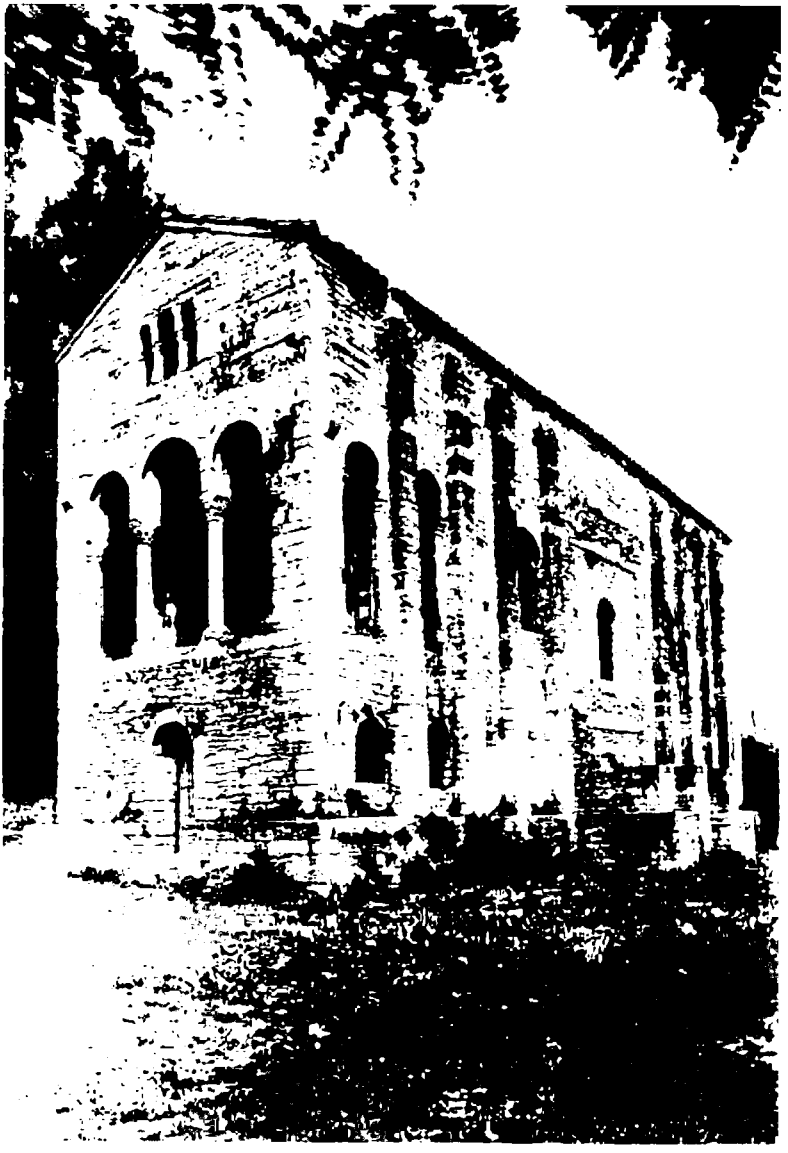


Lámina 6 Palacio de Santa María del Naranco, Oviedo, construido durante el reinado de Ramiro I (842-850).

3

La economía

Jean-Pierre Devroey

Entre los años 400 y 1000, nueve de cada diez hombres vivían y trabajaban en el campo principalmente en el contexto de una agricultura de subsistencia. Por lo menos una proporción muy grande de la producción agrícola total debe de haber sido consumida *in situ*, por los agricultores y sus vecinos inmediatos (artesanos, sacerdotes, magnates). La naturaleza de la economía y la proporción de habitantes rurales no era básicamente diferente de la del Imperio Romano. Pero la sociedad antigua es percibida por todos como una civilización urbana. Una ciudad romana concentraba y consumía una parte importante de los excedentes agrícolas para beneficio de sus élites. No hay nada comparable con esta organización y estilo de vida en ninguna de las ciudades de Europa noroccidental antes del año 1000. De hecho, muchos historiadores hablan en términos de «proto-urbanización» para este período. Alrededor del año 1020 era inconcebible para el obispo Gerardo de Cambrai dividir la humanidad de cualquier otra manera que entre «las personas que oraban, los campesinos y guerreros». Un siglo después, el clérigo Galberto de Brujas expresaba su sensación de pertenecer a un grupo cuando llamaba a los habitantes de Brujas «nuestros ciudadanos». Para el historiador, *la* pregunta esencial es: ¿la economía altomedieval es sinónimo de «economía» rural? ¿Cuáles son las formas de civilización urbana antes del año 1000?

Aparte del esfuerzo de Marc Bloch en 1939 para dar alguna coherencia a las nociones de una «primera» y una «segunda» edad feudal,[1] la mayoría de historiadores han sido reacios a considerar en su conjunto los años anteriores y posteriores al año 1000. Más bien, han considerado la economía y la sociedad medieval desde el siglo XI al XIV como un fenóme-

[1] Marc Bloch, *La Société féodale* (París, 1939); trad. cast. *La sociedad feudal* (Akal, Madrid, 1987).

no *sui generis*, que se explica por una aceleración del efecto de uno o más factores de crecimiento (demográfico, tecnológico, social...), que miden en décadas en lugar de siglos. Las desavenencias de los acontecimientos antes y después del año 1000 son una consecuencia de este escorzo de cronología.

Las interpretaciones tradicionales

Desde la emergencia de la historia económica como disciplina en el siglo XIX, sus métodos y conceptos han sido utilizados para explicar lo que se percibía como «dos momentos importantes de la historia» occidental, a saber: «el final de la Civilización Antigua» y « el nacimiento de Europa». En primer lugar, la pregunta sobre la verdadera naturaleza de la economía medieval también implicaba el rechazo o la búsqueda de la idea de capitalismo medieval. La mayoría de los historiadores ha estado de acuerdo en que el «final de la Antigüedad» coincidió con el «final de la esclavitud». Esta cuestión ha sido reabierta recientemente. Para Bonnassie y Bois, la esclavitud *strictu sensu* (con la suposición que los seres humanos son objetos legales y económicos) se mantuvo hasta finales del siglo X, después de lo cual unas décadas de levantamiento social tuvieron como resultado la «revolución feudal».[2] Si este es, de hecho, el caso, que la esclavitud nunca desapareció completamente de las casas más acomodadas de Occidente en la Edad Media, entonces los esclavos no pueden haber jugado más que un papel complementario y modesto en la mano de obra que puede documentarse en Bizancio en el siglo VI. En Occidente, es posible que la emergencia de los latifundios clásicos a partir del siglo VII fuera acompañada por todas partes de la instalación de antiguos esclavos en las tenencias hereditarias. Con la integración de personas no libres en la comunidad de cristianos, lo cual dejó intacta la discriminación social y legal contra ellos, tenemos los rasgos generales de lo que Marc Bloch llamó la «primera servidumbre».

[2] P. Bonnassie, *From Slavery to Feudalism in South-Western Europe* (Cambridge, 1991); G. Bois, *La Mutation de l'an mil* (París, 1989); trad. cast. *Del esclavismo al feudalismo en Europa occidental*, Crítica, Barcelona, 1993, y *La revolución del año mil*, Crítica, Barcelona, 1991 y 2000. Crítica de A. Verhulst, «The decline of slavery and the economic expansion of the early middle ages», *Past and Present*, 133 (1991), pp. 195-203.

Existe un consenso bastante amplio acerca de la idea de un «intervalo» altomedieval caracterizado por una «ruralización» general de la economía. Se considera su expresión más característica la propiedad carolingia (quizá porque es la mejor documentada), con su granero, sus herramientas y equipo de granja, sus artesanos y talleres especializados. Se cree que semejante propiedad es testimonio de la dominación de una economía cerrada y autosuficiente sin una necesidad real de dinero o comercio. De acuerdo con esta opinión, por lo tanto, la economía del período altomedieval es equivalente a una economía doméstica. Es una sociedad *no comercial.*

Una interpretación alternativa, no por fuerza mutuamente excluyentes, fue propuesta por Henri Pirenne y podría llamarse el «paradigma belga». Para Pirenne, era evidente una continuidad considerable de cultura y civilización en Occidente hasta finales del siglo VI. Fue interrumpida por la conquista árabe del Mediterráneo que finalmente separó las dos partes del antiguo Imperio Romano, sumió a Occidente en una depresión económica y en un desorden político e inauguró un cambio constante en el equilibrio de Europa hacia el noroeste, ambos políticamente con la aparición de los carolingios y, en la esfera económica, con el «renacimiento» de la vida urbana a partir del siglo XI.[3]

La «pequeña Bélgica», por consiguiente, era para Pirenne un paradigma de la historia occidental. Era un «microcosmos», que fue destinado a ser no sólo el «el campo de batalla de Europa», sino que también ofrecería un foro para el intercambio de ideas entre los mundos latino y germánico e idearía «las antiguas democracias de los Países Bajos». Estas opiniones estaban en línea con la personalidad de Pirenne como «historiador *engagé*, hijo de su tiempo, nacionalista, liberal, burgués, optimista ...: que veía la historia como una constancia del progreso impulsado por la urbanización, el comercio y el capitalismo».[4] Quizá debido al papel dominante jugado por el Mediterráneo en los argumentos de Pirenne, pocos historiadores han subrayado la excesiva concentración de su tesis en el mundo carolingio y la escasa atención dedicada a los acontecimientos en el Mediterráneo occidental después del siglo VII.

¿Cómo puede explicarse el extraordinario florecimiento de la economía y de la sociedad urbana en el siglo XII? ¿Cuáles fueron los puntos de

[3] H. Pirenne, *Mahomet and Charlemagne* (Londres, 1968).

[4] A. Verhulst, «L'Actualité de Pirenne», en G. Despy y A. Verhulst (eds.), *La Fortune historiographique des thèses d'Henri Pirenne* (Bruselas, 1986), pp. 149-153.

partida y los ritmos de este crecimiento: el siglo VII, con el renacimiento de nuevos flujos comerciales en Europa noroccidental; el siglo IX y el Renacimiento carolingio; el siglo XI con el renacimiento de las ciudades? ¿Fue una respuesta al estímulo externo, derivado del renacimiento del comercio en los siglos X y XI? ¿O fue autogenerado, sustentado por el dinamismo del campo y la producción y control del excedente agrícola necesario para la vida urbana y para los castillos por grupos de no productores? ¿Quién ayudó a crear este crecimiento: los grandes empresarios comerciales, los reyes carolingios, o sus monjes que controlaban los latifundios, o los campesinos que preparaban la tierra nueva?

La investigación actual subraya la dinámica de las relaciones entre la ciudad y el campo a partir de la alta Edad Media y el papel de los representantes religiosos y políticos en el desarrollo económico. La acumulación de capital fue posible mediante el desvío del excedente desde su procedencia a los centros de control, es decir, del campo a las ciudades y del productor campesino al consumidor noble o burgués. El campo y su economía, en resumen, son fundamentales para el desarrollo de Europa.

Hechos y cuestiones clave

Gracias a la arqueología, fenómenos documentados por las fuentes escritas, como la guerra y la política, han sido integrados en una visión más general de la relación entre el hombre y su entorno. A partir del siglo III, el clima empeoraba a un ritmo constante, conviertiéndose en más frío y más húmedo. El punto más bajo probablemente fue en el siglo VI, con una media de disminución de la temperatura de 1.5 °C. El impacto del cambio climático debe evaluarse a nivel regional, aunque la falta de información precisa lo hace difícil. Durante la alta Edad Media, los inviernos eran probablemente menos severos en Asia Menor que en el oeste, pero generalmente el paisaje y el clima del mundo bizantino eran duros. En Occidente, la mayor parte de la información sobre el tiempo metereológico, las epidemias, las inundaciones, o el hambre se obtiene del relato extraordinario en los *Decem Libri Historiae* y de los escritos hagiográficos de Gregorio de Tours. Sin embargo, las descripciones de Gregorio no pueden extrapolarse necesariamente para proporcionar un informe de las pautas metereológicas en toda Europa occidental en el siglo VI, ni mucho menos

en otras partes. La antropología física y la paleopatología también están arrojando una cantidad creciente de datos. Una reciente síntesis basada en 5.000 tumbas de los siglos VI y VII en Alemania muestra que del 60 al 75 por 100 de los adultos morían entre los 36 y 38 años y que la salud global de la población era pobre. Padecían de poliomielitis, raquitismo y otras enfermedades asociadas con deficiencias vitamínicas. La mayoría de esta información, sin embargo, carece de cualquier contexto social o económico preciso. De hecho, es prácticamente imposible vincular cualquier yacimiento excavado de sepulturas en campo abierto con un asentamiento conocido. El reciente análisis de los emplazamientos urbanos de Marsella, datado entre los siglos IV al VI, y Maastricht, datado entre los siglos VII y VIII, por otro lado, hace pensar en una movilidad social considerable y unas condiciones de vida relativamente favorables en un entorno urbano, donde uno podía haber esperado una indicación más contundente de problemas relacionados con la reserva de alimentos. Con tal exigua evidencia, sin embargo, las generalizaciones sencillamente no son posibles. En Bizancio, la movilidad de la población rural fue un rasgo permanente. Podían abandonarse las tierras cultivables y, después, volver una vez más al uso agrícola. Parte del éxodo del campo puede atribuirse a la atracción de las ciudades. Pero en parte, también, el traslado a las ciudades y el abandono de la tierra era debido a la carga excesiva de tributos sobre la tierra. En los Balcanes, la vulnerabilidad del campesinado fue explotada por los magnates, que se apoderaron de sus tierras, su ganado o sus esclavos y redujeron a los campesinos a un estado de dependencia. En el año 535, Justiniano declaró que esta «calamidad» estaba en proporción a «una invasión bárbara».[5] En otras regiones, el abandono de la tierra fue debido a factores externos, como la guerra, la pérdida de la cosecha y la peste. La peste de los años 541-542 fue parte de una serie de calamidades naturales: la sequía (desde el año 516 al 521 en Palestina), un terremoto (en Antioquía en el 529), una plaga de langosta (entre el 516 y el 517 por Jerusalén) y, justo antes de 541, dieciocho meses de insuficiente sol impidieron que la fruta madurara. La epidemia de los años 541-542 fue una plaga de peste bubónica de una magnitud excepcional, probablemente comparable a los estragos de la Peste Negra de 1348-1350, que aniquiló de un cuarto a un tercio de la población de Europa occidental. Como en el siglo XIV, además, a la peste le sucedió una edad dorada de salarios

[5] *Iustiniani Novellae*, ed. R. Schoell y G. Kroll, *Corpus Iuris Civilis* 3, 6ª ed. (1954), pp. 1-2.

agrícolas e industriales. La legislación de Justiniano confirma que los artesanos y los trabajadores de tierras se aprovecharon de la escasez de mano de obra para exigir precios y salarios dos o tres veces superiores a lo habitual.

En Occidente, es tentador explicar el contraste entre las economías del norte y del sur de Francia en cuanto a las supuestas diferencias en la duración e intensidad de la peste. Pero existe poca justificación para semejante explicación general. La «elasticidad» del entorno bio-geográfico confrontado con la crisis demográfica probablemente fue un factor esencial a nivel local.

Durante la Antigüedad y el comienzo de la Edad Media, el Asia Menor había sido una región de cultivo permanente y de cría de animal doméstico. Las guerras del siglo X, y la destrucción que causaron, hicieron una parte de la tierra inutilizable para algo más que para la cría de animal itinerante, antes del asentamiento, durante el período turco, de nuevos pueblos anteriormente nómadas. En las regiones frágiles de *terra rossa* de la cuenca mediterránea, el importante abandono del cultivo de terrenos semiáridos y el abandono de la tierra contribuyó enormemente a la erosión del suelo, que dificultó cualquier recuperación (la conversión en terreno utilizable) y justifica la aparición del monte bajo. En Italia, el análisis del polen de regiones templadas registra un avance general del bosque y de formas de vegetación secundarias. Pero un nuevo equilibrio se estableció entre los hombres y el entorno que unía los usos silvopastorales a la intensificación de prácticas agrícolas en parcelas de cultivo cerca de donde la gente vivía, con el resultado de una dieta más equilibrada.

En la Galia septentrional y en Renania, la invasión de bosque y brezo se atribuye a la debilitación (que empezó en el siglo III) del extenso sistema agrícola de la Antigüedad tardía y a un descenso de la población. La importancia de estos movimientos de población se refleja en el cambio del límite lingüístico entre «románico» y «germánico». En las áreas más densamente pobladas, la continuidad en la ocupación de la tierra es muy marcada. A partir del siglo III, las grandes villas romanas «coloniales», que iban dirigidas al suministro de ciudades y el ejército, eran abandonadas y hubo un cambio de asentamientos de las mesetas a los valles. Al mismo tiempo, las pequeñas granjas familiares crecieron en número y cultivaron áreas reducidas. Estas tierras eran guardadas para uso agrícola, pero las zonas periféricas y las más pobres o las más abundantes se dejaban en barbecho, a menudo hasta la desforestación de la tierra baldía en los siglos XI y

XII. El paisaje característico de los pueblos merovingios es el de un asentamiento compuesto de pequeñas aldeas dispersas, con una multitud de campos pequeños separados por tierras sin cultivar. El tamaño relativamente pequeño de estos establecimientos humanos coinciden bastante bien con los yacimientos de sepulturas excavados.

Desde el siglo VII en adelante, el crecimiento de la población tuvo como resultado la expansión de tierras bajo cultivo y la creación de nuevas zonas de asentamientos por campesinos y señores. No debería, sin embargo, sobreestimarse esta expansión de tierra cultivable, porque no era sino el principio de un proceso muy largo y prolongado que culminó en los siglos XII y XIII. Después de la fase de dispersión de granjas, se hace evidente una reagrupación en regiones como Renania o Borgoña en el siglo X, acompañada por el abandono a gran escala de aldeas. En otros lugares, donde dominó la cría de animales, los asentamientos instalados en claros mantenían un carácter semi-permanente a lo largo de la alta Edad Media.

El declive de las villas romanas fue gradual. Los nuevos métodos arqueológicos de excavación no sólo han descubierto construcciones de piedra, sino también construcciones en material más ligero o de madera, característicos de los antiguos asentamientos rurales romanos. En muchos lugares existían una estructuras más o menos improvisadas, con un uso creciente de técnicas de construcción en madera. La documentación nos permite seguir este desarrollo a partir del siglo III. A finales del siglo IV, estos nuevos tipos de construcción se encontrarán por todo el Imperio noroccidental, aunque no aparecen durante otro siglo en la Galia meridional o en Italia. En el centro de Francia, donde se han encontrado indicios correspondientes a la persistencia de la vetusta aristocracia romana, la colocación de mosaicos romanos muy antiguos a finales del siglo V y a principios del VI hace pensar en un material más duradero y en la supervivencia social de la villa. Parte de las construcciones de madera que fueron más frecuentes a partir del siglo IV son una herencia o una adaptación de técnicas galo-romanas. Por otro lado, parecen haber reaparecido en la Galia romana durante el siglo III agujeros de postes, que indican la presencia de construcciones después de una ausencia de tres siglos.

Un nuevo tipo de asentamiento llegó a ser común en la Galia noroccidental a partir del siglo VI. Comprendía un grupo de granjas independientes, conectadas por una red de caminos, con cada granja cercada por una palizada o una acequia y rodeada por graneros en los polos, cobertizos, silos y talleres. Esta forma de asentamiento coincide con la aparición de

una nueva palabra: *mansus*. Simplemente denotando la «casa» en el siglo VI, *mansus* vino a designar la casa y su recinto circundante antes de ser aplicado en el siglo VIII a la granja hereditaria de una familia de colonos.

El despertar del siglo VIII

A partir del siglo VIII, el clima se hizo progresivamente más caluroso hasta alcanzar un óptimo en el siglo XI de 1.5 a 2°C más de promedio (4° en las áreas subárticas en el momento en el que el deshielo del campo helado permitió a los navegantes escandinavos llegar a América). A finales del siglo VII y en el VIII, el estudio de restos humanos parece indicar por todas partes, en el norte tanto como en el sur, una disminución significativa de la malnutrición. Paradójicamente, se mencionan más frecuentemente las hambrunas (existen referencias de sesenta y cuatro períodos de hambre entre los siglos VIII y X, que hacen un promedio de una cada seis o siete años). Sin embargo, la interpretación de estos datos es delicada. Una vez se ha hecho la distinción entre las «grandes hambres» de carácter cíclico, eso es, la escasez de alimentos que se da entre dos cosechas, y el hambre local, puede verse que el número de hambrunas universales disminuyó en el siglo X para aumentar de nuevo durante el siglo XI. ¿Debemos atribuir, entonces, la repetición de hambruna general al (inesperado) crecimiento de la población y considerla como el duro precio que el campesinado tuvo que pagar para que empezara la expansión?[6]

Se aprecian más a menudo indicios de recuperación a partir del siglo VII. Por consiguiente, el crecimiento demográfico parece funcionar tanto en el norte como en el sur. Los estudios de los datos demográficos de algunos polípticos carolingios del siglo IX en Italia (Farfa, San Vincenzo al Volturno), en el sur provenzal (Saint-Victor de Marsella) y en su región privilegiada, a saber, entre el Sena y el Rin (Saint-Germain-des-Prés, Saint-Remi de Reims) crean la imagen de una población pionera, relativamente joven y móvil, sensible a los puntos álgidos de mortalidad, pero capaz de responder a ellas con un aumento veloz en el índice de natalidad. La crisis y la escasez de alimentos no tuvieron efecto duradero en la tenden-

[6] P. Bonnassie, «La Croissance agricole du haut moyen âge dans la Gaule du Midi et le nord-est de la péninsule», en *La Croissance agricole du haut moyen âge, Flaran* 10 (Auch, 1990), pp. 13-35.

cia a largo plazo. Según los polípticos, la población se pudo doblar en un lapso de tiempo de 50 a 150 años.[7] El aumento rápido y general probablemente no tuvo lugar antes de la oleada demográfica del siglo XI. Pero un crecimiento en el número de personas en las áreas agrícolas, donde los habitantes se habían establecido por un período más largo de tiempo, había empezado a finales del siglo VIII. Posiblemente se alcanzó una densidad de población de 20 a 30 habitantes por kilómetro cuadrado en el área de París o en las propiedades de la abadía de Saint-Bertin ya a mediados del siglo IX. En los Abruzos, cuyo potencial agrícola no igualó, desde luego, al de la Île-de-France, Wickham ha propuesto la cifra de 18 habitantes por kilómetro cuadrado en el Valle de Trita. La práctica de asignar parcelas a colonos, y la acusada movilidad campesina, hizo posible la intensificación local de la agricultura registrada en antiguas áreas cultivadas y la explotación de nuevas áreas, aunque la escala no es comparable con la alcanzada por la desforestación en el siglo XI. Así, hasta finales del primer milenio, los paisajes del noroeste de Europa estaban claramente divididos entre áreas densamente pobladas durante un largo período de tiempo y áreas más escasamente pobladas y quizá utilizadas sólo de forma inconstante. Se debe, sin embargo, ser prudente con los prejuicios planteados por el origen, eclesiástico o real, de la mayoría de las fuentes. En Auvernia, la nobleza local estableció su riqueza de tierras, por un lado, con propiedades recibidas *in commendam* de los magnates o mediante la usurpación de tierras más ricas y, por otro lado, por la colonización de terreno accidentado, a veces prácticamente abandonado. Esta parte de su patrimonio no aparece en las fuentes antes del siglo X, cuando estas familias empezaron a fundar instituciones religiosas o se involucraron en el gran movimiento de donaciones que acompañó a la expansión de Cluny.

La antigua ciudad

El Estado romano se basaba en una red de dos mil ciudades sustentada por los tributos sobre la producción agrícola. Cada ciudad normalmente

[7] J.-P. Devroey, «Courant et réseaux d'échange dans l'économie franque entre Loire et Rhin», en *Mercati e Mercanti nell'alto medioevo: l'area euroasiatica e l'area mediterranea*, Settimane di studio del Centro Italiano di studi sull'alto medioevo 40 (Spoleto, 1993), pp. 327-389 y P. Toubert, «The Carolingian momentum», en A. Borguière (ed.), *A History of the Family* (Cambridge, 1996, a partir del original francés de 1986).

contendría un foro, un teatro y un anfiteatro, los baños y, a partir del siglo IV, una catedral. La ciudad también era el lugar principal de residencia de la élite gobernante, que también era responsable de la recaudación de tributos. Alrededor de dos capitales, Roma y Constantinopla, las ciudades constituían la red de una *economía mundial* —o más exactamente de un *Estado mundial* centrado en el Mediterráneo—. Este estado pudo simultáneamente recoger y distribuir comestibles básicos, para alimentar a las masas urbanas y para aprovisionar a las guarniciones de la frontera. El ejército permanente constaba aproximadamente de 600.000 a 650.000 hombres. La variedad de semillas fosilizadas descubiertas en los silos de los emplazamientos militares de Rheinland atestiguan el alcance de las redes comerciales dentro del mundo romano del siglo V: las tropas de los *limes* del Rin (y sus caballos) consumían *einkorn*, trigo polaco, trigo candeal, espelta, trigo, cebada, centeno, avena, mijo y arroz (este último, una clara importación). Las villas locales, por otro lado, producían sólo dos o tres variedades de cereal. Roma pudo tener a su servicio un sistema para la distribución de comestibles a nivel estatal y mundial. Este sistema estaba basado en el tributo y en los ingresos de las grandes propiedades imperiales. La torta y las gachas del legionario eran un verdadero producto de la síntesis del mundo romano.

Justiniano y Carlomagno

Desde la muerte de Pirenne, la cuestión del fin de la civilización antigua ha sido considerada principalmente en las áreas cronológicas y geográficas que él había privilegiado, esto es, la Galia merovingia. Las recientes excavaciones arqueológicas han hecho a la vecina Italia, dividida después de la reconquista de Justiniano entre el Imperio oriental y los sucesivos estados germánicos, un área fundamental para el análisis del fin del sistema de producción y distribución en el mundo mediterráneo.[8]

El declive urbano es un tema importante de la historiografía. Se supone que un tercio de las 372 antiguas ciudades de la Italia peninsular, enumeradas por Plinio en su *Historia Natural*, decayeron. En las áreas

[8] Las siguientes observaciones se basan principalmente en E. Zanini, *Le Italie bizantine: Territorio, insediamenti ed economia nella provincia bizantina d'Italia (VI-VIII secolo)* (San Spirito, 1998).

reconquistadas por los bizantinos, la supervivencia de ciudades alcanza casi el cien por 100 y los ejemplos de un declive serio son bastante raros. ¿Por qué existía esta tregua comparada con el resto del Imperio occidental? Puede explicarse por la persistencia en el Imperio Bizantino de la red de comunicaciones de caminos, ríos y mares de la que los centros antiguos constituyeron los ejes estructurales. Naturalmente, el paisaje urbano italiano estaba afectado por fenómenos generales como la cristianización del espacio y de los monumentos públicos y el abandono de áreas suburbanas. Pero las ciudades de la Italia bizantina difieren de otras ciudades italianas en tres maneras. En primer lugar, la ciudad se impuso definitivamente como centro esencial del sistema de defensa de los territorios bizantinos. En segundo lugar, era «mantenida» gracias a la revitalización de la institución a cargo del mantenimiento de los edificios y de los servicios públicos urbanos. Por último, el espacio urbano evitó durante algún tiempo, al menos, el fracaso de las estructuras urbanas y la ruralización, que son característicos del destino de las antiguas ciudades en otros lugares.

Roma proporciona un buen ejemplo de las dificultades de determinar el proceso exacto de cambio. Alrededor del año 400, la ciudad tenía posiblemente medio millón de habitantes. Con probabilidad tenía menos de una décima parte en el siglo VII. Algunos han visto en la transformación de Roma el nacimiento de una ciudad polinuclear, que comprendía un pequeño nexo de asentamientos agrupados, separados por zonas no construidas.[9] Parece que puede haber perdurado un centro urbano real más extenso que el área de la ribera del río.[10] Roma continuó como un importante centro de consumo y de comercio en Italia. La *annona* imperial, con su distribución libre de cereales, posiblemente se mantuvo hasta finales del siglo VI. En los siglos VII y VIII, la ciudad obtenía su suministro de alimentos del patrimonio público, papal y eclesiástico en los campos del Lacio y en los latifundios de Sicilia. Los hallazgos de cerámica de la Cripta Balbi registran las fluctuaciones de los intercambios comerciales entre Roma y el resto del Imperio Bizantino. Hasta alrededor del año 650, el norte de África era prominente. En el último tercio del siglo VII, cuando Bizancio perdió definitivamente sus posesiones africanas, eran importantes las cerámicas y ánforas del Egeo y de Oriente. Desde mediados del siglo VIII, domina la nueva alfarería local. Probablemen-

[9] R. Krautheimer, *Rome: Profile of a City, 312-1308* (Princeton, 1980, 2ª ed. 2000).

[10] Zanini, *Le Italie bizantine*.

te estaba influida estilísticamente por los artículos vidriados de Constantinopla, pero es, desde luego, una producción local. Este cambio coincide con la crisis en la relación religiosa, política y económica entre el papado y la administración imperial bizantina. No obstante, los datos de la Cripta Balbi sugieren un comercio todavía muy activo pero orientado hacia la élite y los artículos de lujo. Por otro lado, el comercio internacional, al parecer, no se extendió en las áreas rurales. Esto no indica necesariamente una dicotomía entre la Italia cosmopolita papal y bizantina, por un lado, y la Italia lombarda, por el otro, sobre todo si se tienen en cuenta las distintas regiones. En el sur de Italia, la gran mayoría de sedes episcopales no sobrevivieron a la retirada bizantina. De los cien obispados en los ducados de Spoleto y Benevento, apenas diez sobrevivían en el año 700, pero todas esas diócesis eran ciertamente muy pequeñas, centradas en pequeñas ciudades, y estaban principalmente en colinas. En cualquier caso, apenas habrían contado como pueblos en Italia septentrional. La arqueología ha multiplicado los ejemplos de la crisis urbana en Italia septentrional, con los descubrimientos de áreas que habían regresado al uso agrícola, del abandono de redes de caminos y de las construcciones de madera en el corazón de los antiguos espacios públicos romanos. Sin embargo, los señores feudales nunca abandonaron la ciudad, como parecen haber hecho en Europa noroccidental. La Galia meridional continuó siendo urbana; también lo hizo buena parte de España. Los reyes lombardos establecieron su capital permanente en Pavía, y sus duques residieron, desde luego, en las ciudades, con todo lo que implicaba en cuanto a la población. Una ciudad como Lucca en la Toscana mantuvo la mayor parte de su planta romana y quizá la misma densidad de ocupación. Se mencionan cincuenta y siete lugares de culto nuevos entre los años 700 y 900. Un tercio de las iglesias y la mitad de las casas mencionadas en las fuentes antes del año 1000 estaban ya situadas fuera de los muros de la ciudad romana, como el palacio del duque. Hacia el siglo VIII, entre los habitantes se incluían comerciantes, artesanos de artículos de lujo, orfebres, miembros de profesiones, fabricantes de calderas, doctores, sastres, constructores y acuñadores. Algunos eran, de hecho, dueños de tierras. Las propiedades de la catedral y de la iglesias urbana, así como aquellas de los gobernantes seculares, generalmente se administraban desde la ciudad, de modo que la tierra controlada por los ciudadanos y las instituciones urbanas ya —o todavía— debía de haber ocupado una buena parte de toda Lucchesia. Lucca era evidentemente social y económicamente dominante en su territorio bajo cualquier criterio, en modos que

no habían cambiado substancialmente desde el mundo romano y no cambiarían mucho en lo sucesivo.[11]

La reconquista de Justiniano restauró temporalmente la posición de la Italia bizantina en la economía mediterránea. Italia era de nuevo parte de la red de distribución y de comercio, caracterizada por los intercambios de materias primas locales (como prueba la continuidad en la producción de recipientes en la vecindad de localidades como Milán y Rávena) y de comestibles y artículos manufacturados en el norte de África y en la zona sirio-palestina. Durante el siglo VI, las estadísticas de naufragios encontrados en el Mediterráneo ilustran la continuidad de la actividad comercial en el Mediterráneo central (Sicilia y Malta), donde los hallazgos datables en el siglo V ligeramente representan más de la mitad del número de hallazgos del siglo IV, a diferencia del Mediterráneo occidental, donde los hallazgos para los siglos V, VI y VII son sumamente escasos. Mientras el perfil cerámico (y monetario) de la Italia bizantina y lombarda es totalmente diferente y hace pensar en la existencia de barreras prácticamente impenetrables entre estos dos estados rivales, el perfil global de los hallazgos cerámicos es comparable a Génova y Marsella. La red de distribución bizantina alcanzó los puertos del Mediterráneo occidental, la Galia y España a través de Liguria. Como las alianzas políticas y el intenso intercambio religioso entre los francos y Constantinopla en los siglos VI y VII, la prosperidad e interrupción repentina del suministro de mercancías africanas y orientales a los mercados galos a mediados del siglo VII podría explicarse por el final del control bizantino sobre Liguria antes que por una crisis general de intercambio por todo el mundo mediterráneo. A partir del año 650, el comercio en el Adriático atrajo las mercancías orientales y la sal de Comacchio, en un intercambio que Venecia consiguió dominar y extender ya a principios del siglo IX.

En la Galia, el centro de gravedad político y de las redes de intercambio fue orientado sin duda hacia el noroeste. No sería hasta los siglos XIV y XV que otro gran mar, el Mar del Norte, se convertiría en el foco de una nueva economía mundial, con la internacionalización del comercio de grano. La «regionalización» de la economía romana había estado en marcha desde la crisis del siglo III y era un componente fundamental de la Europa medieval.

[11] C. Wickham. *The Mountains and the City: The Tuscan Appennines in the Early Middle Ages* (Oxford, 1988).

La ciudad occidental

Muchas ciudades de Occidente carecen de una historia continua. Se separaron en nexos de asentamientos pequeños, separados por ruinas y espacios reconvertidos para ser utilizados como huertas y viñedos. Fueron poblados por unos centenares o unos pocos miles de habitantes. Un centro político y religioso importante como Tours parece haber sido reducido a dos complejos religiosos pequeños durante el período merovingio. Uno está junto a la catedral, en la zona en ruinas dentro de los muros de la ciudad romana; el otro está fuera de los muros, alrededor de la abadía que conservaba las reliquias de san Martín. Ni siquiera Aquisgrán, el centro del Imperio de Carlomagno, era impresionante para los estándares de ciudades romanas como Rávena, Milán, Arles o Tréveris, para los de las ciudades orientales bizantinas contemporáneas o, incluso, para las de la Roma y la Nápoles medievales. En el mundo franco, el poder no se mostraba en la ciudad, sino en la asamblea primaveral (véase el capítulo 1) (y en menor medida en el palacio), donde los magnates se reunían para confirmar los vínculos de fidelidad e intercambiar regalos y ofrendas. Ni la asamblea ni el palacio coinciden con la idea de una capital permanente o, incluso, desde el siglo VI en adelante, con una localización en una ciudad. Era radicalmente diferente para los reyes lombardos o los visigodos, que tenían capitales urbanas importantes con la corte y la administración permanente en Pavía y Toledo.

Después del año 400, el cristianismo era una religión basada en la ciudad, con comunidades agrupadas alrededor de obispos que eran los líderes de su *civitas* (véase el capítulo 4). La *civitas* occidental (es decir, la ciudad y su zona circundante) continuó siendo esencialmente un lugar de culto hasta finales del siglo X. Es en este sentido en que uno puede hablar de continuidad en la antigua red urbana, incluidas las ciudades de Europa noroccidental. De hecho, las excavaciones de la última década han descubierto restos de edificios romanos que habían sido construidos allí muchos años antes. Es principalmente una continuidad funcional que se expresa de un modo sorprendente en la permanencia de la geografía religiosa. Entre los años 400 y 600, la presencia o la ausencia de un obispo era lo que determinaba la supervivencia o la muerte de una ciudad romana. También perduraron asentamientos secundarios durante la alta Edad Media, y continuaron teniendo una función social, política, administrativa y religiosa en el corazón de una región pequeña.

El panorama arquitectónico global de la ciudad altomedieval continúa siendo bastante sombrío: los muros de la ciudad desmantelados, las infraestructuras públicas progresivamente abandonadas, edificios saqueados, el uso creciente de madera en la construcción de las casas. La única área que es una excepción es la intensa actividad de la construcción de iglesias: cuarenta en la Metz merovingia, veintinueve en París, dieciocho en Lyon y doce en Burdeos. A partir del siglo VII, el trabajo de la construcción empezó a concentrarse en su mayoría en las abadías que se fundaban en el campo. Los reyes francos prefirieron vivir en palacios rurales cercanos en vez de hacerlo en las antiguas ciudades. A un nivel inferior, los magnates laicos y eclesiásticos se decantaron por una variedad de residencias y ocuparon una red de centros de poder en palacios y *castella* y en latifundios, en abadías y en antiguos *vici*.

Otro sistema de intercambio nació durante el mismo período en los límites del mundo franco. A finales del siglo VII, las abadías de la Galia noroccidental habían dejado de organizar caravanas para ir a buscar aceite de oliva y otros productos mediterráneos traídos de Fos y Marsella. Entre el Loira y el Rin, los estuarios de los grandes ríos se convirtieron en puntos de entrada para viajeros, diplomáticos, comerciantes, peregrinos y misioneros a través del Mar de Irlanda, el canal de la Mancha y el Mar del Norte. Algunos francos utilizaban estas rutas. Los marineros anglosajones y frisios activaron el comercio y crearon nuevos asentamientos portuarios.[12] Dos de estos emporios son especialmente importantes para la Francia del siglo VII, a saber, Quentovic (en el Canche, en Neustria) y Dorestad (en el curso anterior del Rin, al sur de Utrecht, en la frontera entre Austrasia y Frisia). Al otro lado del mar fueron fundadas Lundenwich, junto al emplazamiento de la Londres romana, Hamwic, en el lugar de la futura Southampton, e Ipswich en East Anglia. Estos emporios o *wiks* eran centros de comercio internacional. Otros, como Dublín, Birka, Hedeby o Kiev, son testimonio del comercio estimulado por los daneses, los noruegos y los suecos. No está claro si estos *wiks* fueron creaciones espontáneas o fundaciones reales. No obstante, los reyes se aprovecharon de su existencia, haciendo de ellos puntos de entrada obligatoria para los comerciantes, donde se recaudaban derechos de aduana y donde tenía lugar el intercambio y refundición de divisas. Junto al puerto había un área industrial donde la gente, como en otros lugares urbanos interiores trabajaban con hueso, cuerno, cuero y metal. Existía también una zona

[12] S. Lebecq, *Marchands et navigateurs frisons au haut moyen âge* (Lille, 1983).

agrícola o de horticultura. La dispersión de los hallazgos (salvo la producción de alfarería, que está muy concentrada) apunta a una producción doméstica. El papel de los artesanos en la economía rural se reconoce a menudo insuficientemente: la carpintería, la extracción y procesamiento de minerales férricos o la fabricación de armas y herramientas son todos mencionados en los polípticos (las descripciones detalladas de propiedades redactadas a partir del siglo IX). La producción textil merece especial consideración. El lino y el cáñamo son un cultivo que exige mucho esfuerzo y que emplea mucha mano de obra y eran producidos principalmente por granjeros agricultores. La tela era producida en parte por talleres colectivos (*gynecea*), donde trabajadoras especialistas o esposas de colonos se reunían para hilar, tejer y confeccionar telas. No obstante, el volumen de la producción textil estaba dentro de la familia, como muestra la distribución de hallazgos arqueológicos de artefactos vinculados a la actividad textil.[13]

La concentración de actividades comerciales en los nuevos *wiks* o en ferias anuales contrasta enormemente con la situación en Italia y en la Galia meridional, donde el papel de los «puertos de comercio» era desempeñado por ciudades como Comacchio, Venecia, Nápoles o Marsella. En el reino franco, el declive de los *wiks* había empezado hacia los decenios de 820 y 830, antes de las primeras incursiones vikingas. A partir del año 859, es posible, aunque puede ser una falsa impresión creada por las lagunas en las pruebas documentales, que fueran destruidos o abandonados emplazamientos a ambos lados del Mar del Norte. En el caso de Dorestad, por ejemplo, el estuario se encenagó. A principios del siglo X hubo lo que puede ser una reanudación de actividades comerciales en los asentamientos de origen romano o un movimiento a nuevos lugares (de Lundenwich a Londres, de Quentovic a Montreuil-sur-Mer, de Dorestad a Tiel y Utrecht). Puede haber habido un vacío en el comercio de Europa noroccidental entre los años *c.* 870 y *c.* 920, pero con el florecimiento ininterrumpido de otros centros como Dublín, York, Birka, Novgorod y Kiev, es improbable.

La «ruralización» de las élites francas (a partir del siglo VII y no, como se ha dicho durante demasiado tiempo, desde el año 500) tiene como consecuencia una dispersión real de lugares de poder a la que puede contraponerse claramente Europa meridional, donde hay indicios convincentes

[13] J.-P. Devroey, «On men and women in early medieval serfdom», *Past and Present* (2000).

de la persistencia de una élite y un estilo de vida urbano. Esto puede explicar la temprana aparición (o la permanencia) en Italia de un «predominio» de ciudades en el campo y el auge de una comunidad participativa y de formas de organización de vida colectiva entre la población urbana en Milán, Pisa o Lucca a finales del siglo IX y en el X. En el noroeste existe de hecho alguna continuidad funcional en la antigua red urbana. Pero la ruptura fue total entre los siglos VII y IX en la función económica de la ciudad, el modo de residencia y de consumo de la élite y la concentración de excedentes agrícolas. Debe esperarse hasta el siglo XI para presenciar la aparición de una nueva civilización urbana en Occidente.

La villa romana

La evolución del campo debe considerarse a largo plazo. En la Provenza del siglo I d. C. hubo una concentración de propiedad en unidades de diversos tamaños y una especialización progresiva en la producción de aceite y vino y en la cría de la oveja. En dos generaciones, entre mediados del siglo III y principios del siglo IV, estas actividades cesaron o se redujeron enormemente. La producción de ánforas de vino disminuyó en el siglo III y cesó en el IV. Fue en el siglo IV cuando los grandes viñedos del norte probaron su valía. Generalmente, la producción agrícola se volvió más regional a expensas de las actividades de exportación.

Mientras las prensas y bodegas de vino de las *villae* provenzales eran progresivamente abandonadas, los valores sociales y culturales clásicos persistieron. Los beneficios ahora se desviaban hacia la construcción de iglesias, y las grandes fortunas rurales todavía existían entre aquellos dueños de propiedades que habían superado la crisis y habían embellecido sus villas con nuevos edificios y ricos mosaicos. Las *villae* parecen haber cambiado durante el siglo IV, de actuar como centros de producción y procesamiento de productos agrícolas a ejercer la función de centros de recaudación de rentas y tributos en especies. Al hablar de las grandes propiedades de tierras entre los años *c.* 400 y *c.* 1000, los historiadores utilizan el término «gran dominio» (en francés *grand domaine*), que se remonta al *latifundium* latino. En alemán, la palabra *Grundherrschaft* se aplica a todo el período medieval. En francés, uno duda en hablar de *seigneurie* antes de los siglos X u XI. La *villa* (el antepasado de nuestro «pueblo o aldea»), que designaba la morada del señor en latín clásico, fue utilizado a partir del VI

para designar los territorios cuyo tamaño pueden oscilar entre las cien y las varias miles de hectáreas. En los siglos VI y VII existían todavía aquellos que poseían áreas muy considerables de tierras, sobre todo en Francia (véase el capítulo 2), pero éstos son más arrendadores que empresarios. «El que, antes, araba la tierra con cien arados, ahora desea en vano un par de bueyes»: recordando los «buenos tiempos pasados» antes de las invasiones vándalas, Próspero de Aquitania no habla de la desaparición de los latifundios, sino del cultivo por el dueño. Por todas partes, la explotación directa fue reemplazada por el arriendo. La misma propiedad era llamada a veces *villa* (la casa del señor) y, a veces, *vicus* (asentamiento rural). Esta aparente confusión evoca el mecanismo del patrocinio que lleva a aldeas de campesinos libres a ponerse bajo la protección y el «paraguas fiscal» de *potentes* (hombres poderosos). Así, una aldea se incorpora progresivamente a una propiedad. A principios del siglo III, el dueño de una gran propiedad provenzal obtenía la mayoría de sus ingresos de la venta del producto de sus olivos y vides. Para aumentar su fortuna, podía intentar, como de hecho hacía, ampliar su propiedad a expensas de vecinos menos importantes o menos dinámicos. Desde el siglo IV en adelante, ser un gran dueño de tierras ya no era explotar una granja al estilo de Columela, el famoso agrónomo del siglo I d. C., sino ser el patrón de una red de dependientes y protegidos, de aparceros y colonos. De ahí que aumentar la propia riqueza significase dominar (ser el *dominus*...) y forzar al vecino a vender o a renunciar a sus derechos de propiedad para convertirse en dependiente o en colono. La creciente confusión en el vocabulario de los contratos agrícolas entre «arriendo» y «tributo» ilustra bien un cambio de actividad del gran propietario de tierras desde señor y agricultor a patrón de un territorio en el que la inmunidad le ha concedido la mediación de todas las peticiones del dominio. Los magnates ya no cuentan su fortuna en miles de *iugera* de tierras, sino en *villae* y en centenares de *colonicae* o *mansi*. Ya no era cuestión de cultivar la tierra, sino de extraer una renta del grupo de hombres del que se había convertido en, metafóricamente, *paterfamilias*, el *senior*. El sistema tributario en especies adoptado por el señor de la *villa* no parece haber excedido una décima parte de las rentas de las granjas campesinas durante el período merovingio, que es sustancialmente menor que el antiguo tributo sobre las tierras.

Las transformaciones rurales, 400-1000

Las nuevas técnicas arqueológicas han identificado la invasión del bosque, el clareo de la vegetación y las variaciones cualitativas del paisaje. Un primer ejemplo del nuevo conocimiento es el que se deriva del estudio de huesos de animales. En la Galia, la conquista romana favoreció el dominio del ganado grande a expensas de las especies indígenas, entre 20 y 30 centímetros más pequeñas. La misma tendencia afectó a otras especies domésticas. A partir del siglo V, las especies de animales grandes, tanto el ganado vacuno como la oveja, el cerdo o incluso las aves de corral, desparecieron y fueron reemplazadas en todas partes, hasta finales de la Edad Media, por las razas más pequeñas del período preclásico. La disminución en el tamaño de los caballos es mucho menos marcado. Esto es suficiente para descartar la idea de que la cría de ganado ya no tenía la capacidad de dominar las técnicas de selección. Puede conjeturarse que la disminución en el tamaño de los otros animales es una indicación del predominio de minifundios a lo largo de la Edad Media. El lugar del caballo en la sociedad medieval explica probablemente el cuidado que se tuvo para seleccionar animales de tamaño suficiente para el viaje y el combate. Los caballos eran reproducidos y criados por especialistas en caballos. Los arreos del caballo para el arado, con la collera de hombro y su uso más general como animal de granja fue extendido en Europa noroccidental sólo a partir del siglo XII.

Hubo también un cambio lento pero profundo en la importancia y en la distribución geográfica de cereales cultivados.[14] Alrededor del año 400 predominaron en Occidente dos o tres especies indígenas (la cebada, la espelta, el trigo). La difusión del centeno y la avena, principalmente reservada para la alimentación de animales en la Antigüedad, fue al principio lenta, se disparó a partir del siglo VII y se extendió espectacularmente en el siglo X. Hasta el siglo IX, la espelta predominó en el noroeste de los reinos francos. En el siglo X, la espelta dio paso al trigo y a la cebada. El centeno y la avena, a causa de su mayor resistencia, jugaron un papel importante en el desarrollo del cultivo del cereal en Europa noroccidental. Adecuada para las tierras más pobres y para los climas más duros, sembrar avena podía preparar la tierra, ganando para la agricultura tierras descuidadas o temporalmente cultivadas y permitiendo una segunda po-

[14] J.-P. Devroey, *Études sur le grand domaine carolingien* (Aldershot, 1993).

sibilidad de cosecha entre la alternancia bienal de trigo invernal y el barbecho.

La historia de la alimentación en Italia, puesta de manifiesto por las cláusulas en los contratos de arriendo, hace pensar en una dieta mucho más rica y más variada. Además de los productos cultivados, el agricultor recogía otros alimentos de su hábitat natural como frutas, pescado y caza. En las *curtes* de Santa Giulia di Brescia en Italia septentrional a principios del siglo X, por ejemplo, la variedad de cereales cultivados era mucho más amplia y estaba dominada por el centeno (39%), el trigo (20%) y el mijo (16%). Para historiadores como Duby o White, la Antigüedad y la alta Edad Media se caracterizarían por el estancamiento tecnológico y una economía rudimentaria; el siglo XI traería consigo una serie de innovaciones —rotación trienal del cultivo, el arado y, sobre todo, la collera de hombro— que liberó las limitaciones de los modos de producción e inauguró un período de crecimiento ininterrumpido hasta la Peste Negra.[15] Delatouche fue uno de los primeros en romper con la idea de una «revolución agrícola» medieval. Sostenía que todas las sociedades preindustriales practicaban una forma tradicional y milenaria de agricultura, con sus cosechas, plantas y animales, que duró hasta el siglo XIX, cuando hubo realmente una revolución agrícola. Las herramientas o las técnicas agrícolas como el arado con una vertedera para remover la tierra o la rotación trienal de la cosecha ya eran conocidas y localmente utilizadas en la Antigüedad. Los antiguos arreos de caballos no era ni más ni menos eficientes que la famosa collera de hombro de caballo del siglo XI. Nunca huvo una ruptura real en el conocimiento tecnológico entre la Antigüedad y la Edad Media.[16]

Lo que realmente cambió entre los años 400 y 1000 son los niveles de distribución y las relaciones económicas y sociales dentro de los que se usaban estas herramientas. En primer lugar, descartemos la idea de la «superioridad» absoluta del arado pesado (con la vertedera) en relación al arado sin avantrén, ya que el uso del uno o del otro dependía del tipo de tierra y del clima local. Las tierras mediterráneas de *terra rossa* sobre roca de piedra caliza son adecuadas para el cultivo extenso del cereal y para secar

[15] G. Duby, *Rural Economy and Country Life in the Middle West*, trad. inglesa C. Postan (Los Ángeles, 1968, a partir de la ed. original de 1966); L. White, Jr., *Medieval Technology and Social Change* (Oxford, 1962).

[16] R. Delatouche, «Regards sur l'agriculture aux temps carolingiens», *Journal des Savants* (1977), pp. 73-100. Véase también G. Comet, *Le Paysan et son outil: Essai d'histoire technique des céréales (France, VIII-XV siècles)* (Roma, 1992).

la arboricultura. Estas condiciones impusieron un sistema de baja productividad, basado en la rotación del cultivo bienal y el trabajo del arado sin avantrén, que airea la tierra sin provocar excesiva evaporación y la subida a la superficie de sales minerales que serían el resultado de arar en más profundidad. En el campo medieval, la fertilidad de la tierra y la diversidad de la vida agraria era el resultado directo del hombre y su trabajo. En el año 893, en las condiciones más duras de las Ardenas, las *culturae* de las *villae* de Tavigny o de Villance cultivaban sólo avena. Al mismo tiempo, los dos molinos del pueblo molían *maslin* (una mezcla de trigo y centeno) y extraían malta. Los campesinos pagaban la renta en centeno y extendían estiércol para fertilizar los campos de su señor. La distinción entre la agricultura intensiva y extensiva está, por consiguiente, entre las tenencias familiares y el cultivo extenso del cereal de los latifundios.

La evolución de los latifundios

Comparada con la propiedad del período carolingio, la *villa* merovingia era mucho más pequeña, con menos tierra cultivable y menos claros para la labranza. Las tenencias generalmente eran menos numerosas y su asociación con la propiedad no era muy libre. El ingreso principal procedía del cultivo de la tierra del señor y de los tributos pagados por los campesinos tributarios. Durante el siglo VII, los elementos del «latifundio clásico» empezaron a aparecer, con su doble organización, bajo la que la heredad (cultivada directamente por el señor), ampliada y redistribuida, se desarrolla a través de los servicios impuestos a los *mansos*. Un estudio del vocabulario aplicado a las instituciones rurales destaca la aparición de nuevas condiciones y de nuevas realidades. La aparición de un nuevo término, *mansus*, y su evolución semántica toman un significado especial. Las hipótesis acerca del origen del *mansus* —una tenencia creada para normalizar la situación de los *servi casati*; una institución real— tiene que ser confirmada todavía. Por otro lado, está bien demostrado que los *mansus* crearon, a partir del siglo VII, un vínculo muy fuerte entre la vivienda, sus habitantes y las tierras de labranza, formando una unidad de cultivo dentro del ámbito del feudo. Los colonos disfrutaban de derechos que se extendían al bosque y a la tierra baldía y podían ceder la posesión de su tenencia a sus hijos. A cambio, estaban sujetos a tributos y a servicios fijados por las costumbres del dominio.

La *riga*, o trabajo a destajo, apareció alrededor del año 600 como un sistema de bandas pequeñas de tierra en la propiedad que eran responsabilidad de mansos diferentes, desde el primer arado hasta la producción de la cosecha. La forma de la franja de estas parcelas sugiere que eran aradas con un arado pesado con una vertedera fija. Eran probablemente cultivadas de año en año por la misma familia, lo que facilitaba la vigilancia del trabajo. En los siglos X y XI, muchas de estas parcelas pasaron a ser posesión del agricultor que las cultivaba a cambio de una renta mínima.

Durante el siglo VII, la relación entre el señor y sus campesinos se ha expresado en los decretos de los gobernantes merovingios, conservados en la *Lex Baiwariorum* y en la *Lex Alamannorum*. Estas leyes presentan, desde un punto de vista teórico, dos tipos de tenencias o mansos asociados respectivamente con la libertad (aunque desde la Antigüedad tardía, un *colonus* no disfrutaba ya de plena libertad de movimiento) y la servidumbre. Típicamente, un «manso libre» (*mansus ingenuus*) estaba sujeto a un cierto número de tributos «públicos» vinculados al servicio militar, mezclados con tributos «privados» en especies (productos agrícolas y animales; madera o utensilios de madera, metalistería o trabajo textil; artículos manufacturados) y/o en dinero y servicios laborales. Esto último conllevaba principalmente el cultivo de la heredad del señor, los acarreos locales y el transporte de larga distancia (*angaria*). A la *riga* fueron añadidas las *corvées* de arado (*opera corrogata*) llevadas a cabo varias veces al año por los colonos con un tiro de bueyes del manso en los grandes campos (*culturae*) del dominio. El tributo general en especies puede haber representado entre el 10 y el 15 por 100 del ingreso de la granja. La eficacia de este sistema y su éxito al obtener nuevos recursos para el señor y el colono es ilustrado por el hecho de que Carlomagno pudo insistir en el pago obligatorio del diezmo (un cargo suplementario del diez por ciento en todos los ingresos de la tierra y de la cría de animal) a beneficio de las iglesias de la parroquia.[17]

Los cargos típicos del manso servil (*mansus servilis*) añadieron a algunos tributos en especies la obligación de proporcionar al señor un cierto número de días de trabajo, normalmente tres, por semana. Hacia el oeste del Rin, un número creciente de mansos serviles también tenía que arar

[17] *Capitulary of Herstal*, 779, cap. 7, ed. A. Boretius, *MGH, Capitularia regum francorum* I (Hanover, 1883), núm. 20, p. 48; trad. inglesa P. D. King, *Charlemagne: Translated Sources* (Kendal, 1987), p. 203.

corvées y se exigía a menudo a mansos libres el servicio de tres días de trabajo por semana, de lo que habían estado exentos hasta ahora. La diferencia entre las tenencias libres y las serviles continuó siendo más marcada al este del Rin.[18]

Una decisión legal de Carlomagno durante el verano del año 800, tomada a petición de los campesinos de la región de Le Mans, muestra la existencia de un vínculo muy fuerte (más fuerte que el estatus legal del dependiente) entre la productividad del trabajo en la tenencia y su duración.[19] El servicio realizado por el colono con su arado, le eximía de la obligación de ofrecer dos días más de trabajo manual por semana a su señor. El rey prohibió a los señores que exigieran más de lo que las normas requerían con respecto a las *opera*. La descripción de las cargas del *mansus*, en el momento de la redacción de los polípticos, creaba así una relación legal entre el señor y sus colonos a través de la concesión de la tenencia hereditaria de una granja cargada con una serie específica de imposiciones y servicios.

Durante el siglo IX, ya no hubo una correspondencia entre el estatus del colono y el de su tenencia. Un hombre libre establecido en un manso servil debía trabajo «servil». Un siervo que ocupaba un manso libre cumplía las mismas obligaciones que un colono libre. Desde un punto de vista económico, había así una igualdad estricta (ausente en teoría de las relaciones sociales y legales) entre las personas libres y las no libres dentro del manso. Para los siervos residentes, la asignación de una tenencia significaba la oportunidad de crear un hogar y de transmitir la tenencia a sus hijos. Esto constituyó un paso radical hacia adelante. Incluso los siervos no residentes se beneficiaron de un mejor estatus en el contexto de la gran propiedad eclesiástica. Una carta de Sankt Gallen del año 817 muestra a *ancillae* (mujeres vinculadas al dominio) dividiendo su semana entre tres días de trabajo para su señor y otros tres para ellas.[20] En las propiedades de Saint-Remi de Reims había por término medio una proporción de un hombre libre por cada siervo entre los dependientes. Alrededor del año 850, los libertos y los siervos ascendían a menos de un cuarto de la población total.

[18] A. Verhulst, *Rural and Urban Aspects of Early Medieval Northwest Europe* (Aldershot, 1992).

[19] *Capitulum in pago cenomannico datum*, ed. Boretius, *MGH, Capitularia regum francorum* I, núm. 31, pp. 81-82.

[20] H. Wartmann (ed.), *Urkundenbuch der Abtei St Gallen I (700-840)* (Zürich, 1863), núm. 228, p. 220.

La evolución de una población servil y de servicios laborales cuenta la misma historia, a saber, la búsqueda por parte de un señor de mano de obra especializada y bien equipada para el desarrollo de la propiedad y una indiferencia relativa hacia el trabajo manual. Había una reserva preparada de fuerza bruta de la cual el administrador de una propiedad podía disponer a voluntad y en los momentos más importantes del año agrícola, como el de la henificación, el de la cosecha y el de la vendimia. El arado de *corvées* y el acarreo de larga distancia eran los elementos más duraderos del sistema de hacienda y los servicios más buscados por el señor. La decisión de Carlomagno en el año 800 se ejemplifica en las tierras de la abadía de Saint-Germain-des-Prés ubicadas al sur del Sena. Es la base para un «círculo virtuoso» mediante el que un colono que poseía animales de tiro estaba ocupado sólo un día por semana, a cambio del trabajo que su tiro de arado llevaba a cabo en las tierras cultivables del dominio. Arar con un tiro de cuatro a ocho bueyes es un rasgo sorprendente del campo carolingio del noroeste de Francia y del feudo en Inglaterra partir del siglo X.

La instalación del «clásico sistema de hacienda» entre los siglos VII y IX entre el Loira y el Rin, da fe de la voluntad del soberano franco y de los magnates (laicos y eclesiásticos) en esa región para cultivar cereales a gran escala sin recurrir a la mano de obra esclava. La creación de mansos hereditarios, la recepción de colonos agricultores y el suministro de ganado para ser criado y mantenido, todo atestigua la voluntad del señor de asegurarse los servicios de un grupo de hombres, agricultores especializados, jornaleros agrícolas o manadas que podían ocuparse del arado. Asimismo, las esposas e hijas de estos hombres criaban a las familias y eran responsables de la producción textil. Si este sistema fue «eficiente» es principalmente irrelevante, ya que estaba muy extendido y duró al menos un siglo en la parte central del mundo franco. Es mucho más importante procurar entender por qué fue establecido; para qué fue utilizado; por qué no fue establecido en otras partes, especialmente en el sur. La escasez de fuentes escritas deja a las sociedades del sur del siglo IX en la oscuridad. Pero puede deducirse mucho de la comparación con la situación en otras partes.

La sociedad rural y el Estado

En Bizancio los minifundios de colonos pronto se convirtieron en el modo más extendido de cultivo, con la disminución en el número de latifundios y un eclipse casi total del cultivo por los señores hasta el siglo XI. Las necesidades del dominio se desempeñaban a través de una relación directa con el campesinado (véase el capítulo 1). Con tal de que pagara sus cuotas y sus tributos, el campesino bizantino no debía rendir cuentas a nadie.[21] El Estado toleraba esta situación, pues le permitía reclutar al ejército y recaudar tributos directamente del campesinado, sin intermediarios. La reaparición de los latifundios a finales del siglo VIII y en el IX y la reanudación del papel de los magnates como intermediarios para la recaudación de tributos no alteró la esencial naturaleza «rentista» de la relación entre señores y campesinos en Bizancio.

Otro aspecto de las obligaciones campesinas que constatan los polípticos francos era el transporte de género. En el siglo IX, las redes, basadas en *corvées* de transporte, a los centros señoriales y alrededor de ellos, pueden documentarse en el corazón de Francia y de Italia septentrional. Los excedentes de las propiedades eran reunidos y, según las necesidades de los grandes señores feudales seglares y seculares, redistribuidos a lugares centrales, a saber, las abadías, los palacios, o los puertos de comercio, como Quentovic. Una porción de este producto se destinaba para uso comercial. Una parte también contribuía a los servicios en especies debidos al Estado, como el suministro de soldados o la provisión del ejército. En Italia, hasta el siglo X, esta red para el transporte de productos agrícolas estaba vinculada a los centros urbanos, suministrados desde los almacenes de los grandes señores feudales eclesiásticos de Pavía, Milán, Mantua, Parma, Piacenza y otras ciudades. Los agentes señoriales que viajaron por estas rutas fueron gradualmente reemplazados por comerciantes profesionales libres, especialmente los de Venecia. Así, el intercambio basado en el dominio gradualmente se unió a redes comerciales nuevas y más grandes.[22]

El *Capitule del villis* de Carlomagno (*c.* 800) era la expresión del deseo del rey de explotar la producción de las tierras fiscales (las propiedades

[21] M. Kaplan, *Les Hommes et la terre à Byzance du VI^e^ au XI^e^ siècle* (París, 1992).

[22] P. Toubert, «Il sistema curtense: La produzione e lo scambio interno in Italia nei secoli VIII, IX et X», *Storia d'Italia. Annali 6: Economia naturale, economia monetaria* (Turín, 1983), pp. 3-63 y A. Verhulst, «Marchés, marchands et commerce au haut moyen âge dans l'historiographie récente», en *Mercate e Mercanti* (Spoleto, 1993), pp. 23-43.

reales) y latifundios eclesiásticos para el sustento de la administración y sus campañas militares.[23] La geografía de los polípticos y de los latifundios clásicos es así una «geografía política». Todo este sistema de producción directa de cereales, de transporte y de concentración de los excedentes fue establecido en el centro del reino, así como en las regiones recientemente conquistadas, como Lombardía y Sajonia. El rey residía generalmente en los diversos palacios de las zonas interiores donde se concentraban sus propias tierras y sus partidarios. Allí formaba el ejército y allí también tomaba las grandes abadías bajo protección real. Estas abadías participaban el triple en las *functiones publicae*, a saber, en el servicio militar, en los obsequios y en las oraciones para la familia real.

En la Francia central en el siglo IX, además, el rey franco no dudaba en quitar los beneficios de las tierras de la Iglesia para darlos a sus vasallos o para obligar a la Iglesia a mantener a la caballería a su costa. Estos *milites* vivían del ingreso de los tributos de los mansos que se les habían asignado. Una carta de Lupo de Ferrières, en el año 840, describe vívidamente los infortunios por los *milites* de la abadía que, abrumada por el costo de las incesantes campañas, había gastado toda la renta pagada por los campesinos.[24] El *mansus* también era utilizado como un medio para medir la contribución de personas libres y de nobles cuando se recaudaban impuestos excepcionales, como los tributos pagados a los vikingos en la segunda mitad del siglo IX, o el tamaño y la naturaleza del contingente militar: un soldado de a pie para cuatro mansos, un soldado a caballo para doce. El sistema en que los dependientes pagaban la renta en dinero y en especies a la aristocracia probablemente implicaba también a la mayoría de las áreas del sur del Imperio Carolingio. Al sur del Loira, por ejemplo, donde las *villae* bipartitas, las *corvées* y los polípticos son prácticamente desconocidos, el rey era un elemento remoto del mundo rural, y los dueños de grandes propiedades eran las élites militares y eclesiásticas. En áreas como Bretaña, Islandia, Cataluña o Alemania central, sin embargo, las sociedades rurales eran prósperas e independientes, controladas principalmente por la lógica de la economía de subsistencia. Dichos grupos sociales no excluían ni la esclavitud (dentro del contexto del trabajo en la propiedad familiar), ni la existencia de alguna estratificación social, pero su eje esencial se hallaba en la preponderancia de

[23] *Capitulare de villis*, ed. Boretius, *MGH, Capitularia regum francorum* I, núm. 32, pp. 82-91.

[24] Lupo de Ferrières, Ep. 16, ed. L. Levillain, *Loup de Ferrières: Correspondance* (París, 1964), pp. 94-97.

un campesinado que controlaba sus propias tierras, con más o menos autonomía, y en las jerarquías bastante imprecisas de dependencia. Los hombres principales estaban arraigados a la comunidad del pueblo.[25]

El problema del crecimiento rural

Por consiguiente, no puede unirse el crecimiento rural de la alta Edad Media a cualquier forma específica —latifundio, propiedad pequeña y autonomía campesina— de organización social para la producción agrícola. La reducción de obligaciones públicas y privadas, que habían recaído más pesadamente en el campesinado, creó una mayor prosperidad, que era un requisito para un crecimiento demográfico y un aumento general en el volumen de producción. Esto inicialmente tuvo como resultado, en Occidente al menos, una extensión de la tierra bajo cultivo. En Bizancio, el suelo y las condiciones metereológicas no eran tan favorables para la expansión.

El «progreso» registrado en el campo no es repentino o «revolucionario», sino que es el aumento lento producido por una intensificación de prácticas agrícolas. La difusión de nuevas técnicas fue de la mano con las innovaciones institucionales y sociales. La condición del segmento no libre de la población se diferenció definitivamente de la esclavitud, cuando su señor le proporcionó una tenencia hereditaria y le permitió instalar sus propias familias y casas. Con el despeje de la tierra, los magnates libres pudieron establecer nuevos mansos, mientras que los campesinos libres escogieron traer a sus tierras un magnate a cambio de la tenencia, para eludir las responsabilidades del hombre libre, a saber, los tributos y el servicio militar, y para beneficiarse de la inmunidad y de la protección de su nuevo señor. Todas estas transformaciones hicieron del campesino y de su familia, con su habilidad, sus animales y sus herramientas agrícolas, el actor esencial de la vida rural.

[25] Bonnassie, «La Croissance agricole du moyen âge» y C. J. Wickham, «Problems of comparing rural societies in early medieval western Europe», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6th series, 2 (1992), pp. 221-246.

El año 1000 y después

Existen pocos historiadores que no hayan adoptado la cesura del siglo X como final o principio de un período. Pero la dificultad más seria de superar es de naturaleza heurística. Las excavaciones de yacimientos rurales del siglo XI son poco frecuentes y ofrecen pocos puntos de comparación con el período anterior, donde los restos de asentamientos abandonados abundan. En cuanto a las fuentes escritas, aparte de su escasez, difieren a menudo en su naturaleza y su interpretación es difícil. Además, muchas instituciones tomaron en el siglo XI determinadas decisiones sobre lo que deseaban que fuera recordado del pasado y, en consecuencia, seleccionaron de sus documentos históricos y archivos.[26] Otros tipos de fuentes dejaron de ser producidas cuando los sistemas que describían fueron substituidos. Los polípticos son un claro ejemplo. Para fuentes tan detalladas acerca de los derechos y obligaciones de los campesinos como los polípticos carolingios, no es hasta el siglo XII, con las cartas de franquicia rurales, regulaciones y costumarios, que tenemos de nuevo fuentes que ofrezcan detalles comparables. Es así esencial planear a largo plazo al investigar las instituciones medievales. Tómese el ejemplo del destino del arado de la *corvée* y los servicios de la mano de obra anotados en los polípticos de finales del siglo X e inicios del XI. El duro trabajo, sobre el que se ha insistido largamente, apenas se menciona ahora. Por otro lado, los antiguos dueños de los latifundios habían diseñado un sistema eficaz y duradero de *corvées* para asegurar el arado de las tierras cultivables de los dominios. En Romerée, en el sur de la Bélgica actual, hacia el año 1000, la *corvée* era requerida todavía en su forma «carolingia», a saber, nueve días de arado con tiro; dos de *corvées* compartidas de un *bonnier* (aproximadamente dos hectáreas), pero sólo veinticuatro días de trabajo manual, concentrado durante el período más intenso del ciclo agrario, es decir, el de la henificación y el de la cosecha de grano. En Thiais, a principios del siglo XIII, los descendientes de los colonos de los mansos listados en el políptico de Saint-Germain-des-Prés, continuaban realizando nueve días de arado. En lugar de tres días de trabajo por semana, el trabajo manual se redujo a un día de siega. Entre el Sambre y el Mosa, en el siglo XII, los antiguos colonos de los mansos eran una minoría entre los aldeanos, con cargos y pri-

[26] P. Geary, *Phantoms of Remembrance: Memory and Oblivion at the End of the First Millennium* (Princeton, 1996).

vilegios heredados del pasado, el *masuirs* (francés antiguo, del *mansionarii* latino). Las estructuras de los antiguos mansos, gradualmente subdivididos, todavía son identificables a partir de las referencias a los cuartos de tierras (*mansus* divididos en cuatro) o a las antiguas parcelas de *corvées* arrendadas. El campesinado fue obligado a pagar una renta que era una proporción de la cosecha o de la tierra bajo cultivo. Esta tierra comprendía terrenos desmembrados de los antiguos mansos o tierras ganadas a éste o por desforestación de la tierra yerma. Al mismo tiempo, todos estaban sujetos a nuevos cargos, recaudados por persona o para el uso de servicios comunes, como el horno o el molino. Ello significa que poco quedaba del sistema feudal donde una vez hubo florecido. Así, cualquier concepto de crecimiento en la Edad Media no puede depender del modelo de la villa carolingia para entender el siglo XI. No obstante, el dinamismo del latifundio es una indicación decisiva de la expansión rural y demográfica a largo plazo.

En el siglo IX, Flandes, la gran región de desarrollo urbano de Europa noroccidental, era todavía una zona donde el sistema feudal era subdesarrollado o marginal. La idea central de Pirenne de un *nacimiento* de la ciudad medieval en el siglo XI precipitado por el renacimiento del comercio internacional y de la producción industrial debe ser ahora completamente revisada. Para Pirenne, el *castrum* (el asentamiento fortificado) no sólo no era una ciudad, sino que no tenía ninguna característica urbana. Su población no producía nada y, desde un punto de vista económico, su papel era el de simple consumidor. Sin embargo, la definición de la ciudad medieval también debería tener en cuenta la importancia del consumo en el crecimiento urbano en Flandes y en Italia. La ciudad era un centro de consumo, de producción y de comercio. Junto a los comerciantes, es necesario hacer sitio para los otros componentes de la población urbana, a saber, las élites eclesiásticas y laicas, los administradores, la guarnición de la ciudad, los sirvientes y los artesanos y reconocer su papel como consumidores o vendedores de excedentes de la granja. Teniéndolo todo en cuenta, es cuestión de aplicar a los siglos XI y XII una comprensión más amplia de lo que significa una economía de intercambio, de igual manera como los portes de un monasterio carolingio jugaban un papel vital en el comercio del período altomedieval. Tampoco debemos olvidarnos de las actividades de los señores feudales: en el año 1095, los hombres del conde de Hesdin bajaron del valle de Canche al mar (donde había estado Quentovic) con maíz y vino, ¡y trajeron de vuelta sal y pescado!

El largo y lento desarrollo de las economías europeas occidentales

Una mirada a la historia de las economías regionales en el sur de los Países Bajos entre los siglos VII y XII subraya la importancia a largo plazo de los acontecimientos. La magnitud de los intercambios regionales entre los francos, los anglosajones y los mundos escandinavos entre los siglos VII y IX es bien conocida. Desde semejante perspectiva está claro que la comunicación y el intercambio, en su multiplicidad de formas (comercio, migración, saqueo, guerra, obsequios y tributo) no cesaron por las invasiones o por las crisis políticas a corto plazo. Los comerciantes flamencos frecuentaban el puerto de Londres poco después del año 1000. En 1127, se informó de la muerte del conde Carlos el Bueno en Londres a la mañana siguiente. A finales del siglo XI, el mundo de Godric de Finchale, el arquetípico aventurero mercantil «animado por el espíritu del capitalismo», como expresaba Pirenne, abarcaba las orillas del Mar del Norte, es decir, Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Flandes.

Los matrimonios anglo-flamencos muestran la fuerza de estos contactos a través del canal de la Mancha en los siglos IX y X. El conde Balduino I de Flandes se fugó con Judith, hija de Carlos el Calvo, rey de los francos de Occidente, que era con 16 años la viuda de dos reyes de Wessex. El hijo de Balduino se casó con Elftrude, la hija del rey Alfredo el Grande. Existía también el comercio intelectual: los monjes ingleses Dunstan y Etelwoldo estaban en contacto con Gante, donde Gerardo de Brogne acababa de restablecer la abadía de Mont-Blandin. Los daneses hacia el año 1030 y los normandos en 1066 comenzaron a fundar estados que extendían los circuitos comerciales de los siglos VIII, IX y X. A principios del siglo VIII, los comerciantes anglosajones y frisios habían navegado Sena arriba hasta París, transportando el vino para ser vendido en las ferias de Saint-Denis. Con un cargamento de vino los hombres de Rouen fueron al puerto de Londres en el año 1000.

La noción de un continuo también es útil al considerar las condiciones históricas para un crecimiento gradual de la economía medieval. Así, la «encrucijada» frisia (siglos VII a IX), el crecimiento agrícola carolingio, la vitalidad de la economía monetaria inglesa (siglos VII a XII), la diversificación de la economía rural flamenca (siglos X a XIII), la industrialización y la concentración urbana de la producción textil (siglos XI y XII), la creación de sistemas más amplios de circulación y de nuevas entradas

continentales, conectando el noroeste con el sur como las ferias flamenca y champañesa, Gante, Brujas y Colonia (finales del siglo X al XIII). El largo crecimiento agrícola empezó en el siglo VIII. Como explicamos más arriba, la pequeña granja familiar también parece haber sido un elemento clave en la intensificación de la agricultura por medio de la adopción del caballo de tiro para arar, la diversificación de la producción, un mejor equilibrio entre la agricultura y la cría de animales y el establecimiento de nuevas cosechas e industrias. Desde inicios del siglo XI en adelante, el intercambio de género y las redes de poder secular se centran cada vez más en las ciudades. Todavía es difícil de calibrar el atractivo de la ciudad para una población rural. No obstante, desde finales del siglo XI, el crecimiento de la población urbana fue rápido e ininterrumpido. La aparición de una clase asalariada y la masculinización de la mano de obra textil durante el siglo XI constituyó, desde luego, un elemento decisivo en esta transformación. Contribuyó a la formación de dos aspectos de la sociedad medieval: el campo y la ciudad real, consciente de sí misma, ávida para autogobernarse, capaz de retener a las élites y de atraer a los pobres.

Generalmente, es necesario considerar la ciudad medieval como una realidad social, un paisaje humano, y plantear la cuestión del surgimiento de una distintiva sociedad urbana. Muchos caminos conducían a la ciudad. La ciudad era una gran ciudad aunque fuera simultáneamente el centro político o administrativo, económico, religioso y cultural de una área grande. El comercio, los comerciantes y la industria solos no podían hacer grande una ciudad. A partir del siglo XI, la ciudad difiere del campo en la naturaleza, la cultura y el dinamismo de sus élites. Estos *meliores* no eran extranjeros y aventureros, sino una mezcla de nobles, caballeros y de administradores laicos y eclesiásticos. En lo sucesivo, los excedentes agrícolas se concentraban (tanto como género en los almacenes o en forma de tributos) y se consumían en la ciudad. La riqueza se empleaba para las construcciones públicas y privadas, para las ropas elegantes y el mecenazgo de las letras. Mantenía a los mercaderes dedicados al negocio, pagaba el salario de los artesanos y de los sirvientes y sustentaba las instituciones benéficas. Allí vivían los príncipes, se reunían los clérigos y trabajaban los arquitectos, escultores y orfebres. El comercio era una consecuencia de la sociedad urbana, no una causa. Las nuevas élites jugaron un papel esencial en el nacimiento de «la ciudad como ciudad», con sus propias normas, su administración, justicia y libertad de los ciudadanos. Las ciudades de Europa septentrional eran

autónomas y, aunque nunca llegaron a ser repúblicas urbanas, adquirieron independencia como las comunas italianas. Todos los habitantes de la ciudad se beneficiaban de «la libertad de la ciudad». No obstante, los *meliores* estaban al cargo y, por consiguiente, garantizaban el control exclusivo de las finanzas y del comercio hasta el comienzo de las grandes revueltas sociales a principios del siglo XIV. La industrialización de la confección de ropa en las ciudades explica la precocidad y la importancia de las ciudades flamencas. Su tamaño excepcional estimulaba la demanda de productos alimenticios y de materias primas al campo. Justifica a su vez la intensificación y el avance de la agricultura flamenca en los siglos XIII y XIV.

El consumo urbano también fue decisivo para la Italia del período altomedieval. Allí, la residencia continuada de las élites sociales en la ciudad y la importancia de la tenencia urbana en el campo aseguró la dominación de la ciudad sobre el campo en una etapa muy temprana. En el norte de Italia, en ciudades como Milán, Lucca, Pisa y Génova en el siglo X, la concentración de actividades comerciales y artesanales sustentaba la aparición de nuevas clases, que pronto lucharon por el poder con las élites tradicionales de la ciudad, es decir, el obispo, los condes o los representantes públicos y los señores feudales poderosos. Aquí, como en Flandes y en el norte de Francia, el resultado de estos conflictos en los siglos XII y XIII llevó a la institución de comunas. En el norte de Italia, las ciudades habían actuado como colectividades, al menos de manera informal, a partir de finales del siglo VII. En Bizancio, el aumento considerable de nuevos emplazamientos urbanos y la probable expansión de ciudades más antiguas a partir del siglo X, tan sólo fue posible por un aumento sustancial de la producción agrícola. Pero había una diferencia muy significativa entre las ciudades bizantinas y las de Flandes e Italia septentrional. En Bizancio, las ciudades estuvieron tan dominadas por la élite con tenencias que los otros grupos (comerciantes, empresarios y artesanos) nunca pudieron ganar el control de las ciudades.[27]

Las hipótesis desarrolladas en estas páginas presentan argumentos a favor de un proceso extendido de expansión económica alrededor del año 1000. No debería considerarse este largo desarrollo como un movimiento sincrónico, progresivo y continuo. Todavía carecemos de estudios

[27] A. Harvey, *Economic Expansion in the Byzantine Empire, 900-1200* (Cambridge, 1989).

detallados soble la economía de determinadas regiones. Sólo una perspectiva económica no es suficiente para un panorama ecuánime de las ciudades y del campo. Entender el nacimiento del «paisaje urbano» en cuanto a espacio y tiempo, requiere un planteamiento integrado, atento a los factores sociales y culturales y a la producción y el consumo de bienes materiales.[28]

[28] Las observaciones sobre la evolución de Flandes después del año 1000 proceden en su mayoría de J.-P. Devroey, «Twixt Meuse and Scheldt: Town and country in the medieval economy of the southern Netherlands from the sixth to the twelfth century», en P. Vandenbroek (ed.), *The Fascinating Faces of Flanders: Through Art and Society* (Lisboa, 1998 y Amberes, 1999), pp. 48-76.

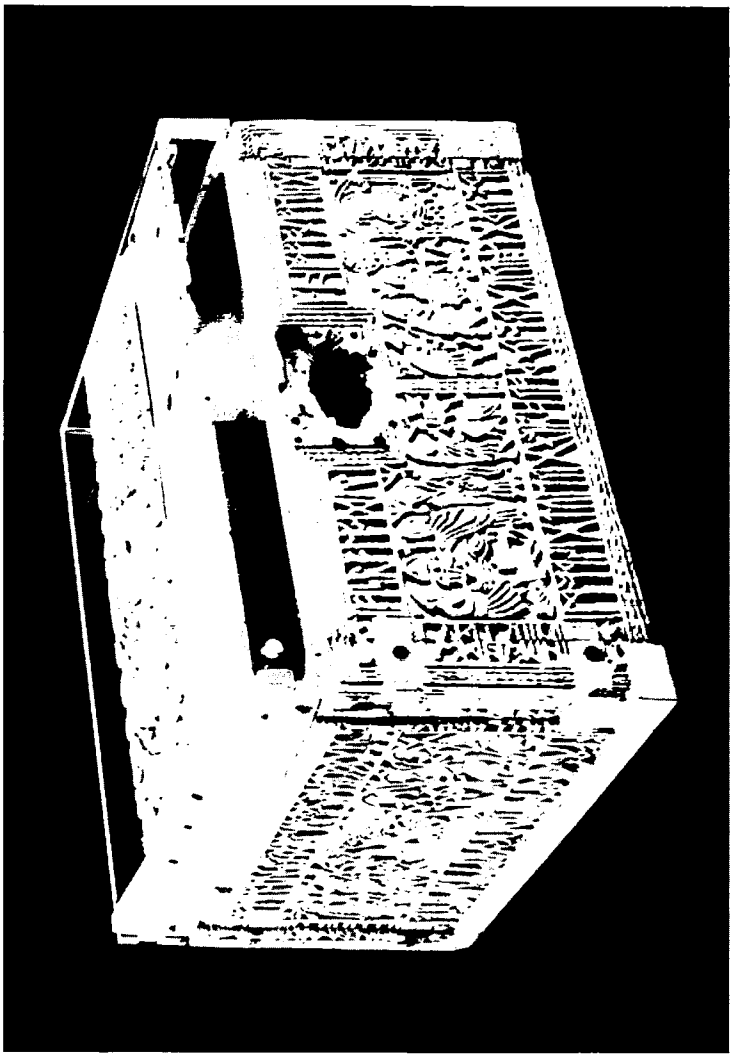


Lámina 7 Relicario franco.

4

La religión

Mayke de Jong

«El cristianismo verdadero»

El cristianismo del período altomedieval tiene mala fama en la historiografía moderna. Situado entre la edad dorada de los Padres de la Iglesia y la Reforma Gregoriana, las variedades altomedievales de cristianismo han sido consideradas desde hace tiempo como una desviación de lo «auténtico»: el cristianismo se convirtió en una religión al servicio de los poderes seculares, en los que el ritual público predominó sobre la creencia personal. Esta denigración moderna del cristianismo altomedieval se concentra en una característica sobresaliente del período que estamos tratando aquí: la integración de la autoridad religiosa y secular, y la importancia concedida al culto público de Dios en el contexto del bienestar de reinos e imperios. Por lo tanto, examinar la naturaleza del cristianismo como religión pública, de la que dependía la salvación de reyes, reinos y pueblos, será el objetivo central de este capítulo.

Cuando el obispo Jonás de Orleáns († 840) evocaba una edad dorada de los «antiguos padres», intentaba subrayar el gran declive de los rituales penitenciales idóneos para sus terribles tiempos. Jonás tenía en mente un prístino cristianismo primitivo, una fuente autorizada de sabiduría a la que recurrir para reformar la práctica religiosa y social en su propia sociedad. Con todo, los textos que según la opinión de Jonás encarnaban el antiguo ritual romano eran, de hecho, el producto de una más reciente creatividad litúrgica en los reinos altomedievales de Occidente; el recurso a una tradición antigua y, por consiguiente, venerada consolidó los resultados de la innovación.

El concepto de un cristianismo original y, por lo tanto, «verdadero» pertenece a una tradición larga, e incluso ininterrumpida, que percibe los

valores cristianos como substancialmente eternos y obvia los cambios. Esta esencia inalterable del cristianismo se manifiesta en los textos canónicos —no sólo las Sagradas Escrituras, sino también los escritos de los Padres—. A lo largo de los siglos, esta «página sagrada» (*pagina sacra*) ha servido como modelo para el presente. La característica permanente del cristianismo es el hecho de que el cambio era —y todavía lo es— concebido en términos de un regreso a un pasado autoritativo. Los actuales historiadores del cristianismo, por tanto, tienden a experimentar una profunda sensación de continuidad, así como la tentación de tomar parte, a su vez, en una discusión de siglos sobre qué versión del cristianismo puede ser más «verdadera» que las otras. Pero, desde el punto de vista de un historiador, esta pregunta es irrelevante. Son las autodefiniciones de los cristianos en el pasado y sus parámetros alterables lo que debe investigarse, así como los tipos de cambios oscurecidos por una retórica de continuidad.

Las nuevas cristiandades

En el año 312, antes de entrar en batalla en el puente de Milvia, cerca de Roma, «aproximadamente al mediodía, cuando el día ya comenzaba a declinar, él [Constantino] vio con sus propios ojos el trofeo de una cruz de luz en los cielos, sobre el sol y con la inscripción, GANA [LA BATALLA] POR MEDIO DE ÉSTA. Ante esta visión, se quedó muy asombrado y también todo su ejército, que le siguió en esta expedición y presenció el milagro».

Ésta es una narración de la conversión del emperador Constantino en la víspera de la batalla que iba a darle la corona imperial, como cuenta el obispo Eusebio de Cesarea: una revelación repentina, comparable con la experiencia de san Pablo en el camino hacia Damasco (Actos 9: 1-9), persuadió al emperador a comprometerse con el Dios que trajo la victoria. En los siglos posteriores, la narración de Eusebio se convertiría en el modelo por excelencia para la conversión de un gobernante; cristianizarse desde el paganismo era convertirse en un «Nuevo Constantino» y también, ganar entrada en el mundo seductor de las riquezas económicas y culturales dentro de los confines de la *Romanitas*. A primera vista, la descripción de Eusebio de la conversión de Constantino parece esencialmente diferente de posteriores representaciones del período altomedieval de los reyes bárbaros que optan por el cristianismo. Mientras que la conversión de Constantino fue, según cabe suponer, una experiencia individual, la decisión de los gobernantes

bárbaros en favor del nuevo Dios era normalmente descrita como colectiva, requiriendo la consulta con los hombres principales. Incluso Eusebio proporcionaba un detalle revelador: antes de entrar en la batalla, todo el ejército de Constantino fue testigo de la señal en el cielo. El modelo de Eusebio —un emperador y su ejército presenciando una revelación divina— se convirtió en la piedra angular de las narraciones clásicas de conversión real del período altomedieval. Tenían unos cuantos rasgos constantes: una reina ya cristiana insta a su marido a que se convierta; la vacilación por parte del rey, que sopesa las lealtades antiguas a los dioses ancestrales con los poderes superiores del Dios cristiano; la promesa de convertirse si el nuevo Dios diera una señal clara de estos poderes, normalmente la victoria en una batalla; y entonces, el bautismo del gobernante seguido por el de sus guerreros. La conversión ideal de un rey bárbaro era un acto colectivo y totalmente voluntario, que dejaba intacto el honor y la libertad del gobernante y de su pueblo. En sus *Diez libros de la historia,* el obispo Gregorio de Tours († 594) incluía a los francos en un pasado bíblico y romano. Describía la conversión del rey Clodoveo († 511) como un proceso prolongado de toma de decisión conjunta, en la corte y en el ejército. Una batalla victoriosa resolvió de una vez el asunto para el rey y fue seguido a la pila bautismal por más de 3.000 de sus guerreros. *La Historia eclesiástica del pueblo inglés*, escrita por el monje de Northumbria Beda († 735), propagó este modelo de conversión racional en un grado incluso mayor. La historia triunfante de Beda de la cristianización de los ingleses comienza en el año 597, presentando a Etelberto de Kent, el primer rey inglés en dar el paso decisivo. Pero la narración de Beda sobre la conversión de Edwin de Northumbria, ya hacia el final de una sucesión de conversiones de reyes ingleses, es un ejemplo tan bueno como cualquiera del ideal que este autor tenía en mente cuando pensaba en el pasado del pueblo inglés, unido por un proceso de cristianización. El rey y sus «hombres sabios» discutieron los méritos de la nueva y desconocida fe con detenimiento en la sala real. Coifi, el sacerdote pagano principal, admitió que sus dioses lo habían premiado insuficientemente y ofreció llevar la destrucción de sus propios santuarios. El rey Edwin fue bautizado en York el día de Pascua del año 627, «con toda la nobleza de su reino y un gran número de gente más humilde».[1]

La conversión del tipo favorecido por Beda y otros narradores de la historia bárbara supuso la aparición de un nuevo pueblo cristiano (*gens*).

[1] Beda, *Historia ecclesiastica gentis anglorum*, II, cap. 14, ed. y trad. inglesa B. Colgrave y R. A. B. Mynors, *Bede's Ecclesiastical History of the English People* (Oxford, 1969), pp. 186-189.

La identidad política era principalmente definida por los límites religiosos. Esto no era una peculiaridad bárbara, ya que una búsqueda similar de la unidad religiosa —al menos en el ámbito del culto público— había cobrado intensidad en el Imperio Romano cristiano de finales del siglo IV. Así pues, los reyes bárbaros y sus gentes se convirtieron una vez que habían entrado en la órbita romana. Cuando los visigodos se establecieron dentro del territorio imperial en el año 376, se les permitió a condición de que toda la gente adoptase la fe del Imperio. Por casualidad, los visigodos abrazaron la doctrina entonces dominante que insistía en la naturaleza humana de Cristo, la cual sería condenada posteriormente como la herejía llamada arrianismo. Los visigodos jugaron un papel esencial en la conversión de otros pueblos germánicos, por lo que el arrianismo se convirtió inicialmente en una religión de la élite gobernante en varios reinos postromanos, mientras que la población indígena —y sus poderosos obispos— se adhirieron al cristianismo «católico». Esta división religiosa frustró temporalmente el propósito de crear un pueblo cristiano, pero no por mucho tiempo. Los burgundios abandonaron el arrianismo en el año 516, los visigodos en el 589; sólo los lombardos en Italia vacilaron entre el arrianismo y el catolicismo hasta mediados del siglo VII. Gracias al obispo Gregorio de Tours, el rey Clodoveo tiene fama de haberse convertido inmediatamente del paganismo primitivo al catolicismo, pero investigaciones recientes han revelado que este gobernante también había explorado los méritos de la competencia arriana.[2] Para Gregorio, el arrianismo encarnaba todo lo que era vil e insidioso, una herejía que representaba una amenaza potencial a la recién descubierta unidad cristiana de los francos.

Inglaterra también había formado parte del Imperio Romano, pero aquí la cultura romana había sido implantada con menos firmeza que en la Galia o en España. Si los pueblos anglosajones que se establecieron en Inglaterra después de mediados del siglo V hubieran encontrado algo como la bien organizada Iglesia del continente romanizado, con sus obispos poderosos que también eran líderes de sus comunidades, puede que bien hubieran seguido la norma usual de aceptar el cristianismo al entrar en el antiguo territorio romano. En cambio, los gobernantes anglosajones continuaron siendo paganos inicialmente. Esto no quiere decir que el cristianismo fuera completamente erradicado en Inglaterra, ya que comunidades de cristianos británicos todavía existían en el decenio

[2] Danuta Shanzer, «Dating the baptism of Clovis: The bishop of Vienne vs the bishop of Tours», *Early Medieval Europe*, 7 (1998), pp. 29-57.

de 590 y el rey Etelberto de Kent se había casado con una princesa franca, Berta, que llevó consigo su séquito cristiano, incluido un obispo. Los cristianos en Kent probablemente pidieron asistencia misionera a Roma; no sabemos a ciencia cierta de qué círculos procedía esta llamada de auxilio, pues la descripción de Beda de la expansión victoriosa del cristianismo inglés no daba cabida a un paisaje religioso variado.

La conversión de Inglaterra devino el proyecto personal del Papa Gregorio el Magno; respondió a la llamada de ayuda y en el año 597 envió a su misionero San Agustín a Kent. Para Etelberto, el Papa escribió que él debía ser «como Constantino [que] superó en renombre la reputación de príncipes anteriores»; Gregorio comparó a Berta, la esposa cristiana de Etelberto, con Helena, la madre de Constantino. Era nada menos que una invitación a Etelberto a adoptar un pasado romano y considerar a Constantino como un predecesor de cuyo poder y renombre podía ahora participar. En Irlanda —nunca parte del Imperio— la cristianización también significó la forja de un vínculo más estrecho con el mundo romano. Ya en el año 431, Paladio, un miembro de la aristocracia galoromana, fue enviado a Irlanda para atender como obispo «a los irlandeses que creían en Cristo». La misión de Paladio ha sido eclipsada por San Patricio, el célebre misionero de Irlanda. A pesar de toda su fama, muy poco se sabe de San Patricio y de sus actividades en Irlanda. En el siglo VIII, la iglesia de Armagh utilizó al santo en un intento de hacerse con la primacía y las leyendas empezaron a florecer. Según la propia *Confesión* de San Patricio, este cristiano británico fue llevado como esclavo a Irlanda; después de escapar, regresó a Irlanda para predicar la fe, inspirado por una visión. Esto puedo haber sucedido alrededor del año *c.* 450, pero ninguna fuente contemporánea confirma esta fecha tradicionalmente aceptada.

La naturaleza monástica del cristianismo irlandés, con abades que gobiernan su iglesia, ha sido contrastada a menudo con «la organización episcopal» de las iglesias continentales. Sin embargo, estas diferencias se han exagerado y, además, no se trataba de una auténtica Iglesia irlandesa creada de la nada por San Patricio. Hacia el año *c.* 700 Irlanda conoció, de hecho, grandes federaciones monásticas llevadas por abades que ejercían una gran autoridad religiosa y secular, pero fue el resultado de un proceso gradual que también ocurría en Inglaterra y en el continente: allí también la vida monacal se había integrado a las estructuras del poder religioso y político. El monasticismo se originó a finales del siglo III en Egipto como un movimiento de hombres y mujeres laicos que renunciaron radicalmente «al mundo», que incluía el poder secular así como el eclesiásti-

co. Sin embargo, hacia principios del siglo VII, monjes y monjas disfrutaron del patrocinio de los grandes y los buenos, habitando una red de comunidades sagradas en las que «el mundo» confiaba para la oración. En resumidas cuentas, ésta es la historia del monasticismo. La tensión entre abades y obispos era parte de él, pero también lo es el apoyo episcopal del movimiento monástico. En áreas sin una fuerte organización episcopal basada en la *civitas* romana —la unidad administrativa civil básica— las comunidades monásticas proporcionaron un tipo alternativo de organización eclesiástica, funcionando como importantes centros religiosos apoyados por el poder real y aristocrático. Este era el caso en la Galia septentrional y en Inglaterra, e incluso más en Irlanda, pero era una cuestión de grado, en lugar de una clara desviación del modelo general.

Pero había también diferencias reales. El cristianismo irlandés estaba más abierto a las tradiciones nativas, que no fueron rechazadas por «paganas», sino que fueron incorporadas a la nueva religión. Además, un monasticismo irlandés rigurosamente ascético apreciaba el ideal de «peregrinación» (*peregrinatio*); seguir a Cristo significaba una ruptura radical con la seguridad dentro de los confines monásticos. Los monjes irlandeses tuvieron que vagar por la faz de la tierra a lo largo de la alta Edad Media, ofreciendo sus servicios como eruditos y misioneros a gobernantes allende el mar. Uno de los irlandeses errantes más famosos fue San Columbano, que llegó al reino franco en el año 590 y fundó el monasterio de Luxeuil en tierras que pertenecían al patrimonio real, con ayuda del rey. Estaba en la vanguardia de una multitud de *peregrini* irlandeses que acudían en masa a las cortes continentales entre finales del siglo VI y el IX —misioneros, pero también eruditos atraídos por el mecenazgo de los gobernantes carolingios—. Naturalmente, el irlandés también «peregrinaba» hacia sus vecinos de Inglaterra, ya que éste era el primer puerto de escala. Así pues, los reinos ingleses fueron convertidos por dos tradiciones cristianas que se habían separado poco a poco, que habían desarrollado con el tiempo costumbres litúrgicas diferentes, sobre todo con respecto a la fecha en la que debía celebrarse la Pascua. En Whitby, en el año 664, en una reunión presidida por el rey Oswy de Northumbria, las cosas llegaron a un punto crítico. El rey dio comienzo «observando que todos los que servían al Único Dios debían observar una regla de vida y, puesto que todos ellos esperaban un reino en el cielo, no debían diferir al celebrar los sacramentos del cielo».[3] Éste es el

[3] Beda, *Historia ecclesiastica*, III, cap. 25, ed. y trad. inglesa Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 294-309.

célebre relato de Beda y el resultado de la reunión es bien conocido: la tradición romana prevaleció.

Con todo, esta famosa historia no debe tomarse como una indicación de la existencia de una «Iglesia romana universal» al mando de una *Christianitas* altomedieval en expansión. Los nuevos reinos cristianos podían invocar la autoridad romana, pero estas formas de gobierno se definían principalmente trazando estrictos límites litúrgicos que coincidían con sus respectivos «pueblos» (*gentes*). La búsqueda de un culto cristiano verdaderamente uniforme era un elemento decisivo que definía la identidad de un rey y la de los hombres principales de su *gens*, quienes eran responsables ante Dios de su «pueblo». Por esto el rey Oswy presidió y arbitró las discusiones en Whitby, justo como los gobernantes continentales habitualmente convocaban y presidían los concilios eclesiásticos. Dichas asambleas normalmente reunían a los obispos de un reino determinado.

No había nada especialmente bárbaro en esta disposición; después de todo, el emperador Constantino había presidido el concilio ecuménico de Nicea (325), la fundación de la ortodoxia católica. En el Occidente postromano, Constantino y Nicea seguían siendo los precedentes influyentes para la conducta de reyes durante estas reuniones conciliares eminentemente públicas y muy ritualizadas. Los concilios de la Iglesia expresaban e insistían en la unidad del gobierno. Esto era especialmente cierto en la España visigoda después de la conversión del rey Recaredo del arrianismo al catolicismo en el año 589. Desde aquel momento, la lucha contra los insidiosos herejes y otros forasteros era uno de los medios de fortalecer la cohesión de un reino lleno de disensión; también lo era la unidad de culto. Como el rey y sus obispos lo expresaron en el cuarto concilio de Toledo en el año 633, «que no haya más ninguna costumbre eclesiástica diversa entre nosotros, que estamos bajo una fe y un reino; ya que esto es también lo que los antiguos cánones han decidido: que una y la misma provincia deberían limitarse a la misma costumbre de cantar los Salmos y de celebrar el oficio y la misa».[4] Una fe y un reino, estas eran las palabras clave.

El argumento que cerró el debate, tanto en Whitby como en Toledo, fue la «romanidad» y la universalidad de una tradición autoritaria. Con todo, esta misma noción de universalidad se convirtió en un elemento

[4] Cuarto concilio de Toledo, cap. 2, ed. G. Martínez Díez y F. Rodríguez, *La colección canónica hispana 5. Concilios Hispanos: segunda parte*, Monumenta Hispaniae Sacra, Serie Canónica 5 (Madrid, 1992), pp. 183-184.

importante en la autodefinición de las formas de gobierno cristianas que reivindicaban los cánones antiguos como su herencia exclusiva.

¿Cuán «universal» era la Roma papal hacia el año *c.* 700? Desde los días del Papa León I (440-461), los obispos de Roma habían afirmado ser los sucesores directos de San Pedro y los líderes de una Iglesia universal. Esta cuestión crucial de la identidad papal estaba todavía apreciándose en Roma en el siglo VII, a pesar del hecho de que a partir del siglo VI la jerarquía clerical romana se convirtió cada vez más en la provincia de los aristócratas romanos. Gregorio el Magno tenía en mente un cristianismo universal y expansivo, pero su apoyo activo a la conversión de los ingleses ha llegado a ser tan célebre que es fácil olvidar cuán excepcional era ese compromiso papal. Los sucesores de Gregorio dejaron la iniciativa misionera a los reyes y eclesiásticos del norte, que abrazaban el ideal de Roma como fuente de cristianismo auténtico, como atestigua la multitud constante de peregrinos de Europa septentrional hacia los lugares sagrados de Italia. El papado dependía para su existencia continuada de sus recuerdos de la gloria del pasado y de su identidad como los sucesores de San Pedro, pero aún más de «la Roma en la mente» de hombres del norte como Beda, Willibrordo y Bonifacio. ¿Habría sobrevivido la autoridad papal tal como la conocemos sin estas grandes expectativas en Inglaterra y sin los sucesivos emperadores que pacificaron Roma y protegieron el papado para conservar una fuente de cristianismo auténtica no contaminada por las disputas internas y el escándalo? Antes de que Carlomagno fuera coronado emperador en Roma en el año 800, tuvo que salir apresuradamente en auxilio del Papa León III, que había sido capturado y torturado por los aristócratas romanos. Emperadores posteriores, fueran carolingios u otonianos, trabajaron duro para conservar la fuente vital de autoridad tan pura como pudiera ser posible. Cuando Otón I se convirtió en emperador en el año 962, fue después de haber reimpuesto el orden en la Roma papal; purificar Roma había llegado a ser el sello del verdadero emperador.

En el año 800, surgió un nuevo Imperio cristiano seguro, sin duda respaldado por la autoridad papal. A pesar de todo, inicialmente el gobierno carolingio se había concebido como la competitiva Nueva Israel de los francos, con un sentido de superioridad tan fuerte como las otras formas de gobierno cristiano rivales. Hacia el decenio de 820, esta noción de la «Nueva Israel» fue sustituida por un concepto más adecuado para lo que había pasado a ser un inmenso Imperio cristiano que abarcaba a muchos pueblos: la *ecclesia gentium.* Este concepto era la versión carolingia de la «Iglesia de los Pueblos» de San Pablo, una iglesia que ya no estaba prohi-

bida a los judíos, que habían sido los primeros seguidores de Cristo, sino que invitaba a todos los gentiles que deseasen unirse y participar de la esperanza de la salvación. La ideología política de este inmenso Imperio/*ecclesia* carolingio todavía conservaba gran parte de su atmósfera de una «Nueva Israel», mantenida por la argamasa de la unidad religiosa y de culto. Mientras que la Iglesia de la Antigüedad tardía había formado parte del Imperio Romano, sin ser completamente idéntica a las estructuras del poder político, en la ideología carolingia esta relación fue invertida. El propio Imperio derivaba su coherencia del hecho de ser una *ecclesia gentium,* un mundo definido por el cristianismo correcto, en contraposición a sus versiones falsas.

Las largas y sangrientas campañas de Carlomagno contra Sajonia en los decenios de 770 y 780 representaron el aspecto más negativo de la conversión. Se obligó a todos los sajones a aceptar el bautismo; cualquier práctica pagana pública merecía la pena de muerte. Este tipo de cristianización recordaba el poder imperial romano que hacía sentir su autoridad tras el cristianismo, pero no concordaba con el ideal de conversión voluntaria y honorable de la realeza con el que estaba familiarizado la autoridad eclesiástica carolingia. El consejero más influyente de Carlomagno en los años de las campañas sajonas, Alcuino de York, seguramente se sabía de memoria la *Historia* de Beda; con este telón de fondo, la conversión de Sajonia a la fuerza fue una desviación ofensiva de los modelos autoritarios del pasado, y Alcuino no dudó en hacer oír su crítica en las altas esferas. Pero esta violencia también era la última consecuencia de un principio más general al que Alcuino también se subscribía: un culto cristiano «correcto» era el ingrediente decisivo de la identidad y de la cohesión de las formas de gobierno del período altomedieval. Si la salvación tras la expansión encontró resistencia, fue impuesta a la fuerza.

Detrás de todo ello asomaba el exigente Dios del Pentateuco, el juez severo e implacable de los reyes y pueblos a su cargo. En los reinos postromanos, el Antiguo Testamento servía como fuente de «derecho antiguo» sobre el que podían construirse nuevos reinos. Naturalmente, el Nuevo Testamento ocupaba el primer lugar, ya que había suplantado al Antiguo, y la iglesia había reemplazado ahora a la sinagoga —todos estaban de acuerdo en eso—. Pero, a fin de cuentas, el Nuevo Testamento dio muy poco de «buen derecho antiguo». Dondequiera que nuevas formas de gobierno surgían, lo hacían con referencias constantes a la autoridad de un Antiguo Testamento del pasado. Un Dios vengativo que exigía una lealtad inquebrantable del pueblo de Israel y de sus reyes: ésta era la imagen principal

en las mentes de los gobernantes altomedievales. En la *Admonitio generalis* (789), Carlomagno se comparaba con el rey bíblico Josué encontrando y poniendo en práctica el Libro de la Ley; éste es sólo el ejemplo más famoso de un gobernante que aprovecha el Antiguo Testamento para la identidad de una forma de gobierno recientemente establecida. Los gobernantes cristianos de la alta Edad Media eran ayudados y aconsejados por obispos y abades, pero ello no quitó mérito a su papel eminentemente real: supervisar la corrección del culto cristiano, así como sus predecesores del Antiguo Testamento habían sido responsables del buen culto en el Antiguo Israel. Los preceptos legales del Antiguo Testamento infundieron el derecho del período altomedieval. En el año 603, la observancia estricta y legalista del Día del Señor en Roma había provocado el enfado de Gregorio el Magno; acusó a su grey de «judaizantes» y les explicó que el cristianismo verdadero no era una cuestión de formalidad tan rigurosa. Tres siglos después, una observancia detallada y formal del domingo había pasado a formar parte de la legislación de Carlomagno, junto con los diezmos y un gran número de otros preceptos legales inspirados por el Antiguo Testamento. En el año 797 Carlomagno declaró claramente su opinión sobre la división de las tareas divinas *(ministeria)* entre el el Papa y él: aquél tenía que alzar sus manos puras y sacerdotales rogando a Dios, como Moisés, mientras Carlomagno continuaba con la tarea de defender el cristianismo, afianzando la seguridad de los que oraban.

A primera vista, esto se interpreta como una declaración típicamente occidental que afirma el dualismo de la Iglesia y el Estado, en lugar de la tradición bizantina de «césaropapismo» —esto es, los emperadores que imponen a todos la ley religiosa y supuestamente manteniendo a los obispos temblando en su sitio—. Cada vez es más evidente, sin embargo, que las diferencias entre Oriente y Occidente se han exagerado.[5] Los obispos carolingios estaban dispuestos a meterse en el papel de un Natán contemporáneo, es decir, como profetas reprendiendo a su David más o menos penitente, pero sus colegas orientales eran igualmente capaces de reclamar el sagrado plano moral en sus confrontaciones con el emperador. Y los emperadores bizantinos no eran los únicos en hacer de la política religiosa su negocio; sus colegas occidentales también se veían como los guardianes del culto correcto y, por consiguiente, como los líderes morales de su pueblo —obispos incluidos—. Los cargos real y episcopal no eran idénticos; cada uno tenía su propio «ministerio», una tarea encomendada por Dios. Pero, como el emperador Luis

[5] Gilbert Dagron, *Empereur et prêtre: Étude sur le «césaropapisme byzantin»* (París, 1996).

el Piadoso explicó en el año 825, todos los diferentes «ministerios» dentro del Imperio/*ecclesia* derivaban del *ministerium* imperial supremo.

En los conflictos políticos del decenio de 830, un grupo de obispos francos cuestionaron esta opinión, llamándose «vicarios de Cristo» y reivindicando la superioridad del ministerio episcopal debido a que sólo los obispos eran capaces de «obligar» (imponer una penitencia pública) y de absolver a los pecadores; las llaves del cielo estaban en sus manos. Sin embargo, éste era un punto de vista minoritario; la mayoría de autoridades eclesiásticas carolingias aceptaba que el gobernante cargara con la responsabilidad última ante Dios por los pecados de las personas que tenía a su cargo. Si los reyes descuidaban el deber de «corregir» a sus súbditos, Dios castigaría al pueblo enviando plagas, la peste, pérdidas de cosechas y la derrota militar. Siempre que estos desastres ocurrían, la primera pregunta realizada en la corte de Aquisgrán (y en otras partes) era: «¿Qué hemos hecho para ofender a Dios?», seguida de la segunda: «¿Cómo podemos expiar nuestros pecados y evitar la ira de Dios?». La respuesta era haciendo penitencia, bien colectivamente —mediante el ayuno, la oración y las letanías— o individualmente, a beneficio de la «estabilidad del reino». Ya durante el reinado de Carlomagno, la expiación pública ganó terreno como salvaguardia sumamente importante para la supervivencia de la política; bajo su hijo Luis, se convirtió en el marco de referencia predominante para la acción política.

Pueden encontrarse modelos similares en el Imperio oriental. La pérdida humillante de Siria, Palestina y Egipto a manos de los conquistadores musulmanes a partir del decenio de 630, una acometida que fue detenida sólo por el emperador León III en el año 717, causó una confusión ideológica profunda. Un Imperio Romano oriental sitiado que se percibía también como una Nueva Israel realizó la pregunta fundamental. ¿Cómo hemos pecado? ¿Por qué Dios nos ha castigado tan severamente, abandonando a su Pueblo Elegido? Una posible respuesta era: porque hemos caído en la idolatría, confundiendo el culto del único Dios con el de las imágenes. Entre el año 730 y el 843, la denominada controversia iconoclasta transformó el Imperio Romano oriental. Los iconoclastas («los destructores de iconos») sostenían que el culto a las imágenes de Cristo, la Virgen María o los santos infringían el Segundo Mandamiento: «No te fabriques ídolos; no te hagas ninguna imagen del que está arriba en el cielo... No los adores ni les des culto porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso y pido cuentas a los hijos de las culpas de los padres...» (Éxodo, 20: 4-5). Dentro del Imperio oriental, ésta era una postura minorita-

ria. Las imágenes estaban omnipresentes en las iglesias del este, como foco de intensa devoción popular: ésta era la diferencia más destacada entre el este cristiano y el Islam usurpador. Con todo, el punto de vista minoritario dominaba en la corte de Constantinopla; la convicción de que la idolatría había sido, de hecho, el pecado tan gravemente castigado por Dios como para enviar a los árabes llevó al célebre decreto del emperador León contra el culto a las imágenes (726). La devoción de la Sagrada Cruz se convirtió en la única alternativa aceptada: «con este signo» Constantino había obtenido la victoria, y también lo había hecho el emperador León en el año 717 cuando detuvo a las avanzadillas árabes. La actitud de la corte —que debía mucho a la gente que leía mejor el Antiguo Testamento que la mayoría— ofendió profundamente a la devoción popular rural y, especialmente, a la piedad monástica. Para el grupo que rendía culto a los iconos, Dios había sido ofendido precisamente debido a la insuficiente veneración de las imágenes sagradas tradicionales.

En el curso de más de 150 años de controversia iconoclasta, las lealtades, como era de esperar, variaron, en la corte y en otras partes, y el contexto del debate cambió profundamente. Hacia mediados del siglo IX, surgió una Bizancio con el culto a los iconos firmemente establecido como elemento permanente y crucial de su identidad, un mundo muy diferente comparado con el estado romano oriental del año 650. La acalorada disensión sobre el culto a las imágenes en amplios estratos de la sociedad era un fenómeno típicamente oriental; la respuesta occidental al debate sobre las imágenes quedó restringido a unos cuantos intelectuales de la corte y a su emperador, Carlomagno, que mostró un vivo interés por la cuestión.

A pesar de todo, estas diferencias son menos importantes que una semejanza profunda. Tanto en Oriente como en Occidente el conflicto acerca del «verdadero cristianismo» transformó el Imperio Romano cristiano en el paisaje político y religioso tan diferente de la alta Edad Media. Las nuevas formas de gobierno eran «postromanas», en el sentido de que el pasado romano cristiano seguía siendo una fuente autoritaria de cristianismo auténtico; después de todo, ésta había sido la Edad de los Padres. Pero era un pasado aún más antiguo y más sagrado que dio forma al mundo altomedieval, en Occidente y en Oriente, es decir, el pasado bíblico del Antiguo Testamento y la noción del Pueblo Elegido guiado por su gobernante hacia la salvación.

Los otros esquivos: judíos, heréticos y paganos

Las identidades de las Nuevas Israeles postromanas fueron definidas por contraste con los «otros» negativos: judíos, herejes, cismáticos y, naturalmente, paganos. Los peligros que representaban estos «enemigos del pueblo cristiano» estaban principalmente en el ojo del observador: eran enemigos útiles, que consolidaban un sentido de coherencia y unidad. Cuando se tuvo que identificar y clasificar a los «otros», los autores del período altomedieval derivaron sus categorías de pensamiento principalmente de las Sagradas Escrituras. El heredero real del Imperio Romano, por lo que se refiere al poder político, la riqueza económica y la extensión geográfica, era el Califato omeya de Damasco y su sucesor abbasida en Bagdad. Todavía se conocía poco del Islam en Occidente, excepto la noción incongruente de que estos paganos —de una fe estrictamente monoteísta— rendían culto a «ídolos». Igualmente, los judíos eran percibidos dentro de un marco de referencia bíblico que a menudo seguía siendo una perspectiva teórica. En el Occidente altomedieval, las comunidades judías eran islas diminutas en un gran mar cristiano. Hubo algunos intentos esporádicos de convertir severamente a los judíos en la Galia merovingia y una política más consistente en el reino visigodo para impedir a los judíos convertidos al cristianismo volver a su fe original. Es difícil evaluar si las leyes promulgadas en Toledo realmente llevaron a una persecución feroz y programática, pero no hay ninguna duda de que el gobierno visigodo cristiano llegó a depender cada vez más de una ideología que giraba en torno a los peligros de una contaminación judía sobre una pureza gótica y cristiana. Los efectos reales de este antijudaísmo exaltado todavía no se conocen, y la legislación visigoda continuó siendo una excepción en la alta Edad Media; los emperadores carolingios protegieron de forma consistente y activa a los comerciantes judíos en el servicio real.

En el norte, donde las comunidades judías eran incluso menos numerosas, los judíos eran un enemigo principalmente conocido a partir de las Sagradas Escrituras. Sobre todo, los judíos eran el «pueblo anterior» del Antiguo Testamento, los que habían perdido su derecho a ser el Pueblo Elegido de Dios al no reconocer a Cristo como el Mesías. Esta noción de la Nueva Israel que sucedía a la Vieja estaba en el fondo del comentario bíblico altomedieval; el modelo fue proporcionado por los Padres, pero su sucesores del período altomedieval ampliaron este tema para deleite de sus corazones. También era cierto que Beda, en su monasterio en Nort-

humbria, hacia el norte, nunca en la vida se había encontrado con un judío. Pero otros eruditos del Antiguo Testamento como Hraban Maur († 856), abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, acudió a expertos judíos para discutir los puntos más delicados de la exégesis «histórica», es decir, la elucidación de la historia y la geografía del Antiguo Testamento. El ámbito de la exégesis espiritual, que reveló el verdadero significado de todos estos hechos, era estrictamente un asunto cristiano. Hraban y sus colegas comentaristas bíblicos estaban completamente dedicados a apropiarse de la historia del Antiguo Testamento y traducirla a una verdad cristiana alegórica, una operación para la que la presencia o la ausencia de judíos «verdaderos» era irrelevante. La «verdad de los judíos» era algo de lo que los cristianos debían distanciarse, porque era poco imaginativa y errónea; por otro lado, el pasado del Antiguo Testamento, con sus modelos y sus héroes, era el nuevo pasado adoptado por las nuevas cristiandades.

En la vida real, los herejes escaseaban más que los judíos. Uno de los rasgos distintivos y curiosos del Occidente del período altomedieval es la ausencia de herejías populares tan características en la segunda mitad de la Edad Media occidental, así como el enfoque típico de la herejía popular: los supuestos hombres que vagaban por el campo tan familiar en el Imperio Romano oriental y en Bizancio; en el este, la herejía era una cuestión de vociferante discusión pública. Sólo raramente este carisma religioso e incontrolado dejó una huella en las fuentes escritas de Occidente. En el decenio de 740, un tal Aldeberto ganó un gran número de partidarios, incluso obispos, en la región de Soissons; el hombre afirmaba poseer una Carta del Cielo y tenía la *Vida* de un santo escrita y dedicada a él mismo, en contra de todos los principios aceptados de humildad santa. Su inexorable adversario era Bonifacio († 754), el misionero inglés que llegó a ser el primer agente de la reforma eclesiástica dentro del gobierno franco. Por orden de Bonifacio, Aldeberto fue condenado en un sínodo en Roma (745) y se convirtió en un hereje de proporciones verdaderamente heroicas que excedían de lejos su importancia real.[6] Pero Aldeberto y otros de su jaez eran enemigos útiles, que encarnaban una imagen negativa de santidad que ayudó a definir los canales apropiados de lo sagrado.

Los herejes reales, igualmente poco comunes, tendían a proceder de círculos eruditos. Hasta donde puede determinarse, los efectos que pro-

[6] Nicole Zeddies, «Bonifatius und zwei nützliche Rebellen: Die Häretiker Aldebert und Clemens», en M. T. Fögen (ed.), *Ordnung und Aufruhr: Historische und juristische Studien zur Rebellion*, Ius Commune, Sonderhefte 70 (Frankfurt del Main, 1995), pp. 217-263.

vocaron permanecieron restringidos a las esferas letradas de la sociedad. Hacia finales del siglo VIII, éstas incluían a la corte. En el Concilio de Frankfurt (794), Carlomagno presidió las discusiones sobre el adopcionismo, una doctrina que sostenía que Cristo era el hijo adoptado de Dios. Un coro de obispos francos e italianos apeló a Carlomagno, que escuchó los contenciosos debates teológicos, como Constantino lo había hecho. Éste era un signo claro de la nueva autoridad imperial que estaba a punto de manifestarse pero, no obstante, el adopcionismo no se extendió más allá de algunos afortunados que habían dominado las complejidades de la Trinidad. Lo mismo puede decirse de la herejía del monje erudito Godescalco en el decenio de 850. Su rigurosa lectura agustina sobre la predestinación asustó a los obispos, que se preocuparon por si los fieles podían llegar a ser absolutamente fatalistas si se enteraban de que estaban predestinados a la salvación o a la condenación, sin tener en cuenta sus esfuerzos durante la vida en la tierra. Las ideas de Godescalco fueron debatidas acaloradamente en los monasterios y en la corte de Carlos el Calvo, pero no existen indicios de que las opiniones de este monje sajón de origen aristocrático alcanzaran un interés amplio. Sus simpatizantes y adversarios eran otros expertos: monjes sabios, obispos, cortesanos y reyes. Con todo, «herejes y cismáticos» tomaron una importancia trascendental en el comentario bíblico carolingio; sirvieron como una metáfora poderosa para cualquier fuerza disociadora que podía representar una amenaza para el orden político-religioso.

La tercera posible forma de «el otro» era el paganismo. La división insuperable entre cristianos y paganos era parte esencial de la autodefinición de las nuevas cristiandades en Occidente, cuya carrera como la de tantas Nuevas Israeles había empezado con reyes que abandonaban a sus dioses paganos. Pero los autores cristianos que describieron el paganismo no lo hicieron como etnógrafos, sino como hombres que intentaban explicar las falsedades de la «antigua religión» a las élites cristianas para las que escribían. Construyeron el paganismo como algo comprensible para sus públicos cristianos, acabado con templos donde los ídolos eran adorados bajo la égida de sacerdotes poderosos. El retrato de Beda del sacerdote pagano Coifi estaba influido por las ideas cristianas sobre la conducta sacerdotal apropiada. Cuando Coifi partió para ir a destruir sus propios templos, montó el semental del rey, llevando armas. Como comentaba Beda, todos esto se había prohibido a Coifi cuando era todavía sacerdote pagano, una idea que se le ocurriría fácilmente a un monje familiarizado con las nociones cristianas de la incompatibilidad entre derramar sangre

y servir en el altar.[7] Otro ejemplo de tales nociones teóricas de paganismo es la carta que el obispo Daniel de Winchester envió a su discípulo Bonifacio entre los años 723-724, cuando éste era misionero en Turingia. Daniel explicaba cómo se debía discutir con los paganos para convencerlos de la verdad. El consejo de Daniel era no replicar, sino dejar que los paganos cayeran en la trampa que habían tendido ellos mismos al hacer alarde de la genealogía de sus dioses. Entonces debían hacerse las preguntas difíciles: ¿Crees realmente que los dioses que nacen y no son eternos son poderosos? ¿Cuándo nacieron estos dioses? ¿Por qué han renunciado a la procreación? ¿Quién reinó antes que ellos? ¿Qué hay sobre la eternidad y la creación? ¿Por qué los cristianos habitan las áreas cálidas y fructíferas, productoras de vino y aceite, mientras que los paganos se han quedado con las regiones frías del norte?[8]

Esta imagen esencialmente cristiana y erudita del paganismo prístino apenas puede haber sido un apoyo real para el discípulo de Daniel en el campo misionero. ¿Qué tipo de paganos encontró Bonifacio en Hesse y Turingia, donde estaba en activo cuando Daniel escribió su carta de consejo? El «paganismo verdadero» sólo aparece en la *Vida* de Bonifacio escrita por Willibaldo, donde el santo es descrito talando triunfalmente el roble sagrado de Geismar.[9] Todavía la tala de árboles sagrados tenía una genealogía literaria larga que remonta a la *Vida de San Martín* de Sulpicio Severo (*c.* 397), uno de los textos hagiográficos más influyentes de la alta Edad Media. La colección de epístolas de Bonifacio ofrece una imagen muy diferente. Dedicó la mayor parte de su energía a erradicar las variedades anticonvencionales de cristianismo que habían florecido tras las primeras campañas misioneras. Significativamente, el ataque más explícito de Bonifacio contra el «paganismo real» se refiere a Roma y a la celebración de las *Lupercalia*, sobre cuyas festividades para el nuevo año Bonifacio había oído rumores inquietantes.[10] Por otra parte, sus muchas preguntas a éste y a otros papas y colegas ingleses versaban sobre el «cristianismo errante», un enemigo más poderoso que los paganos prístinos con su ordenado panteón evocado por su maestro Daniel.

[7] Beda, *Historia ecclesiastica*, II, 13, ed. y trad. inglesa Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 184-185.

[8] Bonifacio, *Epistolae*, núm. 23, ed. M. Tangl, *Die Briefe des Heiligen Bonifatius und Lullus, MGH Epistolae Selectae* 1 (Berlín, 1916)

[9] Willibald, cap. 6, ed. R. Rau, *Briefe des Bonifatius: Willibalds Leben des Bonifatius* (Darmstadt, 1968), p. 494; trad. inglesa C. H. Talbot, *The Anglo-Saxon Missionaries in Germany* (Londres, 1954), p 45.

[10] Bonifacio, *Epistolae*, núm. 50, ed. Tangl, pp. 90-91; trad. inglesa Emerton, pp. 59-60.

Hasta un punto considerable, el paganismo tal como lo describían los autores cristianos era literario, un «paganismo en la mente». Las leyes de los frisios hablan de sacrificios infantiles en las playas del norte yermo, y de la pleamar que reclamaba a sus víctimas sacrificiales. Todos esto era «el paganismo», pero no necesariamente en el sentido de una religión organizada con una doctrina detallada sobre los dioses y sus poderes respectivos. Los lugares del culto pagano parecen haber estado asociados con árboles sagrados, montañas, fuentes, valles e islas, antes que con determinadas deidades; la práctica pagana incluía augurios, adivinaciones y sacrificios. Éste era el tipo de devoción religiosa práctica que podía integrarse fácilmente en cualquier religión nueva, incluso en el cristianismo. La conversión era, en primer lugar, una cuestión de conducta y práctica y de abstenerse de actividades identificadas como no cristianas. La adopción de una cosmovisión diferente y de un conjunto de creencias seguiría a su debido tiempo, pero no era sobre lo que se preocuparon inicialmente Bonifacio y sus colegas. Las fórmulas bautismales eran redactadas en antiguo alto alemán, para que los nuevos conversos pudieran declarar públicamente que abjuraban de «Donar, Wodan y toda su pompa». Estas definiciones de paganismo procedían de los misioneros, no de los mismos paganos. Ya no existía una categoría neutra de cultura secular con sus propias tradiciones y festividades; la práctica social era cristiana o pagana, y esta última incluía cualquier cosa que pareciera remotamente «supersticiosa». Los augurios, amuletos, conjuros y otras formas de magia representaban el tipo de recurso práctico al que cualquiera, bautizado o no, podía haber recurrido. En el denominado Corrector, un compendio de prácticas ilícitas redactado por el obispo Burchardo de Worms († 1025), se encuentra en general la magia practicada por gente que probablemente se consideraba cristiana. El hurto frecuente de aceite santo de las iglesias para propósitos mágicos es un ejemplo claro; sin duda, no era un indicador claro de paganismo persistente. Los primeros textos medievales que apoyan la contraofensiva contra el cristianismo errante son una mina de información sobre los modos en que el cristianismo verdadero era definido: en oposición a las amplias y variadas gamas de prácticas mágico-religiosas clasificadas en una sola categoría, a saber, «superstición y paganismo», para ser erradicada siempre que se encontraran tales fenómenos en la vida real.

Tampoco la arqueología proporciona información fidedigna sobre el paganismo. Si alguien era enterrado con objetos funerarios, incluso una cruz, ¿le convertía eso en un pagano, a causa de la presencia de objetos funerarios, o en un cristiano, debido a la cruz? El paganismo empezaba

donde el cristianismo acababa. Era la frontera que separaba a «ellos» de «nosotros», dentro de las formas de gobierno cristianas, así como en el inmenso y peligroso mundo exterior. Esta frontera estaba allí para ser cruzada por los predicadores de la fe, o bien seguidos o bien precedidos por los ejércitos que apoyaban su conquista.

Las esferas sagradas y las estrategias de distinción

«El Dios que ha hecho el mundo y todo lo que se mueve, Señor como es del cielo y de la tierra, no habita en templos construidos por la mano del hombre» (Hechos de los Apóstoles, 17: 24). En oposición a un mundo romano lleno de lugares y espacios sagrados, el cristianismo fue inicialmente una religión sin santuarios; dondequiera que los creyentes se congregaran para el culto, Dios estaría presente. Este ideal iba a ser abrazado una vez más por el protestantismo, pero era extraño para la Antigüedad tardía y la Edad Media. A lo largo de todo este período, el cristianismo era una religión muy basada en lugares y espacios sagrados —sobre todo, en los «lugares de los santos» (*el loci sanctorum*)—. A partir de principios del siglo IV, apareció una topografía cristiana dentro del paisaje sagrado de la Antigüedad clásica, suplantando rápidamente a su rival. La peregrinación integró la Tierra Santa y sus lugares sagrados en este nuevo paisaje cristiano, pero su puntos de referencia reales eran los restos corpóreos de los mártires dentro de los límites del Imperio cristiano. El culto a los mártires unía la Iglesia recientemente fundada a su heroica historia de represión; los mártires sólo se convirtieron en el centro de una devoción intensamente local y competitiva una vez que las persecuciones reales fueron cosa del pasado. La costumbre romana dictaba que los muertos se mantuvieran bien alejados de los vivos: también los mártires habían sido enterrados fuera de los recintos de la ciudad, junto con sus perseguidores. Aquí permanecían, hasta que «una marea de reliquias crecía en las ciudades», como Robert Markus expresaba: los mártires se convirtieron en conciudadanos.[11] Hacia el año 386, cuando el obispo Ambrosio de Milán fundó una gran iglesia nueva extramuros de su ciudad, era inconcebible que este edificio pudiera consagrarse sin dedicarlo a mártires que estarían corpóreamente presentes. Am-

[11] Robert Markus, *The End of Ancient Christianity* (Cambridge, 1990), p. 148.

brosio respondió a la petición popular, orquestada o no, y «halló» los restos de los mártires Gervasio y Protasio. El descubrimiento (*inventio*) de los dos mártires y su traslado triunfante (*translatio*) a la nueva basílica creó un acontecimiento ritual trascendental, permitiéndole al obispo reparar sus relaciones temporalmente tensas con la corte imperial.

El traslado de Gervasio y Protasio llegaría a ser modelo del control episcopal de la santidad y de la habilidad de los poderosos —inicialmente obispos y abades, pero a su debido tiempo también reyes y aristócratas— para convertir los restos de los santos en recursos localizados de santidad y aprovecharlos para la causa de su propia autoridad y legitimidad. La hagiografía era un instrumento indispensable en este proceso. Cientos de vidas de santos (*vitae*) fueron producidas a partir de la Antigüedad tardía, así como colecciones de milagros y relatos sobre las milagrosas *inventio* y *translatio* de reliquias. Los mártires no desaparecieron completamente, pero eran diferentes de sus predecesores de la Antigüedad tardía; podían ser obispos asesinados en contiendas políticas, misioneros muertos por paganos, o confesores que eran «muertos vivientes». La mayoría de los santos del período altomedieval eran obispos, abades y abadesas con un linaje social impecable. Como el obispo Isidoro de Sevilla († 636) expresaba: «Podían haber sido mártires, si hubiera sido el tiempo de las persecuciones».[12] Los hagiógrafos se adaptaron a los modelos literarios de sus predecesores y, además, a las altas expectativas de aquellos que les encargaban que «redactaran» sobre un santo determinado. Como la *Vida* escrita por San Ambrosio de sus dos protagonistas martirizados, buena parte de la hagiografía estaba pensada para conducir las fuerzas de lo sagrado a canales bien definidos conectados con el poder político, sea éste episcopal, real o ambos. Decir que la hagiografía era mera propaganda para el santo en cuestión es no captar la idea. La pregunta debería ser: ¿quién controló el culto de un santo y podía aprovechar, por consiguiente, estos recursos sagrados?

La respuesta para gran parte de la Europa altomedieval es los obispos, para empezar, y después, y cada vez más, los reyes que llegaron a depender de la oración monástica para la «estabilidad del reino» y para su propio bienestar. La santidad se transformó en un centro poderoso alrededor del cual podía movilizarse el apoyo político y social. En el año 704, en una carta que eximía a los monasterios en su reino de los servicios seculares, el rey anglosajón Ine dijo que tales comunidades «deberían ser dignas de verter oracio-

[12] Isidoro de Sevilla, *Etymologiarum sive originum libri XX*, 7.xi., ed. W. M. Lindsay (Oxford, 1911), Lib. VII.XI 4, líneas 23-24.

nes por el estado y la prosperidad de nuestro reino y por el perdón de los pecados cometidos ante la majestad divina...».[13] Éste es sólo un ejemplo de un modelo más general. Cada vez más, los gobernantes altomedievales tenían un interés personal en salvaguardar la pureza del *claustrum*, ya que la oración monástica ofrecía «satisfacción» a Dios por los pecados del gobierno y así mantenía la estabilidad del reino. En los reinos francos, esta revolución cultural empezó en el siglo VII; es en este período cuando quienes ejercían el poder político —reyes además de aristócratas— llegaron a depender de la oración de las comunidades monásticas y de la intercesión de santos residentes. Los gobernantes merovingios desarrollaron un sistema peculiar para conseguir acceso a estos recursos sagrados. Concedieron «inmunidades» a sus monasterios privilegiados, garantizando que ningún sirviente real tendría acceso al espacio sagrado; también persuadieron a obispos a otorgar exenciones de varios tipos, por la cual el obispo renunciaba voluntariamente a su derecho de interferir en la vida interna de las comunidades monásticas dentro de su jurisdicción. Al conceder inmunidades y exenciones, reyes y obispos —a menudo al unísono— crearon espacios sagrados que serían tranquilos y, por tanto, aún más eficaces en su oración por los poderosos que habían garantizado su libertad. A partir del año 751, los nuevos gobernantes carolingios continuaron confiando en la oración monástica y en la propiedad. También necesitaron proteger sus espacios sagrados de la contaminación y la perturbación, pero lo hicieron de modo diferente que sus predecesores. La «protección» (*tuitio*) carolingia más rigurosa de comunidades monásticas creó una alianza aún más estrecha entre la corte real y sus dependencias monásticas.

Dentro de la topografía del poder real, tales espacios sagrados eran de importancia decisiva, así que los gobernantes intervinieron directamente en la ordenación interna de la vida en el claustro, exigiendo que la oración que mantenía la estabilidad del reino fuera conducida de acuerdo con líneas similares y según un modelo autorizado. Fue dentro de este contexto que la *Regla* de Benito de Nursia surgió como la forma dominante para la vida monacal y la oración —en el Imperio franco a partir del año 800, pero con posterioridad por toda Europa septentrional, un predominio que continuaría hasta mediados del siglo XI—. Inicialmente, este texto italiano del siglo VI no era más que una de las muchas directrices mediante las que

[13] W. de G. Birch, *Cartularium Saxonicum: A Collection of Charters Relating to Anglo-Saxon History* (Londres, 1885), núm. 108, I, p. 157. Y véase Catherine Cubitt, *Anglo-Saxon Church Councils c. 650-c. 850* (Londres y Nueva York, 1995), p. 112.

los abades intentaron regular la vida dentro de sus comunidades; muchos de tales «textos» fueron sólo transmitidos oralmente. La *Regla* de San Benito ganó gradualmente autoridad al norte de los Alpes porque el Papa Gregorio el Magno —el iniciador de la cristianización de Inglaterra— había incluido una *Vida de San Benito* en sus *Diálogos.* San Benito se convirtió en el «abad romano», otro ejemplo en el norte de hombres con autoridad canónica buscados en una Italia llena de recursos sagrados. Bastante antes del año 774, cuando los ejércitos carolingios incorporaron estos tesoros sagrados al Imperio creciente, los «observadores monásticos» ingleses y francos de alta condición habían viajado hacia el sur para encontrar e investigar el tipo de vida monacal que consideraban la «auténtica». Como en el caso del papado y de los textos canónicos enviados a gobernantes francos, las altas expectativas de los hombres y mujeres del norte contribuyeron enormemente a sostener la identidad de Italia como la tierra prometida de la autenticidad monástica.

Dentro del Imperio franco —incluso en Italia—, la *Regla* de San Benito devino algo que su autor nunca pudo haber previsto: el «derecho» de una vida monacal de la que dependía la estabilidad del reino carolingio. Pero los *monasteria* de este período eran muy diferentes de la comunidad pequeña e íntima para la que Benito escribía. Los comentaristas del siglo IX de la *Regla* tenían en mente las inmensas abadías reales, llenas de niños a educar, invitados a recibir y propiedades a administrar. El *claustrum*, el espacio interior apartado sólo accesible a los miembros de la comunidad y a unos «vecinos» privilegiados, se convirtió en la protección arquitectónica y mental de una medida esencial de santidad y paz. No sólo monjes y monjas estaban «enclaustrados», lo mismo sucedía con los canónigos (*clerici canonici*), aunque estos últimos tenían más libertad de movimiento. Los concilios para la reforma en Aquisgrán en los años 816/817 intentaron crear un clara división entre el monasticismo apropiado (monjes y monjas que seguían la *Regla* de San Benito), por un lado, y canónigos que vivían una vida comunal consagrada a la oración y a la labor pastoral, por el otro.

Esta nueva estrategia de distinción tuvo sólo un éxito limitado y revela principalmente hasta qué punto estos dos grupos habían llegado a combinarse; también se convirtió en una fuente de confusión para los historiadores, que han visto las «catedrales» (*monasteria*) anglosajonas y celtas encargadas de funciones pastorales como una desviación de la norma supuesta: un organización eclesiástica «romana» basada en obispos y sacerdotes locales. Todavía hasta el siglo X, al menos, fueron las comunidades religiosas, no las parroquias familiares concentradas en aldeas, las que

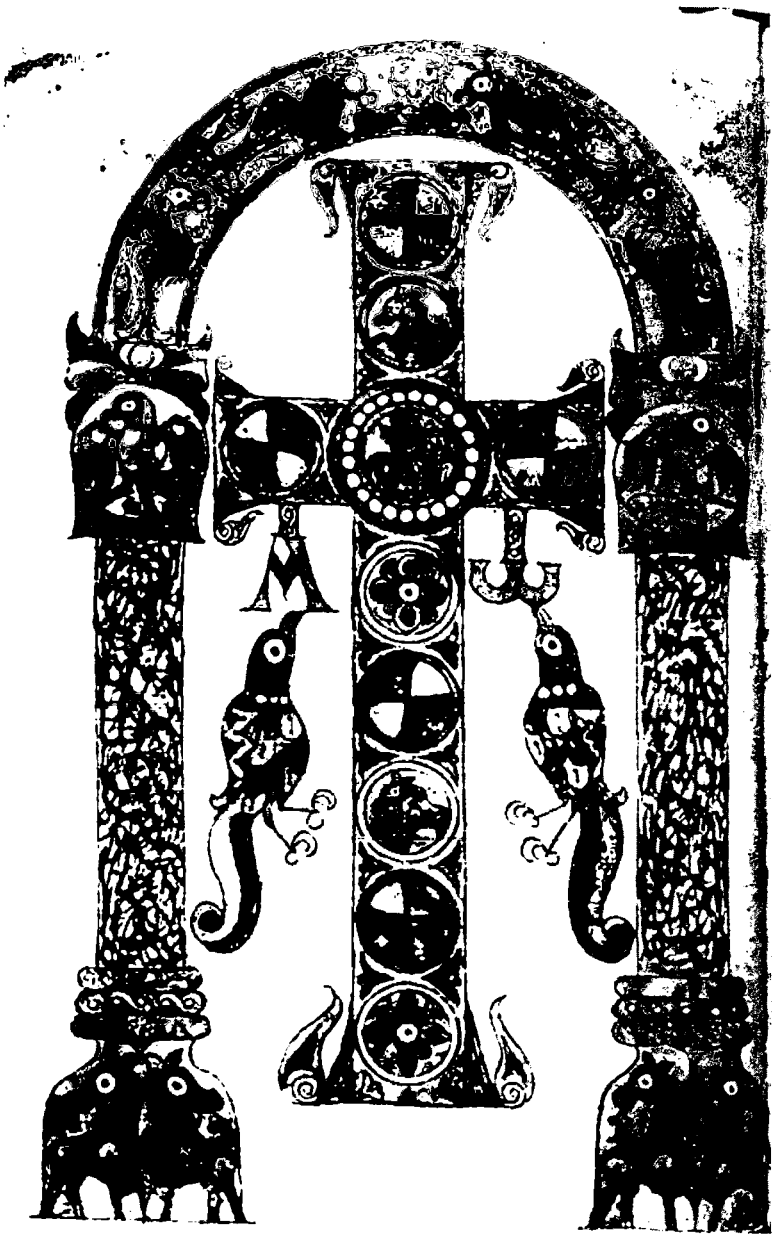


Lámina 8 Sacramentario gelasiano, realizado probablemente en Chelles o Jouarre, en la primera mitad del siglo VIII.

continuaron siendo los pilares de la organización eclesiástica. Monjes y canónigos, y figuras intermedias, satisficieron las demandas del laicado de misas votivas y proveyeron la asistencia pastoral más tarde asociada a los sacerdotes parroquiales. No es sorprendente que tales comunidades llegaran a ser difíciles de distinguir entre sí.

La celebración de misas votivas se convirtió en el deber principal de todas estas fuentes inagotables de oración. El mismo concepto de misa había cambiado drásticamente. De un ritual comunal que conmemoraba la muerte y resurrección de Cristo, la misa en sí devino un sacrificio, una ofrenda a Dios acompañada de oraciones especiales que indicaban con qué particular propósito se celebraba esta misa. Existían misas para cada eventualidad: para el buen tiempo, para una buena cosecha, para la fertilidad de las mujeres, para los viajes seguros, para la victoria del ejército real y, sobre todo, para la conmemoración y salvación de los muertos. En el concilio de Attigny (762), un grupo de obispos y abades crearon una red común de oración que unía sus comunidades religiosas, prometiendo leer unas cantidades fijas de misas y salterios en nombre de los muertos de cada una. Este movimiento pronto se transformó en los grandes «libros de conmemoración» (*libri memoriales*) del siglo IX, que contenían miles de nombres de muertos y vivos de las casas religiosas, pero también los procedentes de los estratos superiores de la sociedad laica, con los miembros de la dinastía gobernante encabezando la lista. A primera vista, parecería que dejaba a las religiosas en una situación de grave desventaja por esta creciente insistencia en las misas votivas, una exigencia que sólo podían cumplir los monjes y canónigos ordenados. Hasta cierto punto es verdad; todavía las mujeres ascéticas representaban un tipo particularmente deseable de virginidad, más sujeto a la familia que la de sus semejantes masculinos, pero también más pura, porque estas mujeres fueron alejadas aún más de los pasillos de la corte y del poder. Sin embargo, las principales comunidades femeninas no fueron completamente aisladas de la riña política, como parece ser el caso de las monjas de Remiremont, que intencionadamente se negaron a orar para un rey —Lotario II— que había repudiado a su esposa legítima.[14] Un convento real que se declara en huelga de oración debe de haber sido consciente de la importancia de sus salterios leídos para el gobernante, aun cuando sólo podían encargarse de las misas sacerdotes pertenecientes a la comunidad.

[14] Stuart Airlie, «Private bodies and the body politic in the divorce case of Lothar II», *Past and Present*, 161 (1998), pp. 3-38, esp. p. 37.

Esta intensa actividad de oración fue avivada por las actitudes cambiantes hacia la muerte y lo que aguardaba a la humanidad, una vez traspasaba el último umbral. El Juicio Final y la Resurrección al final de los tiempos se percibían todavía como el definitivo ajuste de cuentas, pero este último juicio había llegado a estar precedido por otro anterior, inmediatamente después de la muerte. A los pecadores que no habían logrado equilibrar la balanza de los pecados mediante la debida penitencia durante su vida les esperaba tener que soportar los tormentos de un limbo intermediario y purgatorial, del que sólo la oración pura podía liberarles. En gran medida, la oración monástica cubría las necesidades de los muertos y las de sus parientes supervivientes que hacían abundantes ofrendas a las comunidades religiosas para salvar las almas de los difuntos. Se elaboró una literatura visionaria que trazaba la geografía del Más Allá, pero también sirvió como voz admonitoria dentro de los pasillos del poder. Describiendo a reyes y a emperadores sufriendo los tormentos del purgatorio, se lanzaban críticas ligeramente encubiertas a los gobernantes que no vivían con arreglo al modelo de monarquía cristiana.

Por un lado, había monjes, monjas, canónigos y sus homólogas femeninas que oraban con manos puras en comunidades ascéticas; por el otro, estaban los sacerdotes ordinarios que atendían a las comunidades rurales de las que apenas podían ser distinguidos. El abismo entre el clero institucionalizado y el rural también era social, ya que la mayoría de los habitantes de los *monasteria* poderosos procedían de las capas superiores de la sociedad. La mayoría de estos hombres y mujeres había entrado en la vida religiosa en la infancia, a menudo como una ofrenda «a Dios en el monasterio» (como expresaba la *Regla* de San Benito) efectuada por sus padres; éste era un privilegio social y religioso, que también suponía una donación sustancial de tierras, que por regla general comprendía la herencia del niño. En teoría, las diferencias de estatus dentro de la comunidad eran reemplazadas por un orden de antigüedad y mérito, pero en la práctica la jerarquía social del mundo exterior persistía dentro del claustro. Una inmensa distancia social separaba el clero institucionalizado de sus *familias*, los sirvientes dependientes y campesinos que permitían a los miembros de la comunidad dedicarse a sus extensos deberes de oración. Lo mismo puede decirse de los conventos y comunidades de canónigos. Los obispos que tenían perros de caza eran una tradicional —y simbólica— manzana de la discordia: estos animales tenían tendencia a morder a los pobres que llegaban mendigando su sustento a la residencia del obispo.

Muchos sacerdotes «corrientes», atendiendo a las comunidades rurales muy apartadas de los centros episcopales y monásticos, deben de haber sufrido tantas penurias como los miembros de su grey. Este particular grupo no es fácil de entender, ya que el volumen de fuentes escritas de las que ahora dependemos fueron producidas en las comunidades religiosas suficientemente ricas como para convertirse en centros de escritura y erudición; por eso, sus miembros están en el candelero, mientras que los sacerdotes rurales permanecen en gran parte en la oscuridad. Lo que sabemos es que el sacerdocio rural del período altomedieval era de una variedad desconcertante que todavía aguarda una nueva exploración. Una estructura parroquial bien definida, con el sacerdote del pueblo en lo más bajo de una cadena jerárquica de mando encabezada por el obispo, sólo se materializó completamente después del año *c.* 1000. Intentos anteriores por parte de obispos carolingios de hacerse cargo del sacerdocio rural revelan que tales sacerdotes se servían en muy diferentes formas y tamaños. Podían ser monjes en órdenes, encargados de una pequeña fundación monástica (normalmente llamada *cella*) atendiendo al «pueblo», bajo la autoridad del abad o de la abadesa, o sacerdotes que eran los representantes rurales de comunidades canónicas dirigidas por obispos. Tales sacerdotes podían vivir en gran aislamiento, pero todavía eran la vanguardia rural de los *monasteria*, antes que parte de una red fundada de parroquias. Pero también había entonces sacerdotes encargados de iglesias establecidas por señores seglares o eclesiásticos en sus tierras privadas. Estos señores, fundadores de sus propias iglesias, permanecían al mando de su fundación y de sus beneficios —los diezmos obligatorios y los obsequios voluntarios de los fieles— utilizando estos ingresos como instrumentos del señorío; a veces sólo un pequeño porcentaje era reservado para el sustento del sacerdote. Tales sacerdotes podían muy bien ser siervos liberados, reclutados del mismo campesinado que bautizaba y enterraba; la distancia social entre su grey y ellos era mínima, si es que existía.

Algunos de los problemas subsiguientes se manifiestan en los llamados *capitula episcoporum*, directivas expedidas por obispos carolingios que intentaban disciplinar y «corregir» al clero en su diócesis, y también en los testimonios manuscritos conservados de manuales para sacerdotes. Estaban implicadas dos cuestiones interconectadas. Los sacerdotes rurales se convirtieron en objeto de *correctio*, un programa de reforma intensificado después de la coronación imperial de Carlomagno; significativamente, las primeras directivas episcopales aparecían poco después del

año 800. El Imperio cristiano debía tener un sacerdocio digno de su papel exaltado como *ecclesia* de Dios: es decir, sacerdotes que atendían el altar con manos «puras», limpias de sexo y sangre; además, todos los sacerdotes debían estar instruidos y debían tener libros adecuados en los que apoyarse en sus obligaciones. Ante todo, sin embargo, los obispos se mostraban inflexibles en que los sacerdotes rurales debieran ascender por encima de su rebaño, formando parte de un clero con sus propios privilegios y solidaridades, la categoría más humilde de una jerarquía eclesiástica encabezada por la autoridad episcopal. Así pues, sacerdotes que dependían económicamente de los señores laicos debían ser llevados de vuelta al redil de la jurisdicción episcopal y canónica. A lo largo del siglo IX, reyes y obispos cooperaron en esta empresa; algunas de sus instrucciones para la reforma arrojan alguna luz sobre los apuros de los sacerdotes «corrientes». Como un capitulario promulgado en el año 857 por Carlos el Calvo expresaba: «Que los sacerdotes y sus sirvientes no sean deshonrados y no sean azotados ni tampoco expulsados de su iglesia sin el acuerdo de su obispo».[15] Pero también hubo sacerdotes que prosperaron por sí mismos, transformándose en intermediarios del poder local que causaron a sus obispos muchos dolores de cabeza. El arzobispo Hincmar de Reims (840-882) tuvo que enfrentarse a un sacerdote que, después de haber atraído las habladurías maliciosas de su grey a causa de sus relaciones sexuales ilícitas, se vio envuelto en una reyerta de borrachos, hiriendo a un villano; cuando Hincmar suspendió al culpable, pendiente de deposición en un sínodo provinciano, el hombre desapareció hacia Roma, regresando triunfalmente con una carta papal que llamaba a Hincmar a capítulo por supuestos procedimientos no canónicos.

La pureza sexual era la vanguardia de las estrategias de distinción que elevaba el sacerdocio rural por encima del laicado alrededor de ellos. En tiempos de Hincmar, el ideal de celibato sacerdotal ya tenía una larga historia, lo que da la impresión que durante siglos los líderes eclesiásticos lucharon una batalla perdida desde el principio. Si a mediados del siglo XI la reforma «gregoriana» todavía tenía que luchar contra el matrimonio clerical, sacerdotes de épocas precedentes, sin duda, debían de haberse portado mal colectivamente. Este panorama lineal de la historia del celibato debería descartarse. Como era de esperar, el entusiasmo por la reforma varió, pero la increíble persistencia del ideal de celibato clerical, hasta

[15] *Allocutio missi cuiusdam Divionensis* (857), cap. 1, A. Boretius y V. Krause (eds.), *MGH Capitularia* II (Hanover, 1897), núm. 267, p. 292.

ahora, es más significante. Se empleaban argumentos similares en favor del celibato en situaciones muy diferentes. En los años 384/385 el Papa Siricio explicaba al obispo Himerio de Tarragona que, a diferencia de sus predecesores del Antiguo Testamento que sólo se sacrificaron a intervalos, los sacerdotes cristianos debían ser célibes, ya que su obligación de celebrar la Eucaristía cada día les impedía purificarse correctamente antes de tocar el cuerpo y la sangre de Cristo. El papa Siricio tenía en mente a obispos casados, que habían entrado en el cargo episcopal tras una carrera secular; vivir castamente bajo el escrutinio de su inquisitiva casa, con su esposa —la *episcopa*— apartada al otro extremo del palacio episcopal, dotaría a tales hombres seculares de una autoridad inmediata y de carisma. Este modelo del obispo casado que hace voto de celibato sin disolver su matrimonio persistió hasta bien entrado el siglo VI. Teodulfo de Orleans († 802) repitió el argumento básico del Papa Siricio, pero él concebía un paisaje clerical diferente, en el que los *monasteria* se habían convertido en los bastiones reales del celibato y de la pureza; ahí, se esperaba que todos los sacerdotes, diáconos y subdiáconos que podían estar «en contacto» con el recinto sagrado del altar tuvieran las manos limpias. Hacia principios del siglo IX, el temor de San Agustín a la aparición de unos cristianos de primera clase, ascetas mandando despóticamente sobre fieles corrientes, se había hecho realidad, incluso a nivel del clero. Respecto al celibato, Occidente siguió una trayectoria diferente de Bizancio. En el este, las capas eclesiásticas superiores —patriarcas en particular— fueron reclutadas en los monasterios y, por consiguiente, eran célibes, pero a los sacerdotes corrientes se les permitió casarse.

Las actitudes divergentes en Oriente y en Occidente son intrigantes y hacen que uno se pregunte sobre las diversas demandas y expectativas de los que continúan estando en la oscuridad de las fuentes: los seglares. En nuestro período, ésta no era la categoría claramente definida en la que se convertiría después del año *c.* 1050, cuando los *clerici* exigieron el monopolio de lo sagrado y de su tradición escrita y, cada vez más, negaron a los seglares el acceso directo a estos recursos. Desde el principio, era el bautismo lo que hacía a alguien miembro del cristianismo. El bautismo seguía siendo un asunto público, aunque los complejos rituales que rodeaban a los adultos que se convertían a la fe —verdaderos y prolongados «ritos de paso»— fueron, cada vez más, reemplazados por el bautismo infantil. Tras su estela, otra institución permanente entró en escena: la paternidad espiritual. Los padrinos se convirtieron en los que pronunciaban los votos bautismales por los infantes ante la pila bautismal, asu-

miendo la responsabilidad del bienestar y la educación religiosa de sus ahijados. El padrinazgo también creaba y apoyaba poderosas redes de solidaridad social y política que eran tan importantes como las mucho mejor estudiadas «relaciones feudales».

Previsiblemente, es dentro de los estratos más altos de la sociedad y principalmente en el locuaz siglo IX, que podemos hacernos una idea de lo que la vida religiosa podía haber supuesto para «los seglares». Era un laicado fascinado por el *claustrum* y su promesa de silencio, santidad y salvación. Reyes, reinas y aristócratas poderosos se «retiraban» a los monasterios, bien en momentos de desconcierto político o en las vísperas de su muerte. Morir en hábito monástico era, desde luego, una ruta más segura al Cielo que hacer el peligroso viaje directamente desde la confusión del mundo. Ésta era la manera elitista de prepararse para la muerte —incluso real, como se deriva de los aristócratas que siguen el ejemplo real—. Entretanto, en la capa más baja de la sociedad, continuó un largo proceso de «cristianizar la muerte». La tremenda importancia de la intercesión por los muertos muestra que la preocupación a largo plazo de los parientes se concentraba, en primer lugar, en el cuidado de sus difuntos en el Más Allá; los ritos del entierro cristiano seguían tras la oración por los muertos. Dado que obispos y abades se encargaban del entierro de los pobres como acto de caridad, un entierro cristiano seguía siendo un asunto caro. Hacia el año 900, probablemente estaba al alcance de la mayoría de la gente, lo que también significaba que la exclusión de los que habían muerto como graves pecadores impenitentes empezó a tener sentido. Los pocos afortunados eran enterrados *ad sanctos*, cerca de los santos que habían respaldado durante su vida, y dentro de los confines del «monasterio» —de cualquier variedad— que con más éxito mediaba entre Dios y la humanidad. Los *monasteria* no eran sólo fuentes generadoras de oración, sino también inmensos lugares de entierro que daban refugio a los que deseaban estar cerca de los santos cuando la Resurrección estuviera a mano. Sin tener en cuenta el primer juicio directamente después de la muerte, los miedos y las esperanzas del Último Juicio continuaban siendo intensos. Algunas personas desesperaban de la salvación, o simplemente no creían en ella. En el país misionero de Sajonia Oriental, el obispo Thietmar de Merseburgo († 1018) contaba una serie de historias horrendas sobre los muertos que vagaban por la noche e incluso atacaban a desventurados sacerdotes en sus propias iglesias para convencer a los «analfabetos» de que la Resurrección de los muertos al final de los tiempos no era de ningún modo una idea atroz. Con su rebaño, el sabio obispo com-

partía una pesadilla: los muertos podían regresar en la oscuridad para atormentar a los vivos.[16]

Entre el bautismo y la muerte, el tiempo cristiano afectaba a las vidas de la gente. Los días festivos cristianos definían el curso de una semana, un mes o un año: los domingos, días de ayuno, la fiesta de los santos. Las interpretaciones de las festividades apropiadas podían variar. Algunos clérigos hicieron objeciones a las rogativas —una plegaria comunal y penitencial para el apoyo del santo—, siendo convertidas en un despliegue de ropas magníficas por parte de los poderosos, pero entonces, de nuevo, los laicos piadosos podían haber tenido similares remordimientos; la «corrección» no era prerrogativa del clero. No se exigía a los laicos que hicieran apariciones regulares en la iglesia y tampoco tenían que tomar la comunión frecuente. A partir del siglo VI, la Navidad, la Pascua y el Pentecostés eran los únicos tiempos apropiados para la Comunión, y de estas tres ocasiones de suma importancia sólo quedó la Pascua. Igual que el clero, el laicismo necesitó limpiarse de la polución de sexualidad antes de atreverse a tener contacto físico con los «terribles sacramentos» (*terribilia sacramenta*), así que la Comunión era una ocasión importante que exigía una larga preparación. La Cuaresma, por consiguiente, se convirtió en un período de purificación colectiva, una preparación para la Pascua, la fiesta cristiana principal. Corrían abundantes relatos sobre laicos que habían «recaído» durante este período decisivo en la satisfacción del sexo matrimonial, pero que todavía lograban conseguir la Comunión de Pascua después de la debida contrición y una penitencia milagrosamente breve concedida por un santo. Estas historias expresaban las esperanzas de la gente que no cumplía un ideal que estaba, no obstante, muy vivo. La Cuaresma también era la época para confesar los propios pecados y hacer penitencia. A partir del siglo VII, una práctica originalmente monástica —la confesión regular y la penitencia, como medio de limpiarse de la mancha del pecado— penetró gradualmente en la sociedad laica. Esto engendró una extensa literatura de «penitenciales», manuales para confesores, que contenían listas detalladas de pecados y maneras de repararlos. Semejantes textos no son de ningún modo una sincera reflexión de la conducta real de los pecadores corrientes, pero revelan mucho acerca de las intenciones y de las percepciones de los que intentaban construir una sociedad cristiana. Estas penitencias regulares —normalmente el ayuno y la limosna—

[16] Thietmar, *Chronicon* I, caps. 11-13, ed. W. Trillmich, *Thietmar von Merseburg, Chronik* (Darmstadt, 1974), pp. 14-19.

eran vigiladas por sacerdotes; los pecados escandalosos que habían ofendido a Dios y a la sociedad merecían una penitencia pública administrada, no obstante, por el obispo. La penitencia pública no era un asunto cotidiano; era un castigo excepcional, ante todo dirigido a quienes gozaban de suficiente reputación en la sociedad como para crear un auténtico «escándalo», como los aristócratas culpables de flagrantes pecados sexuales o de violencia ultrajante. El humillante ritual de la penitencia pública incluía una deposición de armas en el altar; la verdadera penitencia suponía un largo período de vida semimonacal. Esto afectó profundamente el código aristocrático del honor, que dependía de la gloria militar y del control de la propia familia y casa.

Rebuscar datos sobre el universo religioso del laicado a partir de textos realizados en su mayoría por clérigos es obviamente arriesgado. Pero esta delicada operación fracasa si la sensibilidad moderna acerca de la división entre laicos y clérigos se proyecta sobre el pasado distante. Algunas de las voces perdidas de sacerdotes y laicos corrientes pueden oírse debajo del discurso dominante, pero si queremos escuchar, la oposición entre el clero y el laicado debería intercambiarse por otra oposición más importante y predominante por entonces: los poderosos (*potentes*) y los vulnerables (*pauperes*). Tampoco debería tomarse la práctica religiosa altomedieval como una especie de meta final de un proceso lineal iniciado en la alta Edad Media. Un ejemplo pertinente es la lenta aparición de la ceremonia cristiana del matrimonio. Los ritos matrimoniales cristianos existieron en la alta Edad Media, en forma de una bendición de la pareja y de su cama matrimonial. La mayoría de los rituales nupciales, desde los desposorios y los acuerdos de bienes hasta la multitud alegre que contempla a la pareja llegando a la cámara matrimonial, todavía seguían siendo una cuestión laica —el negocio de las dos familias que creaban una alianza duradera a través del apareamiento estratégico de miembros de la generación más joven—. Las bendiciones matrimoniales, como los entierros suntuosos, eran algo para unos pocos afortunados. Se aconsejaba a los clérigos que evitaran los rituales matrimoniales, a menos que la pareja fuera especialmente piadosa, garantizando la virginidad al entrar en el matrimonio y una ascendencia aristocrática impecable. El Papa Nicolás († 867) proporcionó a los búlgaros recientemente convertidos una larga y detallada lista de buenas prácticas cristianas, pero según este Papa una boda cristiana no era lo que distinguía a un cristiano de un pagano. Había cosas más importantes: un matrimonio cristiano debía ser indisoluble y a todos los parientes se les negó ser cónyuges, incluyendo a los obtenidos por padrinazgo. Éste era,

de hecho, el orden del día que había cristalizado en la Europa altomedieval, incluida la Roma papal. A partir del siglo VI, se prohibió ser consortes a una serie inconcebible de parientes. Esta legislación anti-incesto de gran alcance es un avance típico postromano y la preocupación principal de los gobernantes de la Nueva Israel del período altomedieval: las primeras ramificaciones de la prohibición entre parientes se encuentran en códigos de derecho y en decretos reales bárbaros. Antes de que el Papa Nicolás instruyera a los búlgaros, se llegó a un consenso nada práctico que prohibía el matrimonio hasta el «séptimo grado» (léase sin parentesco de sangre, de afinidad o espiritual de cualquier tipo). Como la penitencia pública que desarmaba a los hombres que luchaban, este tabú sobre el matrimonio parentelar irrumpió profundamente en la vida de la aristocracia. Como el impedimento del incesto era manipulado de vez en cuando para servir a propósitos ulteriores, como la separación legítima de un cónyuge no deseado, los matrimonios exogámicos fueron la norma entre los aristócratas del período altomedieval.

¿Estaba construida la cristiandad altomedieval de arriba abajo? Sí, si uno quiere decir con esto que los reyes y los aristócratas se disputaban el control de los recursos sagrados y los convirtieron en bases para construir el poder legítimo. No, si uno descarta la perspectiva familiar de clérigos enfrentados al «laicado» y escucha las voces discordantes que exigían su propio tipo de cristianismo verdadero. El Papa Gregorio el Magno disfrutó de inmensa autoridad en el Occidente altomedieval, pero sus declaraciones indulgentes sobre la pureza ritual fueron desatendidas, junto con su opinión de que en materia litúrgica «la unidad podía existir en la diversidad», siempre y cuando las comunidades cristianas fueran un todo en su amor por Cristo y por sus vecinos. Los cristianos que reclamaban un ritual correcto lograron la victoria, y las interpretaciones literales del Antiguo Testamento se convirtieron en parte de la corriente principal del pensamiento cristiano igualmente entre clérigos y laicos. ¿Podía haber perdurado el ideal del celibato clerical en Occidente, sin esos defensores de la pureza de la oración que clamaban por la reforma, por el bien de su salvación?

Legados en constante evolución

Después de mediados del siglo XI, la denominada reforma gregoriana afectó profundamente a las iglesias y a los reinos de Occidente, con con-

secuencias políticas de largo alcance conocidas como la Controversia de la Investidura. Un papado y un clero mucho más seguro de sí mismo se pusieron a trazar de nuevo los límites entre lo secular y lo sagrado, reivindicando esto último como dominio exclusivo del clero. Todavía el río de la reforma del siglo XI se alimentaba de muchos afluentes que desembocaban en el pasado lejano. La «simonía», la venta de cargos eclesiásticos, era uno de ellos; la pureza sacerdotal, otro. Éstas eran antiguas cuestiones expresadas de otro modo en un nuevo contexto de inquietudes intensificadas sobre los límites de lo sagrado, así que se desarrollaron nuevas estrategias de distinción. Algunas de estas circunstancias para el cambio del siglo XI se han explicado a grandes líneas más arriba, y plantean preguntas fundamentales sobre el cambio y la continuidad aún por abordar. La mayoría de los historiadores han tratado el siglo XI como un punto muy decisivo. Las concepciones altomedievales del cristianismo verdadero se convirtieron en su víctima principal, ya que las versiones del cristianismo previas al año 1000 llegaron a ser definidas como las predecesoras oscuras y primitivas de la auténtica, que irrumpió en escena en el siglo XI. Pero, como hemos visto, el cristianismo del período inicial fue un fenómeno complicado con su propia demanda de «realidad».

Cuando se llega a la transformación de la creencia y la práctica religiosa, el año 1000 es un punto de referencia particularmente inútil. El cambio ocurrió despacio y casi imperceptiblemente, permaneciendo intactas las estructuras y las ideas más antiguas. Las metáforas de los estratos geológicos que se comprimen unos con otros, o de subcorrientes que se convierten gradualmente en corrientes principales sin más ideas antiguas, que desaparecen de la noche a la mañana, son más apropiadas que las imágenes de «nacimiento» o «florecimiento» que tan a menudo adornan los libros de texto que tratan los siglos XI y XII. La antigua historiografía sobre el monasterio de Cluny, fundado en el año 910 por el duque Guillermo de Aquitania, es un ejemplo claro. Guillermo puso a Cluny bajo protección papal, garantizando el pleno dominio de su primer abad sobre sus monjes y su propiedad, así como la libre elección de futuros abades. A partir de mediados del siglo XI, Cluny iba a jugar un papel esencial en un nuevo movimiento de reforma estrechamente asociado con el papado pero, como décadas de trabajo han demostrado, ello no significó que el monasterio fuera único, excepcional e influyente justo desde el principio. En muchos ámbitos, Cluny era un ejemplo típico del vivo mundo monacal del siglo X, muy en deuda con la reforma monástica carolingia y con una larga tradición de inmunidades de varios tipos que definen el espacio sagrado. Quizá Cluny era

especial por cuanto su carta de fundación y los privilegios posteriores sacaron el mayor partido de esta rica herencia, combinando diferentes elementos que antes existían por separado. En Alemania, los emperadores fueron figuras centrales en la reforma monacal, como habían hecho sus predecesores carolingios; cuando Otón I visitó Sankt Gallen en el año 972, dejó caer su cetro con un ruido estruendoso entre los monjes que cantaban *laudes* para dar la bienvenida a su monarca, con la intención de verificar si alguno se distraería. Nadie ni siquiera papadeó; el emperador estaba satisfecho.[17] Esta anécdota era contada con entusiasmo, alrededor del año 1050, por un historiador monástico que desaprobaba profundamente «los cismáticos de la Galia» —es decir, los reformadores radicales que deseaban echar a los gobernantes seculares de sus sagrados dominios—. En la Francia y en la Lotaringia del siglo X, el tradicional papel real de proteger y salvaguardar el claustro fue asumido cada vez más por duques, condes y otros nobles ahora encargados del poder público; fundar o reformar un monasterio había sido parte integrante de los boatos de la verdadera autoridad real que incumbía a los líderes de principados fuertes. La reforma monacal floreció, no sólo en Cluny, sino también en Gorze, St. Bavo en Gante y Fleury. Los dos últimos monasterios eran una fuente crucial de inspiración para un movimiento monacal desarrollado en Inglaterra a partir de modelos carolingios. Los grandes reformadores ingleses del siglo X —Etelwoldo, Dunstan y Osvaldo— cooperaban estrechamente con el rey; fue el rey Edgardo de Wessex quien en el año *c.* 970 promulgó la *Regularis Concordia*, convirtiendo la Regla de San Benito en la norma obligatoria para la vida monacal en su reino. Igualmente, el duque Alberico II de Spoleto invitó al abad Odón de Cluny (927-942) a reformar los monasterios en y alrededor de Roma conforme a la regla benedictina.

El Occidente del siglo X era un paisaje religioso vivo, que presentaba espectaculares conversiones de los poderosos que ponían su armadura en el altar y renunciaban al mundo. En el lejano norte, esto fue lo que hizo el conde Ansfrid, antes de que este guerrero formidable, el azote de los ladrones, se convirtiera en obispo de Utrecht en el año 995. Pero cuando perdió la vista, Ansfrid devino un monje que seguía la Regla de San Benito. Poseía una cima despejada, a seis millas de Utrecht, y se estableció allí en una celda para escapar del ruido del mundo. «Una vez se habían construido otras celdas y se había convertido así en un monasterio, él reunió a

[17] Ekkehard, *Casus Sancti Galli*, cap. 146, ed. H. F. Haefele, *Ekkehard IV. St. Galler Klostergeschichten* (Darmstadt, 1980), pp. 282-283.

varios monjes y los puso bajo la dirección de un abad».[18] El fervor religioso de Ansfrid y otros que se convertían desde la vida secular era canalizado de acuerdo con las líneas tradicionales, e incorporado en las estructuras tradicionales: se apartaban del ruido del *saeculum* y se instalaban en el espacio sagrado y retirado del *claustrum*. Ambos dominios, el mundo secular y el claustro, eran igualmente jerárquicos y, además, intrincadamente conectados. Entre estos corredores del poder interconectados —el palacio y el monasterio—, se movían libremente los gobernadores seculares y los obispos, muy dependientes de los recursos de lo sagrado e impacientes por extender su dominación. Este modelo surgió en la Antigüedad tardía, se estableció en los reinos altomedievales de Occidente y fue atacado un siglo después de que Ansfrid se instalara en una cumbre modesta cerca de Utrecht. Las complejidades a largo plazo de esta transformación aguardan una nueva investigación.

[18] Alperto de Metz, *De diversitate temporum* I, cap. 14, ed. H. Van Rij (Hilversum, 1980), p. 30.

Lámina 9 *Missorium* del emperador Teodosio I (379-395).

5

La cultura

Ian Wood

La cultura de la Europa occidental y del Mediterráneo en el año 400 fue, al menos para la élite, romana e imperial. Puede ilustrarlo un objeto de una década anterior: el *missorium* del emperador Teodosio I (379-395), una fuente de plata dorada que representa al emperador sentado y rodeado por sus hijos y guardias (lámina 9). Fue ofrecido indudablemente a algún miembro de alta graduación del Imperio. Para una porcentaje bastante pequeño de la población, en el año 1000 la cultura era igualmente romana e imperial. Podría tomarse como ejemplo el retrato en los Evangelios del emperador sajón Otón III (983-1002), donde el joven emperador aparece sentado en posición majestuosa, cerca de las personificaciones de Roma, Galia, Germania y Esclavinia (lámina 11). La iconografía es, en cierto modo, clásica y tenía la finalidad de marcar una *Renovatio* romana. Incluso su significado se aparta de sus prototipos —y más porque la contiene un Evangelio.

La historia cultural de los años comprendidos entre la producción de estos dos objetos es compleja, pero puede dividirse razonablemente en cinco secciones cronológicas: los últimos años del Imperio Romano oriental, que proporcionó la base de mucho de lo que vendría a continuación; el período de los estados sucesores; la separación cultural de España, marcada por la conquista islámica de gran parte de la península; el Renacimiento carolingio de finales del VIII y el IX; y, finalmente, la *Renovatio* otoniana del siglo X. Las continuidades a través del tiempo son, naturalmente, ignoradas con demasiada facilidad cuando el material se divide cronológicamente. Por otra parte, los cambios producidos en la cultura de Europa occidental entre los años 400 y 1000 son tales que es importante concederles, al menos, tanta importancia a los diferentes períodos de la alta Edad Media como a las continuidades a lo largo de esas épocas.

El último siglo del Imperio Romano occidental

A pesar de los dramáticos cambios políticos que rodearon la llegada de los visigodos y de los vándalos a finales del siglo IV y principios del V, la imagen cultural predominante era de estabilidad, lo que no quiere decir que ningún escritor reparara en los desastres, porque un buen número de historiadores y moralistas —particularmente en la Galia y en España— dejaron constancia escrita de ellos con bastante detalle, pero otros evitaron con cuidado presentar una impresión de catástrofe.

No obstante, la cultura imperial no era inalterable. Había novedades en la corte imperial. El *magister militum* Estilicón, de origen bárbaro, es representado en un díptico de marfil vistiendo pantalón —un estilo de vestir que estaba prohibido en Roma en el año 397 y en el 399 (lámina 2)—. Tiene mayor importancia la nueva capital creada cuando Honorio se trasladó de Milán a Rávena, para beneficiarse de la seguridad que ofrecían los pantanos del río Po. Como corresponde a una capital, Rávena ganó nuevos edificios imperiales, si no bajo Honorio (395-423), al menos bajo la influencia de su hermana Gala Placidia († 450). En el año 425 ésta construyó una capilla en el palacio dedicada a San Juan, San Giovanni Evangelista, para conmemorar la huida milagrosa de ella y su hijo menor, Valentiniano III (425-455), de una tormenta cuando regresaban de Constantinopla para reclamar el trono. La decoración de San Giovanni incluía una serie de retratos de emperadores cristianos y, en el ábside, una pintura de la tormenta de la que San Juan Evangelista había librado al emperador joven y a su madre. Gala Placidia también fundó una iglesia dedicada a la Santa Cruz, que tenía una capilla adyacente dedicada a San Lorenzo, ahora conocida erróneamente como el Mausoleo de Gala Placidia.

Los *Anales de Rávena*, un registro aparentemente oficial de acontecimientos del que sólo se conserva una copia tardía pero cuyas miniaturas marginales parecen ser una fiel reproducción de las que estaban en el original, están ilustrados con representaciones simbólicas de terremotos y con las cabezas de los traidores ejecutados. Los bárbaros fueron ignorados. El arte de la corte de Rávena, que era esencialmente una ciudad de *nouveau riche*, como Constantinopla lo había sido un siglo antes, se presentaba como un centro legítimo de poder que triunfaba sobre los aspirantes a usurpadores y no afectada por ninguna amenaza externa. Rávena era la nueva capital imperial en Occidente. Como tal, atraería a los

numerosos gobernantes posteriores, entre ellos a Carlomagno (768-814) y a Otón III.

El arte imperial, en general, estaba pensado para dar una impresión de estabilidad, quizá incluso de rigidez. Aparte de edificios, había estatuas y, bastante más a menudo, retratos imperiales —expuestos en plazas públicas como todavía se exponen las fotografías de figuras presidenciales en muchos países—. La autoridad imperial se manifestaba también en las numerosas ocasiones de entrega de obsequios, las celebraciones de Año Nuevo, las inauguraciones de consulados, los cumpleaños y aniversarios, cuando el emperador distribuía ofrendas de plata como el *missorium* de Teodosio. Cada objeto tenía el valor apropiado para su destinatario. Para los altos cargos había broches (*fibulae*), nuevamente, de valor apropiado. Podían ser enviados objetos similares a clientelas fuera del Imperio Romano.

Esta cultura de corte es tan patente en la palabra escrita como lo es en los objetos. Se refleja en los preámbulos de las leyes, incluyendo las promulgadas por Valentiniano III y sus sucesores, y también se refleja en la literatura panegírica de la corte: discursos en prosa o en verso pronunciados en alabanza al emperador o a un nuevo cónsul por oradores como Símaco († 402) o el poeta Claudiano († *c.* 404). Tales discursos ofrecían la oportunidad de justificar una política, incluso a veces críticas delicadas, pero revestida de la imaginería del mito romano.

La cultura de la corte puede parecer exclusiva, pero era compartida por los *literati* del Imperio. La educación para la élite era, por encima de todo, una educación en gramática y en retórica. La retórica preparaba al hombre para el alto funcionariado, donde el arte de la persuasión era siempre una necesidad, y también para el ocio, el *otium*, que era el ideal de cualquier hombre acomodado. La actividad comercial, el *negotium*, era la negación del ideal de ocio, pero generalmente se suponía que el aristócrata debía privarse de vez en cuando de los placeres del *otium* para servir al Estado. Un senador culto era inevitablemente instruido y tenía la oportunidad de mostrar sus habilidades literarias no sólo en el gobierno o en los tribunales de justicia, o en las hileras de libros de su biblioteca, sino también al escribir una carta, ya que era a través de la comunicación que mantenía lazos de amistad, algo que yacía en el corazón de la sociedad aristocrática romana tardía.

Esta cultura literaria era antigua, remontándose al menos a la antigua República. Había permanecido excepcionalmente imperturbada por la cristianización del Imperio Romano, aunque la Biblia, central como era para la nueva religión, suponía algo más que una obra maestra literaria de acuer-

do con los valores morales clásicos. De hecho, los cristianos cultos eran los más indicados para mejorar la Biblia con estratagemas tales como su versificación, cuando tenían que renunciar a su amor por la literatura. San Jerónimo († 419/420), el magnífico traductor de la Biblia, era un estilista del latín de pies a cabeza —y era consciente del posible conflicto entre los estudios literarios y la vida cristiana, sufriendo una pesadilla por ser demasiado partidario de Cicerón—. San Agustín de Hipona († 430), quizá el más grande de todos los teólogos, era un retórico cualificado que había hecho su aprendizaje en la corte imperial. Tanto las habilidades retóricas como la filosofía neoplatónica sostenían su teología. San Jerónimo y San Agustín, como Ambrosio de Milán († 397) y Basilio de Cesarea († 379), estaban a la vanguardia de los escritores patrísticos latinos y griegos de los siglos IV y V. Sus obras, en particular los comentarios bíblicos, proporcionaban una base para mucha de la erudición del período altomedieval. Como San Jerónimo, San Agustín también era un gran escritor de cartas, como lo era Paulino de Nola († 431), que hizo quizá más que cualquier otro escritor por transformar la tradición epistolar en un vehículo para la expresión del amor cristiano, sustituyendo la noción de *caritas* (erróneamente traducida por «caridad» en la versión autorizada de la Biblia) por la de *amicitia* (la virtud tradicional de la amistad).

La corte y la aristocracia del Imperio estaban vinculadas por una única, aunque multifacética, cultura literaria. Presentan una imagen del Imperio Romano tardío que puede deslumbrarnos por la importancia fundamental del poder militar. Tal poder aflora más claramente en momentos de guerra civil y cuando la amenaza bárbara había escapado completamente al control. Había siempre, sin embargo, un sustrato militar en la cultura romana. Puede verse en los soldados que rodean a Teodosio en su *missorium y* en el escudo y la lanza que sostiene Estilicón, la espada a su lado y la gran *fibula* militar en su hombro, todo retratado en detalle en su díptico. Puede verse igualmente en la arquitectura de las provincias fronterizas, especialmente la Porta Nigra en Tréveris y en los muros de las dos capitales, Roma y Constantinopla, construidos en tiempos de crisis militar. También es evidente en las numerosas hebillas militares que se encuentran en los cementerios romanos tardíos de las regiones de la frontera: hebillas que a su vez influyeron en el equipo militar bárbaro. Al liberar a gran parte de la población del deber del servicio militar y al mantener a la mayoría de sus ejércitos cerca de las fronteras, el Imperio había contribuido en gran medida al cisma entre la cultura civil y militar, pero era una división que sería socavada en el siglo V.

Tampoco fue el ejército el único foco para una cultura distinta de la cultura letrada de la corte y de la aristocracia senatorial. Aunque el Imperio reconocía dos idiomas literarios principales, el latín y el griego, existían otros idiomas en las provincias. En gran medida, éstos habían sido empujados a la oscuridad, pero pueden encontrarse todavía idiomas tales como el copto y el sirio en el Imperio posterior. Aparecen con frecuencia en contextos religiosos y asociados con los grupos cristianos marginales, bien ascetas o herejes. Son una marca de hasta qué punto incluso la cristiandad estaba constituida de numerosas culturas regionales, divididas por el idioma, la doctrina y los cultos de los santos locales: microcristiandades, como se las ha denominado.[1] En Occidente, los testimonios escritos para este regionalismo lingüístico aparecen quizá alrededor del año 600, un poco después que en Oriente. Esta distinción cronológica puede reflejar la escasa conservación de documentos en Occidente, pero es más probable que, a diferencia de los pueblos de Oriente Medio, los celtas no hubieran tenido anteriormente ninguna tradición significativa de escritura. No obstante, en regiones de Bretaña y en Irlanda, las culturas celtas —literaria y artística— pronto fueron reconocidas una vez que la alta cultura de la corte imperial y los senadores se habían desvanecido.

Los estados sucesores y la tradición imperial

La mayoría de los estados que se establecieron en lo que había sido el Imperio Romano occidental intentaron de una manera u otra continuar la tradición imperial o imitarla. Los ostrogodos, que se establecieron en Italia en el decenio de 490, se apoderaron de la capital imperial de Rávena, y su primer rey en Italia, Teodorico (493-526), en cierta medida continuó el trabajo de Gala Placidia. Puesto que la mayoría de los ostrogodos, incluso el rey, eran cristianos arrianos —que veían las Tres Personas de la Santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo como una jerarquía— no pudieron utilizar las iglesias católicas de la ciudad. Fue construida una nueva catedral y un baptisterio arriano, como una nueva capilla en la corte, dedicada al Salvador y decorada, como la de San Giovanni Evangelista de Gala Placidia, con suntuosos mosaicos. Aunque algunos de los mosaicos fueron reemplazados después de la toma de la ciudad por el emperador bizantino

[1] P. Brown, *The Rise of Western Christendom* (Oxford, 1996).

Justiniano I (527-565), parece que originalmente incluían retratos de Teodorico y de miembros de su corte, contrarrestados con representaciones del palacio de Rávena y del puerto de la ciudad de Classe. Era algo que los partidarios de Justiniano superarían, quitando las figuras ostrogodas de las paredes de la capilla de Teodorico y también colocando dos de las imágenes más memorables de un emperador, su emperatriz y sus cortes en el santuario de la iglesia de San Vitale recientemente terminada. Esta iglesia parece haber impresionado especialmente a Carlomagno y a los arquitectos de la capilla del palacio de Aquisgrán a finales del siglo VIII.

No fue sólo respecto a la arquitectura que los líderes ostrogodos imitaron el pasado romano. Teodorico se apoderó de las instituciones gubernamentales y uno de sus administradores, el senador romano Casiodoro († 580), afortunadamente puso por escrito sus cartas oficiales como modelos para generaciones futuras en una colección conocida como *Variae*, la cual es tan informativa sobre el gobierno romano tardío como lo es sobre el de los ostrogodos. Las tradiciones literarias de la aristocracia senatorial también habían sobrevivido intactas. De hecho, Boecio († 524) fue uno de los pocos grandes filósofos latinos de la Antigüedad. Aparte de su *magnum opus*, la *Consolación de Filosofía*, escrita mientras esperaba su ejecución, existían traducciones de Aristóteles y varios tratados breves sobre música, aritmética y teología cristiana.

Otros reinos bárbaros no empezaron con la ventaja de apoderarse de la ciudad. Promoviendo la continuidad gubernamental, cosa que hicieron, los reyes de los visigodos, francos y burgundios por fuerza estaban continuando las prácticas del gobierno regional en lugar del gobierno central. El obispo Remigio de Reims felicitó al rey franco Clodoveo (481-511) al apoderarse del gobierno de la antigua provincia romana de *Belgica Secunda*.

Algunos reyes de los nuevos estados sucesores de Occidente reconocieron abiertamente su subordinación al emperador en Bizancio en su correspondencia oficial, pero eso no los detuvo de emular el estilo imperial. El nieto de Clodoveo, Teodeberto I (533-548), usurpó un poco de la autoridad del emperador emitiendo monedas de oro en una etapa de su reinado. Otro nieto de Clodoveo, Chilperico I (561-584), imitó los *missoria* imperiales, al hacerse realizar fuentes con inscripciones a la gloria de los francos.

Los reyes merovingios no eran toscos analfabetos, sino que sabían leer y escribir. Una colección de cartas, las *Epistulae Austrasiacae*, de varios escritores, se conserva de la corte franca oriental. Existe, de hecho, una tradición inquebrantable de epistolografía aristocrática en la Galia visigoda, burgundia y franca, extendiéndose desde Sidonio Apolinario

(† *c.* 480), a través de las obras de sus parientes Ruricio de Limoges († *c.* 507) y Avito de Viena († 518), hasta el obispo de Cahors del siglo VII Desiderio (630-655). También se conservan una colección de panegíricos en verso y poemas ocasionales para los reyes merovingios y sus cortesanos, procedente de la pluma del poeta italiano de finales del siglo VI Venancio Fortunato († *c.* 600).

El final del siglo VI contempló el resurgimiento de una corte real en la España visigoda. Los visigodos habían copiado abiertamente la corte imperial cuando el rey Ataúlfo se casó con Gala Placidia en el año 411, un matrimonio celebrado por un *epithalamium* (un poema matrimonial) oficial entregado por un senador. Las crisis y las guerras civiles de inicios del siglo VI, sin embargo, socavaron lo que quedaba de la cultura de la corte. Leovigildo (569-586) reafirmó el estilo imperial, fomentó una regalía real y también fundó una ciudad, Recópolis, a la que le puso el nombre de su hijo Recaredo. Recópolis evoca la fundación de Constantinopla por Constantino. Un rey visigodo posterior, Recesvinto (649-672), construyó una capilla que todavía se conserva, si bien algo modificada, en San Juan de Baños, mientras que una corona votiva que encargó, probablemente para una de las grandes iglesias de Toledo, es uno de los pocos ejemplos de un tipo de objeto que está bien documentado en las fuentes escritas desde los tiempos de Constantino. En comparación con los merovingios, la ideología de la corte visigoda a finales del siglo VI y en el VII raras veces se encuentra en epístolas y en poemas: es más evidente en las declaraciones de los Concilios de Toledo, en la *Historia de los godos, vándalos y suevos* de Isidoro de Sevilla († 636) y en las obras de Julián de Toledo († 690), especialmente su *Historia del rey Wamba.*

Los lombardos fueron los rezagados en el mundo romano, pero también tomaron algo del estilo imperial —muy en particular la representación de Agilulfo (591-616/617) en la visera de un casco, en la actualidad conservado en el Museo de Bargello en Florencia—. Sus palacios en Milán, Pavía y Monza desgraciadamente tan sólo se conocen a partir de relatos escritos, sobre todo del escritor del siglo VIII Pablo Diácono († *c.* 799).

Mucho más débiles eran los ecos de la cultura imperial en la Inglaterra anglosajona. No es sorprendente, puesto que Britania había sido mucho menos romanizada que las provincias más cercanas al corazón mediterráneo del Imperio, y la toma del poder por los anglosajones fue un acontecimiento más largo y más perjudicial de lo que lo fue en otras partes. No obstante, existen atisbos de imaginería imperial en la descripción que hizo Beda de Edwin, rey de Northumbria (*c.* 616-633).

Así, las cortes de los reyes bárbaros de los estados sucesores tenían ecos, a veces débiles y a veces claros, de la corte imperial. Con todo, eran más fuertes los ecos que se encontraban en la cultura de la Roma papal. Aunque Rávena se había convertido en la capital de la corte para Honorio y sus sucesores, Roma continuó siendo la ciudad imperial y, en ausencia del emperador, el papado sacó partido, cada vez más, del pasado glorioso de la ciudad.

Para el papado Roma era, naturalmente, la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo. Constantino erigió un gran santuario para San Pedro en el Vaticano y el Papa Dámaso (366-384) hizo lo mismo para San Pablo en la iglesia de San Paolo fuori le Mura. Otras papas iban a agregarse a la lista de iglesias en las sepulturas de los mártires. Sus trabajos fueron meticulosamente escritos en el *Liber Pontificalis*, una colección de biografías papales, empezada en el siglo VI y continuada hasta finales del siglo IX. Pelagio II (579-590) construyó la iglesia de San Lorenzo, y Honorio I (625-638) la de Santa Inés, ambas iglesias extramuros y ubicadas sobre catacumbas, con un ojo puesto en las necesidades de los peregrinos. Gregorio el Magno (590-604) construyó poco, pero rediseñó la cripta de San Pedro. Su importancia cultural iba a residir en otra parte, en sus comentarios bíblicos que continuaban las tradiciones de San Agustín y San Ambrosio, en su administración de las propiedades papales y en su defensa de Roma —estas últimas más patentes en el *Registro* de sus cartas— y en el envío de una misión para cristianizar la Kent anglosajona.

Los papas habían puesto los ojos en el pasado imperial y también en el pasado cristiano. El Papa Félix IV (526-530) transformó lo que probablemente había sido la sala de audiencia del Prefecto de la Ciudad en la iglesia de San Cosme y San Damián, dominada por un gran mosaico de Cristo en la Segunda Venida. En algún momento durante el siglo VI, fue dedicada a la Virgen una sala ceremonial al pie de la Colina Palatina, conocida como Santa Maria Antiqua, cuya sucesión de frescos proporciona una clave para la historia de la pintura de los siglos VI a IX.

Honorio I convirtió incluso la antigua cámara del Senado en la iglesia de San Adriano. Poco tiempo antes, Bonifacio IV (608-615) fue el primer Papa en dedicar un templo mayor en la ciudad al culto cristiano, con la consagración del Panteón a la Virgen, creando así la iglesia de Santa Maria Rotunda. De este modo, el papado no sólo cristianizó la ciudad, sino que también se anexionó su pasado imperial.

Los reyes y los papas recurrieron mucho al pasado romano, y los aristócratas subromanos que les rodeaban estaban contentos de cultivar las

tradiciones antiguas de una cultura literaria. Con todo, detrás de esta fachada de continuidad habían cambiado muchas cosas. A lo largo del siglo V la mayoría de las grandes escuelas urbanas de gramática y retórica parecen haber fracasado: la Galia había presumido de una gran tradición retórica, que el poeta del siglo IV Ausonio († 393) había alabado. Hacia el año 500, las escuelas de Autun y Burdeos habían desaparecido. De otras zonas de la Galia sólo se tiene constancia de algún orador ocasional. La oratoria sobrevivió en las homilías de los clérigos, aunque, respondiendo a los valores morales del tiempo, el obispo Cesáreo de Arlés (502-542) deliberadamente cultivó en sus sermones un estilo literario simple.

En Italia la educación tradicional pareció estar menos bajo amenaza alrededor del año 500. Enodio de Pavía († 521) alabó Roma y Milán como centros educativos. Debió también haber estado disponible un nivel alto de educación en la Rávena ostrogoda, porque Amalasunta († 535), hija de Teodorico, era considerada como bien educada. Pero si las tradiciones literarias continuaron en Italia hasta el siglo VI, no iban a durar durante las largas guerras entre los bizantinos y los ostrogodos, y todavía menos con la llegada posterior de los lombardos. Con todo, la guerra no era la única causa de cambio. Bien puede ser que las ciudades ya no tuvieran recursos para apoyar una serie de maestros de gramática y retórica. Ciertamente, las instituciones que empleaban a oradores cualificados estaban fracasando. Con el declive y caída de la corte imperial y con la disolución del Imperio, se produjo la caída consiguiente de los puestos gubernamentales. Tales cargos habían requerido la habilidad oratoria. Como resultado, dejó de existir el mismo incentivo para dominar las reglas de la retórica latina. Aunque la educación todavía continuó en alguna casa real, se asoció cada vez más con la Iglesia. La lectura era enseñada a nivel parroquial y la Biblia, en particular el Libro de los Salmos, era utilizado como texto principal en la enseñanza. Niveles más avanzados de aprendizaje podían encontrarse en las residencias de los obispos y, cada vez más, en los monasterios.

Incluso antes de las guerras ostrogodas, Casiodoro consideró la idea de crear una escuela cristiana, refiriéndose a un centro de educación superior, en Roma y con la ayuda del Papa Agapito (535-536). Al final fue un plan demasiado optimista y, en cambio, se retiró al monasterio que había fundado en el año 554 en su propiedad al sur de Italia en *Vivarium* (Esquillace), donde escribió varias obras, incluso un comentario al Libro de los Salmos. También encargó la *Historia Tripartita*, compilación de las historias griegas de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. La última obra de Casiodoro, los *Institutos*, proporcionó a sus monjes, de hecho, lo que es:

una bibliografía anotada. Iba a ser un manual básico durante la alta Edad Media. Otros escritores también reconocieron la necesidad de proporcionar el acceso al aprendizaje de generaciones anteriores. Escribiendo en España a principios del siglo VII, Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías*, aportó lo que era esencialmente una enciclopedia resumida del conocimiento clásico para las generaciones futuras. Fue el trabajo más influyente de Isidoro, aunque escribió muchas más obras, incluso de teología e historia. Así como las enciclopedias eran útiles, también lo eran los *florilegia*. Ya a inicios del siglo VI, Eugipio († post. 533) en el *Lucullanum*, a las afueras de Nápoles, reunió un volumen de citas de las obras de San Agustín. Alrededor del año 700, Defensor, monje de Ligugé, compiló su *Liber Scintillarum*, un libro de extractos de los Padres de la Iglesia.

El cambio de Casiodoro a una educación fundamentada en la Iglesia era un signo de los tiempos que corrían. Así también debe verse su decisión de fundar un monasterio. Los orígenes del monasticismo se hallaban en el Egipto del siglo IV. Historias sobre la vida monacal en Egipto, pero también en Siria y Capadocia, fueron llevadas a Occidente, donde Martín († 397) fundó monasterios en Ligugé, cerca de Poitiers y, posteriormente, en Tours. Más impulso se dio a la tradición monacal occidental cuando un grupo de aristócratas encabezado por Honorato († *c.* 430) se instaló en la isla de Lérins en la primera década del siglo V. Este movimiento provenzal recibió un nuevo aliciente cuando un oriental, Juan Casiano († *c.* 435), que había vivido en Egipto, se trasladó a Marsella. Las dos grandes obras espirituales de Casiano, los *Institutos* y las *Conferencias*, iban a ser básicas para la vida ascética. Por lo tanto, el movimiento monacal estaba bien instituido antes de que Benito escribiera su *Regla* a mediados del siglo VI. La *Regula Benedicti* era una regla entre muchas, y llevaría siglos antes de que eclipsara a las alternativas. El monasticismo en los siglos V, VI y VII no era un motor para la uniformidad cultural, ni compensaba el fracaso de la cultura internacional de la corte del antiguo Imperio Romano. Más bien su variedad, que dependía de las preferencias y contactos de los individuos, se hizo eco de la atmósfera regional de la cultura en el período postromano.

Este regionalismo cultural tenía sus propias compensaciones. Ya se ha apuntado que la primera obra histórica de cualquier extensión que se conserva procedente de Bretaña es el *De Excidio Britanniae* del diácono Gildas, escrito a principios del siglo VI o, posiblemente, justo unos años antes. Puede, naturalmente, que no tengamos nada comparable de siglos anteriores por una casualidad de supervivencia. Sin embargo, en el siglo IV, Bretaña había tenido al escritor teológico Pelagio († post. 418), aunque se han conserva-

do dos cartas del siglo V del misionero San Patricio. Pelagio es un buen ejemplo de lo que podía suceder en los tiempos imperiales: como provincial con talento se vio envuelto en la vida cosmopolita de Italia y causó el mayor impacto mientras estuvo en Roma. Estas oportunidades no estarían abiertas a generaciones posteriores. El latín de Gildas sugiere que estaba bien educado. Su latín es, al menos, tan bueno como el de sus contemporáneos continentales y tiene mucho en común con un grupo de moralistas que escribían en la Galia en generaciones anteriores. No obstante, permaneció en Gran Bretaña, quizá trasladándose después a Bretaña, para escribir sobre los pecados de su propio pueblo y los castigos infligidos a éste.

Aunque no fue estrictamente hablando un historiador, Gildas es uno de los primeros de un grupo de escritores occidentales en poner por escrito un panorama regional de la historia. Fue precedido por un puñado de analistas, especialmente Hidatio en Galicia y seguido, entre otros, por Gregorio de Tours († 594) y Fredegario (*c.* 660) en Francia, Isidoro en España, Beda († 735) en Northumbria y Pablo Diácono en Italia. Más cercano en el tiempo a Gildas fue Jordanes que, a mitad del siglo VI, escribió una *Historia gótica* supuestamente influenciada por una hoy perdida *Historia de los godos* de Casiodoro, pero escrita desde la posición ventajosa de Constantinopla. Se nos ha dicho, bastante correctamente, que debemos ver cada a uno de estos historiadores como embarcados en una tarea individual y no considerarlos como escritores de un género de historia nacional.[2] Al mismo tiempo, no deberíamos ignorar el hecho de que todos ellos limitaron su tema a regiones o pueblos particulares, por mucho que algunos de ellos (especialmente Gregorio y Beda) estuvieran decididos a trazar la historia de la providencia divina. Gregorio lo hizo acortando su enfoque desde la historia de la creación a la de la Galia y, finalmente, de la Francia merovingia, mientras que Beda se concentró en la cristianización de los anglosajones y la posterior creación de la Iglesia anglosajona. El hecho de escribir desde uno de los estados sucesores tuvo efecto en sus horizontes: en Bizancio, sin embargo, Procopio († 562), y Agatías († *c.* 580) después de él, todavía podían escribir la historia imperial.

El regionalismo es también un factor en el siempre extenso mundo de la hagiografía, aunque cuánta hagiografía se escribió en este período es una pregunta abierta. La España visigoda presume de algunas vidas de santos, como lo hace la Italia postromana: de hecho, los *Diálogos* de Gregorio el Magno fueron escritos precisamente debido a una escasez de documentos

[2] W. Goffart, *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550-800)*, (Princeton, 1988).

sobre los hombres santos contemporáneos. Francia parece a primera vista muy diferente, porque una buena proporción de la hagiografía que versa sobre el período merovingio ha sido publicada en ediciones prácticas. No está claro, sin embargo, cuánto de este material fue escrito antes del año 750. Para el siglo VI existe la enorme producción hagiográfica de Gregorio de Tours y de Venancio Fortunato. A los ojos de Gregorio, al menos, Francia estaba llena de santuarios que daban acceso al poder numinoso, la mayoría respaldados por cultos locales que debían ser controlados preferiblemente por el clero: cada uno a su manera era una microcristiandad. La interpretación de Gregorio del mundo a su alrededor puede no haber sido tan ampliamente compartida —y más deliberadamente construida para reforzar el poder eclesiástico— como se ha pensado. Existieron, desde luego, los que eran escépticos acerca del poder de los santos. Sin embargo, no puede dudarse de que Gregorio abre un mundo incluso más local del que Pausanias había observado en la Grecia clásica. La hagiografía del siglo VII tiene otras preocupaciones, especialmente, en las *Passiones* de los obispos Praeiectus de Clermont († 676) y Leodegario de Autun († *c.* 677), con la política.

La mayoría de los cambios descritos hasta ahora son manifestaciones dentro de la cultura existente del Imperio. Incluso las historias de los pueblos y reinos germánicos fueron escritas principalmente desde un punto de vista romano y en latín. Por otro lado, los germánicos recién llegados también trajeron consigo tradiciones no romanas, así como tradiciones romanas que ellos ya habían transformado. Todo ello añadió todavía más diversidad. Existen, sin embargo, problemas al identificar, con la excepción de ciertos objetos arqueológicos, sólo lo que es y lo que no es germánico. Aunque la mayoría de los bárbaros fueron convertidos al cristianismo tras su llegada al Imperio Romano, existen muy pocas pruebas documentales que muestren cuál era la naturaleza de su anterior religión pagana. Las antiguas interpretaciones solían combinar las pruebas documentales de Tácito del siglo I con las del siglo XIII de Snorri Sturlasson y terminaban con un paganismo germánico que lo abarcaba todo. Los pocos datos que existen, sin embargo, sugieren que es erróneo amalgamar todas las pruebas documentales y que hubo una variedad considerable. Un problema equivalente se atribuye a las pruebas documentales para la literatura épica germánica. La más importante de las primeras épicas germánicas, *Beowulf*, en antiguo inglés, sólo se conserva en un manuscrito del año *c.* 1000, y aunque el poema, o una versión de él, puede bien haber sido compuesto siglos antes, es imposible deducir cuándo se originó la histo-

ria y si sus referencias al período de migración tienen, de hecho, alguna base. Algunas escenas de la leyenda germánica, no obstante, son identificables en el trabajo del metal, de la piedra y en el cofre anglosajón de hueso de ballena del siglo VIII conocido como relicario franco, ahora en el Museo Británico, con una clara representación de la historia de Weland el Herrero. Éste, sin embargo, está representado junto a la Virgen y al Niño, mientras que otras escenas en la Arqueta muestran a Rómulo y a Remo y el Saqueo de Jerusalén por el general romano, y más tarde emperador, Tito (lámina 7).

Por mucho que se pueda cuestionar lo que es y lo que no es germánico, dos ideas están bastante claras. La primera es que los pobladores germánicos tuvieron un impacto lingüístico en las regiones en las que se establecieron. El alcance del impacto varió. Fue más considerable en lo que sería Inglaterra, particularmente en la Inglaterra oriental, y en el territorio adyacente al Rin. Fue más débil el trasladado desde las fronteras antiguas del Imperio hacia el Mediterráneo. Puede observarse que los pueblos germánicos tuvieron un impacto comparable en el lenguaje artístico de la decoración. La segunda, y de igual importancia, porque los bárbaros recién llegados pertenecieron a sociedades guerreras y porque, al invadir el Imperio, hicieron que los romanos se movilizaran, y eficazmente acabaron con la división imperial entre lo civil y lo militar.

En algunas regiones esto parece haber motivado lo que fue, en efecto, un retorno a las tradiciones prerromanas entre las poblaciones indígenas de lo que había sido el Imperio Romano. La población nativa de la zona de la región montañosa de *Britannia*, por ejemplo, reavivó la tradición de construir fortalezas elevadas, aunque los nuevos fuertes eran bastante más pequeños en proporción que los de la Edad de Hierro prerromana y ello hace pensar en una estructura social bastante diferente. El código de valores militar del mundo postromano es captado en el poema épico llamado *Gododdin*, cuyo origen parece remontarse al siglo VI.

Los germánicos recién llegados no fueron los únicos foráneos en tener un impacto en la cultura del mundo postromano. Los irlandeses nunca habían sido conquistados por Roma, lo que, irónicamente, ejerció mayor influencia en ellos precisamente en el momento en el que el Imperio occidental estaba en plena decadencia, a través de la labor cristianizadora de los misioneros. El resultado fue una tradición celta de cristianismo, que fue peculiar, aun cuando no era tan diferente de otras tradiciones como se pensó. Las similitudes entre los libros de leyes del Antiguo Testamento y el derecho irlandés han llevado a que Irlanda sea interpretada como

una sociedad no muy diferente de la de los antiguos israelitas. Que era arcaica es bastante evidente a partir de la gran saga irlandesa, el *Táin Bó Cuailnge*, la «captura de ganado de Cooley», pero hoy se reconoce que las similitudes entre la ley irlandesa y la del Antiguo Testamento pueden reflejar en parte préstamos del Libro Levítico.

El cristianismo irlandés, tal como se desarrolló en el siglo VI, era intensamente asceta. En esto recurría a los modelos de ascetismo del desierto, probablemente filtrados a través de la Galia. Los clérigos irlandeses también abogaron por una práctica de penitencia que implicaba el uso de aranceles propuestos en los libros penitenciales. Esta práctica parece haber sido tomada prestada de la Iglesia británica. Lo que hacía importantes a estas tradiciones dentro de un mundo cultural más amplio era una nueva práctica irlandesa, la *peregrinatio pro Christo*, o peregrinación por Cristo, mediante la cual los individuos que buscaban la salvación seguían el mandamiento del Evangelio de dejar la casa, abandonando al padre y a la madre.

Alrededor del año 590, esto es exactamente lo que hizo Columbano († 615), hombre de Leinster, estableciéndose primero en el reino franco, fundando el gran monasterio de Luxeuil, y trasladándose después a Italia donde fundó el monasterio de Bobbio. En las generaciones posteriores a Columbano, Luxeuil y el monasterio franco afín al norte de Corbie iban a jugar un papel importante en la cultura merovingia tardía, en especial debido a su importancia en la producción manuscrita y, en el caso de Corbie, en el perfeccionamiento de la caligrafía, que contribuyó directamente a la evolución de la escritura carolingia.

El propio Columbano a veces se considera como una figura misionera y, desde luego, sus monasterios contribuyeron a una profunda cristianización del campo. Sin embargo, él fue principalmente un hombre santo que actuó como catalizador, vigorizando las tradiciones monásticas de la Galia y de Italia. No fue el único irlandés en tener impacto en los principios ascéticos de los monasterios o en las morales de los reyes. En general, la misión no era la *raison d'être* de estos *peregrini*, aunque hubieron excepciones notables, sobre todo Aidano, que trabajó en Northumbria durante el reinado del rey Osvaldo (634-642) y, a mediados del siglo VIII, Virgilio de Salzburgo († 784), que jugó un papel significativo organizando la misión en la Baviera oriental y en Carintia.

Los irlandeses fueron menos importantes para el desarrollo de la noción de misión de lo que lo fueron las personas a las que alentaban. Los anglosajones, cristianizados desde Roma, Francia e Irlanda, creyeron que

tenían el deber de evangelizar a sus primos continentales sin comprender cuánta cristianización ya había tenido lugar. Era una noción que Beda vio conveniente incluir en su *Historia eclesiástica* que, como se sabe, también fue el primer relato extenso de la evangelización de un pueblo entero.

Beda proporciona una interesante, si no excepcional, ilustración del estado de la cultura del período altomedieval a principios del siglo VIII. El monasterio al que perteneció, la casa conjunta de Wearmouth-Jarrow, había sido fundado por Benito Biscop († *c.* 690), con la considerable ayuda del rey Ecgfrith (670-685), quien moriría luchando contra los pictos. Estaba sujeto a una regla monacal influenciada por la de San Benito, pero no era benedictina. Alardeaba de una biblioteca de riqueza considerable, formada a partir de libros recientemente reunidos en el continente, y que permitió al propio Beda escribir obras de comentarios bíblicos de tal calidad que fue considerado el último de los Padres de la Iglesia. El propio genio científico de Beda le llevó a recoger información de una amplia gama de contactos insulares, que le permitieron ser el primero en escribir un relato sobre la naturaleza de las mareas en su *Sobre el cálculo del tiempo.*

Entre los contactos de Beda estaban los monjes de Lindisfarne, para quienes escribió una *Vida de San Cutberto*. También en honor al santo fue realizado un manuscrito que, bastante más claramente que Beda, muestra la complejidad de la cultura del período altomedieval. El amanuense de los Evangelios de Lindisfarne seguramente tuvo acceso a un manuscrito de Wearmouth-Jarrow, porque se cree que el retrato de San Mateo deriva de la descripción de Ezra en una Biblia italiana del siglo VI, una vez en posesión de Casiodoro y adquirida por Benito Biscop. Los Evangelios de Lindisfarne también presumen de una profusión de adornos en la decoración de las denominadas páginas de guarda y del incipit de cada evangelio. Este adorno deriva de la tradición germánica y celta, en especial de la metalistería. Aquí, como en los otros magníficos libros de evangelios insulares, uno se hace la idea de la variedad de influencias que sostenía la cultura de los estados sucesores. A pesar de la existencia de una cultura común de élite que recordaba las tradiciones del siglo IV y anteriores, es la variedad la imagen dominante del mundo cultural del período postromano.

Naturalmente, la diversidad de influencias difería de una parte a otra del Occidente del período altomedieval. En el monasterio franco de Echternach, fundado por Willibrordo († 739), un anglosajón que había pasado algunos años en Irlanda, las tradiciones manuscritas insulares se combinaron con las continentales, especialmente en los Evangelios de Tréveris, donde se puede encontrar un peculiar estilo de inicial franca, compuesta

de formas animales —en especial el pez—, junto al repertorio insular. Era un estilo que produjo sus propias obras maestras en los libros litúrgicos francos del siglo VIII (lámina 8). Un eclecticismo similar puede verse en la escultura de piedra conservada, en Inglaterra y en el semisubterráneo Hypogée des Dunes, en Poitiers, cuya decoración muestra el grupo escultórico que representa la crucifixión, los ángeles y el santo estilita bizantino, Simeón, así como lo que parecen ser representaciones apotropaicas de peces entrelazados y una extensa maldición inscrita. Tal eclecticismo es un indicio de la vivacidad de la cultura en las Islas Británicas y en la mitad septentrional de Francia. En la mitad sur de Europa, la cultura había continuado siendo exclusivamente romana. Esto no quiere decir que fuera un desierto cultural: más bien era un depósito de tradición al que se recurría constantemente en cuanto a libros y a la iconografía de sus monumentos.

España después del año 711

Los acontecimientos culturales de los estados sucesores del siglo VII se vieron poco afectados por el desastre que golpeó a Bizancio: el auge del Islam. Con la derrota de los visigodos a manos de un ejército de bereberes y de árabes en el año 711, no obstante, el mundo musulmán repercutió directamente en Occidente. El Islam traía consigo sus propias tradiciones religiosas, en especial el interés en el *Qu'ran,* en el Profeta y en la ley islámica. Ninguna de estas tradiciones era monolítica, debido en especial a la política del mundo musulmán. En el año 750, el califato omeya de Damasco fue derrocado por los abbasidas. Seis años después, sin embargo, uno de los últimos omeyas, Abd al-Rahman I (756-789), se hizo con el control de la España musulmana. El dominio de los omeyas significaba que España sería cualquier cosa excepto un remanso en el mundo musulmán, pero también aseguraba que, en cierto sentido, adoptaría tradiciones diferentes de las defendidas por los usurpadores abbasidas, ahora establecidos en Bagdad. Así, por ejemplo, la ley musulmana en España siguió la escuela creada por Malik ibn Anas en Medina y no la escuela de Hanafi adoptada por los abbasidas. En otras áreas del saber, sin embargo, la erudición de la España omeya procedía del este, donde la mayoría de eruditos andalusíes pasaron algún tiempo. Esto es especialmente cierto de la astronomía, que fue quizá primero adaptada para las condiciones en al-Andalus por al-Maslama

de Madrid († 1009). Unos pocos datos astronómicos fueron a parar al Calendario de Córdoba, que puede estar basado en un escrito para al-Hakam II (961-976) y que se conserva en versión latina y en árabe.

Los omeyas anhelaron mucho tiempo su califato perdido. Intentaron crear en Córdoba una capital evocadora de Damasco. Con este fin, emir tras emir ampliaron y embellecieron la gran mezquita. Se alabaron las glorias de la propia Córdoba, haciéndola parecer una ciudad infinitamente mayor de lo que la arqueología revela que era. No obstante, las ruinas del palacio de Madinat al-Zahra, fundado por Abd al-Rahman III (912-961), que reclamó el título de califa para los omeyas, son una indicación del esplendor y de la magnitud de las construcciones omeyas en la vecindad de la ciudad.

Abd al-Rahman III lamentó el hecho de que la legitimidad de los omeyas fuera puesta en duda por dos siglos de silencio. Esto no quiere decir que no hubiera ningún tipo de escrito histórico en el período desde la conquista de España, pero poco se conserva. Mucha de la información que tenemos la contienen diccionarios biográficos posteriores. El hijo de Abd al-Rahman, al-Hakam II (961-976), decidió rectificar la situación y fomentó el estudio de la historia y la genealogía. Al hacerlo, probablemente llevó a abogar por tradiciones egipcias ficticias referentes a la conquista de España, las cuales habían sido introducidas en la península un siglo antes por Ibn Habib († 853). Al-Hakam también fundó una gran biblioteca, que fue desgraciadamente expurgada por el visir puritano al-Mansur antes del año 1002.

Nuestras pruebas para la España omeya se centran en Córdoba: sabemos poco sobre otras ciudades de al-Andalus. Esto es tan cierto para la historia del los cristianos como para la de los musulmanes. Nuestro conocimiento de la cultura cristiana bajo el califato omeya está dominado por un grupo de textos relacionados con un movimiento mártir que irrumpió en la capital en el decenio de 850. Estos textos, escritos por Eulogio († 859) y su amigo Pablo Alvar, dan la impresión superficial de una hostilidad considerable entre cristianos y musulmanes, pero la impresión es sólo eso, superficial: está claro que muchos cristianos desaprobaban el movimiento mártir. La Iglesia, en la España omeya, de hecho, había sobrevivido a la invasión musulmana sorprendentemente bien. Todavía podían celebrarse los concilios. Los propios escritos de Eulogio revelan la existencia de monasterios en los alrededores de la misma Córdoba. El reconocimiento de que Eulogio y Pablo Alvar no son representativos de la cultura cristiana pone en duda hasta qué punto estaba amenazada la cristiandad en la España omeya, y deja abierto el problema de la rapidez con la que la con-

versión al Islam tuvo lugar. También ha abierto la cuestión de la datación de varias iglesias, en especial la de Santa María de Melque, en las afueras de Toledo, que solía asignarse al período visigodo sin un motivo mejor que, como se asumía, no haber podido ser construidas bajo un régimen musulmán.

Un actitud menos tolerante, sin embargo, iba a surgir por parte de los cristianos en el reino nororiental de Asturias. Se trataba de un territorio que, como otras zonas del norte y del centro de la península, había permanecido fuera del control islámico, aunque bajo la amenaza de incursiones musulmanas. En el período visigótico, Galicia parece haber sido un remanso: fue la conquista musulmana del sur lo que la convirtió en el centro de una cultura floreciente.

Aunque la cultura asturiana iba a concentrarse en la corte de Oviedo, su primer producto iba a ser un comentario sobre el Apocalipsis escrito a finales del siglo VIII por Beato, monje de Liébana, al borde de los montañosos Picos de Europa (lámina 5, p. 68). La biblioteca monástica brindaba a Beato la oportunidad de compilar una obra de grandes proporciones, recurriendo a una variedad considerable de autores patrísticos. Si Beato pensaba que los musulmanes habían traído el Apocalipsis un poco más cerca, es una cuestión abierta, porque no menciona al Islam en ninguna parte. Sí que mencionaba, sin embargo, la evangelización de España por Santiago, que como «matamoros» se convertiría en el estandarte santo de la Reconquista cristiana. Igualmente, un miniaturista de Beato —y la tradición de miniaturas verdaderamente espectaculares para su trabajo puede haber empezado en el reino asturiano—, al parecer, vinculó a los musulmanes con el Apocalipsis. Se encuentra un ejemplo más obvio de sentimiento antimusulmán, sin embargo, en un grupo de textos relacionados con la corte de Alfonso III (866-910), en particular la denominada *Crónica profética*, que indicaba que los musulmanes serían expulsados de España en el año 883.

La cultura asturiana, no obstante, es más notable por sus programas de edificación que por la literatura que se conserva. Aunque existe un debate sobre la cronología exacta de las iglesias asturianas, está claro que el establecimiento de la capital en Oviedo por Alfonso II (788-842) a finales del siglo VIII fue el desencadentante para una sucesión de edificios eclesiásticos, muy especialmente la iglesia de San Julián de los Prados, que todavía se conserva y que presume de una tenue, pero perfectamente visible, serie de frescos representando bóvedas con vistas que dan a imágenes de iglesias. Este estilo de *trompe d'œuil* procede en última instancia de la

antigua decoración ejemplificada en el baptisterio ortodoxo de Rávena y en San Jorge, en Salónica. La disposición se centra en la imagen de una cruz adornada con piedras preciosas, que recuerda a la magnífica cruz enjoyada, la llamada Cruz de los Ángeles, encargada por Alfonso en el año 808. La importancia de esta cruz para la ideología asturiana se aprecia por el hecho de que Alfonso III encargó otra, la Cruz de las Victorias, exactamente un siglo después.

El reino asturiano tenía su capital en Oviedo, pero uno de sus reyes, Ramiro I (842-850) fue el responsable de la construcción de otro grupo de edificios reales en el valle del Monte Naranco (lámina 6). Existe un desfase entre las pruebas documentales para lo que Ramiro construyó y las estructuras conservadas, que dificultan identificaciones precisas. Lo que es cierto es que los escultores que trabajaron en ellos tenían acceso a marfiles romanos tardíos y a la metalistería sasánida, que eran fuente de inspiración para sus proyectos decorativos. Como el arte de los estados sucesores, el del reino asturiano bajo Ramiro era sorprendentemente ecléctico.

El renacimiento carolingio

Mientras los omeyas se establecían en España, los carolingios lo hacían en el reino franco, extendiendo posteriormente su autoridad a Italia y a Sajonia. Junto a estos acontecimientos se produjo el restablecimiento de una cultura dominante de corte que en muchos aspectos suponía una reinterpretación de la cultura anterior, es decir, la del Imperio Romano cristiano.

Algunos aspectos que consideramos del Renacimiento carolingio tenían sus orígenes en la cultura monástica de la Francia del siglo VII. Uno de los rasgos más distintivos de la erudición carolingia era la producción de libros en una escritura elegante, conocida como carolina minúscula, que se inspiraba en la uncial romana, la uncial media y la letra cursiva, desarrollada a partir de la antigua escritura merovingia (lámina 10). Así también, el monasticismo reformado del período carolingio tenía sus raíces en el entusiasmo de ciertos anglosajones, muy especialmente San Bonifacio († 754) por la *Regla* de San Benito. Igualmente Alcuino († 804), que fue llamado a la corte de Carlomagno para hacer de tutor del entonces rey y de sus hijas, era sobre todo un producto de la escuela de York, donde había sido profundamente influenciado por los escritos de Beda. El Renaci-

versión al Islam tuvo lugar. También ha abierto la cuestión de la datación de varias iglesias, en especial la de Santa María de Melque, en las afueras de Toledo, que solía asignarse al período visigodo sin un motivo mejor que, como se asumía, no haber podido ser construidas bajo un régimen musulmán.

Un actitud menos tolerante, sin embargo, iba a surgir por parte de los cristianos en el reino nororiental de Asturias. Se trataba de un territorio que, como otras zonas del norte y del centro de la península, había permanecido fuera del control islámico, aunque bajo la amenaza de incursiones musulmanas. En el período visigótico, Galicia parece haber sido un remanso: fue la conquista musulmana del sur lo que la convirtió en el centro de una cultura floreciente.

Aunque la cultura asturiana iba a concentrarse en la corte de Oviedo, su primer producto iba a ser un comentario sobre el Apocalipsis escrito a finales del siglo VIII por Beato, monje de Liébana, al borde de los montañosos Picos de Europa (lámina 5, p. 68). La biblioteca monástica brindaba a Beato la oportunidad de compilar una obra de grandes proporciones, recurriendo a una variedad considerable de autores patrísticos. Si Beato pensaba que los musulmanes habían traído el Apocalipsis un poco más cerca, es una cuestión abierta, porque no menciona al Islam en ninguna parte. Sí que mencionaba, sin embargo, la evangelización de España por Santiago, que como «matamoros» se convertiría en el estandarte santo de la Reconquista cristiana. Igualmente, un miniaturista de Beato —y la tradición de miniaturas verdaderamente espectaculares para su trabajo puede haber empezado en el reino asturiano—, al parecer, vinculó a los musulmanes con el Apocalipsis. Se encuentra un ejemplo más obvio de sentimiento antimusulmán, sin embargo, en un grupo de textos relacionados con la corte de Alfonso III (866-910), en particular la denominada *Crónica profética*, que indicaba que los musulmanes serían expulsados de España en el año 883.

La cultura asturiana, no obstante, es más notable por sus programas de edificación que por la literatura que se conserva. Aunque existe un debate sobre la cronología exacta de las iglesias asturianas, está claro que el establecimiento de la capital en Oviedo por Alfonso II (788-842) a finales del siglo VIII fue el desencadentante para una sucesión de edificios eclesiásticos, muy especialmente la iglesia de San Julián de los Prados, que todavía se conserva y que presume de una tenue, pero perfectamente visible, serie de frescos representando bóvedas con vistas que dan a imágenes de iglesias. Este estilo de *trompe d'œuil* procede en última instancia de la

antigua decoración ejemplificada en el baptisterio ortodoxo de Rávena y en San Jorge, en Salónica. La disposición se centra en la imagen de una cruz adornada con piedras preciosas, que recuerda a la magnífica cruz enjoyada, la llamada Cruz de los Ángeles, encargada por Alfonso en el año 808. La importancia de esta cruz para la ideología asturiana se aprecia por el hecho de que Alfonso III encargó otra, la Cruz de las Victorias, exactamente un siglo después.

El reino asturiano tenía su capital en Oviedo, pero uno de sus reyes, Ramiro I (842-850) fue el responsable de la construcción de otro grupo de edificios reales en el valle del Monte Naranco (lámina 6). Existe un desfase entre las pruebas documentales para lo que Ramiro construyó y las estructuras conservadas, que dificultan identificaciones precisas. Lo que es cierto es que los escultores que trabajaron en ellos tenían acceso a marfiles romanos tardíos y a la metalistería sasánida, que eran fuente de inspiración para sus proyectos decorativos. Como el arte de los estados sucesores, el del reino asturiano bajo Ramiro era sorprendentemente ecléctico.

El renacimiento carolingio

Mientras los omeyas se establecían en España, los carolingios lo hacían en el reino franco, extendiendo posteriormente su autoridad a Italia y a Sajonia. Junto a estos acontecimientos se produjo el restablecimiento de una cultura dominante de corte que en muchos aspectos suponía una reinterpretación de la cultura anterior, es decir, la del Imperio Romano cristiano.

Algunos aspectos que consideramos del Renacimiento carolingio tenían sus orígenes en la cultura monástica de la Francia del siglo VII. Uno de los rasgos más distintivos de la erudición carolingia era la producción de libros en una escritura elegante, conocida como carolina minúscula, que se inspiraba en la uncial romana, la uncial media y la letra cursiva, desarrollada a partir de la antigua escritura merovingia (lámina 10). Así también, el monasticismo reformado del período carolingio tenía sus raíces en el entusiasmo de ciertos anglosajones, muy especialmente San Bonifacio († 754) por la *Regla* de San Benito. Igualmente Alcuino († 804), que fue llamado a la corte de Carlomagno para hacer de tutor del entonces rey y de sus hijas, era sobre todo un producto de la escuela de York, donde había sido profundamente influenciado por los escritos de Beda. El Renaci-

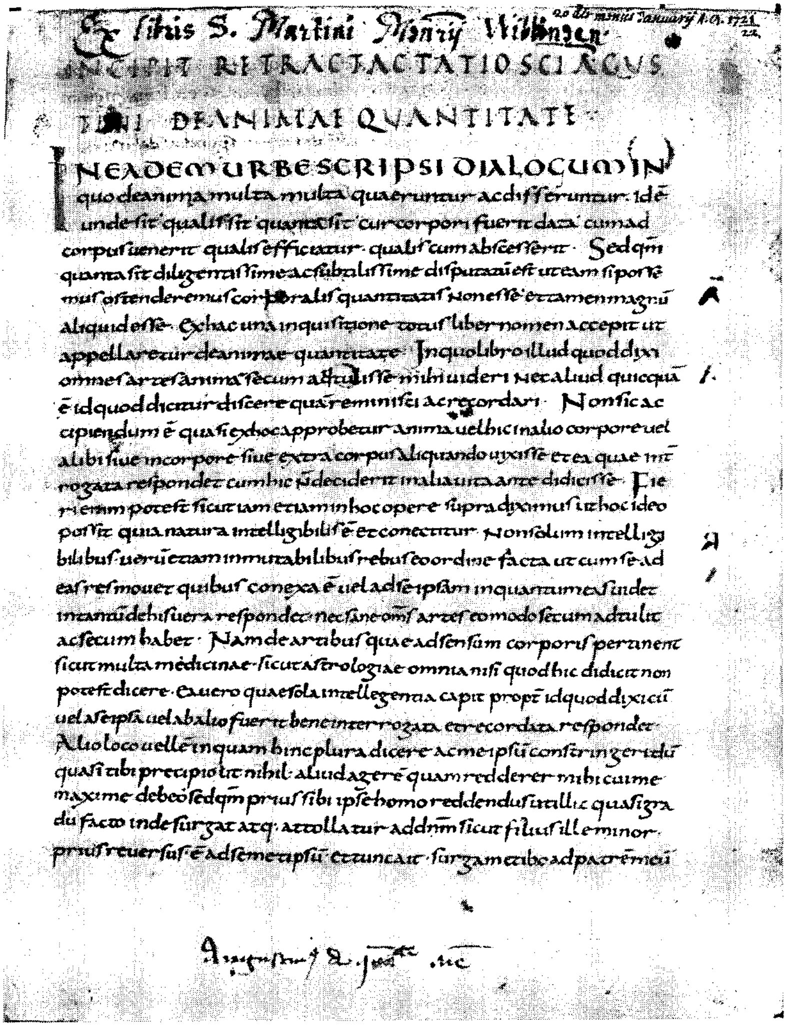
miento carolingio no se creó *ex nihilo*. Por otro lado, fue promovido ciertamente por el propio Carlomagno, sin el cual apenas habría ocurrido.

A pesar de la influencia de Bonifacio, y a pesar de los contactos bastante estrechos entre el obispo Crodegango de Metz y Pipino III (751-768), la primera indicación clara del renacimiento cultural que iba a abarcar a todo el mundo franco llegó en el año 789 con la *Admonitio Generalis* de Carlomagno. Este largo capitulario, dirigido a todos los funcionarios religiosos y seculares del reino, recurría primero a los cánones de la antigua Iglesia romana, exponiendo las normas básicas para el clero y el laicado. Se volvía luego hacia la Biblia para crear un anteproyecto para la conducta cristiana. Todo vino prologado por una declaración en la que se planteaba al rey bíblico Josiah, en sus visitas oficiales, admoniciones y correctivos, como modelo para la monarquía.

Carlomagno no fue el primero en recurrir a la Biblia en busca de modelos. Los antiguos emperadores y los gobernantes de los estados sucesores habían sido comparados con figuras como Moisés y, especialmente Melquisedec, el rey y sacerdote ideal. Los carolingios, sin embargo, iban a hacer mucho más uso de la imagen presentada por los reyes del Antiguo Testamento y no sólo de Josiah. David se convirtió en término de comparación para Carlomagno y para su nieto Carlos el Calvo (840-877).

Buena parte de la *Admonitio Generalis* es una repetición de mandamientos canónicos y bíblicos, pero hay extractos de consejos directamente pragmáticos. En particular, hay directrices precisas sobre la enseñanza: las escuelas debían enseñar los salmos, *notas* (la escritura o notación musical), *computus* (vital para el cálculo del año eclesiástico) y gramática. Los libros, particularmente los Evangelios, los Salterios y los Devocionarios, serían copiados con cuidado. Aproximadamente diez años después, Carlomagno volvió a la asociación de la buena gramática con el correcto entendimiento de la escritura en otro capitulario «sobre el cultivo de las letras», *De litteris colendis*.

En muchos sentidos, el programa y, específicamente, los mandamientos educativos de la *Admonitio Generalis* están en la base de la cultura carolingia. La buena gramática, el buen latín y los buenos libros de texto, sobre todo las Biblias y los libros litúrgicos, son los elementos recurrentes. Se puso una cantidad enorme de esfuerzo en la creación de un buen texto de la Biblia en muchos centros del mundo carolingio. Respecto a la liturgia, el tema se complicó un poco más, porque no había existido ninguna liturgia normalizada en Europa occidental en el período precarolingio, y diferentes diócesis seguían diferentes tradiciones. Una nece-



Ex libris S. Martini

INCIPIT RETRACTACTATIO SCI AGUS
TINI DE ANIMAE QUANTITATE

IN EADEM URBE SCRIPSI DIALOGUM IN
quo de anima multa quaeruntur ac disseruntur. id ē
unde sit qualis sit quanta sit cur corpori fuerit data cum ad
corpus uenerit qualis efficiatur qualis cum abscesserit. Sed qm̄
quanta sit diligentissime ac subtilissime disputatū est ut eam si possē
mus ostenderemus corporalis quantitatis non esse et tamen magnū
aliquid esse. Ex hac una inquisitione totus liber nomen accepit ut
appellaretur de animae quantitate. In quo libro illud quod dixi
omnes artes animā secum attulisse mihi uideri nec aliud quicquā
ē id quod dicitur discere quā reminisci ac recordari. Non sic ac
cipiendum ē quasi ex hoc approbetur anima uel hic in alio corpore uel
alibi siue in corpore siue extra corpus aliquando uixisse et ea quae int
rogata respondet cum hic nō didicerit in alia uita ante didicisse. Fie
ri enim potest sicut iam etiam in hoc opere supra diximus ut hoc ideo
possit quia natura intelligibilis ē et conectitur non solum intelligi
bilibus uerū etiam inmutabilibus rebus eo ordine facta ut cum se ad
eas res mouet quibus conexa ē uel ad se ipsam in quantum eas uidet
in tantū de his uera respondet. Nec sane omnes artes eo modo secum adtulit
ac secum habet. Nam de artibus quae ad sensum corporis pertinent
sicut multa medicinae sicut astrologiae omnia nisi quod hic didicerit non
potest dicere. Ea uero quae sola intellegentia capit propt̄ id quod dixi cū
uel a se ipsa uel ab alio fuerit bene interrogata et recordata respondet.
Alio loco uelle inquam hinc plura dicere ac me ipsū constringere tādū
quasi tibi precipio ut nihil aliud agere quam redderer mihi cui me
maxime debeo sed qm̄ prius sibi ipse homo reddendus ut illic quasi gra
du facto inde surgat atq; attollatur ad dnm̄ sicut filius ille minor
prius reuersus ē ad semet ipsū et tunc ait surgam et ibo ad patrē meū

Lámina 10 Escritura carolina minúscula. La parte principal del texto está escrita en carolina minúscula. Las dos líneas de cabecera, «Incipit», están en capitales rústicas, y la primera línea del texto empieza «In eadem urbe» en escritura uncial. Ambas escrituras, presentes en el sistema romano, fueron conservadas por los escribientes francos del período carolingio y usadas en muchos de sus libros.

sidad era establecer una liturgia estándar. Esto, de hecho, no se logró, pero se intentó cuando Carlomagno consiguió una copia del Misal romano, conocido como *Sacramentarium Gregorianum* o *Hadrianum,* del Papa Adriano I (772-795) entre el año 784 y el 791. La preocupación por establecer una práctica eclesiástica uniforme también se extendió al intento de imponer una sola regla monástica, la *Regla de San Benito,* o más bien una versión de ella, la cual fue realizada en el concilio para la reforma de Aquisgrán en el año 816, durante los primeros años del reinado de Luis el Piadoso (814-840).

Se creyeron necesarias todas estas reformas para hacer el reino franco aceptable a Dios. La religión correcta, expresada apropiadamente y, hasta cierto punto de modo uniforme, estaba en el centro de la cultura carolingia. Esta necesidad se hizo más patente a causa de los problemas corrientes en el Imperio Bizantino. Desde principios del siglo VIII, Bizancio había estado fragmentada por el problema de la condición de las imágenes. Los iconos de santos habían llegado a ser cada vez más importantes como objetos de veneración a lo largo del siglo VII. Al mismo tiempo, el fracaso de los ejércitos bizantinos ante los musulmanes había llevado a algunos a concluir que una de las causas de la crisis del Imperio era la veneración de imágenes que podía interpretarse como idolatría. A lo largo del siglo VIII, Bizancio osciló entre fases opuestas a los iconos (iconoclastia) y a favor de ellas (iconodulia). En los últimos años del siglo VIII, estaba en el poder un partido iconódulo y a su cabeza una mujer, la emperatriz Irene (796-802), que había logrado su posición al dejar ciego a su hijo, el emperador Constantino VI (780-797). La corte carolingia respondió a los asuntos en Oriente en una obra de teología titulada *Libri Carolini*, escrita principalmente por Teodulfo de Orleans († 821) que proporciona una excepcional crítica de la ideología bizantina así como una teoría de las imágenes. La posición carolingia también fue expuesta en el Concilio de Frankfurt (794), que condenó la iconodulia y la iconoclastia al permitir que las imágenes pudieran ser dispositivos educativos útiles, pero negando que fueran dignas de veneración.

Los gobernantes de Occidente no habían ignorado por completo a Bizancio en el siglo VII. La intervención carolingia en Italia, desde el tiempo de la conquista del reino lombardo en el año 774, no obstante, había significado que el Imperio Bizantino no podía ser ignorado. El territorio bizantino, naturalmente, también incluía zonas considerables del sur de Italia, teóricamente, como Roma, aunque la ciudad fue dejada en gran parte al cuidado de los papas. El apoyo carolingio al papado y la implicación en

sus asuntos fueron necesariamente un desafío para los bizantinos, en especial cuando todo ello llevó a que el Papa León III coronase emperador a Carlomagno el Día de Navidad del año 800. La intervención en Italia y el desarrollo simultáneo de un ideal imperial también tuvieron repercusiones directas en la cultura carolingia.

Junto a la Biblia, el pasado romano era el de los cimientos de la cultura carolingia. Mientras Roma, como la Biblia, había sido una influencia constante para los estados sucesores, su legado cultural fue objeto de una atención renovada e intensa bajo Carlomagno. En cierto sentido, el renacimiento de todo lo romano fue de la mano con la reafirmación de la educación cristiana. Fue esencial la preocupación por la gramática latina y por la lengua: los antiguos gramáticos romanos Donato y Prisciano fueron fundamentales para la instrucción lingüística. Así como los monasterios carolingios jugaron un papel vital en la creación de buenos textos bíblicos y también en la transcripción de las obras de los Padres de la Iglesia, esos mismos monasterios también fueron responsables de la preservación de obras de la literatura latina clásica. A finales del siglo IX, en los monasterios carolingios se había copiado la mayoría de lo que se ha conservado hasta hoy sobre el saber latino clásico, las obras de unos setenta autores, y algunas obras griegas se tradujeron al latín. Existió también un renacimiento de formas literarias que habían sido componentes centrales de la antigua cultura romana. La corte se convirtió en el foco de la poesía, a veces a escala épica, y de la escritura, lo que es un rasgo tan distintivo de finales del siglo VIII e inicios del IX como lo había sido del siglo IV al VI. Alcuino y Lupo de Ferrières († *c.* 862) estaban entre los escritores más notables. Las estructuras sociales que sostenían la nueva tradición epistolar eran, naturalmente, diferentes de las del antiguo Imperio, pero ambas sociedades dependían del ejercicio regular de la comunicación.

El renacimiento de la cultura romana, sin embargo, no solo se limitó a la literatura. Las formas arquitectónicas y artísticas romanas se veían apropiadas para la nueva, y cada vez más imperial, cultura del norte. Se expresó tanto a pequeña como a gran escala. Eginardo († 840), por ejemplo, que acudió a Suetonio en busca de inspiración cuando escribía su *Vida de Carlomagno*, utilizó la imagen de un arco triunfal romano como modelo para un pequeño relicario. La misma forma arquitectónica fue usada en la abadía de Lorsch al construir la puerta triunfal. Más tarde, en el siglo IX, el suelo principal de la gran torre occidental de la iglesia monástica de Corvey, cuya planta baja se proyectó como un eco del Santo Sepulcro de Jerusalén, fue decorada con frescos con escenas de leyendas clá-

sicas. No es sorprendente que los edificios reales fueran los que más recurrieran a antecedentes romanos. Carlomagno saqueó Rávena por su mármol y sus columnas, e incluso utilizó la iglesia de San Vitale como modelo para la nueva capilla palatina de Aquisgrán. Tan fuerte era la noción de Roma que el epíteto «Nueva Roma» se dio a más de un lugar —a Paderborn, por ejemplo, así como a Aquisgrán— adornado con edificios carolingios.

Roma y la Biblia apuntalaron el Renacimiento carolingio, pero Roma suponía más de una cosa. Significaba la cultura clásica. Pero también significaba el poder, en particular el poder imperial, y como tal podría ejemplificarse por Rávena y por la misma Ciudad Eterna. Llevaba además consigo la noción de poder cristiano y papal, entendiendo por Roma la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo. Cuando el abad de Fulda, Ratgar († 835), decidió explotar un modelo romano para crear una iglesia que conmemorase al apóstol de los alemanes, San Bonifacio, pensó en la basílica de San Pedro y buscó imitarla.

Ni Roma ni la Biblia eran monolíticas. Esto incluso está claro en la producción de manuscritos bíblicos. En las décadas centrales del siglo IX, los amanuenses bajo los sucesivos abades de Tours realizaron Biblias de gran formato, en un solo volumen, conocidas como pandectos, copiadas en una versión particular y elegante de la carolina minúscula estándar, entre ellas los Evangelios para el emperador Lotario I y una Biblia para Carlos el Calvo. El texto era en su mayoría la versión latina de la Vulgata de San Jerónimo, con corrección ortográfica y adición de muchos elementos organizativos, como títulos. Aunque otros centros como Lorsch, Micy y Metz también produjeron pandectos en un único volumen, era más habitual que se copiaran libros individuales o grupos de libros de la Biblia. Los Evangelios podían recibir un tratamiento especialmente pródigo, y algunos centros desarrollaron su propio estilo de iluminación. Los Evangelios de la denominada escuela de la corte, el grupo de Evangelios de Ada y de la Coronación, a menudo se distinguen por el esplendor de su color, mientras que el último grupo tuvo acceso a los antiguos modelos o estuvo sujeto a la influencia bizantina. Estos Evangelios tenían su eco en manuscritos producidos en otros centros en contacto con la corte, especialmente el gran monasterio de Lorsch. Durante el reinado de Luis el Piadoso, el arzobispo Ebbon de Reims (816-835, 840-841: obispo de Hildesheim 845-851) dirigió un escritorio en el monasterio de Hautvilliers, cuyos manuscritos eran notables por la calidad casi inquietante de la miniatura figurativa. Un magnífico ejemplo es el Salterio de Utrecht, que, cuando

llegó a Canterbury en el siglo X, ejerció una profunda influencia en los artistas anglosajones que lo vieron.

La producción del libro estaba en el corazón del Renacimiento carolingio y los libros más bellos eran casi todos Evangelios, aunque había excepciones, en especial los excepcionales manuscritos de la contemplación poética de la Santa Cruz de Hraban Maur, el *Liber sanctae crucis* (lámina 12). Como abad del monasterio de Fulda, Hraban († 856) dirigió uno de los grandes centros de la cultura carolingia, como lo hizo el poeta y teólogo Walafrido Strabo († 849) en Reichenau. Ellos, y sus contemporáneos en otros centros, realizaron una variedad asombrosa de obras teológicas, comentarios bíblicos, enciclopedias, vidas de santos, poesía, tratados didácticos y morales y libros escolares. Un intelectual que se educó en Fulda y en Reichenau fue el monje Gottschalk († *c.* 870), cuyas opiniones sobre la predestinación causaron un auténtico debate teológico, en especial con el irlandés Juan Escoto Erígena. El debate fue concluido, sin embargo, tanto por la autoridad eclesiástica del arzobispo Hincmar de Reims (845-882), el ideólogo principal del reinado de Carlos el Calvo (840-877), como por consenso intelectual.

La escritura histórica también había sido una cuestión de importancia para los carolingios desde mediados del siglo VIII, cuando miembros de la familia eran responsables de las continuaciones a la *Crónica* de Fredegario. La historia era utilizada abiertamente como propaganda carolingia a finales del siglo, en los *Annales Mettenses Priores*. A partir de entonces se mantuvieron varias colecciones importantes de anales, en especial los conocidos como *Anales de San Bertín*, que durante algún tiempo fueron escritos por el propio Hincmar. Los anales, sin embargo, no eran la única forma empleada durante el siglo IX para escribir la historia. A la *Vida de Carlomagno* de Eginardo le siguió, a finales de siglo, la de Notker de Sankt Gallen († 912). Entre ambas, dos autores, Thegan († *c.* 850) y el llamado Astrónomo, escribieron biografías de Luis el Piadoso. Nithard († 845) intentó realizar narrativa histórica a gran escala durante el reinado de Carlos el Calvo.

La cultura del Imperio Carolingio no estaba restringida a la corte o a los monasterios de Francia. La Roma papal, naturalmente, tenía sus propias tradiciones, especialmente en la construcción de iglesias, que fueron decoradas con mosaicos que rememoraban el siglo VI. Los mosaicos del ábside de Santa Prassede y Santa Cecilia, construido por el Papa Pascual I (817-824), copian a los colocados en San Cosme y San Damián por el Papa Félix. El Papa Gregorio IV (827-844) utilizó la misma iconografía en

la fundación de San Marco, pero adoptó la disposición de colores de la iglesia del siglo VII de Santa Inés construida por el Papa Honorio.

Fuera de Roma, Italia presumía de otras tradiciones. Hacia finales del siglo VIII, había mucho que decir sobre los logros culturales de los lombardos. Pablo Diácono, que escribió la historia de su pueblo, era uno de los muchos eruditos atraídos al mundo de la corte de Carlomagno. La arquitectura lombarda se ilustra bien en la iglesia monástica de San Salvatore en Brescia, construida por el duque Desiderio en los años *c.* 753-756, con su elegante trabajo de estuco. El estuco, que fue indudablemente importante a lo largo del mundo carolingio, como la arqueología demuestra cada vez más, es una de las glorias de Tempietto, que debe datarse a principios del período carolingio, a Cividale (lámina 1), donde hay también una magnífica colección de escultura asociada con el rey Ratchis (744-749, 756-757). Además, parece que habría existido una importante tradición de pintura al fresco en Italia. La iglesia de Santa Maria foris Portas en Castelseprio, sin embargo, parece ser carolingia, como, seguramente, lo es el monumental ciclo de pinturas al fresco de Müstair en el Alto Adigio. Valle abajo, en Malles, hay otra iglesia con dos retratos especialmente impresionantes, uno militar y el otro religioso. Cerca, la iglesia de Naturns también presume de un ciclo de pinturas, aunque en un estilo que se acerca a la caricatura.

Así como existía variedad en el arte, también lo había en la lengua. El latín, como todas las lenguas, estaba en constante estado de evolución. El latín del siglo VII era apenas clásico en la ortografía o en la gramática. También se estaba convirtiendo cada vez más en regional. En algunos lugares, debido a los asentamientos germánicos de los siglos V y VI, había dejado de ser hablado totalmente. Éste era el caso en Inglaterra. El latín era, sin embargo, la lengua de la Iglesia, y cuando los anglosajones fueron cristianizados fue necesario enseñárselo desde el principio. Por consiguiente, los anglosajones, como otros pueblos a los que se enseñó el latín como lengua extranjera, lo estudiaban de los libros de gramática y así aprendían una lengua que estaba desfasada con respecto al latín hablado por los latinos. Cuando los carolingios adoptaron la buena gramática como parte de las reformas educativas del período, se reforzó la división entre los dos niveles de la lengua; cada día el latín se diferenciaba más del latín culto, evolucionando cada vez más en lenguas románicas, es decir, formas primitivas de español, francés, e italiano.

Los comienzos de las lenguas románicas no fueron el único resultado lingüístico indirecto del Renacimiento carolingio. Las preocupaciones por extender la cristiandad entre los hablantes germánicos no latinos del Im-

perio llevó cada vez más al desarrollo de formas escritas de alemán. En Inglaterra, las leyes se habían escrito en antiguo inglés ya en el siglo VII y Beda se había embarcado en la traducción de partes de la Biblia en el siglo VIII. En Francia, los manuscritos legales adquirieron glosas germánicas, pero ninguna traducción a gran escala. A lo largo del siglo IX, sin embargo, los eclesiásticos al este del Rin, que ya habían empezado a utilizar la lengua vernácula en cuestiones tales como el catecismo bautismal, empezaron a escribir abundantes textos cristianos en los dialectos germánicos, como el franco del Rin y el sajón antiguo. Más importantes son las versificaciones a mediados del siglo IX del Génesis y de la historia del Evangelio, la cual fue contada de nuevo en un poema llamado *Heliand*, junto a una versión de los Evangelios en antiguo alto alemán, el *Evangelienbuch* de Otfrid de Weissenburg. También se escribió poesía profana en el mismo período. Eginardo nos cuenta que el mismo Carlomagno ordenó que las antiguas canciones germánicas debían conservarse. Ninguna de ellas sobrevivió, aunque existen fragmentos de un poema épico del siglo IX, el *Hildebrandslied*, que gira en torno a acontecimientos del siglo V. De quizá las últimas décadas del mismo siglo, existe el primer poema germánico conservado sobre un tema contemporáneo, el *Ludwigslied*, que toma como tema una batalla contra los vikingos.

De esta manera, el impacto de la cultura carolingia se propagó más allá del renacimiento latino y bíblico de la corte. Ni se confinó al Imperio franco. Puede ser que la cultura de la corte de Alfonso II y Ramiro I en Asturias fuera inspirada hasta cierto punto por las conexiones de mediados del siglo IX con el mundo carolingio aunque, como hemos visto, había influencias más locales. En las Islas Británicas exiten indicios de la influencia carolingia. Esto no es sorprendente dados los estrechos contactos políticos entre Offa de Mercia (757-796) y Carlomagno. Entre las figuras principales del Sínodo Legatino del año 786, enviadas por el Papa Adriano I para investigar el estado de la Iglesia inglesa, estaban varios eclesiásticos francos y existen estrechos paralelismos entre los cánones del sínodo y los de la *Admonitio Generalis* promulgada por Carlomagno tres años después. El *Libro de Kells*, el manuscrito insular más importante de los años alrededor del 800 y probablemente producto del monasterio de Iona, pertenece firmemente a la tradición insular. Otros manuscritos ingleses, como la Biblia Real, muestran no obstante la influencia carolingia. Asimismo, la metalistería fue inspirada por el nuevo clasicismo continental. En otros medios, los problemas cronológicos han impedido una clara comprensión de la relación entre la cultura del mundo carolingio y la de

los anglosajones. Las incursiones vikingas, que empezaron en el decenio de 790 pero que no llegaron a ser ataques violentos a gran escala hasta el decenio de 830, se consideraban como una razón para datar la menor escultura y arquitectura posible en el siglo IX. Aunque la suposición ha sido socavada en los últimos años, todavía queda por demostrarse hasta qué punto el Renacimiento carolingio tuvo eco en Inglaterra.

El siglo X

Aunque los vikingos quemaron monasterios, el impacto cultural escandinavo del siglo IX fue menor que el de los asentamientos germánicos de los siglos V y VI. Ciertamente los vikingos establecieron nuevos reinos en Inglaterra y en Irlanda, y esos reinos tenían sus propias culturas. La escultura anglosajona del norte de Inglaterra se divide fácilmente en una fase anglia (es decir previkinga) y una fase vikinga, cada una con un repertorio muy diferente de forma y de ornamento. El friso y el entrelazado clasicizante, por ejemplo, se reemplaza por un ornamento animal más bien degradado. Mientras que la tradición de erigir cruces de piedra sobrevive, la iconografía llega además a incluir a personajes de la mitología escandinava e imágenes de guerreros. También hacen su aparición nuevos tipos de monumentos funerarios, conocidos como «hogbacks». De la cultura de las nuevas cortes gobernadas por reyes vikingos sabemos un poco a partir del material de las sagas posteriores. Éste a veces incluye fragmentos de poesía escáldica de los siglos IX y X, algunos de ellos pronunciados en alabanza de los nuevos gobernantes. Al mismo tiempo, las incursiones vikingas provocaron que se llevasen a Escandinavia material anglosajón y carolingio. Los intentos de cristianizar a los daneses, además, así como los contactos políticos con Alemania, aseguraron que la cultura del real centro de Jelling estuviera bajo la creciente influencia del mundo franco.

En Inglaterra, aunque los reinos de Northumbria, Mercia y East Anglia, fueron desmembrados, Wessex sobrevivía. Para esta supervivencia fue fundamental un renacimiento. El rey Alfredo (871-899), como los carolingios, a quienes su propia familia estaba unida por matrimonio, pensaba que el favor de Dios, que incluía la protección contra los vikingos, dependía de una correcta observancia religiosa. Ésta, a su vez, requería aprendizaje y vigilancia constante por parte del clero. En el centro del reinado de Alfredo estaban las reformas culturales, que incluyeron la traducción al inglés anti-

guo de libros que el rey creía que todos los hombres debían conocer (incluso el *Cuidado pastoral* de Gregorio el Magno, las *Historias* de Orosio y Beda y la *Consolación de la filosofía* de Boecio), así como una preocupación por el pobre conocimiento del latín. Sus reformas proporcionaron una base para el desarrollo de la antigua literatura inglesa, que alcanzó su punto culminante con las homilías de Elfric de Eynsham († 1025).

Alfredo fue el arquitecto de la supervivencia sajona occidental contra los vikingos, pero se dejó a sus sucesores, especialmente a Athelstan (924-939), la creación de una Inglaterra unida —algo que requirió más que la simple guerra—. Un aspecto central de la unificación fue el traslado de las reliquias de santos del norte al sur, reliquias que representaban el pasado cristiano, como anotó Beda en su *Historia eclesiástica*, y también fueron el foco de las identidades regionales. Donde el poder local del santo era tan grande para que el traslado de las reliquias se lograra, como en el caso de San Cutberto en Chester-le-Street, Athelstan mostró su reverencia, en cambio, con donaciones de preciosos manuscritos.

La reforma monacal del siglo X, desarrollada desde centros como Cluny, Gorze y Fleury, llegó a jugar un papel particular en la cultura inglesa. Uno de los líderes del movimiento en Inglaterra, Etelwoldo (963-984), fue obispo de la corte de la ciudad de Winchester, cuyo monasterio principal iba a convertirse en un centro importante de producción de Biblias sumamente costosas y de libros litúrgicos de belleza considerable. La liturgia, la arquitectura —sobre todo la de Old Minster (la Antigua Catedral), con su enorme torre occidental que recuerda una tradición carolingia—, y los manuscritos iban a hacer de Winchester bajo el rey Edgardo (959-975) una capital apropiada para el reino recién unido de Inglaterra.

Francia occidental y Lotaringia estaban en el núcleo del movimiento de la reforma monacal, y no es sorprendente que sus monasterios presumieran de tener a varios eruditos importantes, en especial al hagiógrafo y abad, Abbón de Fleury († 1004). Con todo, las escuelas episcopales, que tenían sus orígenes en el siglo IX, eran igualmente importantes, sobre todo la de Reims en tiempos del arzobispo Gerbert de Aurillac (991-996), quien después, como Papa Silvestre II (999-1003), iba a ser una de las figuras dominantes de la *Renovatio* romana de Otón III.

Los otonianos eran una familia sajona, procedente de lo que habían sido los límites orientales del Imperio Carolingio. Uno de los rasgos distintivos de la cultura otoniana era geográfico. Se fundaron nuevas ciudades en el este, especialmente Magdeburgo, y con ellas nuevas iglesias y monasterios, siendo el monumento conservado más notable la gran iglesia de

la abadía de Gernrode, al borde de las montañas de Harz. Pero los otonianos también tenían puestos los ojos firmemente en los antiguos centros de poder carolingio. Otón I (936-973) tuvo cuidado de nombrar a su hermano Bruno arzobispo de Colonia, donde Teófano, viuda de Otón II (973-983), fundó la gran iglesia de San Pantaleón. Más importante aún para los otonianos era la antigua capital de Carlomagno en Aquisgrán. Otón III tenía un particular respeto por Carlomagno, e incluso abrió su tumba en el año 1000, exhumó el cuerpo e hizo envolverlo en sedas bizantinas.

Como los carolingios, los otonianos llegaron a involucrarse en Italia e, inevitablemente, en Roma. Una vez más la intervención septentrional en el sur causó el resurgimiento del título imperial: Otón I fue coronado emperador en el año 962. El estilo imperial de los otonianos estuvo más influenciado por el hecho de que Teófano era la sobrina del emperador bizantino Juan Tzimiscés. La misma Bizancio, sin embargo, recibió un aviso mordaz en las páginas del historiador Liudprando de Cremona († *c.* 970). El hijo de Teófano, Otón III, se embarcó en una nueva *Renovatio* romana que le llevaría al desastre personal en el año 1002, cuando murió de malaria al haber sido conducido ignominiosamente fuera de Roma. Sin embargo, en la década anterior, Otón había estado estrechamente implicado en un movimiento ascético italiano, dominado por Romualdo de Benevento († 1027), y había estado en el centro de un renacimiento, el cual continuaría bajo su primo, el emperador Enrique II (1002-1024). En el centro de este renacimiento estaba la producción de manuscritos increíblemente pródigos, adornados con encuadernaciones igualmente costosas, de Biblias, Evangelios y libros litúrgicos. En muchos aspectos, pero sobre todo en los retratos del gobernante, recuerdan a los libros carolingios, los producidos en la escuela de la corte de Carlomagno y en centros como Tours. Los que habían sido realizados en el reino franco oriental, por ejemplo en Ratisbona, a mediados del siglo IX, también fueron una inspiración. Estilísticamente, sin embargo, los libros miniados otonianos difieren radicalmente de lo anterior, en especial en la utilización del oro y en su provisión creciente de ciclos narrativos importantes para ilustrar la historia del Evangelio.

Los otonianos prestaron especial atención a la narración de la Pasión de Cristo y a objetos asociados a ella. La Santa Lanza, la que supuestamente había perforado el costado de Cristo, se convirtió en parte de la regalía imperial e, incluso, fue llevada a la batalla. Aún más sorprendente: cuando el cuerpo de Otón III llegó a Colonia en la Semana Santa del año 1002, fue, como nos cuenta el historiador Thietmar de Merseburgo

(† 1018), tratado, de hecho, como si fuera Cristo en las ceremonias que representaron la última semana de Su vida terrenal. Todo ello era la extensión lógica de una cultura que dio importancia a la monarquía y al sufrimiento de Cristo. Se trata de una insistencia y una fe manifiesta en la iluminación de los manuscritos y en los grandes crucifijos del período otoniano y expresadas en la liturgia de la Iglesia. Se enriquecieron enormemente los textos y rituales de la propia liturgia en el siglo X, al basarse en el trabajo extremadamente creativo de los francos en los siglos VIII y IX. Las innovaciones más espectaculares, sin embargo, fueron en la música. A finales de los períodos merovingio y carolingio, se creó un repertorio de canto híbrido «romano» o «gregoriano» al mezclar material antiguo, cuya romanidad se cuestiona, con el canto franco y realizar muchas adiciones. Se agregaron nuevas síntesis de melodía y prosa conocidas como secuencias y tropos, especialmente en centros como Reichenau, Lieja, Sankt Gallen y Winchester. La notación musical que aparece por primera vez en el siglo IX, proliferó en muchas variantes regionales en el siglo X. Hubo también avances importantes en la teoría de la música, un uso más amplio de instrumentos musicales, en especial el órgano, y los primeros documentos de drama litúrgico para complementar ceremonias solemnes como las observancias de la Semana Santa del año 1002 en Colonia.

Los miembros de la familia otoniana, hombres y mujeres, fueron importantes mecenas por derecho propio. Por consiguiente, se les dedicaron varias obras literarias importantes, incluso de la *Crónica* de Widukindo de Corvey († *c.* 973). Sin embargo, no existía ninguna escuela de corte ni ningún programa oficialmente patrocinado para el renacimiento de la enseñanza. En cambio, los otonianos dependieron solamente de un número determinado de monasterios para la producción de sus grandes manuscritos, especialmente de Reichenau, Corvey y Fulda, todos monasterios con fuertes contactos imperiales y, en el caso de Reichenau, también comprometido en el movimiento para la reforma de Gorze. A este respecto, al Renacimiento otoniano le faltó la profundidad de su homólogo carolingio. No obstante, los carolingios y los otonianos se embarcaron en una *Renovatio* que, en cada caso, implicaba la recreación de un pasado imperial cristiano imaginado. A través de las ambiciosas reformas monacales y de los avances intelectuales, en especial la música y el currículo educativo, se fueron tejiendo los hilos de la Europa latina. Los carolingios y los otonianos crearon la impresión de una cultura dominante, determinada por Roma y por la Biblia, y así proporcionaron momentos de coherencia a un mundo con una variedad cultural extraordinaria.

Lámina 11 Otón III, rey (983-996) y emperador (996-1002), entronizado.

6

Europa y el ancho mundo

Jonathan Shepard

Los gobernantes de Roma se enorgullecían de su organización del espacio, y sus sistemas de caminos y de control fronterizo justificaban sus pretensiones. En el siglo V el mundo podía concebirse todavía como girando en torno a dos ciudades, Roma y Constantinopla, aunque el centro de gravedad del Imperio se hallase en sus provincias orientales, mientras que se dejó que las regiones noroccidentales se valieran por sí mismas. El Imperio oriental sufrió cambios drásticos en el siglo VII y se volvió culturalmente «aislacionista». Las líneas de comunicación con Occidente permanecieron abiertas, pero estrechos encuentros tendían a mostrar cómo divergían las diferentes áreas de la cristiandad. Las hazañas de Carlomagno evocaban la antigua Roma y Bizancio, pero su base de poder, su cultura y su visión eran característicos. El término *Europa* definía el Occidente cristiano mejor de lo que lo hacía el vocablo «imperio», siendo aplicable a los pueblos situados más allá del dominio de la antigua Roma. Muchos de sus notables le tomaron gusto a la idea de ser «miembros» y, a diferencia de los bárbaros rechazados por Roma, se les dejó entrar en el «club». Los intentos de participación podían tomar la forma de incursiones espectaculares, pero los contactos comerciales y religiosos entre los centros occidentales y los escandinavos y los eslavos demostraron ser resistentes, e incluso los bizantinos respondieron a los acercamientos «bárbaros» con misiones y acuerdos de comercio. Si el Mediterráneo era todavía a finales del siglo X prácticamente un lago musulmán, *Europa* abarcaba grupos de poder y de población que llegaban a Islandia y al Dniéper medio. Por todos los altibajos, fue este finalmente un período de expansión.

¿Un imperio sin límites?

Europa era uno de los tres continentes conocidos por los geógrafos clásicos. No se consideró que Europa y los otros dos, Asia y África, cayeran por completo bajo el dominio del emperador romano. Pero generalmente se suponía que el mundo entero habitado era suyo por la conquista. Apiano escribía: «Al poseer la parte mejor de la tierra y del mar [los emperadores]... en general, han pretendido conservar su Imperio mediante el ejercicio de la prudencia, en lugar de extender su dominio indefinidamente sobre las necesitadas e infructuosas tribus de bárbaros».[1] Los escritores destacaban el contraste entre «súbditos» plenos y los habitantes del *barbaricum*. El concepto de zonas que se expandían desde un punto céntrico estaba amparado por la cultura política de la ciudad de Roma: su límite interior, el *pomerium*, separado de la zona militar por un anillo de marcadores. El *pomerium* era ritualmente trazado de nuevo en las nuevas fundaciones imperiales, siendo el núcleo civil marcado por un arado tirado por un toro y una vaca. A través de los ritos sagrados y los trazados, las ciudades se ganaron la reputación de miniaturas simbólicas de Roma, especialmente la Colina Capitolina.

Los límites exteriores del Imperio no estaban señalados tan ceremoniosamente, pero las regiones remotas estaban sembradas de ciudades fortificadas y de otras instalaciones militares. En parte cumplían un propósito práctico, regulando el comercio a través de la frontera y disuadiendo la agresión. Pero las ciudades, las fortificaciones y los puentes también tenían una importancia simbólica, presentando la reclamación de las regiones por el emperador: por ejemplo, los muros de costa a costa en Gran Bretaña. Advertían que nadie permaneciera por completo más allá del cometido del emperador. La visión de Virgilio del Imperio como «sin fin» en el espacio y en el tiempo[2] se refractaba en el ritual del imperio cristiano del siglo v. Los relieves en la base de la Columna de Arcadio en Constantinopla muestran tres encuentros imperiales diferentes: con los senadores de las ciudades imperiales clave, Roma y Constantinopla; con los súbditos de las provincias; y con los enemigos conquistados. Así era la perspectiva del «establecimiento» imperial. Hacer gala de la hegemonía de los gobernan-

[1] Apiano, *Roman History*, Prefacio 7. Apiano escribía en el siglo II a. C.

[2] Virgilio, *Eneida*, 1. 279 ff.

tes sobre el ancho mundo era un medio importante de aglutinar a los habitantes dispares de las provincias rurales septentrionales y los abundantes centros urbanos del Mediterráneo oriental. Roma y Constantinopla, personificadas como mujeres entronizadas en las monedas y en los dípticos consulares, ofrecían un foco para las lealtades de todos estos súbditos, siendo todo ello consustancial con el Imperio y los emperadores, centros de riqueza, de sabiduría y de autoridad divina.

Su aura de dominio mundial continuó importando a los emperadores en el siglo VI, aunque las provincias occidentales se fragmentaban ahora en un mosaico de regímenes de procedencia variada. El culto a la victoria se reforzó con el simbolismo del cristianismo con el que los regímenes imperiales estaban comprometidos. El díptico Barberini muestra a un emperador a caballo con Cristo sobre él y, debajo, un bárbaro en traje iraní alzando la mano hacia el emperador. Justiniano alcanzó la cúspide del triunfalismo. Aparte de su iglesia de Santa Sofía, una estatua ecuestre mostraba a Justiniano en traje militar, señalando con la mano hacia el este. Esta orientación hacia Oriente era significativa, aunque no sólo por las razones pensadas por el emperador. La retórica de la corte podía ensalzar la «nueva Roma» como el centro de todas las cosas, y el díptico de Barberini podía mostrar a los hindúes y a los persas como súbditos realizando ofrendas al emperador, pero la realidad era menos halagadora. Hacia el este, el Imperio Romano tenía que contar con la Persia sasánida, una superpotencia capaz de devastar las incursiones en sus provincias orientales. Las fortificaciones más sólidas y suntuosas de Justiniano se construyeron en zonas en peligro a causa de los persas, especialmente a lo largo del valle del Éufrates. Más en general, las poblaciones de proporciones considerables y —en Irak— los extensos centros urbanos bajo el dominio del Sha constituían una zona comercial rica, con la que las ciudades romanas de Oriente Medio estaban vinculadas comercialmente. Muchos de los comerciantes de « los dos ojos» del mundo[3] podían tratar entre sí a través de lenguas comunes —el sirio, hablado por todo el Creciente Fértil desde Tesifón hasta Antioquía, o el griego, la lengua de las élites urbanas de la región—.

La competencia entre los hombres de negocios romanos orientales y los persas era reñida, y también entre sus gobernantes. Justiniano intentaba con ahínco tener acceso a la seda oriental a través de rutas que evitasen los dominios persas y conseguía los huevos de gusanos de seda de Asia

[3] Teofilatos de Simocata, *Historiae*, 4.11, ed. C. de Boor y P. Wirth (Stuttgart, 1972), p. 169.

central, de la India, o aún de más hacia el este. Sus sucesores intercambiaron varias embajadas con líderes turcos en Asia central. A nivel más trivial, los comerciantes del mundo romano compitieron con sus homólogos persas por una participación en el comercio de lujo a través del Océano Índico. La intervención de los persas incitó la queja de Procopio de que «los comerciantes persas siempre se establecen en los mismísimos puertos donde las naves indias primero hacen escala... [y] están acostumbrados a comprar el cargamento entero».[4] La vitalidad comercial al borde del Océano Índico resulta de las excavaciones en los puertos de la costa egipcia del Mar Rojo y en la orilla oriental del Golfo Pérsico. Los mercaderes convergían en Sri Lanka. Según Cosme Indicopleustes, «la isla, aun estando en una posición central, recibe muchas naves de todas partes de la India, Persia y Etiopía, e igualmente también manda naves fuera», entre las dos mitades del Océano Índico.[5] Su «gran emporio», aparentemente alojando a cristianos persas, es probablemente identificable con Mantai, que da a los arrecifes que separan Sri Lanka del continente. Se han encontrado allí cantidades considerables de cerámicas sasáridas, así como de alfarería romana, y de los comerciantes de las ciudades egipcias que se dirigían hacia Oriente. Cosme, él mismo de Alejandría, mientras contaba las mercancías y las criaturas que se podían encontrar alrededor del océano, suponía que la región no sería totalmente desconocida a sus lectores. Por todas sus rivalidades, los mundos sasánida y romano compartieron valores estéticos y culturales así como intereses económicos comunes. Las sedas sasánidas y las romanas imperiales tienen diseños muy similares, y el gusto compartido por las pieles de lujo del lejano norte probablemente justifica los hallazgos de vasijas de plata y monedas en las regiones persas y bizantinas de Perm y en la cuenca del Kama.

Había, en otras palabras, múltiples contactos entre los centros urbanos del Mediterráneo oriental y las culturas avanzadas aún más hacia el este en los siglos V, VI e inicios del VII. De hecho, a los gobernantes bizantinos y los sasánidas les era difícil regular los intercambios entre las poblaciones locales de sus zonas fronterizas en el Creciente Fértil. El tratado entre Justiniano y Chosroes I del año 562 indica un interés común en limitar el comercio a unos puntos geográficos donde podían recaudarse los

[4] Procopio, *History of the Wars*, 1.20.12, ed. y trad. inglesa H. B. Dewing, I (Londres y Nueva York, 1914), pp. 192-193.

[5] Cosme Indicopleustes, *Topographia Christiana*, 11.15, ed. W. Wolska-Conus, III (París, 1973), pp. 344-345.

portazgos y también contener el entusiasmo religioso de las comunidades que atravesaban las zonas fronterizas. El tratado permitía a los cristianos en Persia «rendir culto libremente» a condición de que no intentaran hacer más conversiones. La mayoría eran «herejes», que suscribían las doctrinas en desacuerdo con las de la jerarquía «ortodoxa». La red de la comunidad cristiana predominante en Persia, los nestorianos, se extendían a lo largo de la «Ruta de la Seda» vía Samarkanda hasta China. Los intentos de emperadores como Justiniano de concebir una formulación ampliamente aceptable sobre la naturaleza de Cristo se encontraron con la obstrucción de las comunidades en ciudades como Alejandría, mientras que el mismo patriarca de Constantinopla pudo, de vez en cuando, volver a sus ciudadanos contra la línea doctrinal imperial. Pero la rebeldía de estas poblaciones urbanas del Oriente romano era una señal de vigor, y sus afiliaciones externas generaron lo que parece haber sido una creciente prosperidad en el siglo VI. Rindieron tributos que ayudaron a los emperadores a financiar las misiones diplomáticas y religiosas de gran alcance y a ejércitos imponentes, a pesar del portazgo infligido a causa de la peste bubónica que se propagó desde el Océano Índico vía Mar Rojo a partir del año 542. Atrayendo a numerosos auxiliares bárbaros por medio de pagos generosos, Justiniano consiguió reconquistar buena parte de Italia y la franja costera del sur de España, que apoyaba su reivindicación de reavivar la gloria del Imperio. Desde su posición ventajosa en el Bósforo, Justiniano podía observar los regímenes de los estrategas occidentales como simplemente provisionales. Estos líderes, cuando las circunstancias lo permitían, eran ritualmente desvestidos como intrusos. Tal era el destino del rey vándalo, Gelimer, cuando desfiló a través de Constantinopla en el año 534 en una procesión que evocaba los triunfos de la antigua Roma.

Los días de un Imperio intercontinental que abarcaba las regiones más selectas del mundo y que proyectaba la presencia del emperador a través de caminos e instalaciones militares estaban, sin embargo, contados. El conflicto entre la Persia sasánida y Bizancio que estalló en el año 603 se convirtió en una lucha a muerte y trajo el desbaratamiento masivo a las ciudades y a los nexos comerciales del este bizantino, las provincias más ricas del Imperio. El emperador Heraclio provocó finalmente el derrocamiento y la muerte del Sha en el año 628, acontecimientos celebrados en términos bíblicos en su parte de victoria. Pero las tácticas y la organización militar bizantinas demostraron ser desiguales frente al desafío que surgió inmediatamente después procedente de los invasores árabes afin-

cados en el desierto, ligeramente equipados pero muy móviles y con una resolución sin precedentes gracias a su nuevo credo común, el Islam. Ningún lugar dentro de la enorme extensión del desierto se libró de sus demandas de tributo y de sumisión a la voluntad de Dios. Hacia el año 650, habían acabado con el Imperio sasánida y con el dominio bizantino sobre Oriente Medio. Los invasores árabes se movían poco a poco a través del desierto occidental hacia Cartago, mientras que otros grupos armados exploraban Armenia, otro antiguo conducto de comercio entre Bizancio y Persia.

La confianza comercial del siglo VI faltaba ahora en los centros urbanos de Egipto y Siria, y sus contactos con el margen del Océano Índico se redujeron. Pudo haber persistido algo de comercio con los territorios que permanecían bajo la autoridad del emperador, pero no se podía comparar en valor o variedad con lo que había ocurrido antes, especialmente cuando la guerra constante con los árabes trajo un cambio sobre los modelos de asentamiento y de distribución de riqueza en las tierras bizantinas. Las ciudades encogieron en tamaño, y en Asia Menor muchas se trasladaron a cumbres de colinas que eran menos accesibles a los invasores árabes, pero también a los exportadores potenciales de género para el mercado y a ideas o a información sobre el mundo más lejano. Las provincias «romanas» —la mayor parte de Asia Menor, Tracia y una serie de islas y enclaves a lo largo de los litorales balcánico e italiano (incluida Sicilia)— estaban organizadas hacia el año 700 sobre una base flexible y rentable contra los árabes hacia el este, y los eslavos y los búlgaros al oeste. Pero el Imperio había retrocedido visiblemente. Ya en el decenio de 640, un personaje de un diálogo de ficción entre un judío converso y sus antiguos correligionarios observaba: «Hasta hoy el territorio de los romanos se extendía desde el Océano, es decir, Escocia, Britania, España, Francia, Italia, Grecia y Tracia... hasta Antioquía, Siria, Persia y todo Oriente... Egipto, África y África Interior... y uno ve allí todavía las estatuas de sus emperadores en bronce y mármol. Porque todas las naciones estaban dominadas por los romanos por orden de Dios. Ahora, sin embargo, vemos a la Romania humillarse».[6] Más tarde en este siglo, el *Apocalipsis* sirio de pseudo-Metodio de Patara profetizaba que los pueblos caníbales del norte desde aquel día en adelante estallarían desde detrás de las puertas donde Alejandro Magno los había encerrado, «y la tierra tem-

[6] *La doctrina de Jacob el recién bautizado*, 3.10, ed. G. Dagron y V. Déroche, «Juifs et Chrétiens dans l'Orient du VII siècle», *Travaux et Mémoires*, 11 (1991), p. 168.

blará ante su presencia».[7] El mundo ideal de fronteras y de tranquilidad garantizada imperialmente estaba en quiebra.

El autor del diálogo ficticio *La doctrina de Jacob el recién bautizado* exageraba las posesiones del Imperio de principios del siglo VII, pero no la escala en la que los potentados, clientes y comerciantes siempre capaces de adaptarse operaraban todavía en bulliciosa sinergia. En parte, la demanda de género oriental entre los prominentes y los adinerados tras el Imperio derivaba de sus cualidades intrínsecas y estéticas, de sus sabores apetitosos o del valor de su rareza. Pero también se alimentaba todavía de sus asociaciones con un *régime* aún no irredimiblemente *ancien* y con sus símbolos de autoridad. Gelimer, mientras fue rey de los vándalos, había cenado como un romano, a juzgar por Procopio,[8] y se han encontrado lo que parecen haber sido vajillas de estilo romano en Martynovka y Malaia Pereshchepina, en Ucrania, así como en Sutton Hoo.[9] Los aspirantes escandinavos al estatus a partir del siglo IV tenían imitaciones de medallones imperiales —«bracteates» de oro— hechos para ellos mismos, y la moda se volvió más marcada alrededor de mediados del siglo VI, cuando la afluencia de monedas bizantinas en Escandinavia alcanzó el máximo. Algunos asignaron cualidades «imperiales» al comisionado del medallón, representándolo en la postura del emperador, pero llevando de manera distintiva anillos en los dedos u otros adornos de tipo local. Estos intentos de tomar los símbolos imperiales como etiqueta de señorío se realizaban en las regiones que ni siquiera el retórico más veleidoso había exigido para Roma. Los regímenes que ocuparon el antiguo territorio imperial no necesariamente tuvieron tendencia o a adaptar los símbolos imperiales a sus propios requisitos o a reconocer cualquier obligación formal con el emperador. De hecho, los visigodos en España se aprovecharon rápidamente de la humillación del Imperio a manos de los persas y en el año 624 expulsaron a los hombres del emperador de Cartagena. Pero la agitación de embajadas llevando subsidios en oro y de exilios de un lado para otro entre Constantinopla y las cortes merovingias en el siglo VI e inicios del VII atestigua la continua capacidad del emperador para la intervención en los asuntos francos. En este marco, y mientras los comerciantes procedentes del Mediterráneo oriental aún frecuentaban Marsella, los pocos aspi-

[7] *Die Apokalypse des Ps.-Methodios*, ed. A. Lolos, Beiträge zur Klassischen Philologie 83 (Meisenhem am Glan, 1976), pp. 128, 130.

[8] Procopius, *History of the Wars*, 3.21.1-7, ed. y trad. Inglesa H. B. Dewing, II (Londres y Nueva York, 1916), pp. 176-179.

[9] M. Mango, «Silver plate among the Romans and among the barbarians», en F. Vallet y M. Kazanski (eds.), *La noblesse romaine et les chefs barbares du IIIe au VIIe siècle* (París, 1995), p. 81.

rantes a la monarquía estable pudieron permitirse el lujo de ignorar el *basileus*. A finales del siglo VI, el rey de los francos Childeberto II todavía encontraba oportuno llamarlo «nuestro más piadoso padre, el emperador»,[10] y en el año 668 el mayordomo de palacio, Ebroin, retuvo a Adriano, un clérigo de origen norteafricano con rumbo a Inglaterra, bajo la sospecha de ir «en alguna misión para el emperador a los reyes de Bretaña, en detrimento de su [propio] reino».[11] Ebroin puso en libertad pronto a Adriano, pero sus aprensiones derivaban de la experiencia. No puede demostrarse que el «juego de cuencos de plata» fabricado en tierras bizantinas en el año *c.* 600 y depositado en aproximadamente una generación en un túmulo en Sutton Hoo era alguna forma de regalo imperial o de subvención. Y ni estos ni los otros diferentes productos del este del Mediterráneo u orientales —conchas, amatistas, bronce y vasijas de cobre— que llegaban al sureste de Inglaterra hacia esta época tienen que haber venido directamente de Levante. Pero las pruebas de contactos entre las tierras bizantinas y el suroeste celta de la Gran Bretaña, especialmente los hallazgos de ánforas y de finas vajillas de arcilla rojiza del Egeo y del Mediterráneo oriental, plantea al menos la posibilidad de contactos ocasionales con los puertos y las cortes anglosajones más hacia el este.

Es probablemente vano, sin embargo, intentar determinar qué objetos llegaron a través de los comerciantes de los centros egipcio y levantino, cuáles a través de donantes de obsequios imperiales y cuáles a través de intermediarios en Francia y en otras partes. Lo que es significativo es la multiplicidad de vías por las que el género, las personas y las ideas podían llegar a las élites noroccidentales de los centros mediterráneos orientales tan tarde como a mediados del siglo VII. No existe ningún nombre claro para denotar esta fuente de energía, pero generó un tipo de campo gravitatorio. Una pieza más que señala su funcionamiento, y quizá de ese modo llega a explicarlo, es el casco del notable excavado en Sutton Hoo. Su diseño en conjunto es a fin de cuentas sasánida, e incluso la indumentaria llevada por los «guerreros del baile» mostrados en los platos decorativos del casco son identificables como los uniformes de los guerreros sasánidas.[12] Las mo-

[10] Childeberto II, Carta al Patriarca Juan de Constantinopla, ed. W. Gundlach, *MGH, Epistolae* III (Berlín, 1892), p. 151.

[11] Beda, *Historia ecclesiastica gentis anglorum*, 4.1, ed. y trad. inglesa B. Colgrave y R. A. B. Mynors, *Bede's Ecclesiastical History of the English People* (Oxford, 1969), pp. 332-333.

[12] J. Campbell, «The impact of the Sutton Hoo discovery on the study of Anglo-Saxon history», en C. B. Kendall y P. S. Wells (eds.), *Voyage to the Other World: The Legacy of Sutton Hoo*, Medieval Studies at Minnesota 5 (Minneapolis, 1992), p. 92 y 100, núm. 97.

dalidades del aspecto de estos diseños en Sutton Hoo se pierden en alguna parte en la dinámica de la emulación y de los intercambios entre las dos superpotencias de Oriente Medio. Pero son estos intercambios y la naturaleza esencialmente abierta de los acercamientos orientales del Imperio Romano que hicieron factible una comunalidad de cultura de la élite, y del casco sasánido-bizantino un objeto de respeto entre los anglos del este. Mientras perduraron, tenían sentido las reclamaciones hechas para el Imperio en *La doctrina de Jacob el recién bautizado*: durante algún tiempo parecía posible que la «humillación» infligida primero por los persas, y después por los árabes, podía ser reparada y que las estatuas, por así decirlo, cobrarían vida. Después de que Cartago cayera bajo los árabes en el año 698, y toda la costa del norte de África se convirtiera en territorio enemigo, Sicilia todavía ofrecía al emperador una base desde la que seguir la marcha de los asuntos en Occidente. Y, en los siglos VII y VIII, la Iglesia y el pueblo de Roma todavía rezaban para que el dominio del emperador regresara, «más completo».[13]

El Mediterráneo como barrera para los viajes Oriente-Occidente

No obstante, el emperador se vio rebajado una vez que perdió el dominio de los tres patriarcados orientales, que habían funcionado hasta mediados del siglo VII bajo su égida junto a la misma Constantinopla: Alejandría, Jerusalén y Antioquía. Las tierras y las ciudades pequeñas ahora bajo su dominio ya no equivalían a un «generador», difundiendo oleadas de iniciativas culturales, religiosas y «políticas» a veces mutuamente incompatibles. Aquellas rutas que permanecían transitables para oficiales, diplomáticos y clérigos hacia finales del siglo VII eran más tortuosas y peligrosas de lo que lo habían sido alguna vez en la Antigüedad. Ya no se mantenían ni la Vía Egnatia ni otras carreteras construidas por los romanos, y la proximidad de eslavos, ávaros y otros recién llegados hizo las rutas terrestres poco atractivas, por no decir arriesgadas, durante el siguiente siglo y medio. Desde el siglo VII, el hurto por los barcos eslavos en el golfo de Corinto y el merodeo en las afueras incluso de ciudades importantes como Patras y Corinto per-

[13] *Liber diurnus Romanorum pontificium*, ed. H. Foerster (Berna, 1958), p. 117, líneas 15-17.

suadieron a los viajeros entre Oriente y Occidente de tomar la ruta más lenta y más tormentosa alrededor de los cabos del sur del Peloponeso. Podían contar con asilo esporádico a lo largo de esta ruta, pero la región interior del Peloponeso parecía extraña al peregrino de origen inglés, Willibaldo, alrededor del año 723: su *Vita* menciona sólo el bastión de Monemvasia como recalada entre Siracusa y el Egeo y considera que se encuentra «en la tierra de *Slawinia*», sin atisbos de un dominio imperial.[14]

Los asaltos de los infieles desde todas direcciones y los desplazamientos en masa de cristianos bien pudieron haber promovido un mayor sentimiento de comunidad entre los afectados. Sicilia y muchas zonas hasta el norte de la Italia central daban refugio a individuos y a veces a comunidades enteras de grecoparlantes. Durante el siglo VII y a principios del VIII, el número de monasterios griegos fundados en Roma aumentó de cero a ocho, y hasta finales del siglo X las iglesias y las casas monásticas llenas de cristianos orientales o frecuentadas por éstos continuaron siendo prominentes, por no decir especialmente numerosas, en Roma y alrededores. Varias personas de origen oriental o de ascendencia griega fueron colocadas en el trono pontificio y algunos fueron lo bastante capaces y activos como para patrocinar la copia de manuscritos y difundir la Palabra. Así, el Papa Zacarías (741-752) tradujo al griego los *Diálogos* de Gregorio el Magno, y estos relatos sinceros sobre las vidas de santos, milagros y la salvación personal calaron hondo. El Papa Gregorio, que fue al parecer venerado en Oriente a poco menos de una generación de su muerte, llegó a ser conocido por los grecoparlantes como «Diálogo». No obstante, los orientales, que eran apreciados por su erudición y ascetismo, fueron finalmente sólo invitados, cuyos modales podían ser admirables pero que no debían incumplir las normas básicas de la casa. Un trabajador migratorio a partir de las agitaciones del Mediterráneo oriental a mediados del siglo VII, Teodoro de Tarso, fue ordenado arzobispo de Canterbury al estar bien instruido en griego, latín y en los escritos seculares y sagrados. Además de tener que abandonar su tonsura actual, rapada «al estilo de los orientales», una de las tareas impuestas por el Papa a su guía, Adriano, en el año 668, fue que Teodoro «no debía introducir ninguna costumbre griega en contra de la verdadera fe».[15] Estos dos grecoparlantes procedieron a exponer a los anglo-

[14] Huneburc de Hedenheim, *Hodoeporicon (Vita Willibaldi)*, ed. G. H. Pertz, *MGH, SS*, XV.1 (Hanover, 1887), pp. 93-94.

[15] Beda, *Historia ecclesiastica*, 4.1, ed. Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 330-331.

sajones las Escrituras y los Padres Griegos de un modo distintivamente oriental, tomando el primer puesto la retórica.

En los siglos VII y posteriores, la noción de que tanto el sufrimiento terrenal de las comunidades como las derrotas de los regímenes imperiales eran el castigo de Dios por los pecados y que podían ofrecer incluso los medios para la corrección y la redención ganó en Oriente la importancia de que disfrutó en las regiones de habla latina. Se expresa en los escritos de Anastasio de Sinaí y también en el *Apocalipsis* de pseudo-Metodio, una obra probablemente escrita en la Mesopotamia dominada por los árabes hacia finales del siglo VII. Sin embargo, por todos los puntos en los que el *Apocalipsis* «hablaba» a los cristianos contemporáneos de otros lugares —bastante eficazmente para que se tradujera al latín en el siglo VIII—, esta obra contenía rasgos orientales característicos: el Imperio cristiano predominaría finalmente pese a los triunfos de otros poderes, el vencedor «romano» procedería del mar «etíope» del este; y la indestructibilidad del Imperio sería debida a su fe en Cristo. La creencia permaneció arraigada en Oriente, especialmente entre la élite gobernante (incluyendo a la mayoría de los clérigos superiores): que el emperador tenía un papel principal guiando las almas de los hombres hacia la salvación. No era una suposición compartida por muchos de los pensadores religiosos que vivían en Roma o más hacia el oeste. Además, la misma preocupación de las comunidades por aplacar temporalmente la ira de Dios y propiciar a los santos aumentó su preocupación por las modalidades de culto. En cierto momento, cuando las comunicaciones eran difíciles y el ejército de relevo terrestre incierto, esto abrió la puerta a las idiosincrasias locales y a la desviación patente de las prácticas de las iglesias metropolitanas. La inquietud por las formas anticonvencionales de culto llevó al emperador León III a tener en cuenta a aquellos clérigos que, en el decenio de 720, sostenían que las imágenes de Cristo y de los santos eran ídolos —y no extensiones de lo divino para ayudar a rechazar a los invasores sarracenos (véanse los capítulos 4 y 5)—. La controversia iconoclasta en sí misma no trazó una línea divisoria infranqueable entre el papado y el Imperio, pero ilustra los modos divergentes en que los centros eclesiásticos se movían. Bajo la presión de los acontecimientos, cada uno recurría a sus propios medios de salvación, materiales y espirituales. A nivel práctico, León III buscó afianzar Sicilia y Calabria para el culto correcto transfiriéndolas, junto con Iliria, lejos de la autoridad papal a la jurisdicción del patriarca de Constantinopla. Era el reconocimiento tácito de que la mayor parte de Italia y de Occidente se hallaban más allá de la competencia efectiva de León.

Experiencias extracorporales en Oriente y en Occidente

Otra forma de autoayuda —presentando a la gente corriente con un sentido inmediato del otro mundo— sostenía una iniciativa tomada por Gregorio el Magno. Las visiones del cielo y del infierno circulaban entre las comunidades cristianas orientales en los primeros siglos después de Cristo, elaboradas sobre la visión de San Pablo del Paraíso.[16] Viviendo en alerta por el fin del mundo, Gregorio convirtió las historias sobre los viajes de ida y vuelta al otro mundo en un género popular. El cuarto libro de sus *Diálogos* relata experiencias extracorporales de individuos cuyas almas habían regresado con relatos de prados de flores y fuegos que crepitan con llamas reales. Pronto se compusieron en Occidente nuevos relatos de viajes de almas al borde de la muerte. Así, los demonios recuperaban el alma con alas de Baronto que el arcángel Rafael guiaba hacia el cielo, pero el vuelo sobre un monasterio durante las vísperas le dio un decisivo empujón hacia arriba. Y a finales del siglo VII, un laico de Northumbria, Drythelm, fue conducido a través de un valle de sufrimiento hasta «un gran muro... cuya longitud y altura en cada dirección parecía completamente ilimitado»; más allá se hallaban las alegres mansiones de los buenos pero no completamente perfectos, y aún más adelante podía distinguirse una luz extremadamente bella.[17] Según Beda, Drythelm regresó a este mundo con sus experiencias del otro.

Los relatos de viajes como este rellenaban el paisaje que la teología dejaba impreciso. Ofrecían información esencial para cualquier mortal y muchos más fueron compuestos en el Occidente carolingio, aconsejando cómo evitar las torturas de los condenados. Las visiones de los gobernantes en el otro mundo se convirtieron en un rasgo del discurso político del siglo IX. Un tema más fundamental era el valor de las misas por los muertos, celebradas por ser especialmente poderosas para aliviar las agonías de aquéllos en el valle, y esto reforzó el papel mediador del clero y, sobre todo, el de los monjes como intercesores con este mundo desconocido. Eran tan realistas los informes que esporádicamente se intentó localizar la entrada a la región del sufrimiento: el *Purgatorio de San Patricio* del siglo XII pretendía situarlo en Irlanda. En general, el lugar más venerado

[16] Carta de San Pablo: 2 Cor. 12: 2-4.

[17] Beda, *Historia ecclesiastica*, 5.12, ed. Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 492-493.

como punto de contacto con el otro mundo era Tierra Santa, y la fascinación por la «Tierra Prometida» se extendió al cristianismo occidental. Los santos lugares contenían huellas físicas de acontecimientos bíblicos, y los monumentos en este espacio sagrado ofrecían indicios alegóricos acerca de la Verdad Revelada, sugerencias de la realidad última. Las descripciones de los viajeros sobre los emplazamientos bíblicos fueron ávidamente cotejadas con lo que las Escrituras relataban, en parte como orientación para la recreación del espacio sagrado, los edificios de la iglesia y sobre todo los altares, que estaban cargados de simbolismo. Algunos fueron quemados para volver a trazar los acontecimientos del tiempo sagrado por sí mismos. El erudito de principios del siglo IX Dicuil dejó constancia escrita del viaje de unos peregrinos cuya piedad llevó más allá de Jerusalén, hasta el Nilo y las pirámides, o más bien «los siete graneros construidos por el santo José, según el número de años de abundancia, cuatro en un lugar y tres en otro».[18] Sin embargo, para la inmensa mayoría de las personas corrientes —los campesinos— en Occidente, la comunicación con lo divino a través de los cargos del sacerdocio era la norma, como había pretendido Gregorio el Magno.

Los intentos de Gregorio por dramatizar, incluso sensacionalizar, el mensaje de la fe cristiana y hacer que su grey se diera cuenta de la realidad del otro mundo procedían de las preocupaciones pastorales en una sociedad insegura y fragmentada donde parecía indispensable inmediatamente una guía moral inteligible. Sus historias de ningún modo iban dirigidas contra la idea de imperio y, de hecho, resultaron populares en Oriente, mientras que a partir del siglo VIII circuló ampliamente una versión latina de la *Visión de Pablo* oriental. Con todo, esta clase de acercamiento al otro mundo puso la piedad occidental en un camino diferente del de los cristianos en Oriente. Allí, la creencia de que el cielo podía encontrarse en la tierra y que Constantinopla era una especie de Nueva Jerusalén no era ninguna presunción de propaganda imperial, sino que era algo arraigado en la cultura política. Las visiones y los relatos de viajes al cielo tendían a describirlo como una ciudad bien amurallada, que albergaba una versión todavía más espléndida del palacio de Constantinopla, repleta de eunucos y salas de recepción. Los arcángeles eran descritos normalmente con los trajes de los oficiales del emperador. En otras palabras, la autoridad de Dios era inmanente al orden imperial. Estaba tan consolidado que el Es-

[18] Dicuil, *Liber de mensura orbis terrae*, 6.12, ed. y trad. inglesa J. J. Tierney y L. Bieler, Scriptores Latini Hiberniae 6 (Dublín, 1967), pp. 62-63.

tado dirigiera los asuntos terrenales que el viaje del alma al dejar el cuerpo era concebido como una serie de paradas en «puestos aduaneros»; los demonios lo examinaban con la ayuda de los libros mayores de pecados pasados, los homólogos de la burocracia de los ángeles. La convicción de los bizantinos de que sus formas de culto y de jerarquía reflejaban el diseño divino celestial influyó en algunos foráneos. Unos emisarios rusos enviados por el príncipe Vladimir de Kiev en el decenio de 980 para investigar el cristianismo bizantino informaron de la misa a la que asistieron en Constantinopla: «No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra... Sólo sabemos que Dios mora allí entre los hombres».[19]

La política de superviviencia del Imperio oriental

La alerta permanente de los gobernantes bizantinos ante las amenazas del este y la afluencia de eslavos y de otros «bárbaros» en los Balcanes les hizo interesarse por estos pueblos desde una perspectiva militar. El *Strategikon* aparentemente encargado por el emperador Mauricio a finales del siglo VI difiere de los primeros tratados estratégicos al consagrar un capítulo a «las tácticas y características de cada pueblo». Mauricio muestra tener conocimiento de las distintas formas de cultura entre «las naciones», tratando a los persas prácticamente al mismo nivel que los romanos, en contraste con los vagamente organizados eslavos. Subraya la necesidad de adaptarse, especialmente a las tácticas guerrilleras eslavas, y es explícito acerca del armamento y de las técnicas adoptadas por los bárbaros, por ejemplo, el arco corto y compuesto y las «tiendas redondas de estilo ávaro que son majestuosas y útiles».[20] Se adoptaron también los estribos de hierro de los ávaros, que habían estado luchando, sólo dos o tres generaciones antes de los tiempos de Mauricio, contra los ejércitos de China. La soldadesca del Imperio ya no podía contar con carreteras bien mantenidas para llegar rápido a los puntos conflictivos, pero podían sacarle todo el provecho posible a su situación y a su práctica luchando en libre formación con la mayor flexi-

[19] *Povest' Vremennykh Let*, ed. V. P. Adrianova-Peretts y D. S. Likhachev (San Petersburgo, 1996), p. 49.

[20] Mauricio, *Strategikon*, 1.2, ed. G. T. Dennis; trad. alemana E. Gammillscheg (Viena, 1981), p. 82.

bilidad táctica. El valor de la inteligencia sobre los propósitos enemigos es destacado por Mauricio y esto se extendía a la supervisión de los tejemanejes en las cortes extranjeras. Constantino V mantuvo «amigos confidentes» entre los búlgaros para estar al día de los planes de los líderes y era rápido en reaccionar ante los nuevos vínculos forjados entre Pipino y el papado, enviando un órgano —un símbolo real— y una propuesta de matrimonio entre el hijo del emperador y Gisela, hija de Pipino. Una función del sustituto del emperador durante sus ausencias de la capital era «proteger contra los ataques imprevistos del enemigo... y con respecto a esto... constantemente escribir y recibir informes de las cuestiones de la frontera y vigilar a los pueblos hostiles vecinos».[21] Las estratagemas que un tratado de mediados del siglo x, el *Escaramuzas,* recomienda a los comandantes regionales presuponen que se enfrentarán a menudo con invasores árabes numéricamente superiores. En este trasfondo de inseguridad y de contactos involuntarios, es comprensible que la «imagen» que la corte imperial buscó transmitir a través de ceremonias y otros actos de propaganda era de orden. Igualmente, como corolario a las reliquias e himnos que llegaron a ser tan prominentes en la vida pública a partir de principios del siglo VII, la observancia estricta del ritual religioso y de la doctrina era un instrumento de supervivencia. A través de la evitación de desviacionismo los cristianos retendrían el apoyo de Dios.

Los que mostraban una gran familiaridad con la literatura del pasado precristiano o un poco de afinidad con los pueblos «bárbaros» eran susceptibles de incurrir en la sospecha, el ridículo o algo peor de la élite política y eclesiástica que imperaba en Constantinopla. El patriarca Focio fue castigado por poner el corazón en «una fundación errónea y arenosa, el saber profano».[22] Los miembros de esa élite no estaban por hacer concesiones mayores *de facto* a «gobernantes bárbaros» cuando la situación lo requería. Pero por esta misma razón estaban poco dispuestos a escribirlo o a hacer que se dejara constancia en la literatura de la corte. De vez en cuando, las fuentes desafectas llaman la atención sobre lo que eran probablemente modos corrientes de hacer negocios con los forasteros. Así, el emperador iconoclasta León V es censurado por un cronista venerador de iconos por la manera en que aquél ratificó un tratado de paz con los invasores búlgaros en el año 816: el ritual incluía prestar juramento sobre perros sacrificados, al es-

[21] Constantine VII Porphyrogenitus, *Three Treatises on Imperial Military Expeditions*, ed. y trad. inglesa J. F. Haldon (Viena, 1990), pp. 86-87.

[22] Nicetas David, *Vita Ignatii*; *PG* 105, col. 509.

tilo búlgaro.[23] A partir de un tratado incluido en la *Crónica principal* rusa conocemos la salvedad de que un ruso que viole las condiciones, sea pagano o cristiano, «merecerá la muerte por sus propias armas y será maldecido por Dios y por Perun».[24] De hecho, estos tratados del siglo x son un testimonio extraordinario no solamente del conocimiento que la burocracia bizantina tenía de las costumbres de los extranjeros, sino también de la prontitud en adaptarlas. Las disputas se resolverían y los crímenes se enmendarían conforme a las normas vigentes en el mundo del que los rusos procedían. Los «romanos» que discutían con rusos estaban sujetos a sus ajenos procedimientos legales. Por ejemplo, tenía que haber un registro en sus casas si los objetos robados presuntamente se hallaban dentro y el propietario se negaba a abrir y los ladrones podían ser castigados más sumariamente que los ladrones verdaderos. Esta adaptación de las costumbres de los del norte refleja la ansiedad bizantina por acostumbrar al comercio a los rusos vikingos como camino conveniente hacia la riqueza. Pero también ayuda a explicar por qué la imagen pública más comúnmente proyectada era la del emperador recibiendo tributo de los extranjeros o paseando a los prisioneros de guerra en los triunfos evocadores de la antigua Roma.

La convención literaria era designar a los pueblos extranjeros con nombres clásicos —en parte para preservar el propio griego como «ático» de alto estilo, pero también por la reticencia a atribuir a estos agrupamientos, a menudo amorfos, un valor intrínseco o por distanciarse del paisaje cultural que los clásicos todavía proporcionaban y que tenían cosas de relevancia para enseñar—. Además, continuar con el orden literario clásico era un medio para mitigar la decadencia en los asuntos romanos desde la Antigüedad. Escritores como Constantino VII eran bien conscientes de que su Imperio se había extendido una vez hacia el Tigris y hacia el oeste lejano, y habían sostenido que «el emperador de Constantinopla gobierna el mar hasta los Pilares de Hércules».[25] Los sarracenos todavía podían ser juzgados como intrusos a quienes «la guerra de los romanos con los

[23] Theophanes Continuatus, 1.20, ed. I. Bekker (Bonn, 1838), p. 31; D. Sinor, «Taking an oath over a dog cut in two», *Altaic Religious Beliefs and Practices, Proceedings of the 33rd Meeting of the Permanent International Altaistic Conference, Budapest June 24-29, 1990*, ed. G. Bethlenfalvy et al. (Budapest, 1992), p. 302, reimpr. en Sinor, *Studies in Medieval Inner Asia* (Aldershot, 1997), núm. 17.

[24] *Povest' Vremennykh Let*, ed. Adrianova-Peretts y Likhachev, p. 26.

[25] Constantino VII, *De thematibus*, 10, ed. A. Pertusi, Studi e Testi 160 (Roma, 1952), p. 94.

persas les dio... la oportunidad de hacerse con las tierras», en palabras del padre de Constantino.[26]

Los relatos bizantinos sobre los «bárbaros»: el foco se estrecha

La élite bizantina, consciente de los territorios y de las glorias perdidos de su Imperio, no estaba dispuesta a dignificar a los pueblos «bárbaros» con una descripción en griego de alto estilo —aunque algunos de los que cumplían misiones diplomáticas enviados por el emperador poseían talento literario—. La escasez de dichos relatos después del siglo VI merece un examen un poco más extenso, porque señala la transfiguración de las perspectivas culturales cristianas orientales después de la época de Justiniano. Se trataba en parte de una cuestión de aproximación al mundo conocido. Las descripciones cuidadosas y el análisis empírico de los acontecimientos humanos y los fenómenos naturales como medio para explicar el funcionamiento del mundo habían sido la esencia de la ciencia antigua y del escrito histórico, y todavía eran atacados por Cosme Indicopleustes en el siglo VI. Cosme censuraba la opinión predominante de que la tierra era una esfera por ser de origen pagano y en contra del sentido común y evidente. En cambio, sostenía que el cielo descansaba como una tienda sobre la tierra fija y llana y encima existía otro, celestial, un tabernáculo habitado por Dios y los ángeles. La perspectiva antiempírica de Cosme es un ejemplo temprano de lo que llegó a ser la ortodoxia predominante en la cosmografía oriental. Mezclaba la aversión de la élite bizantina a describir con detalle los diferentes modales y *costumbres* de quienes vivían más allá de su propio círculo. La línea oficial era que los regímenes «bárbaros» eran esencialmente ilegítimos, con tendencia a funcionar a la manera de Gelimer. Pero la reticencia también procedía de una cierta falta de confianza sobre cómo discutir los métodos de los bárbaros, tanto individualmente entre los miembros de la élite, temerosos de ser criticados por desviación o traición, como arraigada en la cultura política en conjunto.

Así, los eruditos enviados en embajadas a Bagdad a veces entablaban con sabios musulmanes discusiones que se extendían más allá de sus ins-

[26] Leo VI, *Tactica*, XVIII.110; *PG* 107, col. 972.

trucciones de demostrar la sabiduría y la destreza imperiales y de exponer los argumentos a favor de la doctrina ortodoxa contra los errores musulmanes. Exiten pruebas que indican que Juan el Gramático pudo haber obtenido datos astronómicos mientras estaba en una misión en Damasco, quizá lecturas del propio observatorio del califa.[27] Dicha colaboración erudita no habría parecido buena en los relatos literarios de las embajadas. Las polémicas contra el Islam eran su principal producto «publicado». Ni tampoco se compusieron disquisiciones como las que Prisco de Panio o Menandro el Guardia Real habían escrito, respectivamente, a finales del siglo V y a finales del VI. Prisco condimentó su obra histórica con un relato de su estancia en el campamento de Atila en el año 449. Entrelazando los comentarios etnográficos y los temas morales a la manera de Herodoto —cuyos comentarios sobre el estilo de vida nómada utiliza—, Prisco cuenta las conversaciones con individuos, incluso con un comerciante expatriado y un jefe huno. El expatriado expresa su preferencia por la «mejor vida» de que disfruta ahora a diferencia de las condiciones entre los romanos, donde la justicia es para el rico, los impuestos son gravosos y «desde que... no todos los hombres llevan armas, ellos depositan sus esperanzas de seguridad en otros y son así fácilmente asesinados en la guerra».[28] Prisco describe al jefe, Onegesio, rechazando una invitación para desertar: «haz que los romanos piensen eso... ¿traicionaré a mi señor, volveré la espalda a mi educación entre los escitas, mis esposas e hijos y pensaré que la esclavitud de Atila no es preferible a la riqueza entre los romanos?».[29] Describiendo a los «bárbaros» como salvajes nobles era un medio de criticar indirectamente o, al menos, poner bajo una nueva perspectiva las *costumbres* del mundo «civilizado» y tenía precursores que se remontaban a Herodoto. Más de un siglo después, Menandro el Guardia Real describía el punto de vista de los bárbaros, recurriendo a los relatos diplomáticos de las negociaciones. Los khagan turcos, según se afirma, pusieron sus dedos en la boca y le dijeron a un enviado: «Como hay diez dedos ahora en mi boca, así vosotros romanos habéis usado muchas len-

[27] P. Magdalino, «The road to Baghdad in the thought-world of ninth-century Byzantium», en L. Brubaker (ed.), *Byzantium in the Ninth Century: Dead or Alive?* (Aldershot, 1998), pp. 198, 208-210.

[28] Prisco, en *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire*, ed. y trad. inglesa R. C. Blockley, II (Liverpool, 1983), pp. 268-269; M. Maas, «Fugitives and ethnography in Priscus of Panium», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 19 (1995), pp. 146-160.

[29] Prisco, en *Classicising Historians*, ed. y trad. inglesa Blockley, II, pp. 274-275.

guas. A veces me engañáis vosotros, a veces mis esclavos... Mentir es ajeno y extraño a un turco».[30]

La «arrogancia» bárbara podía ser descrita de esta manera mientras el mundo aún permanecía a los pies de los romanos. Una oración de Agatías sostenía en el decenio de 560 que el viajero «ausonio» podía recorrer la tierra sin miedo, beber de un afluente del Indo o visitar las Columnas de Hércules: «en ninguna parte encontrarás una región que sea extraña... sino que a todas partes a las que vayas estarás en las posesiones del emperador sabio, que abarcan todo el mundo con sus dominios. El Tanais (el río Don) forma en vano una frontera para el continente».[31] Un par de generaciones después, tal envalentonamiento sería difícil de mantener. La composición de historias sobre las hazañas de los emperadores dejó de ser convincente, y las representaciones literarias de encuentros diplomáticos con los bárbaros pasaron de moda: no porque fueran poco comunes, sino porque la improvisación y las maniobras que ello implicaba ya no se realizaban desde una posición de fuerza.

Los relatos sobre las zonas fronterizas y de más allá llegaban a raudales al palacio imperial en el siglo X, pero se centraban estrictamente en las cuestiones de inteligencia militar y eran sólo para los ojos del emperador. Era axiomático a la hegemonía del emperador que estuviera mejor informado que sus súbditos sobre los movimientos de extranjeros en general. No es casualidad que las tentativas conservadas de panoramas de pueblos extranjeros emanasen de emperadores o de sus ayudantes investigadores. El emperador y su personal podían elegir entre despachos entrantes y descripciones «canónicas» tempranas de pueblos, incluyendo los de Prisco y Menandro. Pero la tarea de combinar las verdades de los antiguos con los relatos efímeros era formidable, como atestigua el tratado que Constantino VII compiló para su hijo y heredero, Romano. El prólogo expone su objetivo: considerar «de qué manera cada nación puede beneficiar a los romanos y en qué dañarla», sus costumbres «y la situación y el clima de la tierra que habitan».[32] Incluso teniendo en cuenta los defectos de Constantino como cotejador, la distancia entre el proyecto y la ejecución es notoria. Ninguna visión de conjunto posterior al siglo VI parece haber es-

[30] Menandro el Guardián, *History*, ed. y trad. inglesa R. C. Blockley (Liverpool, 1985), fragmento 19.1, pp. 174-175.

[31] Agatías, *Anthologia Graeca*, 4.3 (b), ed. y trad. alemana H. Beckby, I (Munich, 1965), pp. 248, 250.

[32] Constantino VII, *De administrando imperio*, prooemium, ed. y trad. inglesa G. Moravcsik y R. J. H. Jenkins (Washington, DC, 1967), pp. 44-47.

tado disponible para proporcionar un marco, y el emperador y sus ayudantes confiaron en las narraciones escuetas de las crónicas para la cobertura de tales acontecimientos transcendentales, como la subyugación de los árabes del Oriente Próximo y de España.

El *De administrando* de Constantino VII revela no obstante cómo un emperador diligente veía el mundo a su alrededor. Los agrupamientos eslavos de los Balcanes expuestos a estar bajo la hegemonía búlgara reciben una cobertura detallada. También la tienen los pueblos del norte que habían acosado las posesiones bizantinas recientemente, los húngaros, kázars y rusos. Se presta especial atención a los rusos, a quienes se puede impedir navegar cerca de «esta ciudad imperial de los romanos» si el emperador trata de ganarse el favor de los pechenegues.[33] Los rusos importaban porque podían aterrorizar la capital: los pueblos que sólo acosaban las posesiones aisladas eran, a la larga, de menor importancia. Constantino abarca toda la extensión de la cuenca Mediterránea. Poco se dice sobre los poderes contemporáneos al norte de los Alpes, y la escena global es calidoscópica. Más allá de la «ciudad imperial» y de la «Romania» se arremolinan agrupamientos varios de merodeadores. Desde unos puntos geográficos fijos se vigilan y se anticipan sus movimientos, por ejemplo, Cherson en Crimea y las fortalezas de Armenia. Esta postura defensiva podía implicar contactos con pueblos remotos, como los alanos —adversarios potenciales de los kázars— que vivían al norte del Cáucaso. Clérigos bizantinos habían realizado una importante labor misionera entre ellos a principios del siglo X. Y el mismo Constantino supervisó el bautismo en su palacio de jefes húngaros y de la princesa rusa Olga. Pero acontecimientos como éstos no podían integrarse fácilmente en el ideal de Constantino de monarquía salomónica y de dominio «romano», ni tampoco las concesiones que tenían que ser hechas, en la práctica, a los forasteros. El tratado de Constantino no menciona los tratados con los rusos o las empresas misioneras que patrocinó.

Los cristianos al otro lado del mar: el punto de vista del obispo Liudprando

Constantino VII tiene cosas positivas que decir sobre una «nación» extranjera: «los francos» puede ser a veces brutos o indisciplinados, pero los ma-

[33] Constantino VII, *De administrando imperio*, 2, ed. Moravcsik y Jenkins, pp. 50-51.

trimonios imperiales con ellos eran permisibles, «debido a la fama y a la nobleza existente desde hace mucho tiempo en esas tierras y gentes».[34] Un clérigo natural de Italia expresaba un ejemplo comparable de afinidad unos años más tarde. El *Antapodosis* de Liudprando de Cremona presenta una visión de cooperación entre los poderes cristianos del mundo mediterráneo, entre los que el emperador de Oriente es una figura distante pero poderosa, enviando naves equipadas con «fuego griego» para atacar una de las *bêtes noires* de Liudprando, los sarracenos, en Fraxinetum. La obra de Liudprando acaba con su propia visita al palacio «no sólo superando en belleza sino también en fuerza a todas las fortalezas que he visto»,[35] y sus estampas de la historia imperial reciente destacan la piedad de los griegos. Además, el alcance de su trabajo no es muy diferente del *De administrando* de Constantino, a saber: los potentados cristianos y los centros de población del Mediterráneo, y los sarracenos y otros que los hostigaron. No obstante, para Liudprando los griegos son tan extraños como hermanos, y los detalles que ofrece sirven en parte como información previa para el obispo español a quien está dedicado el *Antapodosis* y para los miembros de la élite alemana entre los que escribe Liudprando. Otón I y sus camaradas sajones eran virtuales principiantes para el poder jugado en el mundo mediterráneo, pero incluso los magnates más al sur estaban probablemente peor informados sobre Bizancio que sus predecesores carolingios.

Al cerrar los húngaros desde finales del siglo IX muchas rutas terrestres hacia Oriente, se habían agravado los riesgos a los que los viajeros se enfrentaban, de todas formas, en el mar. Al tomar aventureros musulmanes la Creta bizantina entre los años 824-827 y reducir gradualmente los musulmanes la Sicilia bizantina, así como los enclaves a lo largo de las costas de Calabria y de Campania, el Mediterráneo se convirtió en un lago más musulmán de lo que lo había sido antes. La reconquista bizantina de otras zonas de Italia del sur a partir de mediados del decenio de 870 realmente no compensaba los más altos riesgos y costes que ahora acosaban al viajero. Fue a partir de finales del siglo IX que «los hijos de Ismael gobernaron las olas y se aprovecharon de todos los golfos, playas y promontorios».[36] Para esta época, los datos de viajes por mar entre el Occidente

[34] Constantino VII, *De administrando imperio*, 13, ed. Moravcsik y Jenkins, pp. 72-73.

[35] Liudprando de Cremona, *Antapodosis*, V. 21, en *Opera Omnia*, ed. P. Chiesa, Corpus Christianorum, Continuatio mediaevalis 156 (Turnhout, 1998), p. 135; trad. inglesa F. A. Wright, *The Works of Liudprand of Cremona* (Londres, 1930), p. 190.

[36] *Osios Loukas: O bios tou osiou Louka tou Steiriote (Life of St. Luke the Steiriote)*, 3, ed. D. S. Sophianos (Atenas, 1989), p. 160.

latino y las tierras bizantinas son muy escasos. Así, Liudprando escribía después de la proliferación de obstáculos a los contactos directos Oriente-Occidente. No estaban cortadas todas las múltiples líneas que unían el Mediterráneo central con Bizancio. Oficiales superiores, soldados y clérigos hicieron el viaje a y desde bases administrativas y centros eclesiásticos en el sur de Italia en un número considerable, y el patriarca de origen italiano Nicolás Místico mantuvo muchos vínculos con amigos y familiares tan al norte como Roma. Además, el mismo desafío de los depredadores musulmanes favoreció un cierto sentimiento de comunalidad entre los potentados cristianos orientales y occidentales. El emperador Teófilo lo invocaba en el año 841 después de que los sarracenos se apoderaran de Sicilia, en un intento por incitar al emperador Lotario a llevar a cabo operaciones conjuntas contra ellos.

Hasta cierto punto, entonces, Liudprando perteneció a una serie de escritores y estadistas cuyo sentido de las creencias comunes de los cristianos en Oriente y en Occidente —de la «cristiandad»— se agudizó por la molesta presencia musulmana en la región mediterránea central. Pero la sucesión es irregular y en esas ocasiones, cuando las operaciones colectivas se acercaban a la realización, los contratiempos bien podían abrir cuestiones más amplias de la condición relativa y de los grados de *romanitas*. Así, los emperadores Luis II y Basilio I intercambiaron insultos acerca de una reciente derrota en Bari incluso mientras estaban haciendo planes para una nueva alianza contra los sarracenos. Los relatos carolingios sobre las visitas a Constantinopla como el de Amalario de Tréveris son superficiales sobre el propio lugar, aunque elocuentes sobre los riesgos del viaje por mar.[37] En cambio, el *Antapodosis* de Liudprando trata los tejemanejes de la corte del *basileus* con una fascinación empalagosa, casi como si hubiera caído en la cuenta de un «mundo» perdido, medio familiar a partir de los libros de historia. Liudprando y su supuesto público ansiaban poner al día su trato con los griegos y *arrivistes* como su señor, Otón I, que estaban impacientes por intercambiar saludos y formalizar las relaciones. Pero la impaciencia y el desconocimiento de los métodos de los griegos pudieron llevarles a equivocaciones y a reacciones de desahogo, como la de Liudprando después de que su intento por ganar una *porphyrogenita* para el hijo de Otón I fuera rechazado en el año 968. Ahora la diferente — y «afeminada»— indumentaria, los modales y los estilos de vida de la élite oriental se convir-

[37] Amalario de Tréveris, *Versus maritimi*, *MGH, Poetae latini aevi carolini* I (Berlín, 1881), pp. 426-428.

tieron en objetos de reproche, lo contrario a la vida sencilla: las maneras militares de los señores de Liudprando.[38]

Opiniones desde los límites: Orosio, Isidoro, Beda

Los relatos de Liudprando sobre Bizancio y el mundo mediterráneo fueron escritos desde el punto de vista de un empleado real. Si Liudprando era responsable ante Otón I, muchos de los cristianos occidentales que dejaron constancia escrita de los contactos con los «otros», narradores de viajes o expositores de «la naturaleza de las cosas», ni escribían directamente en el séquito de un rey ni se sentían demasiado atraídos por las extravagancias del mundo conocido. Existe diversidad y variedad en los lugares donde escribieron, un «policentrismo» que dejó de caracterizar al Imperio oriental. Esto no equivale, naturalmente, a «multiculturalismo» o relativismo moral; incluso la actitud de esos pocos escritores ante los «forasteros» que no eran monjes o clérigos era irreprochablemente cristiana. Pero sigue siendo un hecho que no había ningún equivalente occidental duradero del cuasimonopolio de la actividad literaria «superior» y del poder político sobre el que presidían los *basileus* en Constantinopla. En el archipiélago de grupos de poder y centros de escritura y de copia que se extendían por Occidente, había una multiplicidad de afinidades cambiantes, muchas de ellas desarticuladas y locales o familiares, otras todavía rememorando el marco dominante proporcionado por la autoridad del emperador en Constantinopla. Tan tarde como a mediados del siglo VIII, los papas fechaban sus cartas por los años del reinado del Imperio oriental, aunque por aquella época el propio papado era considerado en muchos de los círculos más influyentes de Occidente el depositario de colecciones de derecho canónico y el árbitro de la buena enseñanza religiosa. Se intentó a nivel individual dar sentido a los acontecimientos corrientes y conciliarlos con la sabiduría recibida de los textos privilegiados, las Escrituras y otros escritos «sagrados», por un lado, y lo que podía entresacarse de la masa de información y de exégesis dejada por los escritores precristianos, por el otro.

[38] Liudprando de Cremona, *Relatio de Legatione Constantinopolitana*, 12, 37, en *Opera Omnia*, ed. Chiesa, pp. 192-193, 203.

Teniendo en cuenta la falta de supervisión jerárquica y la diversidad de ambientes en los que estas tentativas fueron realizadas, los desacuerdos y las rivalidades son menos notables que la coherencia lograda. El consenso cristiano era principalmente autoimpuesto, alentado por el respeto por la «autoridad» escrita.

Este respeto es evidente en la primera exégesis importante de acontecimientos desde que se realizara la Creación desde un punto de vista cristiano. Orosio, que escribía sus *Historias contra los paganos* a principios del siglo V, buscaba mostrar la mano y obra de Dios en los sucesos actuales. En respuesta a la alegación de los paganos —«los extraños de la Ciudad de Dios»— sobre que la religión cristiana había ocasionado «los desastres de hoy en día», Orosio buscó demostrar que «el sufrimiento de los hombres empezó con el pecado original».[39] Con todo, acepta la organización del espacio hecha por «los antiguos paganos» y ofrece sus versiones (no completamente lógicas) del mundo dividido en tres partes. El Mediterráneo se encuentra en el centro de las cuestiones, sus ciudades, sus islas y las provincias vecinas, que son descritas con algo de detalle; más allá viven «las naciones» (*gentes*), cincuenta y cuatro de ellas en Europa, que se extiende desde el Don en el este hasta la zona septentrional del océano y así incluye una porción considerable del *barbaricum.*[40] El trazado de Orosio no era original, salvo en la manera en la que consecuentemente veía el mundo de Oriente a Occidente, reconociendo quizá el significado cristiano de esta orientación. Pero esto hizo su exhaustivo relato histórico más accesible a lectores que carecían de experiencia directa del mundo mediterráneo y poco tiempo después era copiado y circulaba al norte de los Alpes. Los lectores del norte encontrarían poco sobre sus propias tierras en las páginas de Orosio, pero las cuidadosas series de instrucciones fueron de valor para las comunidades y los eruditos que todavía intentaban encontrarse a sí mismos y crear sus propios «microcristianismos».

Una razón más para la resonancia de Orosio residía en su ambivalencia. Escribía justo después de la aparición de serias fisuras en el orden imperial, y sus *Historias* pretendían demostrar que el cristianismo traía consigo mayores beneficios a los emperadores de lo que el paganismo había

[39] Orosio, *Historiarum adversum paganos libri vii,* Prologue 9,13; 1.4, ed. y trad. francesa M.-P. Arnaud-Lindet, I (1990), pp. 8, 9, 10.

[40] Orosio, *Historiarum libri vii,* 1.52-4, ed. Arnaud-Lindet, I, pp. 24-25.

hecho. Pero al mismo tiempo, siguiendo a San Agustín a quien dedicaba su obra, declaraba la principal fidelidad a la Ciudad de Dios y podía interpretar todos los desastres terrenales como las medidas correctivas necesarias para llevar a los hombres más cerca de la salvación. Las mismas omisiones de Orosio hicieron su diseño divino más maleable para los que buscaban fortalecer sus propios regímenes y para la apologética cristiana: su estudio ni siquiera menciona Constantinopla como ciudad imperial y no trata el Imperio como la llave de la salvación.

Algunos de los otros teorizantes más eficaces acerca del significado de las cosas terrenales y su lugar en el tiempo y en el espacio escribieron, como Orosio, en o más allá de los márgenes del dominio imperial real y no concedieron tanta importancia al Imperio o a sus luchas de Reconquista. Isidoro de Sevilla era, como Orosio, combativo, y sus numerosas obras escritas —entre ellas el *De natura rerum* y las incompletas *Etymologiae*— eran sólo una faceta de sus esfuerzos como obispo de Sevilla y consejero de los reyes visigodos a principios del siglo VII. Recurriendo a numerosas obras clásicas, así como cristianas, añadió una glosa cristiana a todos los objetos, observaciones y cálculos conocidos por el hombre, proporcionando esquemas, por ejemplo, de los elementos, del mundo terrestre (formado, como para Orosio, por Asia, Europa y África) y de las cinco zonas del cielo: «imaginemos... [las zonas] como nuestra mano derecha de tal manera que el dedo pulgar es el círculo ártico...; el dedo meñique el círculo antártico».[41] Isidoro ofrecía un tipo de guía «regla-del-pulgar» para la unidad divina detrás de la aparente confusión de las cosas para las personas que tenían poco acceso a las reservas de libros o a la conversación sobre abstracciones. El conocimiento no se sostiene en interés propio más de lo que lo hace la especulación abierta, y no todos los datos son exactos. Pero Isidoro permite la curiosidad, y su reunión de conceptos clásicos y bíblicos y de saber popular, entremezclados con disquisiciones sobre las cosas cotidianas, era lo bastante voluminoso como para funcionar como un tipo de «observatorio flotante» en el espacio. Por así decirlo, está programado no sólo para contestar preguntas, suprimir errores y fijar el rumbo, sino también para proporcionar listas con las que los fenómenos nuevos y de apariencia extraña puedan evaluarse y puedan categorizarse en términos de alegoría cristiana. El «observatorio» no está limitado a un solo centro geográfico

[41] Isidoro de Sevilla, *De natura rerum*, 10.1, ed. y trad. francesa J. Fontaine, *Isidore de Seville: Traité de la nature*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques 28 (Burdeos, 1960), p. 209.

fijo —aunque sitúa el Paraíso terrenal en Asia—, y la deseada universalidad de su aplicación lo hizo transferible a una variedad de ambientes, desde las cortes del rey hasta las celdas de un bibliófilo. Por toda su presumida intimidad con el mecanismo de todas las cosas y la glorificación de España como «la reina de todas las provincias»,[42] Isidoro era en cierto modo un vagabundo, que intentaba proveerse para lo imprevisible. Para los eruditos lejanos y para los controladores del poder terrenal, Isidoro ofrecía un tipo de «guía del autostopista» para el cosmos.

Un lector y, en parte, copista de los trabajos de Isidoro vivió en las periferias de las tierras occidentales. Beda el Venerable pasó casi toda su vida en Wearmouth-Jarrow, trabajando en los comentarios de la Biblia, el cómputo del tiempo sagrado y la *Historia eclesiástica del pueblo inglés.* Ésta es básicamente una historia de cómo los «de fuera» pasaron a ser «de dentro»: líderes anglosajones, descendientes de invasores germánicos, fueron uno por uno convertidos al cristianismo, bien por misioneros o por otros reyes, y condujeron a su pueblo a formar parte de la «Iglesia universal» bajo la dirección de «la Sede Apostólica» (véase el capítulo 4). No era inevitable que las diversas élites guerreras anglosajonas aceptaran igualmente la forma de creencia y observancia cristiana ofertada desde muy lejos, en contraste con los modos personificados por santos celtas como Aidan. Además, el siglo VII fue precisamente el período en que la simbiosis bizantino-sasánida fracasó y el Mediterráneo oriental perdió mucho de su poder «locomotor», en términos políticos, culturales y económicos. Existen pocas dudas de que ello tuviera una dura repercusión sobre el comercio entre el Mediterráneo y las tierras al norte de los Alpes. En ese momento, los centros de gravedad política y las zonas comerciales estaban estableciéndose, en cambio, alrededor del Mar del Norte, y aunque el culto cristiano pronto ganó partidarios en las altas esferas después de la llegada de la misión de San Agustín a Inglaterra en el año 597, esto podía haber servido para agravar las rivalidades y consolidar las divisiones entre diversos reyes y candidatos a reyes. Beda celebraba, en efecto, el hecho de que esto *no* sucedió y que el sistema «universal» imperó. Una de las escenas más emocionantes de su *Historia* se sitúa en Whitby: el debate entre los partidarios de las posiciones celta y romana sobre «la observancia de la Pascua y las reglas de la vida eclesiástica». El discurso puesto en boca de Wilfrid invoca la observancia de la Pascua en diversos lugares

[42] Isidoro de Sevilla, *Historia Gothorum, Wandalorum, Sueborum, MGH, Auctores Antiquissimi* XI (Berlín, 1894), p. 267.

remotos, además de la misma Roma, y presenciada por él mismo.[43] Sus argumentos son descritos como los que prevalecían, y fue la misma *De ratione temporum* de Beda la obra que pondría un punto y final erudito a la controversia.

Viajar y convertir

Los viajes o las comunicaciones figuran en una cuarta parte de los capítulos de la *Historia* de Beda. Muchos de los contactos que anota con aprobación tienen que ver con el mundo mediterráneo cristiano. Pero también proclama el valor moral de «predicar a los gentiles», labor misionera entre los pueblos germánicos del continente, «de quienes los anglos y los sajones... son conocidos por proceder de ellos».[44] Explicar el tema como una especie de «pueblo» escogido cuyos orígenes se hallaban muy lejos era un tópico entre los historiadores de las formas de gobierno emergentes en la alta Edad Media.[45] Beda lleva el tema más lejos y dedica varios capítulos a la «labor apostólica» de los sacerdotes anglosajones entre los habitantes de Frisia y tierra adentro. A dos de ellos a quienes se dio muerte, ambos llamados Hewald, Beda los trató como mártires, y sus milagros quedaron registrados.

La dinámica del viaje podía ir dirigida «hacia el interior» o «hacia el exterior» más o menos de manera intercambiable, y el mismo viaje y los peligros intrínsecos y la separación de las obligaciones terrenales eran, al menos, tan importantes como la llegada. Así, el sacerdote Egberto es descrito como decidido a navegar hacia los pueblos germánicos para ver «si él podía librar a cualquiera de ellos de Satán» o, «si esto no podía hacerse, ir a Roma y... rezar en el santuario de los santos apóstoles y mártires de Cristo».[46] La noción de venerar sus lejanas reliquias y sufrir pruebas, cuando no «el martirio», por ellos estaba estrechamente vinculado a la labor de conversión. Semejante perspectiva no era peculiar de las islas noroccidentales. Aparece en la *Vida* de San Amando, que en el año *c.* 630 cruzó hacia los eslavos en la ribera opuesta del Danubio «esperando

[43] Beda, *Historia ecclesiastica*, 3.25, ed. Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 300-307.

[44] Beda, *Historia ecclesiastica*, 5.9, ed. Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 476-477.

[45] Véase la introducción, pp. 19-20.

[46] Beda, *Historia ecclesiastica*, 5.9, ed. Colgrave y Mynors, *Bede*, pp. 476-477.

enormemente que él pudiera ganar la palma del martirio».[47] Viajó de aquí para allá «predicando libremente el Evangelio» en una lengua que su hagiógrafo no especifica. Pero la sensación de que una vida de errancia constante y de privación era una forma superior de devoción impregnaba la cristiandad celta con una intensidad peculiar. San Patricio lo expresaba así: «soy un esclavo de Cristo para un pueblo extranjero por la gloria inefable de la vida eterna que está en Cristo».[48] Tales sentimientos encontraron amplia resonancia y ayudan a explicar un rasgo paradójico de los acercamientos noroccidentales del antiguo Imperio Romano. Las comunicaciones crecieron más arduamente a medida que los vínculos comerciales del norte con el mundo mediterráneo se desvanecían y los viajeros por las tierras francas se enfrentaban a portazgos considerables de oficiales reales y de caminos y puentes pobremente mantenidos. Estos obstáculos y riesgos endémicos de violencia parecen haber estimulado incluso a un número significativo de individuos, muchos de ellos monjes, para hacer del viajar una virtud, ya que era una forma de sufrir por Cristo. La autoindentificación del monje de origen inglés Bonifacio con los primeros mártires cristianos fue justificada finalmente cuando él y sus compañeros fueron ejecutados por frisios paganos en el año 754. Pero combinando el entusiasmo por la salvación de las almas de los paganos con la visión de un orden tolerante aferrado al mundo mediterráneo no era únicamente prerrogativa de activistas con el temple de Bonifacio. De ello informa una carta que el obispo Daniel de Winchester le escribió en los primeros años de su actividad evangelizadora (véase el capítulo 4).[49] Daniel escribe como miembro de este «mundo cristiano», aunque su propio obispado se encuentra lejos de tierras productivas de olivos o, incluso, de parras en abundancia. Tal entusiasmo por la extensa comunidad ignoró los obstáculos geopolíticos y permitió la inclusión de otros, no sólo de los sajones, de quienes Bonifacio comentaba que «somos de una sangre y de un hueso»,[50] sino también de los eslavos y los ávaros. De esta manera, el entusiasmo por los centros antiguos y autorizados de piedad y de enseñan-

[47] *Vita S. Amandi* 16, ed. B. Krusch, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum* V (Hanover, 1910), p. 440.

[48] *Carta* 10, en *St. Patrick: His Writings and Muirchu's Life*, ed. y trad. inglesa A. B. E. Hood (Londres, 1978), pp. 36, 57. Véase también el capítulo 4.

[49] Bonifacio, *Epistolae*, núm. 23, ed. M. Tangl, *Die Briefe des heiligen Bonifatius und Lullus, MGH, Epistolae Selectae* 1 (Berlín, 1916), p. 40; trad. inglesa E. Emerton, *The Letters of Saint Boniface*, 2ª ed. (Nueva York, 2000), p. 28.

[50] Bonifacio, *Epistolae*, núm. 46, ed. Tangl, pp. 74-5; trad. inglesa Emerton, p. 53.

za, junto con la interpretación espiritual puesta en los viajes podía fusionar e impulsar a individuos y a pequeños grupos de monjes hacia el exterior. La tendencia de los habitantes del norte a las aspiraciones que miraban «hacia dentro» —o «hacia atrás»— para generar contactos, no siempre deseados, con otras gentes, que vivían al norte de la línea de la vid y más allá de las antiguas fronteras romanas, es una típica característica de la cristiandad latina en la alta Edad Media.

El papado era preeminente como una especie de «centro ejemplar», ejerciendo fascinación sobre aquéllos cuyo cristianismo era relativamente reciente y que eran conscientes de lo amorfo de las estructuras de sus iglesias locales. Los papas estaban suficientemente preparados para recordar a los potentados la posición de San Pedro como «príncipe de los apóstoles» y la deuda de las otras iglesias a sus sucesores. León II informó al rey visigodo Erwig que «desde esta santa Iglesia apostólica... todas las tierras, incluidas las de su Señoría, han logrado el conocimiento de la Verdad y del camino de la Vida».[51] Determinados papas mostraron tacto por las costumbres locales y las preocupaciones de los conversos. Así, Nicolás I trató pacientemente las ansiedades del kan Boris de Bulgaria en cuanto a si las prendas de vestir de los búlgaros estaban en armonía con el culto cristiano y cómo conciliar la nueva religión con su dirección de la guerra.[52] Nicolás y sus sucesores mostraron interés por los hermanos bizantinos, Constantino-Cirilo y Metodio, que habían traducido pasajes de las Escrituras y de textos litúrgicos al eslavo durante su misión en Moravia a mediados del decenio de 860: fueron invitados a Roma en el año 867. Metodio fue después nombrado arzobispo de los «panonios». Pero mientras que estas y otras muestras de interés en la evangelización tenían peso, eran principalmente hechas en respuesta a las iniciativas de gobernantes locales como Boris, o en competencia con los bizantinos, cuyas reivindicaciones de Iliria irritaban. El papado reclamó un papel «apostólico» tanto con respecto a los eslavos como a otros pueblos, pero no existen pruebas de una instrucción sistemática de predicadores en Roma o una «estrategia misionera». En general, las perspectivas de los papas todavía estaban orientadas a lo largo de los ejes tradicionales del mundo mediterráneo. Cuando los apologistas papales buscaron formular una postura a finales del siglo VIII, la confeccionaron en forma de decreto imperial. Los lugares supuesta-

[51] *Leoni Papae Epistulae*, núm. 7; *PL* 96, col. 418.

[52] Nicolás I, *Responsa, MGH, Epistolae* VI (Berlín, 1925), pp. 579-582, 585, 587-588, 590-591, 593.

mente cedidos al Papa Silvestre por Constantino el Grande comprendían su palacio, la ciudad de Roma y «todas las provincias, comarcas y pueblos de Italia y de las regiones occidentales».[53] No existe mención del norte, aunque el documento fue redactado mientras las relaciones entre los papas y los gobernantes francos se intensificaban.

El ámbito de Carlomagno

Roma y Constantinopla tenían un lugar en el mundo ideal del más poderoso de los gobernantes francos, Carlomagno. Su biógrafo apunta que él casi dobló la extensión del reino que había heredado mientras que más tarde un elogiador observaba que los pueblos «cuyos nombres desconocieron los romanos» cayeron bajo su dominio.[54] En guerra durante gran parte de su reinado, Carlomagno hizo ostentación de señorío al enviar botines a gobernantes en el extranjero y subsidios al patriarca y a otros cristianos que vivían en Jerusalén. Los reyes irlandeses que recibieron sus «obsequios» «se proclamaron sus esclavos y súbditos».[55] Los proyectos constructivos de Carlomagno a veces evocaban los antiguos monumentos imperiales u orientales. Su iglesia de la Virgen en Aquisgrán tenía un plano de estilo oriental, mientras que su puente sobre el Rin en Maguncia reflejaba la responsabilidad de los emperadores romanos para las comunicaciones. El testamento de Carlomagno indica la fascinación por las dos ciudades. En una de las dos mesas de plata en él mencionadas, se grabó un mapa de Constantinopla, mientras que otro mostraba la ciudad de Roma. Un tercero que representaba el cosmos fue quizá el tema de los versos de Teodulfo de Orleans sobre un «cuadro, en el que la imagen de la tierra era reproducida en forma de círculo».[56] Carlomagno y sus contemporáneos suponían una conexión entre estas ciudades y el universo: las

[53] *Constitutum Constantini*, 17, ed. H. Furhmann, *MGH Fontes iuris Germanici antiqui in usum schol.* 10 (Hanover, 1968), p. 93.

[54] Einardo, *Vita Karoli Magni*, 15, ed. G. Waitz, *MGH, Scriptores rerum germanicarum* (Hanover-Leipzig, 1911), p. 17; trad. inglesa P. E. Dutton, *Charlemagne's Courtier* (Peterborough, Ontario, 1998), p. 25; Poeta Saxo, *Annalium de gestis Caroli Magni Imperatoris libri quinque, MGH, Poetae latini aevi carolini* IV.1 (Berlín, 1899), p. 70.

[55] Einardo, *Vita Karoli Magni*, 16, ed. Waitz, p. 19; trad. inglesa Dutton, *Charlemagne's Courtier*, pp. 25-26.

[56] Teodulfo de Orleans, *Carmina, MGH, Poetae latini aevi carolini* I (Berlín, 1881), p. 547.

ciudades representaban el centro de la creación de Dios, incluso aunque con ello ganasen trascendencia. No es sorprendente que la propia corte de Carlomagno a veces fuese designada como una «nueva Roma».

Tal creencia en la centralidad divina de la corte no era absurda, y el complejo palaciego de la Aquisgrán de Carlomagno continuó siendo central incluso durante el reinado de su hijo, Luis el Piadoso. Sus respectivos hijos y otros representantes les tenían que mandar enviados «desde pueblos de fuera», sin que ellos mismos emprendieran las acciones diplomáticas.[57] Las fronteras del sur de Italia estaban demarcadas magníficamente con mojones de límite. Se enviaban misiones religiosas, como la de Anskar a Suecia, mientras que se daba mucha importancia al papel de Luis como conversor. El bautismo ceremonial del rey danés Harald pende principalmente de la descripción de la corte de Luis realizada por Ermoldo el Negro: «Los reinos de su propio acuerdo ahora te buscan, lo que ni la poderosa Roma ni las leyes francas podrían subyugar. Los mantienes a todos en el nombre de Cristo, padre».[58] Carlomagno había fomentado una visión de «paz» general, impuesta sólo por él en cumplimiento de la voluntad de Dios. La idea de Carlomagno de llevarla a cabo a través de un solo código de derecho —evocador de la antigua Roma o de Bizancio— fracasó nada más empezar. Pero se compiló probablemente un «computus» estándar poco después de las consultas en su corte en el año 809 y circuló ampliamente. Recurriendo a Isidoro, Plinio y sobre todo a Beda, da instrucciones sobre cómo calcular la Pascua, un relato de las seis edades de la historia del mundo, el número de años desde la Creación y la Encarnación y datos astronómicos copiosos.

Las preocupaciones por el tiempo y el lugar estaban estrechamente relacionadas, y se efectuaron varios intentos para describir el mundo en las cortes carolingias. Aquí, también, el objetivo era proporcionar pautas definitivas, creando una «geografía canónica» a partir de la confusión de información en los escritos anteriores. *Sobre la naturaleza de las cosas* de Hraban Maur ofrecía una explicación alegórica de los fenómenos, situando Jerusalén en el centro de la tierra y centrándose en la realidad detrás del mundo visto, como hicieron Cosme Indicopleustes y los cosmógrafos orientales. Otros escritores se contentaban con delinear la superficie de la

[57] «ab exteris nationibus», *Ordinatio imperii*, cap. 8, ed. A. Boretius, *MGH, Capitularia regum Francorum* I (Hanover, 1883), núm. 136, p. 272.

[58] Ermoldus Nigellus, *In honorem Hludovici*, ed. y trad. francesa E. Faral, *Ermold le Noir* (París, 1964), p. 190, versos 2517-2519.

tierra, refundiendo autoridades como «el libro del bienaventurado presbítero Orosio y el libro del señor obispo Isidoro».[59] Algunos se sirvieron de textos antiguos para nuevos usos, especialmente Dicuil, de origen irlandés, en la corte de Luis el Piadoso en su búsqueda de sistemas de medición precisos. Su curiosidad le llevó a citar relatos de testigos oculares, no sólo sobre los «graneros» de José (véase más arriba, pág. 221), sino también sobre los confines del mundo, *Ultima Thule*. Dicuil observa que alrededor del solsticio de verano a la puesta de sol «se esconde como detrás de una colina pequeña de tal manera que no había oscuridad... y un hombre podía hacer cualquier cosa que deseara como si el sol estuviera allí, incluso quitar piojos de su camisa». Dicuil corrige a los escritores anteriores que sostenían que el mar estaba permanentemente helado alrededor de Thule (probablemente Islandia) desde el equinoccio otoñal al primaveral, aunque sus informadores clericales le aseguraron que «a un día de viaje en barco hacia el norte de aquella [isla] encontrarían el mar helado».[60] Dicuil no era el único en su curiosidad: él debía estas observaciones a otros. Él así revela cómo era de célebre en las cortes carolingias, aunque nunca fue recordado en los documentos escritos.

El liderato de Carlomagno hacía respetable la curiosidad sobre los tejemanejes distantes, aunque los datos no estaban codificados. Así, en su *Comentario* al Evangelio de Mateo, Cristiano de Stablo muestra un conocimiento de las conversiones respectivas de los búlgaros y de los kázars al cristianismo y al judaísmo en el decenio de 860.[61] Una generación después, en Wessex, algunos de los espacios en blanco en la descripción de Orosio del mundo se llenaron con información traída a la corte del rey Alfredo por un noruego, Ohthere. Por orden de Alfredo, el traductor anglosajón de Orosio contó el viaje de Ohthere alrededor del Cabo Norte «para averiguar hasta qué punto la tierra se extendía exactamente al norte, o si alguien vivía al norte de la zona deshabitada».[62] Se pensaba que las

[59] *Situs orbis terrae vel regionum*, ed. P. Gautier Dalché, «Situs orbis terre vel regionum: Un traité de géographie inédit du hau Moyen Âge (*Paris, B.N. latin 4841*)», *Revue d'Histoire des Textes*, 12-13 (1982-1983), p. 162 (*praefatio*), reimpr. en su *Géographie et culture: La Représentation de l'espace du VIe au XIIe siècle* (Aldershot, 1998), núm. 3.

[60] Dicuil, *Liber de mensura orbis*, 7.11.13, ed. y trad. inglesa Tierney y Bieler, pp. 74-5.

[61] Cristiano de Stablo, *Expositio in Matthaeum; PL*, 106, col. 1456; L. S. Chekin, «Christian of Stavelot and the Conversion of Gog and Magog», *Russia Mediaevalis*, 9 (1997), pp. 13-34.

[62] Relato de Ohthere en *Two Voyagers at the Court of King Alfred*, ed. y trad. inglesa N. Lund y C. E. Fell (York, 1984), p. 18.

direcciones de navegación y los pueblos y las criaturas de la región del Mar Blanco merecían más descripción. Tal interés era bastante compatible con la piedad convencional y la veneración de los santuarios tradicionales. Alfredo, él mismo traductor de Boecio, viajó a Roma —dejando su nombre en un libro conmemorativo en Brescia—[63] y coincidió con el Patriarca Elías de Jerusalén, que buscaba consejo sobre remedios medicinales.[64] Pero estas iniciativas diversas también indican cómo el Occidente cristiano se desarrollaba mediante permutaciones, a diferencia de las de Bizancio o las de la Roma imperial. La veneración que se sentía por las antiguas sedes de la enseñanza y de la santidad se combinaba con la admiración explícita por los viajes, con las historias de los viajeros como fuentes de información. Tales tendencias fueron promovidas por la proliferación de cortes y de centros culturales en Occidente en las generaciones siguientes a Carlomagno. La monarquía itinerante y la necesidad de distancias calculadas con precisión dieron a los gobernantes diferentes puntos de vista de los del emperador en el Bósforo. Mientras tanto, el «goteo» de la alfabetización equipaba a escritores relativamente humildes para conmemorar los encuentros locales con los paganos y dejar constancia escrita de los estragos de los «piratas» y de otros invasores contra los hermanos cristianos más lejanos.

Esta comunalidad de fe y de textos clave no se correspondía con un régimen particular ni dependía de fronteras específicas. Ni tampoco radiaba exclusivamente de alguna ciudad o centro cultural. En ninguna parte se podía dar por sentada la supervivencia de la erudición o de la enseñanza: Alcuino podía describirse como «luchando diariamente contra la ignorancia en Tours».[65] Con todo, la misma falta de territorialidad de estos centros cambiantes implicaba resistencia y potencial para la expansión. Karl Leyser señalaba que a finales del siglo VIII *Europa*, un término clásico no muy utilizado previamente, llegó a ser aplicado a los dominios de Carlomagno.[66] Su vaguedad y elasticidad denotaba el ámbito de Carlomagno

[63] S. Keynes, «Anglo-Saxon Entries in the *Liber Vitae* de Brescia», en J. Roberts, J. L. Nelson y M. Godden (eds.), *Alfred the Wise: Studies in Honour of Janet Bately on her Sixty-Fifth Birthday* (Cambridge, 1997), pp. 107-116.

[64] J. Harris, «Wars and rumours of wars: England and the Byzantine world in the eighth and ninth centuries», *Mediterranean Historical Review*, 14 (1999), pp. 37-39.

[65] Alcuino, *Epistolae*, núm. 172, ed. E. Dümmler, *MGH, Epistulae* IV (Berlín, 1895), p. 285.

[66] K. Leyser, «Concepts of Europe in the early and high middle ages», reimpr. en Leyser, *Communications and Power in Medieval Europe*, ed. T. Reuter (Londres, 1994), pp. 6-8.

más acertadamente que las referencias a la «nueva Roma» o cualquier otro supuesto punto central. El mismo Carlomagno tuvo en cuenta la diversidad entre sus súbditos en su *Admonitio generalis*. Mientras que recomendaba ciertos cánones del *Dionisio-Adriana*, también sugería que los obispos utilizasen «otros cualesquiera que juzguen necesarios».[67] Aspirando a la hegemonía cristiana, él reconocía en la práctica la naturaleza policéntrica de sus dominios y promovía una única configuración politicocultural.

Si las liturgias cantadas en las iglesias occidentales continuaron siendo notablemente variadas hacia finales del siglo IX, los accesos a *Europa* no estaban visiblemente menos expuestos a los ataques relámpago de los vikingos y de otros. Era difícil mantener puntos de control efectivos, en especial en las vías fluviales donde los vikingos estaban en su elemento. Esto era tan cierto para los contactos pacíficos como para los trabajos de defensa, y algunos capitularios como el promulgado en Thionville en el año 805 prohibían la venta de «armas y armaduras»[68] a los eslavos y a otros. Es probable que estas regulaciones y las mismas incursiones sean meros afloramientos de contactos diversos hacia los que se inclinaron algunos participantes para llamar la atención —intercambios de manufacturas y esclavos de *Europa* por género traído de lejos desde el norte y el este—. Se encuentran cántaros de estilo Tating en emporios que se extienden desde Inglaterra a Dorestad (donde se atestiguan más de cincuenta vasijas), Hedeby, Birka y Staraia Ladoga. Producidos en varios hornos, representan justamente intercambios de alto valor.[69] Los hallazgos en emporios escandinavos y al este del Báltico de lo que parecen ser abalorios hechos en Europa aluden a nexos más extensos de intercambios de cuentecillas por pieles. Que el comercio llegó aún más lejos hacia el este lo demuestran los hallazgos de espadas a lo largo de vías fluviales como el Dniéper y el Volga. Algunas tienen inscrito en sus hojas el nombre del taller, la mayoría «Ulfbehrt». Ibn Khurradadhbih consideraba las espadas como un artículo principal de los rusos, mientras que otro escritor del siglo IX afincado

[67] *Admonitio generalis*, ed. A. Boretius, *MGH, Capitularia regum Francorum* I (Hanover, 1883), núm. 22, p. 54; R. McKitterick, «Unity and diversity in the Carolingian church», *Studies in Church History*, 32 (1995), pp. 59-82, esp. p. 81. Véase también el capítulo 5.

[68] *Capitulare missorum in Theodonis villa datum secundum, generale*, cap. 7, ed. A. Boretius, *MGH, Capitularia regum Francorum* I, núm. 44, p. 123.

[69] R. Hodges, *The Hamwih Pottery: The Local and Imported Wares from 30 Years' Excavations at Middle Saxon Southampton and their European Context* (Southampton, 1981), pp. 64-68.

en Bagdad, al-Kindi, describía con detalle las espadas «francas» que aparentemente llegaron al mundo musulmán a través de las tierras rusas.[70]

Que la *Europa* carolingia estuviera lejos de ser «hermética» no presagia una total «debilidad», como tampoco los hallazgos de armamento romano en turberas danesas disminuyen la Roma imperial. Más bien esto apunta a la reputación de las manufacturas que provienen de Renania y la vitalidad de los intercambios que trajeron la plata musulmana al Báltico y todavía más hacia el oeste en los siglos IX y X. Ya que gran parte del transporte comercial se dejó a embarcaciones con base en Frisia o a escandinavos en vías marítimas lejos de los escritorios, algunos escritores de mentalidad clerical tenían motivos para describirlo. Tenían tendencia a historiar —con propósitos moralizantes— los fracasos, cuando las autoridades eran derrotadas por los vikingos, desafiadores notorios del orden cristiano de las cosas. El efecto es esconder el substrato de intercambios regulares y la riqueza ampliamente difundida de la que vivían estos invasores.

El profundo interés que los «reyes» escandinavos, los grupos armados y los dedicados al trueque mostraron en *Europa* es, en el fondo, un elogio al magnetismo que ejerció. Sus habilidades para dirigir incursiones por sorpresa presuponían una estrecha familiaridad con las corrientes, las playas y las situaciones de los centros de población. Esta familiaridad había sido probablemente obtenida más a partir de contactos comerciales anteriores que mediante el espionaje sistemático. Los miembros jóvenes de las élites escandinavas buscaban de las expediciones los botines, la fama y un estatus, y el valor de los esclavos como mercancías daba un incentivo adicional a las incursiones. Pero estas empresas eran variantes de muchos intentos menos atractivos por parte de forasteros para participar de la riqueza y el aura del Occidente cristiano, mediante el comercio o poniendo sus talentos marciales al servicio de patrones occidentales. El bautismo del rey Harald por Luis el Piadoso sólo fue la más festejada de las numerosas recepciones de la «realeza» escandinava en las cortes carolingias: a veces los recién llegados eran destinados a las zonas costeras para defenderlas.[71] Probablemente existían muchos otros encomios y tratos a niveles más humildes.

Las misiones a Escandinavia patrocinadas oficialmente por gobernantes carolingios tuvieron un menor impacto inmediato. Se hicieron

[70] Ibn Khurradadhbih, *Kitab al-Masalik wa'l Mamalik [Book of Ways and Realms]*, ed. T. Lewicki, *Źródła arabskie do dziejów słowiańszczysny* I (Wroclaw-Cracovia, 1956), pp. 76-77; A. N. Kirpichnikov, *Drevnerusskoe oruzhie* I (Moscú-Leningrado, 1966), p. 46 y n. 199.

[71] S. Coupland, «From poachers to gamekeepers: Scandinavian warlords and Carolingian kings», *Early Medieval Europe*, 7 (1998), pp. 85-114.

más progresos entre los eslavos de Europa central, ayudados por la relativa facilidad de acceso y la penumbra del poder carolingio. Sus líderes buscaban la confirmación espiritual además de la política de los gobernantes francos como atestiguan los grupos de iglesias de piedra excavadas en las fortalezas moravas. Pero las diversas relaciones de los líderes con los nobles francos y los malcontentos reales podían subvertirse. Luis el Germánico puso al cargo de los moravos a Rastislav en el año 846, pero éste demostró ser rebelde y se defendió de una expedición punitiva de Luis en el año 855. A principios del decenio de 860, Rastislav solicitaba un obispo sucesivamente al papado y al emperador bizantino, y esta diligencia provocó la misión encabezada por Constantino-Cirilo y Metodio. Rastislav estaba buscando una estructura eclesiástica alternativa a la proporcionada por los obispados francos orientales. Estaban a su alcance otros centros eclesiásticos. El «patriarcado» de Aquileia, por ejemplo, llevaba a cabo labores misioneras en Carintia, y constan nombres de notables moravos en el Libro del Evangelio del monasterio de Cividale.[72] Sin embargo, fueron los clérigos bávaros quienes tuvieron un interés continuo en la pacificación de los eslavos de la cuenca del Danubio. Las traducciones conservadas del siglo IX de oraciones y textos para el bautismo y la confesión del latín al eslavo (utilizando caracteres latinos) probablemente proceden de su entorno. Fueron el arzobispo de Salzburgo y sus obispos sufragáneos quienes protestaron enérgicamente contra la implicación de Cirilo y Metodio y sus discípulos en la asistencia pastoral de los eslavos del Danubio. A sus ojos, esto equivalía a una intrusión en su esfera de jurisdicción, agravada por la novedad del eslavo utilizado como lengua formal de culto. Bajo los auspicios de Metodio, se compuso una *Vida* de su hermano, que ofrecía una justificación apasionada de su predicación y de su labor traductora. Metodio parece, sin embargo, haber sido superado estratégicamente por el obispo de origen franco de Neutra, Wiching, y después de su muerte en el año 885 sus discípulos y colegas se dispersaron, algunos de ellos encontrando empleo con Boris de Bulgaria. La línea de los obispos francos en sus logros misioneros pasados y su jurisdicción actual habían sido planteadas mordazmente después del encarcelamiento de Metodio. La *Conversio Bagoariorum et Carantanorum* decidía el caso por los derechos del arzobispado de Salzburgo en Carintia y Panonia sobre los copiosos pormenores de los sacerdotes enviados a predicar, los reyezuelos convertidos y las iglesias fundadas, reflejando la autosuficiencia y

[72] O. Tůma, «Great Moravia's trade contacts with the eastern Mediterranean and the mediating role of Venice», *Byzantinoslavica*, 46 (1985), pp. 75-76.

la confianza en las sedes fronterizas.[73] También se registra el interés por los pueblos vecinos en la lista del «Geógrafo bávaro» de numerosas ciudades y agrupamientos eslavos,[74] y por los relatos de nuevas olas de ataques de nómadas procedentes del este. Regino de Prüm muestra tener conocimiento de que «la gente más violenta de los húngaros» había ocupado las estepas del Don antes de emigrar hacia el oeste bajo la presión de los pechenegos y de la posible superpoblación.[75]

Los límites del Imperio y Otón III

La irrupción de los húngaros y sus confederados en la llanura de Panonia supuso un dique para la corriente del cristianismo franco hacia el este. Numerosos agrupamientos eslavos sucumbieron o pactaron. Las diferencias entre las respuestas de Oriente y de Occidente son notables. Para los estadistas bizantinos, los húngaros representaban sólo una de las diversas amenazas «bárbaras», y su diplomacia evitó la mayoría de las incursiones y atrajo a algunos jefes a la órbita del emperador como conversos religiosos y *patrikioi*. Las estructuras más pobres y desconectadas de Occidente aguantaron lo peor del saqueo y a sus líderes se les cogió desprevenidos. Una excepción fue Enrique «el Pajarero», el duque sajón elegido rey de los alemanes en el año 919. Organizó las fortalezas y mantuvo unidades de caballería que impedían las tácticas de ataque relámpago de los húngaros, suavizó el control sobre sus tributarios eslavos y los dirigió a zonas que no disfrutaban todavía de su estrecha vigilancia. Durante el reinado de Otón, hijo de Enrique, las incursiones aumentaron intermitentemente, pero la victoria de Otón sobre una hueste húngara en Lechfeld y la derrota posterior de los obodritas y otros eslavos en Recknitz acabó con el hábito de las correrías. Otón, al parecer, fue aclamado como «emperador» en el campo de batalla.[76]

[73] *Conversio Bagoariorum et Carantanorum*, ed. H. Wolfman (Viena, Colonia y Graz, 1979), pp. 34-59 (texto con trad. alemana).

[74] *Descriptio civitatum*, ed. en E. Herrmann, *Slawisch-Germanische Beziehungen im südostdeutschen Raum von der Spätantike bis zum Ungarnsturm*, Veröffentlichungen des Collegium Carolinum 17 (Munich, 1965), pp. 220-221.

[75] Regino de Prüm, *Chronicon*, ed. F. Kurze, *MGH, in usum schol.* (Hanover, 1890), p. 131.

[76] Widukind, *Rerum gestarum Saxonicarum libri tres*, 3.49, ed. H.-E. Lohmann y P. Hirsch, *MGH, SS in usum schol.* (Hanover, 1935, p. 128).

Para Otón, como para Carlomagno, era esencialmente la victoria espectacular sobre las filas extranjeras lo que merecía la condición suprema. Pero Otón y su padre eran «de frontera» en un sentido en que Carlomagno no lo había sido. Lo que faltaba a los gobernantes de origen sajón en legitimidad y en antiguo patrocinio podía en parte compensarse con una política «de avance» hacia los vecinos paganos. Poco después de su ascenso, Otón fundó un monasterio en Magdeburgo y éste se convirtió en un puesto avanzado para la labor misionera más allá del Elba. Siguiendo a su victoria en Lechfeld, Otón buscó la aprobación papal para un nuevo arzobispado fundado en Magdeburgo. Su tentativa fue frustrada inicialmente por el arzobispo de Maguncia y otros eclesiásticos superiores: sólo en el año 968 Magdeburgo se convirtió en la sede central de un arzobispado. Tales episodios sugieren la «influencia» política de los obispos alemanes establecidos y los beneficios que se obtenían de los pueblos recientemente conquistados al este.

La proeza marcial de Otón no sólo llamó la atención del papado sino también la del emperador bizantino y la del gobernante omeya de España. Los intercambios de embajadas y de obsequios eran una manera útil de presumir de la ascendencia de Otón ante sus magnates y compañeros alemanes. Él también se comparaba con señores del pasado y con hitos imperiales, siendo coronado rey en Aquisgrán en el año 936 y dándole mucha importancia a su posesión de la Santa Lanza, que tenía asociaciones con Constantino el Grande. En el año 961 prestó atención a la llamada de Juan XII, tal como Carlomagno había respondido a las apelaciones papales contra enemigos locales. Como Carlomagno, su recompensa fue que el Papa lo coronase emperador en Roma. Numerosos individuos buscaron implicarlo en el «Viejo Mundo». La *Antapodosis* de Liudprando fue escrita en parte con este propósito, y hacia el año 967 Otón buscaba una *porphyrogenita* bizantina como novia para su hijo y heredero, Otón II. La implicación militar sajona en Italia fue aprobada por muchos bizantinos, e imaginaron que «el cachorro» —Otón— se uniría al «león» —Nicéforo II— para exterminar al «burro», expulsando a los sarracenos del centro del Mediterráneo.[77] Llegada la hora, Otón sobreestimó su habilidad para coaccionar a los bizantinos a un acuerdo matrimonial bajo sus condiciones y en el año 972 tuvo que conformarse con una sobrina del emperador actual, no *porphyrogenita*, para mofa de los magnates italianos y sajones, se-

[77] Liudprando, *Legatio*, 40, en *Opera Omnia*, ed. Chiesa, pp. 204-5; trad. inglesa Wright, *The Works of Liudprand of Cremona*, pp. 258-259.

gún se afirma.[78] Sin embargo, una placa de marfil representando a Cristo bendiciendo a Otón II y a Teófano muestra cómo el matrimonio pudo dignificar las pretensiones imperiales sajonas. Otón, intitulado «el emperador *augustus* de los romanos» en el marfil y en las cartas del año 982, consideraba que sus derechos abarcaban la península entera y actuó en consecuencia. Condujo un ejército hacia el sur bizantino en nombre de la extirpación de los intrusos sarracenos. Cerca del Estrecho de Messina fue derrotado por los musulmanes que operaban por tierra y por mar, perdió a numerosos comandantes y él mismo escapó por muy poco. Al «cachorro» sajón, pese a toda su audacia, le faltaba el poder marítimo. Los invasores sarracenos continuaron haciendo estragos en Calabria y al cabo de unos meses los eslavos rebeldes habían expulsado a los alemanes de la mayoría de sus fortalezas al este del Elba, incluso saqueando Hamburgo. La extensión total de sus posesiones orientales sólo fue recuperada en el siglo XII.

Si bien la expansión de las conquistas de los emperadores germánicos se ralentizó a finales del siglo X, la difusión y la organización del culto cristiano ganaban terreno y los nexos de las rutas de comercio vikingas adquirían una capa cultural y política. No es totalmente fortuito que varios potentados prominentes adoptaran el cristianismo en la generación siguiente a Lechfeld —y no antes—. Las victorias de Otón sobre los húngaros y los eslavos les dieron motivos para dar el paso decisivo. Por el lado positivo, era cuestión de unirse a la religión de los «ganadores», aquellas estructuras que habían resistido mejor las correrías de los foráneos y las habían hecho improductivas. Los misioneros anglosajones desempeñaron un papel evangelizador importante entre los noruegos. Pero la inquietud por la escala del impresionante poder otoniano influyó probablemente en la conversión de los potentados al cristianismo. Al ganar el favor de un Dios con una «hoja de servicios» demostrada, un potentado podía comprometer más estrechamente para su causa a súbditos y a aliados. Al mismo tiempo, su adopción de los ritos cristianos y de los símbolos de autoridad hizo más difícil que los Otones le atacasen abiertamente. Podemos percibir una mezcla de motivos en el rey danés, Harald el del Diente Azul. Alrededor del año 965 organizó un juicio a los poderes de Cristo. Después de que un sacerdote pusiera un hierro candente en sus manos desnudas e ilesas, Harald ordenó a sus súbditos que abandonaran a sus ídolos: «desde aquel momento prestó el debido honor a los sacerdotes

[78] Thietmar de Merseberg, *Chronicon*, 2.15, ed. R. Holtzmann, *MGH, SS*, nov. series 9 (Berlín, 1935), p. 56.

y sirvientes de Dios».[79] Mientras reivindicaba que había «ganado por sí mismo toda Dinamarca y Noruega»[80], Harald extendió anteriores terraplenes levantados contra la agresión franca, la *Danevirke*, y construyó varias fortalezas con un mismo estilo. Otros potentados siguieron el ejemplo, especialmente Miezko, que impuso el cristianismo al más importante de sus compañeros polacos en el decenio de 960 y, a inicios del decenio de 970, al húngaro Géza, que puso a su hijo menor Waik el nombre cristiano de Esteban. Los eclesiásticos alemanes participaron en estos acontecimientos, pero parece que fueron invitados por los líderes locales y no siguieron la iniciativa exclusiva del emperador.

Poco después de Lechfeld, la princesa rusa Olga pidió a Otón una misión religiosa. Su diligencia es un reflejo de la talla de Otón en ese momento. No obstante, éste tuvo problemas para encontrar un jefe idóneo para la misión. Su elección final, Adalberto, carecía de experiencia, se mostraba poco dispuesto a partir y regresó pronto, alegando engaño por parte de los rusos. El fiasco hace pensar en una escasez de misioneros consagrados, pero los rusos podían considerarse un caso especial. Olga hizo su propuesta a Otón mientras era líder de una estructura política que se había ido consolidando a lo largo de las vías fluviales de los ríos Volkhov, Lovat y Dniéper desde principios del siglo X. La élite, ahora establecida en el Dniéper medio, estaba directamente involucrada en la permuta de productos primarios y de esclavos por artículos de lujo de Bizancio, y algunos notables adoptaban el cristianismo oriental. La misma Olga fue bautizada y se convirtió en la ahijada de Constantino VII, en algún momento a finales de los decenios de 940 o 950, y probablemente acudió a Otón sólo después de que se le negara una misión bizantina auténtica. Sin embargo, algunos rusos cuestionaron su política, y su propio hijo, Sviatoslav, adoptó la apariencia de un nómada de Eurasia e intentó trasladarse al delta del Danubio. No obstante, cristianos de procedencia diversa continuaron navegando las vías fluviales orientales y cuando el hijo de Sviatoslav, Vladimir, trató de legitimar su régimen al hacer que los habitantes de Kiev rindiesen culto a los dioses prescritos, encontró resistencia. Tury, un escandinavo cristiano que había vivido en Bizancio, no cedería a su hijo para el sacrificio y los dos serían asesinados.

[79] Widukind, *Rerum gestarum Saxonicarum libri tres*, 3.65, ed. Lohmann y Hirsch, p. 141.

[80] Inscripción en la piedra de Jelling, trad. en E. Roesdahl, *Viking Age Denmark* (Londres, 1982), p. 172.

La tentativa de Vladimir de establecer un culto obligatorio hace pensar en un conocimiento del poder atrayente del cristianismo y en una reacción en contra de dicho poder. Después de examinar el culto monoteísta practicado entre los alemanes, así como entre los bizantinos y los musulmanes, optó por un vínculo con Bizancio. En recompensa por enviar ayuda militar, recibió una *porphyrogenita* para desposarse y también una misión religiosa encabezada por un metropolitano. Fue probablemente una convergencia especial de intereses entre Vladimir y el emperador Basilio II en el decenio de 980 lo que fraguó esta relación. Pero Vladimir también habría sido consciente del bautismo de potentados bálticos durante las últimas décadas. Puede haber pretendido eclipsar a todos mediante un pacto que no sólo trajo a clérigos, sino también a albañiles, a mosaicistas y a acuñadores de monedas.

Cuando la élite rusa adoptó el cristianismo en el año *c.* 988, otros forasteros que buscaban un alto estatus tenían tanto más incentivo para profesar el culto de los «ganadores». Los capitanes de grandes bandas armadas depredadoras en Escandinavia podían considerar la propagación del cristianismo como un atributo de gobierno. Así, Olaf Tryggvason, bautizado tras la campaña en Inglaterra a mediados del decenio de 990, comenzó a imponer la nueva religión junto a su propia autoridad sobre sus compañeros noruegos. En este ambiente de rápidos cambios se pretendió dar un orden a la jerarquía. El fenómeno de Otón III puede verse como una intensificación de la tendencia ya perceptible en su padre de hacer el dominio imperial más palpable en Italia; como el producto de un joven competente cuya búsqueda de la salvación se unía al entusiasmo por la renovación espiritual y la evangelización de hombres santos y eruditos; y como un recurso calculado de los lazos místicos y espirituales después de que la expansión territorial por la fuerza dejara de ser provechosa. Estas facetas de Otón no son mutuamente incompatibles y de todos modos se podría esperar de un gobernante joven que hubiera tenido profundos impulsos, muy variables: Otón murió a los 21 años de edad. Se revistió del sello antiguo del orden imperial y sagrado *y* disculpaba el ímpetu de autosuperación manifiesto entre las élites establecidas al este y al norte. Dedicó tiempo y atención a sedes establecidas como Roma y Aquisgrán y a poderes crecientes como Venecia y Polonia. Dentro de esta madeja de asociaciones él podía esperar envolver las tierras alemanas.

La ciudad de Roma no era en sí misma de principal importancia para Otón cuando hizo una primera visita en el año 996. Su apremiante preocupación era conseguir el papado para su primo, Gregorio V, y así poder

contar con la cooperación papal para resolver los problemas eclesiásticos, que se extendían desde Reims a Praga y a los obispados al este del Elba. Sin embargo, para asegurar dicha colaboración Otón tenía que involucrarse más directamente en los asuntos romanos. En el año 998 depuso y mutiló a un antipapista y decapitó a su principal partidario, el «prefecto de la ciudad», Juan Crescencio. Hacia finales del decenio de 990, Otón intentaba «unirse» a la ciudad. Instalándose en el Palatino, donde habían estado los palacios de los césares desde los tiempos de Augusto, y patrocinando ostentosamente el ceremonial «imperial», Otón señalaba su derecho a residir dentro de los muros de la ciudad, en contra de la *Donación de Constantino*. Las portentosas dignidades otorgadas a oficiales y simpatizantes eran en parte para consumo romano, que erigían a Otón como árbitro del estatus y señor del palacio de la ciudad. Presentó a la Virgen como su protectora, encargando un himno en su honor, y atrajo la crítica de Bruno de Querfurt por «favorecer al pueblo romano sobre todos los otros con dinero y honores».[81] La pompa estaba también pensada para proyectar la tentativa de Otón de hegemonía más allá de los confines del antiguo Imperio. Esto se manifiesta en su viaje a Polonia para venerar las reliquias de su anterior confidente, Adalberto, obispo de Praga, asesinado por los prusianos en el año 997.

En Gniezno, Otón rezó ante la tumba de Adalberto, declaró la iglesia de Gniezno arzobispado e intercambió regalos con el gobernante polaco, Boleslaw. Al crear un arzobispado independiente, Otón ayudó a definir la forma de gobierno de Boleslaw. En un nuevo ceremonial, Otón dio una copia de la Santa Lanza a Boleslaw y puso su propia corona en la cabeza de Boleslaw, al ser «hermano y compañero en el imperio».[82]

La condición real y una jerarquía eclesiástica fueron los objetivos de varias dinastías que surgieron en la periferia. Otón no podía detener las tendencias pero sí podía imponerles un límite —literalmente, en el sentido de conferir una corona junto con otros símbolos de autoridad—. En el año 1000, envió una corona y una lanza dorada a Waik-Stephen, gobernante de los enemigos de su abuelo, mientras que también aprobó la creación de un arzobispado separado para abarcar la tierra de los húngaros. Tales medidas fueron el agradecimiento más evidente a la colabora-

[81] Bruno de Querfurt, *Vita quinque fratrum*, 7, ed. J. Karwasińska, Monumenta Poloniae Historica, nov. ser. 4.3 (Varsovia, 1973), p. 43.

[82] Gallus Anonimus, *Cronicae et gesta ducum sive principum Polonorum*, 7, ed. C. Maleczyński, Monumenta Poloniae Historica, nov. ser. 2 (Cracovia, 1952), p. 20. Véase también más abajo, p. 255-256.

ción de su nuevo Papa, Gerberto, que había tomado el nombre de Silvestre. Ningún pontífice se había llamado así desde los tiempos de Constantino el Grande, y se deducía que Otón era un nuevo Constantino. Otón fue llamado «el propagador más leal y fiel de las iglesias santas» en el año 1001, y otras cartas le denominaban «sirviente de los apóstoles», aludiendo a sus actividades misioneras.[83]

La combinación de Otón del dominio de Roma con labores misioneras «heredadas» era inaudita. Caló hondo en los potentados ambiciosos por participar en la cultura política de los cristianos mientras que conservaban —de hecho consolidaban— sus propios regímenes. Boleslaw, «amigo y aliado del pueblo romano»,[84] por ejemplo, acompañó a Otón a Aquisgrán y presenció su apertura de la tumba de Carlomagno (véase el capítulo 5). Otón aprovechaba tales aspiraciones para una estructura en gran parte consensual, un «imperio virtual». Negociaba, al mismo tiempo, un vínculo matrimonial con Bizancio y a principios del año 1002 llegaba a Italia una *porphyrogenita*. Su boda habría simbolizado el acuerdo entre los señores de Roma y Constantinopla en carne y hueso, y su descendencia podía haber defendido este equilibrio. Otón murió, sin embargo, antes de encontrarse con su futura novia. La perspectiva de los emperadores cristianos orientales y occidentales presidiendo en una especie de asociación las antiguas sedes del Imperio y numerosos y extensos pueblos se desvaneció con él.

[83] Véase G. Althoff, *Otto III*, (Darmstadt, 1996), p. 136, n. 36.

[84] Gallus Anonimus, *Cronicae et gesta*, 7, ed. Maleczyński, p. 20.

Lámina 12 Hraban Maur, *Liber santae crucis*, con el retrato de Luis el Piadoso, emperador de los francos (814-840), como *miles Christi*.

Conclusión: hacia el siglo XI

Rosamond McKitterick

La identificación del año 1000 como división principal es ante todo moderna. Para los contemporáneos, era tan sólo otro año. Así, la *Crónica anglosajona* apuntaba que «el rey entró en Cumberland y la asoló casi toda; y sus naves salieron alrededor de Chester y debían de haber venido a encontrarse con él, pero no pudieron. Así arrasaron la Isla de Man. Y la flota enemiga se había marchado al reino de Ricardo aquel verano». Ralph Glaber (980-1046), que escribía su *Libri historiarum* en Auxerre en el decenio de 1030, por otro lado, ofrece su propia convicción de la importancia numérica del año 1000 como centro para su historia. Alrededor del año 1000, Ralph nos cuenta que

> los hombres, sobre todo en Italia y en la Galia, empezaron a construir iglesias... era como si el mundo entero se librara de una sacudida, negando importancia a la carga del pasado y revistiéndose con un manto blanco de iglesias... una multitud de gente... comenzó a viajar al sepulcro del Salvador en Jerusalén. Al mismo tiempo un buen número de hombres eminentes de Italia y de la Galia murieron, entre ellos obispos, duques y condes.

Cuán aproximada es la datación de Ralph y cuánto exagera, puede deducirse de la evidencia existente de las construcciones eclesiásticas a inicios del siglo XI y de las fechas reales de defunción de tres de los que menciona muriendo «aproximadamante en esta época», a saber, el papa Benedicto VIII († 1024), Roberto II, rey de los francos († 1031) y Fulberto de Chartres († 1028). Todo ello —las iglesias, las peregrinaciones, las muertes de grande hombres— es, además, presagio en vez de consecuencia de

haber sido alcanzado el año 1000. Aun así, Ralph considera mucho mayor la importancia del año 1033, el milenario de la Pasión. Reconoce que después del año 1000, en Italia y en la Galia, surgieron hombres de ambos órdenes (es decir, laicos y eclesiásticos) cuyas vidas y obras proporcionan a la posteridad un ejemplo digno de imitación, así como su propia historia cuenta acontecimientos y logros anteriores al año 1000.

Tampoco Ralph estaba solo al aferrar los sucesos de sus propios días en su pasado inmediato. En la esfera cultural de los siglos XI y XII había un vivo sentimiento de continuación, si no de continuidad. Muchos historiadores de los siglos XI y XII empezaban su relato de sus propios días con secciones que se remontaban a los siglos VIII o al V e incluso más allá, aunque su uso de su pasado altomedieval no ha sido todavía totalmente examinado. Los siglos XI y XII, además, contemplaron un resurgimiento notable de la copia de historias más antiguas, como la *Vida de Carlomagno* de Eginardo y la *Historia de los lombardos* de Pablo Diácono, en nuevos libros y recopilaciones históricas. Los eruditos de los siglos XI y XII, por mucho que estuvieran desarrollando nuevos modelos de pensamiento e insistieran nuevamente en su teología y filosofía, tenían un profundo sentimiento de deuda con los sabios eruditos del período altomedieval y carolingio y los listan respetuosamente entre sus predecesores y mentores.

Así también, el poder y la proeza de los actuales de la alta Edad Media, así como las circunstancias de su conversión al cristianismo y la promoción de la religión cristiana, continuaron inspirando a sus sucesores y emuladores posteriores. Ciertamente Otón III había abierto la tumba de Carlomagno. Pero fue en el año 1165 cuando Federico Barbarroja hizo canonizar al emperador franco Carlomagno y un culto litúrgico se extendió más tarde por Europa. Desde Otón I hasta el año 1531, además, no menos de treinta gobernantes alemanes fueron coronados en Aquisgrán.

En cambio, muchos historiadores actuales han evocado imágenes contradictorias y demasiado generalizadas de desorden, confusión y cambio espectacular a principios del siglo XI, quizá muy influenciadas por los acontecimientos en una pequeña parte de Francia. Es evidente que un complejo sistema social, político y religioso arraigado en el aumento de los derechos legales requiere un proceso lento y largo de adaptación y cambio. Incluso en la segunda mitad del siglo IX, los reinos francos orientales y occidentales difirieron enormemente en su estilo de gobierno, haciendo mucho menor uso de capitularios y de la acuñación los primeros

que los segundos. El mando real en el reino franco oriental, además, puede haber sido acrecentado como consecuencia de los ataques magiares, así como se consolidó en Inglaterra ante los ejércitos vikingos, o así nos lo haría creer la *Crónica anglosajona*.

Que hubo cambio y discontinuidad, así como continuidad, en el siglo XI, no obstante, es evidente, en especial en la definición más clara de los límites de la aristocracia en cuanto a la actividad militar, la consolidación del poder local y las entidades legales y el impacto que éstas tuvieron en el poder del gobierno central. Como Chris Wickham observa, las construcciones locales eran la base para nuevas formas de centralizar el gobierno en el siglo XII. Éstas vendrían en el futuro, pero marcan una diferencia. El año 1000 y las décadas siguientes fueron el momento en el que este cambio empezó a tener lugar. Incluso en Inglaterra y en Alemania, donde las continuidades carolingias eran más fuertes, muchos de estos avances también tuvieron lugar, aproximadamente en el transcurso del siglo siguiente. Por lo tanto, el año 1000 por lo que se refiere a los desarrollos sociales y políticos, es un momento tan bueno como otro para detenerse, al menos en estas zonas de Europa occidental; a partir de aquí, cualquier actor político laico y, de hecho, cualquier campesino o eclesiástico, tomaría necesariamente como punto de partida la hegemonía incontestada del poder aristocrático local.

El extenso proceso de expansión económica a cada lado del año 1000 es subrayado por Jean-Pierre Devroey. Como observa, es esencial considerar un plazo muy largo al investigar las instituciones económicas medievales, en especial debido a la naturaleza tan desigual del material de referencia. Además, Mayke de Jong nos ha recordado los muchos afluentes de fuentes muy lejanas que desembocaban en el río de la reforma de la Iglesia del siglo XI y cuán inútil es el hito del año 1000 cuando se llega a la transformación de la creencia religiosa y práctica. Aunque los reformadores del siglo XI estaban bastante convencidos de que dejaban atrás lo que consideraban la decadencia de los siglos anteriores, su retórica debería rechazarse. Era la misma interconexión de los mundos sagrado y secular en la alta Edad Media lo que proporcionaba una base tan fuerte para el futuro cuando esos límites empezaron a ser trazados de nuevo.

El reinado de Otón III, además, como Jonathan Shepard comenta, a pesar del reconocimiento del cambio en el paisaje político, marcaba en cierto modo el fin de un orden antiguo. *Europa* desplegaba a sus retoños en una multitud de direcciones y en diversos planos. La labor misionera fue llevada a cabo en el este. En el año 1008 Bruno de Querfurt, que había

menospreciado la predilección de Otón por Roma, intentó convertir a los pechenegos, «los más crueles de todos los paganos». Bruno dio por sentado que la tierra de los rusos, desde cuyos «límites» partió para las estepas, era cristiana. Las nuevas formas de gobierno en los acercamientos exteriores de Europa proporcionaron un trampolín para propagar el cristianismo aún más lejos. Los clérigos orientales todavía no eran vistos como ajenos al proceso. A mediados del siglo XI, los obispos armenios estaban en activo en Islandia y había iglesias pequeñas en Groenlandia, aunque no en los puestos avanzados escandinavos a lo largo del litoral norteamericano.

Alrededor del momento en que se construyeron las primeras iglesias en Groenlandia, en el año 996, 160 comerciantes «amalfitanos», según se afirma, fueron masacrados en El Cairo. La cifra puede estar inflada, pero la presencia de comerciantes italianos que tienen alguna clase de «fábrica» bien arriba del Nilo sugiere un avivamiento en los intercambios entre el Mediterráneo central y Oriente Medio. Los amalfitanos ya tenían un establecimiento en Constantinopla hacia el año 944. Otra indicación de actividad procede de una crisóbula bizantina del año 992 que concedía privilegios a los mercantes venecianos y al género de otras gentes transportado en las naves venecianas. Esto sugiere una demanda en ciernes del acceso a los mercados de Constantinopla, así como una «influencia» destacada que las naves venecianas —potenciales transportes de tropas— empezaban a ejercer. La escala de comercio era todavía modesta y limitada a intermediarios como los amalfitanos y los venecianos. Pero serían las unidades pequeñas, a menudo mutuamente competitivas, de comerciantes, aventureros, filibusteros y peregrinos penitenciales las que serían los promotores principales del Mediterráneo. Europa, aunque dividida por las numerosas élites rivales, estaba entrelazada por objetivos culturales y religiosos comunes, costumbres y valores. Hacia finales del siglo X, en Europa germinaban ejércitos de los que ningún acto imperial de prestidigitación podía aprovecharse y que pronto se acercarían de modo amenazador a la Sicilia musulmana, España y al mismo Imperio oriental.

Este libro ha insistido en los muchos avances separados e independientes en la transformación del mundo romano y en el surgimiento de la Europa del período altomedieval. Hubo una interacción dinámica entre los horizontes siempre en expansión de la cristiandad latina con sus reinos y territorios periféricos, y con el otro mundo, a lo largo de los seiscientos años que hemos tratado en este volumen. Se creó un mundo de gran riqueza y diversidad, a pesar de sus elementos comunes. Una compren-

sión histórica más detallada de este período y de los siglos siguientes sólo puede proceder de un estudio totalmente integrado de cuestiones políticas, sociales, económicas, religiosas y culturales y un reconocimiento de la extensión así como de las limitaciones de nuestras pruebas documentales. Con todas las continuidades y discontinuidades perfiladas en nuestros diferentes capítulos, este período era claramente fundamental para el desarrollo posterior de Europa. De hecho, fue en la alta Edad Media cuando se formó la Europa que hemos heredado.

Bibliografía complementaria

General

Aunque las siguientes sugerencias bibliográficas son principalmente de obras en inglés, es importante subrayar que estudios actuales sobre la alta Edad Media, a los cuales recurren los capítulos del presente volumen, están traducidos a las principales lenguas de Europa. Bibliografías detalladas que den alguna indicación de la gran riqueza de esta erudición pueden encontrarse en los volúmenes colectivos de *The New Cambridge Medieval History.* Los volúmenes disponibles que cubren el período de este libro son R. McKitterick (ed.), vol. II, *c.700-c.900* (Cambridge, 1995) y T. Reuter (ed.), vol. III, *c.900-c.1024* (Cambridge, 1999). El vol. I, *c.500-c.700,* ed. P. Fouracre, está en preparación. P. Garnsey (ed.), *The Cambridge Ancient History,* vol. XIII (Cambridge, 1998) cubre el período 337-425. Obras de referencia como E. A. Livingstone (ed.), *The Oxford Dictionary of the Christian Church,* 3ª ed. (Oxford, 1997); A. P. Kazhdan (ed.), *The Oxford Dictionary of Byzantium* (1991); G. W. Bowersock, Peter Brown, y Oleg Grabar (eds.), *Late Antiquity: A Guide to the Postclassical World* (Cambridge, Mass., 1999); *Lexikon des Mittelalters,* 9 vols. (Stuttgart, 1999); y M. Lapidge (ed.), *The Blackwell Encyclopaedia of Anglo-Saxon England* (Oxford, 1999) tienen artículos útiles y bibliografías sobre los temas, acontecimientos e individuos. Para atlas históricos que incluyen el período, véanse A. Mackay (ed.), *Atlas of Medieval Europe* (Londres, 1997), versión española *Atlas de Europa Medieval* (Madrid, 1999); M. Parisse (ed.), *Atlas de la France de l'an Mil* (París, 1994); *The Times Atlas of European History,* 2ª ed. (Londres, 1998); *The Times Atlas of World History,* 5ª ed. (Londres, 1999); y J. Engel (ed.), *Grosser historischer Weltatlas II Mittelalter* (Munich, 1970). La revista *Early Medieval Europe,* fundada en 1991, está dedicada al período *c.*400-*c.*1100. Los problemas políticos, económicos, sociales, religiosos o culturales se integran en general en estudios de este período. Muchas de las referencias citadas en un capítulo, por consiguiente, son útiles para otros.

Las fuentes

Los volúmenes de *The New Cambridge Medieval History* señalados más arriba también incluyen secciones exhaustivas sobre materiales de referen-

cia. Para el período anterior al año 800, algunos han sido traducidos para la Liverpool Latin Texts for Historians. Los *Annals of St Bertin* y *Annals of Fulda*, trad. inglesa J. L. Nelson y T. Reuter, respectivamente, aparecen en una colección de textos traducidos de Manchester University Press. No obstante, algunos de los textos principales disponibles en traducción inglesa pueden indicarse aquí. Las historias regionales de los diversos pueblos bárbaros incluyen Isidoro de Sevilla, *History of the Goths, Sueves and Vandals,* en Kenneth Wolf (trad. inglesa), *Conquerors and Chroniclers of Early-Medieval Spain* (Liverpool, 1991), versión española, Isidoro de Sevilla, *Historia de los godos, vándalos y suevos*, trad. C. Rodríguez Alonso (Madrid, 1975); Gregory of Tours, *History of the Franks,* trad. inglesa L. Thorpe (Harmondsworth, 1974); Jordanes, *History of the Goths,* trad. inglesa C. C. Mierow (Princeton, 1915), versión española, Jordanes, *Origen y gestas de los godos*, trad. José María Sánchez Martín (Madrid, 2001); Bede, *Ecclesiastical History of the English People,* trad. inglesa B. Colgrave y R. A. B. Mynors (Oxford, 1969); Paul the Deacon, *History of the Lombards,* trad. inglesa W. D. Foulke (Filadelfia, 1907); B. Scholz (trad. inglesa), *Carolingian Chronicles* (Ann Arbor, 1970). The *Anglo-Saxon Chronicle* está disponible en muchas ediciones. Una de las más útiles, porque va acompañada por un gran número de otras fuentes inglesas (incluso de códigos de derecho), traducidas, es D. Whitelock (ed.), *English Historical Documents, c.500-1042,* 2ª ed. (Londres, 1979). S. Keynes y M. Lapidge, *Alfred the Great: Asser's Life of King Alfred and Other Contemporary Sources* (Harmondsworth, 1983) es excelente, con notas muy completas. Las recopilaciones de fuentes de la Antigüedad tardía traducidas incluyen Michael Maas (ed), *Readings in Late Antiquity: A Sourcebook* (Londres y Nueva York, 2000). Las mejores colecciones de fuentes carolingias en traducción son P. D. King, *Charlemagne: Translated Sources* (Kendal, 1986), y Paul E. Dutton, *Carolingian Civilization* (Peterborough, Ontario, 1993). La mayoría de los códigos legales altomedievales se han traducido al inglés, entre ellos S. P. Scott, *The Visigothic Code* (Boston, 1910); K. Fischer Drew (trad), *The Lombard Laws* (Filadelfia, 1973), y *The Laws of the Salian Franks* (Filadelfia, 1991). Pueden compararse con C. Pharr (trad.), *The Theodosian Code* (New York, 1969). Sólo una proporción pequeña de textos legislativos, teológicos, filosóficos, educativos, literarios o eruditos del período después del reinado de Carlomagno para cualquier parte de Europa han sido hasta ahora traducidos a lenguas modernas, aunque la mayoría de los de la Europa continental, con la notable excepción de las cartas del emperador Luis el Piadoso, están disponibles en ediciones modernas de los textos latinos originales, en

gran parte en las colecciones Monumenta Germaniae Historica, Fonti per la Storia d'Italia, Les Classiques de l'histoire de la France, Corpus Christianorum y Sources Chrétiennes. Una muestra de las obras literarias, de las epístolas y de la filosofía puede consultarse en E. Emerton, *The Letters of Saint Boniface,* 2ª ed. (Nueva York, 2000); Peter Godman (trad. inglesa), *Poetry of the Carolingian Renaissance* (Londres, 1983); S. Allott (trad. inglesa), *Alcuin of York* (sólo una pequeña selección de las epístolas de Alcuino) (York, 1974). G. W. Regenos (trad. inglesa), *The Letters of Lupus of Ferrières* (The Hague, 1970); H. P. Lattin (trad. inglesa), *Gerbert, Letters with his Papal Privileges as Sylvester* II (Nueva York, 1961); E. G. Doyle (trad. inglesa), Sedulius Scotus, *On Christian Rulers* (Binghamton, NY, 1983); I. P. Sheldon Williams y E. Jeauneau (ed. y trad. inglesa), John Scotus Eriugena, *Periphyseon* (Dublín, 1968-), de la que existe versión española, J. Escoto Eriúgena, *División de la naturaleza (periphyseon),* trad. Francisco José Fortuny (Barcelona, 1996); J. J. Tierney (ed. y trad. inglesa), Dicuil, *Liber de mensura orbis terrae* (Dublin, 1967). La selección de documentos del siglo X realizada por Boyd Hill, *Medieval Monarchy in Action: The German Empire from Henry I to Henry IV* (Londres, 1972) tiene una muestra representativa. Se han traducido, sin embargo, muchas vidas de santos, y dos colecciones útiles son las de Thomas Head y T. F. X. Noble, *Soldiers of Christ* (Filadelfia, 1995), y Paul Fouracre y Richard Gerberding, *Late Merovingian France: History and Hagiography 640-720* (Manchester, 1996). Textos clave para Bizancio y sus vecinos son Constantino VII Porfirogeneta, *De administrando imperio,* ed. y trad. inglesa G. Moravcsik y R. J. H. Jenkins (Washington, DC, 1967); Liudprand of Cremona, *Antapodosis* y *Legatio,* en *Opera Omnia,* ed. P. Chiesa (Turnhout, 1998); trad. Inglesa F. A. Wright (Londres, 1930); Maurice, *Strategikon,* ed. G. T. Dennis, con traducción alemana de E. Gammilscheg (Viena, 1981); trad. inglesa G. T. Dennis (Filadelfia, 1984); Menander the Guardsman (Protector), *History,* ed. y trad. Inglesa R. C. Blockley (Liverpool, 1985); *Povest'Vremennykh Let,* ed, V. P. Adrianove-Peretts y D. S. Likhachev (Moscú-Leningrado, 1996); trad. inglesa S. H. Cross y O. P. Sherbowitz-Wetzor, *The Russian Primary Chronicle* (Cambridge, Mass., 1953); *Skirmishing: Three Byzantine Military Treatises,* ed. y trad. inglesa G. T. Dennis (Washington, DC, 1985); Theophanes Confessor, *Chronographia,* ed. C. de Boor, I (Leipzig, 1883); trad. inglesa C. Mango y R. Scott (Oxford, 1997); Theophylact Simocatta, *Historiae,* ed. C. de Boor y P. Wirth (Stuttgart, 1972); trad. M. y M. Whitby (Oxford, 1986); N. Golb y O. Pritsak, *Khazarian Hebrew Documents of the Tenth Century* (Ithaca, NY, 1982).

Introducción

Leslie Webster (ed.), *The Transformatin of the Roman World, AD 400-900* (Londres, 1997), un catálogo de la exposición del British Museum y de la British Library, proporciona una introducción clara e ilustrada para muchos de los temas clave de este período. Sobre la etnogénesis, véase Walter Pohl y Helmut Reimitz (eds.), *Strategies of Distinction* (Leiden, 1999). Una indicación de la riqueza del nuevo material arqueológico es ofrecida por Richard Hodges, *Light in the Dark Ages: The Rise and Fall of San Vincenzo al Volturno* (Londres, 1997) y K. Randsborg, *The First Millennium A.D. in Europe and the Mediterranean: An Archaeological Essay* (Cambridge, 1991). Rosamond McKitterick y Roland Quinault (eds.), *Edward Gibbon and Empire* (Cambridge, 1997); Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship* (Nueva York, 1970); R. Howard Bloch, *God's Plagiarist: Being an Account of the Fabulous Industry and Irregular Commerce of the Abbé Migne* (Chicago, 1994); y Simon Keynes, «The cult of King Alfred», *Anglo-Saxon England*, 28 (1999), pp. 225-356, proporcionan diversas percepciones sobre la antigua erudición histórica. Walter Goffart, *The Narrators of Barbarian History A. D. 500-800* (Princeton, 1982); Patrick J. Geary, *Phantoms of Remembrance: Memory and Oblivion at the End of the First Millennium* (Princeton, 1994); y Y. Hen y M. Innes (eds.), *The Uses of the Past in the Early Middle Ages* (Cambridge, 2000) estudian algunos aspectos de la construcción del pasado por los autores del período altomedieval. Los colaboradores de R. McKitterick (ed.), *The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe* (Cambridge, 1990) estudian un problema central en la historia del período altomedieval, estrechamente relacionado con los temas de R. Wright (ed.), *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages* (Londres y New York, 1991). Las historias de la Europa altomedieval generalmente son abordadas por regiones, de las que las siguientes comprenden excelentes estudios: Edward James, *The Origins of France* (Londres, 1982) y *The Franks* (Oxford, 1988); I. N. Wood, *The Merovingian Kingdoms, 450-751* (Londres, 1994); R. McKitterick, *The Frankish Kingdoms under the Carolingians, 751-987* (Londres, 1983); Timothy Reuter, *Germany* in *the Early Middle Ages, c.800-1056* (Londres, 1991); Roger Collins, *Early Medieval Spain: Unity* in *Diversity, 400-1000*, 2ª ed. (Londres, 1995), *The Arab Conquest of Spain, 710-797* (Oxford, 1989), versión española *La conquista árabe 710-797*, trad. Néstor Míguez (Barcelona, 1991), y *The Basques* (Oxford, 1986), versión española, *Los vascos*, trad. Nellie Manso de Zúñiga (Madrid, 1989); Hugh Kennedy, *The*

Prophet and the Age of the Caliphates: The Islamic Near East from the Sixth to the Eleventh Century (Londres, 1986) y *Muslim Spain and Portugal: A Political History of al-Andalus* (Londres, 1996); C. J. Wickham, *Early Medieval Italy: Central Power and Local Society 400-1000* (Londres, 1981); James Campbell (ed.), *The Anglo-Saxons* (Londres, 1982); Wendy Davies, *Wales in the Early Middle Ages* (Leicester, 1982); A. P. Smyth, *Warlords and Holy Men: Scotland AD 80-1000* (Londres, 1984); D. O. Cróinín, *Early Medieval Ireland, 400-1200* (Londres, 1995); P. Sawyer (ed.), *The Oxford Illustrated History of the Vikings* (Oxford, 1998); Mark Whittow, *The Making of Orthodox Byzantium, 600-1025* (Londres, 1996); Simon Franklin y Jonathan Shepard, *The Emergence of Rus,750-1200* (Londres, 1996).

La política

Además de los capítulos en la *New Cambridge Medieval History,* vols. II y III, y los estudios regionales citados arriba, véase John Matthews, *The Roman Empire of Ammianus* (Londres, 1989). Sugestivas interpretaciones sobre el gobierno y la política en el siglo X son Karl Leyser, *Rule and Conflict in an Early Medieval Society* (Londres, 1979); *Communications and Power* in *Medieval Europe: The Carolingian and Ottonian Centuries,* ed. T. Reuter (Londres, 1994); y Jack Bernhardt, *Itinerant Kingship and Royal Monasteries in Early Medieval Germany, c.976-1075* (Cambridge, 1993). Para las Islas Británicas, Thomas Charles-Edwards, *Early Irish and Welsh Kingship* (Oxford, 1993); Wendy Davies, *Patterns of Power in Early Wales* (Oxford, 1990); James Campbell, *Essays in Anglo-Saxon History* (Londres, 1986). Sobre los problemas de identidad y asimilación en los estados sucesores, véanse, por ejemplo, Walter Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity* (Leiden, 1997), y Patrick Amory, *People and Community* in *Ostrogothic Italy, 483-554* (Cambridge, 1997). Nuestra comprensión de las conductas políticas e ideologías de la alta Edad Media, especialmente en el siglo IX, se ha visto sumamente aumentada por el trabajo seminal de Janet L. Nelson, ahora en tres volúmenes de estudios completos: *Politics and Ritual in Early Medieval Europe* (Londres, 1986), *The Frankish World, 750-900* (Londres, 1996), y *Rulers and Ruling Families in Early Medieval Europe* (Aldershot, 1999), así como su monografía sobre *Charles the Bald* (Londres, 1992). Muchas de las contribuciones más útiles a la política de este período están en volúmenes colectivos, como I. N. Wood y P. Sawyer, *Early Medieval Kingship* (Leeds, 1977); P. Wormald (ed.), *Ideal and Reality in Frankish and Anglo-*

Saxon Society (Oxford, 1983); Hartmut Atsma (ed.), *La Neustrie: Les Pays au nord de la Loire de 650 à 850,* Beihefte der Francia 16 (Sigmaringen, 1989); P. Godman y R. Collins (eds.), *Charlemagne's Heir: New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)* (Oxford, 1990); J. L. Nelson y M. T. Gibson, *Charles the Bald: Court and Kingdom,* 2ª ed. (Aldershot, 1990); Regine Le Jan (ed.), *La Royauté et les élites dans l'Europe carolingienne* (Lille, 1998). Sobre el derecho y las cartas, véanse I. N. Wood y Jill Harries (eds.), *The Theodosian Code* (Londres, 1993), Rosamond McKitterick, *The Carolingians and the Written Word* (Cambridge, 1989); Matthew Innes, *State and Society in the Early Middle Ages: The Middle Rhine Valley 400-1000.* (Cambridge, 2000). Sobre la política desde la perspectiva eclesiástica y el compromiso del papado, véanse T. F. X. Noble, *The Republic of St Peter: The Birth of the Papal State 680-825* (Filadelfia, 1984), y J. M. H. Smith (ed.), *Early Medieval Rome and the Christian West* (Leiden, 2000). Sobre la moneda, véase P. Grierson y M. Blackburn, *Medieval European Coinage, vol. I The Early Middle Ages, 5th-10th Centuries* (Cambridge, 1986).

La sociedad

Averil Cameron, *The Mediterranean World in Late Antiquity, 395-600* (Londres, 1993), versión española *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía 395-600,* trad. Teófilo de Lozoya (Barcelona, 1998); A. Dopsch, *The Economic and Social Foundations of European Civilisation* (Londres, 1937), versión española *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea,* trad. del alemán de José Rovira Armengol (Madrid, 1982); y A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire* (Oxford, 1964) proporcionan sugestivos estudios generales. En general, se obtiene una comprensión de la sociedad en este período gracias a la riqueza de estudios regionales y temáticos específicos. Entre éstos pueden mencionarse: Herwig Wolfram, *History of the Goths* (Berkeley, 1988); R. van Dam, *Leadership and Community in Late Antique Gaul* (Berkeley, 1985); Ross Balzaretti, *The Lands of St Ambrose* (Turnhout, 2002); T. S. Brown, *Gentleman and Officers: Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy A.D. 554-800* (Roma, 1984); J. F. Haldon, *Byzantium in the Seventh Century,* 2ª ed. (Cambridge, 1997); R. M. Karras, *Slavery and Society in Medieval Scandinavia* (New Haven, 1988); Regine Le Jan, *Famille et pouvoir dans le monde franc (VIIe-Xe siècle)* (París, 1995); E. Manzano, *La frontera de al-Andalus en época de los Omeyas* (Madrid, 1991); P. Pastor, *Resistencias y*

luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal: Castilla y León, siglos X-XIII (Madrid, 1980); G. Tabacco, *The Struggle for Power in Medieval Italy* (Cambridge, 1989); P. Cammarosano, *Nobili e re* (Bari, 1998). Además, los siguientes estudios recorren extensamente la geografía y el período en cuestión, examinando los problemas clave: Wendy Davies y Paul Fouracre (eds.), *The Settlement of Disputes in Early Medieval Europe* (Cambridge, 1986); Wendy Davies y Paul Fouracre (eds.), *Property and Power in the Early Middle Ages* (Cambridge, 1995); y M. Parisse (ed.), *Veuves et veuvage dans le haut moyen âge* (París, 1993). Adviértanse los extensos glosarios de términos técnicos contenidos en cada uno de los volúmenes de Davies y de Fouracre. Éstos también son pertinentes para cuestiones discutidas en el capítulo sobre la economía. Acerca de problemas específicos, véanse H. W. Goetz, «Nobilis», *Vierteljahrschrift für Sozial— und Wirtschaftsgeschichte,* 70 (1983), pp. 153-91; A. Ja. Gurevic, *Le origini del feudalismo* (Bari, 1982); W. I. Miller, *Bloodtaking and Peacemaking* (Chicago, 1990); T. Reuter (ed.), *The Medieval Nobility* (Amsterdam, 1979); Susan Reynolds, *Kingdoms and Communities in Western Europe 900-1300,* 2ª ed. (Oxford, 1997) y *Fiefs and Vassals* (Oxford, 1994); Chris Wickham, *Land and Power: Studies in Italian and European Social History, 400-1200* (Londres, 1994).

La economía

Sobre la economía del período altomedieval, los mejores estudios generales son los capítulos pertinentes de la *New Cambridge Medieval History,* vols. II y III, mencionada anteriormente. Varios volúmenes de la *Settimane di Studio del Centro Italiano di studi sull'alto medioevo* ofrecen colaboraciones teóricas y regionales dentro de los límites de la Europa cristiana y musulmana, como la ciudad: 6 (1958) y 21 (1973); el dinero y el intercambio: 8 (1961); la agricultura, el mundo rural, los animales y la vegetación: 13 (1965), 31 (1983), 37 (1989); los oficios y la tecnología: 18 (1970); los mercados y los comerciantes: 40 (1992). Para un acercamiento conceptual, véase C. J. Wickham, «Problems of comparing rural societies in early medieval western Europe», *Transactions of the Royal Historical Society,* 6th series, 2 (1992), pp. 221-46. H. Pirenne, *Mahomet and Charlemagne* (Nueva York, 1968; traducción de la edición francesa publicada póstumamente en 1937), versión española *Mahoma y Carlomagno,* trad. Esther Benítez (Madrid, 1997[7]); M. Bloch, *Feudal Society* (Chicago, 1964; original francés de 1939), versión española, *La sociedad feudal,* trad. Eduardo Ripoll

Perelló (Madrid, 1987); G. Duby, *The Early Growth of the European Economy: Warriors and Peasants from the Seventh to the Twelfth Century* (Londres, 1974; original francés de 1973), versión española *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, trad. José Luis Martín (Madrid, 2000) y *Rural Economy and Country Life in the Medieval West* (Londres, 1968; original francés de 1966), versión española, *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, trad. Jaume Torras Elías (Barcelona, 1999), todavía son sugestivos. Para estudios regionales, véanse, además de aquéllos mencionados en las secciones anteriores, R. Latouche, *The Birth of Western Economy* (Londres, 1981); E. Zanini, *Le Italie bizantine: Territorio, insediamenti ed economia nella provincia bizantina d'Italia VI-VIII secolo* (San Spirito, 1998); y M. Kaplan, *Les Hommes et la terre à Byzance du VIe au XI siècle* (París, 1992). Sobre la demografía, el estudio principal es el de P. Toubert, «The Carolingian momentum», en su A *History of the Family* (Cambridge, Mass., 1996; original en francés de 1986). M. Montanari, *The Culture of Food* (Oxford, 1994; original en italiano de 1994) es un informe general útil. Una perspectiva interesante es proporcionada por P. Squatriti, *Water and Society in Early Medieval Italy, AD 400-1000* (Cambridge, 1998). W. Rosener, *Peasants in the Middle Ages* (Urbana, 1992; original en alemán de 1992), versión española *Los campesinos en la historia europea*, trad. Enrique Gavilán (Barcelona, 1995), ofrece una buena introducción general a la agricultura; véanse también *La Croissance agricole du haut moyen âge*, en *Flaran* 10 (Auch, 1990) y G. Astill y J. Langdon (eds.), *Medieval Farming and Technology: The Impact of Agricultural Change in Northwest Europe* (Leiden, 1997). Sobre aspectos urbanos, véanse A. Verhulst, *The Rise of Cities in Northwest Europe* (Cambridge, 1999); H. Clarke y B. Ambrosiani (eds.), *Towns in the Viking Age* (Leicester y Londres, 1991); y R. Hodges y R. Hobley (eds.) *The Rebirth of Towns in the West, AD 750-1050,* CBA Research Report (Londres, 1988).

La religión

Introducciones sugestivas son las obras de Robert A. Markus, *The End of Ancient Christianity* (Cambridge, 1990), y Peter Brown, *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity, AD 200-1000* (Oxford, 1996). Judith Herrin, *The Formation of Christendom* (Oxford, 1987) es inestimable, en especial por su completo tratamiento de Bizancio. Michael Wallace-Hadrill, *The Frankish Church* (Oxford, 1983), es sumamente interesante, como lo es Richard Fletcher, *The Conversion of Europe: From*

Paganism to Christianity, 371-1386 AD (Londres, 1997). Sobre personajes influyentes véanse, por ejemplo, Robert A. Markus, *Gregory the Great and his World* (Cambridge, 1997); D. N. Dumville (ed.), *Saint Patrick A.D. 493-1993* (Woodbridge, 1993); M. Lapidge (ed.), *Columbanus: Studies on the Latin Writings* (Woodbridge, 1997). Un reciente acercamiento a las actitudes cristianas hacia los judíos es el de Jeremy Cohen, *Living Letters of the Law: Ideas of the Jew in Medieval Christianity* (Berkeley y Los Ángeles, 1999). Sobre la teología, un excelente estudio de casos es J. Cavadini, *The Last Christology of the West: Adoptionism in Spain and Gaul, 785-820* (Filadelfia, 1993). La historia de la santidad ha dado un inmenso conjunto de estudios desde los años setenta: véanse Peter Brown, *The Cult of the Saints* (Londres, 1982), y J. Howard-Johnston y P. A. Hayward (eds.), *The Cult of the Saints in Late Antiquity and the Early Middle Ages: Essays on the Contribution of Peter Brown* (Oxford, 1999). La paternidad espiritual ha sido investigada por Joseph H. Lynch, *Godparents and Kinship in Early Medieval Europe* (Princeton, 1986). Sobre los rituales de la muerte, véase F. S. Paxton, *Christianizing Death: The Creation of a Ritual Process in Early Medieval Europe* (Ithaca, NY, 1990). Sobre el celibato, véase M. Frassetto (ed.), *Medieval Purity and Piety: Essays on Medieval Clerical Celibacy and Religious Reform* (Nueva York y Londres, 1998). El espacio sagrado reivindicado por el poder real es explorado por Barbara Rosenwein, *Negotiating Space: Power, Restraint and Privileges of Immunity in Early Medieval Europe* (Ithaca, NY, 1999) y M. de Jong, C. van Rhijn, y F. Theuws (eds.), *Topographies of Power in the Early Middle Ages* (Leiden, 2000). Sobre la asistencia pastoral y los concilios, especialmente en Inglaterra, véanse John Blair y Richard Sharpe (eds), *Pastoral Care before the Parish* (Leicester, Londres, y Nueva York, 1995), y C. R. E. Cubitt, *Anglo-Saxon Church Councils, c.650-850* (Londres y Nueva York, 1995). Recientemente, el estudio del impacto del Antiguo Testamento en la práctica religiosa altomedieval, examinado por historiadores alemanes como Raymund Kottje y Arnold Angenendt, ha sido emprendido por otros estudiosos: véanse, por ejemplo, M. de Jong (ed.), *The Power of the Word: The Influence of the Bible on Early Medieval Politics,* in *Early Medieval Europe,* 3 (1998), pp. 261-357, y también R. Gameson (ed.), *The Early Medieval Bible: Its Production, Decoration and Use* (Cambridge, 1994).

La cultura

El volumen colectivo R. McKitterick (ed.), *Carolingian Culture: Emulation and Innovation* (Cambridge, 1994), contiene ensayos sobre la reforma franca, la literatura, la gramática, la filosofía y la teología, el arte, la música, la producción del libro, los escritos históricos y el pensamiento político, con bibliografías. Libros con muchas reproducciones a color de esculturas, edificios, artefactos y pinturas del período incluyen: J. Hubert, J. Porcher, y W. Volbach, *Europe in the Dark Ages* (Londres, 1969) y *Carolingian Art* (Londres, 1970); L. Grodecki, F. Miitherich, J. Taralon, y F. Wormald, *Le Siècle de l'an Mil* (París, 1973), versión española, *El siglo del año mil*, trad. José Gil de Ramales (Madrid, 1973). Sobre las construcciones, véanse R. Krautheimer, *Early Christian and Byzantine Architecture*, 2ª ed. (Harmondsworth, 1975), versión española *Arquitectura paleocristiana y bizantina*, trad. Consuelo Luca de Tena (Madrid, 1988[3]), y *Rome: Profile of a City, 312-1308*, 2ª ed. (Princeton, 2000). Estudios interpretativos principalmente concernientes al arte son Henry Mayr-Harting, *Ottonian Book Illumination: An Historical Study* (Londres, 1991); H. Hoffmann, *Buchkunst und Königtum im ottonischen und frühsalsichen Reich*, Schriften des MGH 30 (Stuttgart, 1986); Lawrence Nees, *A Tainted Mantle: Hercules and the Classical Tradition at the Carolingian Court* (Filadelfia, 1991); y Mireille Mentre, *Illuminated Manuscripts of Medieval Spain* (Londres, 1996). Sobre la vida intelectual del período altomedieval, véase P. Riche, *Education and Culture in the Barbarian West from the Sixth through the Eighth Century*, trad. inglesa J. J. Contreni (Columbia, SC, 1978); R. Crocker y D. Hiley (eds.), *The New Oxford History of Music*, vol. II, *The Early Middle Ages to 1300*, 2ª ed. (Oxford, 1990); Donald Bullough, *Carolingian Renewal: Sources and Heritage* (Manchester, 1991); J. Marenbon, *From the Circle of Alcuin to the School of Auxerre: Logic, Theology and Philosophy in the Early Middle Ages* (Cambridge, 1981); J. J. Contreni, *Carolingian Learning, Masters and Manuscripts* (Aldershot, 1992). El maestro del estudio de la escritura en la alta Edad Media y la producción del libro es Bernhard Bischoff. Algunos de sus ensayos están traducidos al inglés por M. Gorman, *Carolingian Manuscripts in the Age of Charlemagne* (Cambridge, 1994). Muchos catálogos de recientes exposiciones profusamente ilustrados ofrecen ensayos interpretativos y nuevas investigaciones, además de síntesis útiles, como L. Webster y J. Backhouse (eds.), *The Making of England: Anglo-Saxon Art and Culture, AD 600-900* (Londres, 1991); C. Stiegemann y M. Wemhoff (eds.), 799: *Kunst und Kultur der Karolingerzeit* (Paderborn,

1999); A. von Euw y P. Schreiner (eds.), *Kaiserin Theophanu: Begegnung des Ostens und Westens urn die Wende des ersten Jahrtausends* (Colonia, 1991); y K. van der Horst, I William Noel, y W. C. M. Wiistefeld (eds.), *The Utrecht Psalter in Medieval Art* (Utrecht, 1996); M. Puhle (ed.), *Otto der Grosse, Magdeburg und Europa*, 2 vols. (Mainz, 2001).

Europa y el ancho mundo

Sobre las percepciones visuales del mundo, véanse J. B. Harley y David Woodward (eds.), *The History of Cartography, vol.* I. *Cartography in Prehistoric, Ancient and Medieval Europe and the Mediterranean* (Chicago, 1987), y P. G. Dalche, *Géographie et culture: La Représentation de l'espace du VIe au XIIe siècle* (Aldershot, 1997). Un atlas útil, además de los mencionados más arriba, es el de P. R. Magosci (ed.), *Historical Atlas of East Central Europe* (Toronto, 1995). Sobre las comunicaciones, véanse R. Chevalier, *Roman Roads,* ed. rev. (Londres, 1989); J. H. Pryor, *Geography, Technology and War: Studies in the Maritime History of the Mediterranean,* 649-1571 (Cambridge, 1988); E. D. Hunt, *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire* (Oxford, 1982); Evangelos Chrysos e Ian Wood (eds.), *East and West: Modes of Communication* (Leiden, 1999); y (por lo que se refiere a la escritura) M. Mostert (ed.), *New Approaches to Medieval Communications* (Turnhout, 1999). Sobre la ciencia y el tiempo, D. Gutas, *Greek Thought, Arabic Culture* (Londres y Nueva York, 1998); Faith Wallis, *Bede: The Reckoning of Time* (Liverpool, 1999) (edición del texto de Beda con extensa introducción y comentario); y P. Butzer y D. Lohrmann (eds.), *Science in Western and Eastern Civilization in Carolingian Times* (Basilea, 1993), que incluye a Arno Borst sobre la enciclopedia carolingia del tiempo del año 809. Sobre el conocimiento del griego en occidente, véase Walter Berschin, *Greek Letters and the Latin Middle Ages,* trad. inglesa J. Frakes (Washington, DC, 1988). Sobre Bizancio, véanse J. F. Haldon, *Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture,* 2ª ed. (Cambridge, 1997); Robin Cormack, *Writing in Gold: Byzantine Society and its Icons* (Londres, 1985); y N. G. Wilson, *Scholars of Byzantium* (Londres, 1983), versión española, *Filólogos bizantinos,* trad. Félix Piñero y Alejandro Cánovas (Madrid 1994). Sobre las relaciones entre Bizancio y occidente, existe un conjunto de excelentes volúmenes colectivos, como J. D. Howard-Johnston, *Byzantium and the West, c.850-1200* (Amsterdam, 1988); J. Shepard y Simon Franklin (eds.), *Byzantine Diplomacy* (Aldershot, 1992); B. McGinn y W. Otten (eds.), *Eriugena: East and West* (Notre

Dame, Ind., 1994); y A. Davids (ed.), *The Empress Theophano: Byzantium and the West at the Turn of the First Millennium* (Cambridge, 1995). Sobre los sasánidas y otros pueblos más hacia el este, D. Sinor (ed.), *The Cambridge History of Early Inner Asia* (Cambridge, 1990), y B. A. Litvinsky (ed.), *History of Civilisations of Central Asia,* 3 (Paris, 1996), son exhaustivos; véanse también las colaboraciones en Averil Cameron (ed.), *States, Resources and Armies* (Princeton, 1996), y D. M. Dunlop, *The History of the Jewish Khazars* (Princeton, 1954). Sobre los eslavos y su conversión al cristianismo, véase F. Dvornik, *Byzantine Missions among the Slavs* (New Brunswick, NJ, 1970); A. P. Vlasto, *The Entry of the Slavs into Christendom: An Introduction to the Medieval History of the Slavs* (Cambridge, 1970); y I. Ševčenkô, *Byzantium and the Slavs in Letters and Culture* (Cambridge, Mass., y Nápoles, 1992). Sobre los Balcanes y Europa central y oriental, aparte de los capítulos pertinentes en *The New Cambridge Medieval History,* vols. II y III, véanse D. Obolensky, *The Byzantine Commonwealth: Eastern Europe, 500-1453* (Londres, 1971); Walter Pohl, *Die Awaren: Ein Steppenvolk in Mitteleuropa 567-822 n. Chr.* (Munich, 1989); J. V. A. Fine, *The Early Medieval Balkans: A Critical Survey for the Late Sixth to the Early Twelfth Century* (Ann Arbor, 1983); y Johannes Fried, *Otto III und Boleslaw Chobry,* 2ª ed. (Stuttgart, 1999). Moravia es una fuente de contiendas: para una discusión útil, véase M. Innes, «Franks and Slavs, 700-1000: The problem of European expansion before the millennium», *Early Medieval Europe,* 6 (1997), pp. 201-16. Para el norte, véanse P. Sawyer, *Kings and Vikings: Scandinavia and Europe AD 700-1100* (Londres y Nueva York, 1982) y S. Franklin y J. Shepard, *The Emergence of Rus, 750-1200* (Londres, 1996). Sobre los aspectos del sur y del oeste, véanse B. Kreutz, *Before the Normans: Southern Italy in the Ninth and Tenth Centuries* (Filadelfia, 1991) y T. C. Lounghis, *Les Ambassades byzantines en Occident depuis la fondation des états barbares jusqu'aux Croisades (407-1096)* (Atenas, 1980).

Cronología

341	El obispo Ulfilas convierte a los godos al cristianismo arriano
358	Los francos salios en Toxandria
376	Los godos se establecen en Tracia
378	Batalla de Adrianópolis
c. 390	San Jerónimo emprende una nueva traducción del Antiguo Testamento
400	Erección de la columna de Arcadio en Constantinopla
410	Los visigodos, dirigidos por Alarico, saquean Roma
418	Fundación del reino visigótico de Toulouse
c. 418	Orosio, *Los siete libros de la historia contra los paganos*
426	San Agustín, *La Ciudad de Dios*
429	El reino vándalo se establece en el norte de África
436	Destrucción del primer reino burgundio
438	Código de Teodosio
439	Los vándalos se apoderan de Cartago y dominan la zona central del norte de África
449	Embajada de Prisco al campamento de Atila el Huno, más tarde redactada en la *Historia de Bizancio* de Prisco
451	Derrota de Atila el Huno en la batalla de los Campos Cataláunicos
	El Concilio de Calcedonia reafirma las definiciones de la fe católica realizadas en Nicea (325) y Constantinopla (381) y repudia la doctrina de Nestorio y Eutico
453	Muerte de Atila el Huno a causa de una fuerte hemorragia nasal

456	Fundación del segundo reino burgundio en Lyon después de una prolongada serie de acuerdos federados con los romanos en la Galia
476	Deposición de Rómulo Augústulo, «el último emperador romano de occidente», y ascenso de Odoacro
480	Muerte de Julio Nepote, también emperador occidental en Dalmacia
481	Clodoveo el franco se convierte en el gobernante de la Galia septentrional
493	Teodorico el Ostrogodo derrota a Odoacro y gobierna Italia
496-508	Conversión de Clodoveo al catolicismo
506	Los visigodos promulgan el *Breviario de Alarico*, un compendio del Código de Teodorico de derecho romano
507	Los francos derrotan a los visigodos en Vouillé
c. 511	Se promulga la *Lex Salica*
511	Muerte de Clodoveo y primera división del reino merovingio entre sus cuatro hijos
c. 524	Boecio, *Consolación de la filosofía*
524	Ejecución de Boecio en Italia
526	Muerte de Teodorico el Ostrogodo
527-565	Reinado de Justiniano I, emperador bizantino
c. 532	Las Tablas de la Pascua de Dionisio Exiguo se fechan en el (supuesto) año de la Encarnación de Cristo y así fomentan la Era Cristiana
533	Muerte de Gelimer, rey de los vándalos
534	El ejército bizantino bajo Belisario reconquista el África vándala
	Conquista franca del reino burgundio
	Justiniano promulga el *Corpus Iuris Civilis*

535-536	Guerras ostrogodas en Italia
536-561	El general bizantino Belisario recupera Sicilia e invade el sur de Italia
537	Consagración de la iglesia justiniana de Santa Sofía en Constantinopla
537-538	Casidoro compila las *Variae*
c. 540	San Benito, *Regla*
	Llegan a Bizancio gusanos de seda de Asia Central, India o China
c. 540-565	Talla de la tabla de Barbarini
decenio de 540	Los francos gobiernan las tierras al norte del Po en Italia
542-543	La peste se propaga hacia el oeste desde Constantinopla
c. 550	Cosmas Indicopleustes, *Topographia Christiana*
552	El ejército de Justiniano, comandado por Narsés, mata a Totila, el líder godo
c. 552	Jordanes, *Historia de los godos*
553	Teias, sucesor de Totila, es derrotado
554	La última resistencia militar ostrogoda fracasa aunque algunas sublevaciones en el norte continúan durante unos cuantos años más
	Justiniano promulga la *Sanción pragmática* con medidas para restaurar Italia como la provincia más occidental del Imperio
c. 560	Los turcos occidentales en alianza derrotan a los hunos hephtalitas, se convierten en señores de Sogdia y continua la migración hacia el oeste
561	El general bizantino Narsés ocupa el norte de Italia
	Segunda división del reino merovingio entre los cuatro hijos de Clotario I

563	San Columbano funda el monasterio de Iona en la isla de Hy cedida por el rey escocés local
567	Muerte del rey Cariberto y nueva división del reino merovingio, cuyo resultado es la aparición de los subreinos conocidos como Neustria, Austrasia y Borgoña
568-569	Los lombardos entran en Italia
569-573	Embajadas bizantinas al kagan turco occidental en Asia central (descritas en la *Historia* de Menandro el Guardia Real)
570	Los ávaros entran en Panonia
c. 570-585	Leovigildo conquista la mayor parte de España para los visigodos
582	Ascenso del emperador Mauricio en Bizancio
584	Los lombardos establecen una monarquía permanente
589	Conversión de los visigodos al catolicismo desde el arrianismo; tercer concilio de Toledo
590	Columbano parte de Irlanda con rumbo a la Galia. Allí funda el monasterio de Luxeuil e inspira a muchos francos con su rigor ascético
591	Gregorio de Tours, *Historias*
597	Agustín de Canterbury convierte al rey inglés Etelberto de Kent al cristianismo
603-628	Guerra entre Bizancio y la Persia sasánida
610	Ascenso del emperador Heraclio en Bizancio
611	Los persas conquistan Antioquía
612	Fundación del monasterio de Bobbio
613	Clotario II reúne los reinos merovingios con la ayuda, en especial, de Arnulfo, obispo de Metz, y Pipino I. A partir del matrimonio, más tarde, entre el hijo de Arnulfo, Ansegis, y Begga, hija de Pipino, desciende la familia carolingia

618/619-628/629	Los persas ocupan Egipto
622	Mahoma sale de la Meca hacia Medina, comenzando así su *hijra* (migración); principio del calendario islámico
623	El rey franco Clotario II crea el subreino para su hijo Dagoberto en Austrasia
c. 625-636	Isidoro de Sevilla escribe las *Etymologiae*
626	Ávaros, eslavos y persas sitian Constantinopla
627-628	El emperador Heraclio invade Persia y derroca a Cosroes II
632	Muerte de Mahoma. Abu Bakr se convierte en califa
633-641	Los árabes invaden las provincias medio-orientales de Bizancio y destruyen el Imperio persa
636	Los árabes invaden Siria
637	Los árabes invaden Irak
	Los árabes toman la capital sasánida de Tesifón
638	Los árabes toman Jerusalén
639	Muerte de Dagoberto, rey de los francos
642	Los árabes conquistan Egipto y comienzan la conquista del norte de África
643	Rotario, rey de los lombardos, promulga su código de derecho
651	Derrota definitiva de los persas en Merv
654	El rey visigodo Recesvinto revisa el *Liber Iudiciorum*, que incluye muchas leyes compiladas por su padre Chindasvinto
664	El sínodo de Whitby resuelve la cuestión de la Pascua dentro de la Iglesia inglesa en favor de la práctica romana (esto es, el ciclo ideado por Dionisio el Exiguo)
674-678	Bloqueo árabe de Constantinopla

678-683	Caín Fhuithirbe: el primer código legal irlandés datable es promulgado, tratando la relación entre la Iglesia y reyes
679	Viaje de ida y vuelta de Baronto al cielo
680	Los búlgaros cruzan el bajo Danubio y ocupan las tierras entre el río y los montes Haemus (balcánicos)
*c.*680	Se firma la paz entre Bizancio y los lombardos
681	El rey visigodo Ervig revisa el *Liber Iudiciorum*
687	Batalla de Tertry y Pipino II, mayordomo de palacio de Austrasia, asume el mando del reino merovingio
690	Willibrordo, misionero anglosajón, parte de Irlanda con rumbo a Frisia
692	Finalización de la mezquita de la Cúpula de la Roca de Jerusalén, muestra del piedad y el poder omeya
695	21 de noviembre. Willibrordo es consagrado obispo por el Papa Sergio y más tarde funda su obispado en Utrecht
	Wihtred, rey de Kent, promulga un código de derecho, casi al mismo tiempo que Ine, rey de Wessex, promulga el suyo. Los dos están en inglés
698	Los árabes capturan Cartago
711	Los árabes invaden la España visigoda
713	Liutprando, rey de los lombardos (712-744), hace la primera de muchas adiciones al código de derecho lombardo
714	Muerte del carolingio Pipino II, mayordomo de palacio. Su hijo bastardo, Carlos Martel, trata de asegurar el control en Francia contra los francos de Neustria, encabezados por Ragamfred, y los frisios
716	El duque Theodo de Baviera pide ayuda al Papa para la reorganización de la Iglesia de Baviera
716-718	Ataque árabe en Constantinopla
718	Carlos Martel establece el control en Francia y después reconstruye el poder franco con una serie de campañas militares

	En la batalla de Covadonga los árabes son derrotados por el gobernante cristiano de Asturias y su ejército
722	Bonifacio, misionero inglés, es enviado a Alemania como obispo por el recientemente consagrado Papa Gregorio II
725	Beda completa su *Sobre el cálculo del tiempo,* que se convierte en una guía muy influyente de cálculo en las escuelas de Europa occidental
726	El emperador León III de Bizancio asciende al trono
730	El emperador León III ordena la destrucción de todos los iconos del Imperio bizantino, permitiendo conservar tan sólo las cruces, pues son símbolos, no imágenes
731	Beda, *Historia eclesiástica del pueblo inglés*
732-734	Batalla de Poitiers (que, en realidad, tuvo lugar entre Tours y Poitiers); Carlos Martel derrota a los árabes y les obliga a que se retiren hacia el sur
735	Los francos conquistan Frisia
c. 736	Brode, rey de los pictos, establece el dominio picto sobre el reino escocés de Dál Riata
737	Es construida la Danevirke a lo largo de la península de Jutlandia por los gobernantes daneses
741	Muerte de Carlos Martel; Pipino III y Carloman suceden a Carlos Martel como mayordomos de palacio
	El código de derecho *Euloga* en Bizancio
741/742	Se fundan obispados en Erfurt, Buraburg, y Würzburg
742/743	El *Concilium Germanicum*, presidido por el inglés Bonifacio, arzobispo de Maguncia, y Carloman, el mayordomo franco de palacio de Austrasia, da los primeros pasos hacia la reforma de la Iglesia franca
743	Carloman, mayordomo de palacio de Austrasia alza al último rey merovingio, Chilperico III, al trono
746	Los francos derrotan a los alamanes en Cannstadt

El rey de los lombardos Ratchis promulga adiciones al código de derecho lombardo

747 Sínodo de *Cloveshoe* en Mercia y reformas, muy parecidas a las medidas francas, son introducidas en la Iglesia inglesa

749 Liutprando, rey de los lombardos, invade Pentápolis. El Papa Zacarías le persuade de que se vaya

c. 750 Primeras estructuras de madera construidas en Staraia Ladoga en el río Volkhov; el establecimiento sirve de lugar comercial, donde la plata musulmana era canjeada por pieles

Crodegango, obispo de Metz, funda una escuela para el canto eclesiástico en Metz, que se dice que es imitación de la de Roma

750 Fundación del califato abásida

751 Los lombardos conquistan Ravena desde Bizancio

La batalla del río Talas establece el límite entre China y el califato abbásida en oriente

Pipino III, el mayordomo de palacio carolingio, usurpa el trono merovingio

754 Pipino III, su esposa Bertrada, y sus dos hijos Carlos y Carloman, son ungidos como la familia gobernante por el Papa Esteban II (III) en Francia

Bonifacio, obispo de Maguncia, es asesinado por bandidos en Dokkum en el norte de Frisia

Concilio iconoclasta en Heireia

755 Capitulario de Herstal y reforma de la acuñación franca por Pipino III quien promueve el uso del nuevo penique de plata

756 El omeya 'Abd-al Rahman I se hace con el poder en Córdoba

757 Tassilo, duque de Baviera, jura fidelidad a Pipino III en Compiègne

	La embajada bizantina a la corte franca presenta un órgano a Pipino III
767	Gisela, hija de Pipino III, se promete en matrimonio con el heredero al trono bizantino (más tarde emperador) León IV. La boda no se celebra
768	Muerte de Pipino III
	La conquista carolingia de Aquitania es completada por Carlos y Carloman, hijos de Pipino III, quienes suceden a Pipino como reyes de los francos
771	Muerte de Carloman; Carlomagno queda como el único gobernante de los francos
773-774	Carlomagno conquista el reino de los lombardos
776-798	Finalización del complejo palaciego y los baños de Aquisgrán
778	Expedición de Carlomagno a España. Roland, conde de la marca bretona, es asesinado en Roncesvalles, dando lugar al poema en francés antiguo, escrito por primera vez en el siglo X, la *Chanson de Roland*
782	Carlomagno hace ejecutar a 4.000 prisioneros sajones después de la derrota franca en las colinas de Süntel
decenios de 780 y 790	Eruditos de Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia y España se reúnen en la corte de Carlomagno
c. 783	Pablo Diácono, *Historia de los lombardos*
785	La rendición de Widukind el Sajón a Carlomagno produce una subyugación temporal de los sajones a los francos
786	Legados papales informan del estado de la Iglesia en Inglaterra
	Lichfield es (temporalmente) elevado a arzobispado
	Beato de Liébana, *Comentario al Apocalipsis*
c. 786	Finalización de la gran mezquita de Córdoba
787	El segundo concilio de Nicea anatematiza a los iconoclas-

tas y define que la veneración sea de acuerdo con las imágenes

788 Anexión de Baviera; el duque Tassilo y su familia son encarcelados en monasterios en Francia oriental

789 *Admonitio Generalis* de Carlomagno aboga por un extenso programa de reforma de la Iglesia franca, insistiendo en la *correctio*

Brihtric, rey de Wessex, se casa con Eadburh, hija de Offa de Mercia

Egberto de Wessex se refugia en la corte de Carlomagno

791 Derrota de los ávaros por los francos

792 Sublevación de Pipino el Jorobado contra Carlomagno

793 Teodulfo de Orleans, *Libri Carolini* sobre el uso de imágenes en el culto religioso

Carlomagno intenta unir el Danubio y los ríos Rin/Main mediante un canal excavado entre los ríos Rednitz y Altmühl. Napoléon también fracasó. Este proyecto no se logró hasta finales del siglo XX

Saqueo vikingo de Lindisfarne

794 Concilio de Frankfurt. Carlomagno reforma la acuñación y regulariza los pesos y las medidas. Se condena el adopcionismo y la iconoclasia, pero, debido a un malentendido en los argumentos de los griegos y la definición de veneración, también lo son las actas de Nicea II (787)

c. 795-835 Ataques relámpago vikingo a Irlanda

796 Los francos destruyen el círculo ávaro, y saqueo del enormemente rico tesoro ávaro

Carlomagno escribe a Offa, rey de Mercia, acerca de los vínculos comerciales y los destierros políticos

798 Carlomagno subyuga finalmente a los sajones y a los francos después de muchos años de campañas

799	Carlomagno se encuentra con el Papa León III en Paderborn
	Anónimo, *Carolus Magnus et Leo Papa*
	Teodulfo de Orleans, *Contra Judices*
800	Carlomagno toma Barcelona
	Se hace circular la carta de Carlomagno, *De litteris colendis*, acerca del estímulo de la educación en las escuelas de monasterios y obispados
	Carlomagno promulga el *Capitulare de villis*, sobre la organización de los dominios reales
	Carlomagno es coronado emperador en la iglesia de San Pedro, en Roma, por el Papa León III en el día de Navidad
802	El califa Haroun al Rashid de Bagdad envía un elefante, Abul Abaz, a Carlomagno
	Carlomagno promulga su capitulario programático sobre la reorganización administrativa del Imperio
806	Establecimiento del control franco sobre Barcelona y la Marca Hispánica, y (brevemente) sobre Pamplona
	Divisio regnorum: Carlomagno previene la división de su reino, entre sus entonces tres hijos vivos, pero no la continuación del título imperial después de su muerte
808	Nuevas fortificaciones del Danevirk en la península de Jutlandia
810	Pipino de Italia toma Venecia y ataca Dalmacia
	Muerte del elefante Abul Abaz en la campaña de Alemania
811	La expedición bizantina contra los búlgaros acaba catastróficamente: el emperador Nicéforo I es asesinado y su cráneo es convertido en una copa para beber
	Se crean nuevas provincias eclesiásticas, con Besançon, Tarentaise y Embrun convertidas en arzobispados. Se restablece la condición metropolitana de Colonia

812	Bizancio firma la paz con los francos respecto a Dalmacia y reconoce a Carlomagno como emperador
812-814	Los búlgaros invaden Tracia y Macedonia
813	Carlomagno corona a su hijo Luis como emperador
	Concilios para la reforma de la Iglesia franca
814	Muerte de Carlomagno y ascenso de Luis el Piadoso
816	Se firma la paz entre Bizancio y Bulgaria
816/817	Los decretos para la reforma de Aquisgrán promueven la *Regla* de San Benito en los monasterios del Imperio franco
817	El *Ordinatio Imperii* de Luis el Piadoso divide el Imperio entre sus tres hijos, Lotario, Luis y Pipino, y hace al primogénito, Lotario, co-emperador
	Pactum Ludovicianum: Luis el Piadoso confirma al Papa en la posesión de sus estados y patrimonios papales y garantiza la libertad de las elecciones papales
	Rebelión de Bernardo, rey de Italia. Fracasa; se le deja ciego y muere
817-824	El Papa Pascual I construye la iglesia de Santa Prassede en Roma
818-847	Durante el episcopado del obispo Teodemiro de Iria Flavia, se descubren las reliquias de San Jaime en Compostela. Con posterioridad, Santiago se convierte en lugar importante de culto y de peregrinación
c. 820	Plano de Sankt Gallen
822	Redacción del políptico de la abadía de San-Germain-des-Prés por orden del abad Irminón
823	Nacimiento de Carlos el Calvo, hijo de Judith, segunda esposa de Luis el Piadoso
824	La *Constitutio romana* restablece el papel del pueblo de Roma en las elecciones papales
	Se establece el reino independiente de Pamplona

824-830	Los invasores musulmanes se apoderan de Creta y empiezan a tomar las fortalezas de Sicilia
825	El Sínodo de París reitera la condenación franca de las opiniones griegas sobre las imágenes
	Dicuil, *De mensura orbis*
826	El rey danés Harald Klak es bautizado en la corte del emperador franco Luis el Piadoso
827	Los obsequios bizantinos a Luis el Piadoso incluyen las obras de pseudo-Dionisio Areopagita
829/830	*Historia Brittonum* atribuida a «Nennius»
decenio de 830	Los húngaros se trasladan a las estepas al norte del mar Negro
830	Sublevación contra Luis el Piadoso protagonizada por los condes Hugh y Matfrid
830-831	Misión de Anskar en Suecia
c. 831	Hamburgo-Bremen se convierte en una archidiócesis
833	Deposición del emperador franco, Luis el Piadoso
	Penitencia pública de Luis el Piadoso
834	Restauración de Luis el Piadoso
834-837	Incursiones anuales vikingas en el establecimiento comercial de Dorestad
839	Los «rhos» forman parte de una embajada bizantina a la corte de Luis el Piadoso
840	Muerte de Luis el Piadoso. Sobrevienen las guerras civiles entre sus hijos supervivientes, Lotario, Luis el Germánico y Carlos el Calvo
840-841	Los vikingos establecen una base en Dublín
841-843	Sublevación de Stellinga en Sajonia
841-871	Emirato musulmán en Bari

842	Juramentos de Estrasburgo entre Luis el Germánico y Carlos el Calvo. En el documento realizado por Nithard († 844), *Historia de los hijos de Luis el Piadoso,* escrito poco tiempo después, el juramento realizado en lengua «romance» es el ejemplo extendido más temprano de antiguo francés
843	Tratado de Verdún y división del imperio franco entre Lotario, Carlos el Calvo y Luis el Germánico
	Los vikingos atacan Nantes. Incursiones en muchos otros lugares de los reinos francos durante los siguientes 50 años
	Restauración de iconos en Bizancio y establecimiento de la Fiesta de la Ortodoxia
845	Los vikingos saquean Hamburgo
847-852	Se fragua la colección canónica de pseudo-Isidoro
848-849	Kenneth I, rey de los pictos y Dál Reata hacia el año 842, hace de Dunkeld su nuevo centro eclesiástico y deposita las reliquias de San Columbano en su iglesia
855	Muerte del emperador Lotario. Su «medio reino» es dividido entre sus tres hijos, Lotario II, Luis II (en Italia) y Carlos
856	Rhodri, rey de Gwynedd, mata al jefe vikingo Horm
857	Etelwulfo de Wessex visita al rey Carlos el Calvo de los francos de occidente y con posterioridad se casa con Judith, hija de Carlos
858	Luis el Germánico invade el reino de su hermano Carlos el Calvo
860	Los rusos atacan Constantinopla
	Se condenan las opiniones de Gottschalk sobre la predestinación en el Sínodo de Tusey
c. 861	Conversión de los kazares al judaísmo
863	Los misioneros Constantino-Cirilo y Metodio son enviados a Moravia
	Otfrid de Weissenberg, *Evangelienbuch*

864	Conversión del kan Boris de Bulgaria al cristianismo bizantino
	Más tarde acude al Papa Nicolás I en busca de dirección espiritual y acepta a sacerdotes del oriente franco
	Edicto de Pîtres: Carlos el Calvo reforma la acuñación franca occidental
867	Misión de Ermanrich de Ellwangen a los búlgaros
869	Constantino-Cirilo muere en Roma. Más tarde, Metodio se presenta otra vez a los eslavos de Europa central como emisario papal y continúa con la labor pastoral y de traducción, defendiendo el uso del eslavo como lengua de la liturgia
	Muerte de Lotario II, rey de Lotaringia; su reino es reclamado por su tío Carlos el Calvo, rey del occidente franco, quien es coronado rey en Metz
869-870	Concilio de Constantinopla. El kan Boris acepta la afiliación religiosa libre con Bizancio
	Conversio Bagoariorum et Carantanorum
870	Tratado de Meersen: Carlos el Calvo y Luis el Germánico se dividen Lotaringia
	Rastislav es depuesto como gobernante de Moravia y es sucedido por Zwentibald/Svatopluk
c. 870	Comienzo del establecimiento nórdico en Islandia
873-874	Se construye la magnífica fachada-pórtico (*westwork*) de Corvey
874	Se firma la paz entre los francos orientales y los moravos
875	Carlos el Calvo, rey de los francos occidentales (840-877), es coronado emperador en Roma por el Papa Juan VIII. El Papa es presentado con la *Cathedra petri* (un trono de roble con tableros de marfil que representan los trabajos de Hércules) y un crucifijo de plata de tamaño natural
875/876	Los bizantinos vuelven a ocupar Bari y recobran otras fortalezas en el sur de Italia

876	Muerte de Luis el Germánico
	8 de octubre. Batalla de Andernach, Carlos el Calvo, rey de los francos occidentales es derrotado por su sobrino Luis el Joven de los francos orientales. La Lotaringia oriental es dividida entre Luis y su hermano Carlos III el Gordo
877	6 de octubre. Muerte de Carlos el Calvo. Es sucedido por su hijo Luis el Tartamudo
	Muerte de Rhodri Mawr, rey principal de Gales
878	Siracusa sucumbe ante los musulmanes
	Batalla de Edington; el rey Alfredo derrota al jefe vikingo Guthrum y establece su cadena de burgos fortificados
	Los vikingos inviernan en Dyfed, Gales
879	Boso se convierte en rey de Provenza
decenio de 880	Ohthere el Noruego rodea el cabo Norte y llega al Mar Blanco
	Después (*c.*890) relata su viaje al rey Alfredo de Wessex
880	Muerte de Carloman, rey de los francos orientales, cuyo territorio es tomado por su hermano Luis el Joven
	Luis el Joven, rey de los francos orientales, invade el reino de los francos occidentales y se le concede la Lotaringia occidental por el tratado de Ribemont
	Luis el Joven derrota a los vikingos en Thiméon en el río Sambre
881	Luis III, rey de los francos orientales, derrota a los vikingos en una batalla en Saucourt
	Ludwigslied (un poema en antiguo alto alemán) celebra la victoria de un rey franco llamado Luis sobre los vikingos
	Eulalia Sequence. El poema existente más viejo en antiguo francés
882	Muerte de Luis el Joven

884	Etelredo, rey de Mercia se somete a Alfredo de Wessex
	El Imperio carolingio es reunido por poco tiempo bajo Carlos el Gordo
885	Muerte de Metodio. Sus alumnos son perseguidos por el clero franco oriental; algunos huyen a Bulgaria
885-886	Los vikingos asedian París
886	Focio, patriarca de Constantinopla, es obligado a dejar su cargo por segunda vez. Muere algunos años después
	El rey Alfredo de Wessex ocupa Londres
887	Carlos el Gordo renuncia al trono (y muere al año siguiente). Es sucedido por Arnulfo en la Francia oriental
888	Arnulfo reconoce a Odón, Rodolfo y Berengario, elegidos reyes del Imperio franco occidental, de Borgoña y de Italia respectivamente. Sólo Berengario es miembro de la familia carolingia
894	Los pechenegos derrotan a los húngaros
	Bautismo de Borivoj, gobernante de los bohemios
895	Concilio Tribur
	El ejército de daneses de Haesten destruye el sur de Gales
896	Arnulf es coronado emperador por el Papa Formoso
897	El Papa Esteban VI hace exhumar el cadáver putrefacto de su predecesor Formoso y juzgar por perjurio, infringir el derecho canónico y codiciar el papado. Formoso es declarado culpable y el cuerpo es arrojado al Tíber
898	Odón, rey del Imperio franco de occidente, es sucedido por el carolingio Carlos el Simple
899	8 de diciembre. Muerte de Arnulfo; es sucedido por Luis el Niño
***c.* 900**	Los rusos se establecen en el Dnieper medio y después comercian regularmente con Bizancio

902	Los vikingos son expulsados de Dublín
904	León de Trípoli, el jefe pirata musulmán, saquea Tesalónica
905	Los magiares/húngaros empiezan a invadir Europa occidental
907	Los magiares derrotan un ejército bávaro en Marchfeld cerca de Bratislava
c. 907	Primer privilegio comercial escrito concedido por Bizancio a los rusos, seguido por tratados más detallados
910	Fundación de Cluny
911	El condado de Rouen es cedido a Rollón el Vikingo por Carlos el Simple, rey del Imperio franco occidental. Durante los próximos 80 años el territorio se extiende y se convierte en el ducado de Normandía
	Muerte de Luis el Niño, último rey carolingio del reino franco de occidente
	Conrado de Franconia elegido rey del Imperio franco oriental
914	Una flota vikinga llega al estuario de Severn desde Bretaña, destruye Gales y prende al obispo Cyfeiliog, quien es rescatado
c. 914	Misión religiosa bizantina dirigida a los alanos, nómadas que viven al norte del Cáucaso
915	Berengario de Friuli, bisnieto de Luis el Piadoso, es coronado emperador por el Papa Juan X
917	Sitric el Vikingo vuelve a ocupar Dublín
918	Muerte de Conrado I; Enrique I el Pajarero de Sajonia es elegido rey
919	El líder vikingo Ragnall de Dublín toma York y se convierte en rey de Northumbria
922	Visita de Ibn Fadlan al Volga Medio

929/925-972	Los checos dominan la llanura de Bohemia
929	Boleslav I, rey de Bohemia, asesina a su hermano Wenceslao. Éste último es reconocido después como santo y deviene el santo nacional checo
	Abd-al-Rahman III establece el califato en Córdoba
930	Otón, hijo de Enrique I el Pajarero, se casa con Edith, hermana de Athelstan de Wessex,
936	7 de julio. Muerte de Enrique I
	Su hijo Otón I le sucede y el 8 de agosto es coronado en Aquisgrán
937	Fundación del monasterio de San Mauricio, Magdeburgo
	Batalla de *Brunanburh*: los reyes de Escocia y Strathclyde se alían con el nórdico para luchar contra el rey Athelstan de Wessex. La batalla es conmemorada en un poema incluido en la *Crónica anglosajona*
948	Obispos nombrados para los obispados en Schleswig, Ribe y Aarhus en Dinamarca
decenio de 940 y 950	Diversos líderes del norte visitan Constantinopla y son bautizados, incluso el jefe húngaro Bulcsu y la princesa rusa Olga
949	Primera embajada de Liutprando de Cremona a Constantinopla, después descrita en su *Antapodosis* («Donde las dan las toman»)
c. 950	*De administrando imperio* compilado bajo la dirección de Constantino VII Porfirogeneta
951	Otón I es coronado rey de Italia y se casa con Adelaida, viuda de Lotario, rey de Italia
953	Bruno, hermano de Otón I, es nombrado arzobispo de Colonia
954	Muerte de Eric Hacha Sangrienta, gobernante vikingo de York

955	Otón I de Sajonia derrota a los húngaros en la batalla del Lech. Ejecuta a sus jefes, incluso al cristiano Bulcsu
957	División del reino inglés entre Edgar y Eadwig
958	Gorm, rey de los daneses, es enterrado en Jelling
959	Inglaterra es reunida bajo el rey Edgar
961	Bizancio reconquista Creta
962	Otón I es coronado emperador en Roma por el Papa Juan XII
	Ottonianum confirma las donaciones de Pipino III y Carlomagno y la libertad de las elecciones papales
965	Conversión del rey de los daneses, Harald Diente Azul, al cristianismo
966	Bautismo de Miezko I, rey de Polonia
967/972-999	Praga es convertida en obispado durante el reino de Boleslav II
968	Establecimiento de Magdeburgo como un nuevo arzobispado en Alemania oriental
	Poznán en Polonia se convierte en obispado
	La embajada de Liudprando de Cremona a Constantinopla en nombre de Otón I es descrita inmediatamente después en su *Relatiò de Legatione Constantinopolitana*
969-971	El príncipe Sviatoslav intenta establecer un nuevo centro de poder ruso en el bajo Danubio
c. 970	*Regularis Concòrdia*
972	Muerte del príncipe Sviatoslav de los rusos y de muchos de sus guerreros en los rápidos del Dnieper
	Matrimonio en Roma de Otón II, hijo de Otón I, con Teófano, sobrina del emperador bizantino Juan I Tzimiscés
973	Muerte de Otón I
982	Otón II es derrotado por los sarracenos en Calabria

983	Muerte de Otón II
	Sublevación eslava al este del Elba y destrucción de las iglesias misioneras alemanas de allí
c. 985	Primeros asentamientos escandinavos en Groenlandia
987	Muerte del último rey carolingio del occidente franco, Luis V. Ascenso de Hugo Capeto
	Godfrid el Vikingo asola Anglesey y toma a 2000 prisioneros. Esta incursión es una de las muchas de los próximos 15 años
c. 988	El príncipe Vladimir de Kiev adopta el cristianismo bizantino. Bautismo en masa de ciudadanos de Kiev en el río Dnieper
989	Maredudd ab Owain, rey de Dyfed, paga un impuesto de un penique por persona a los vikingos
990	Miezco I de Polonia anexa Silesia y la Pequeña Polonia
c. 990	Se contruye la primera iglesia en Roskilde, en Dinamarca
991	Muerte de la emperatriz Teófano. Su suegra Adelaida queda como única regente de su nieto Otón III
992	Crisóbula bizantina que concede privilegios a los navíos venecianos
995	Waik (Esteban) de Hungría se casa con Gisela de Baviera
996	Otón III visita Roma por primera vez y hace que su primo Bruno sea elegido Papa: Gregorio V
	Otón III es coronado emperador en Roma
997	Adalberto de Praga es martirizado por los prusianos
998	Segunda visita de Otón III a Roma. Depone al antipapa Juan Filagato
999	El anterior tutor de Otón III, Gerberto, arzobispo de Reims, se convierte en Papa Silvestre II
	Muerte de Olaf Trigurson, rey de Noruega, quien promovió la conversión de su pueblo al cristianismo

Sublevación infructuosa de Sitric Silkenbeard, rey vikingo de Dublín, quien es derrotado por Brian Boru, rey de Irlanda

1000 Los islandeses aceptan el cristianismo

Otón III y Boleslaw de Polonia veneran las reliquias de San Adalberto en Gniezno

Gniezno es elevado a arzobispado

Coronación del rey Esteban de Hungría con una corona enviada por el Papa

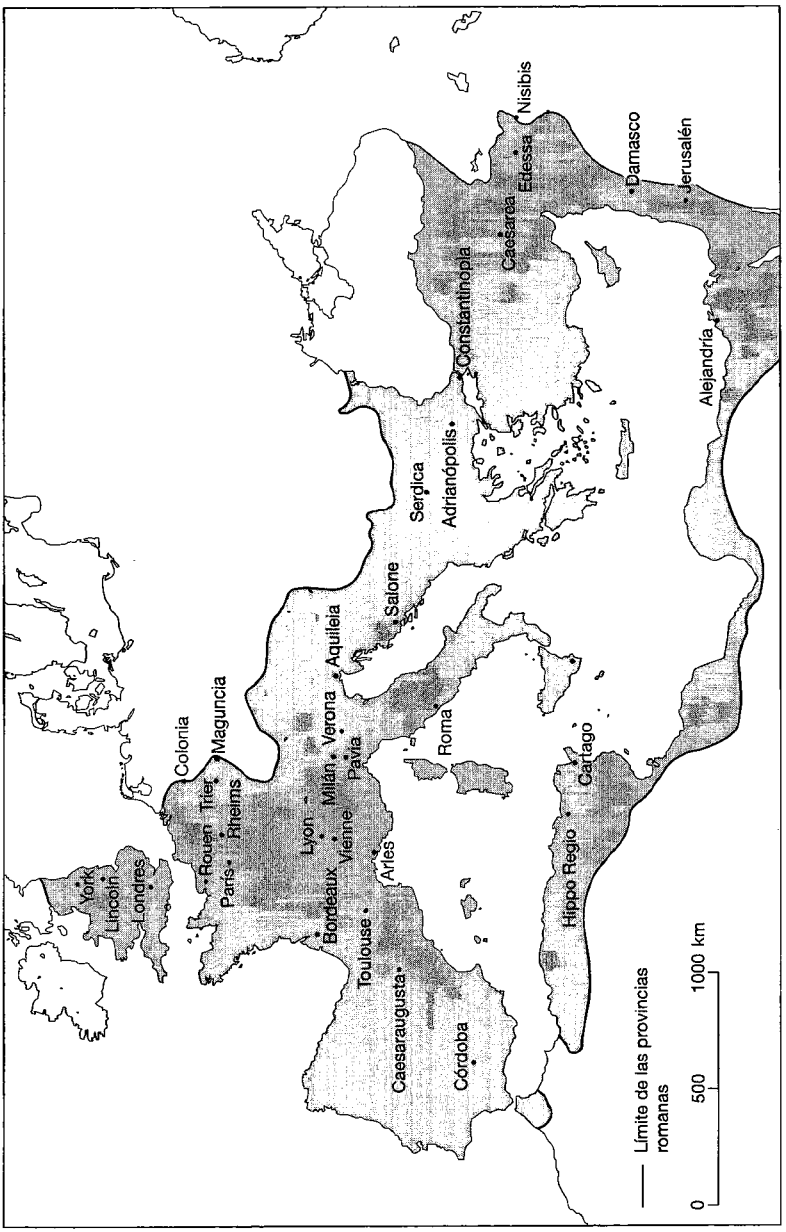
Otón III visita Aquisgrán y abre la tumba de Carlomagno

c. **1000** Se construyen las primeras iglesias en Groenlandia

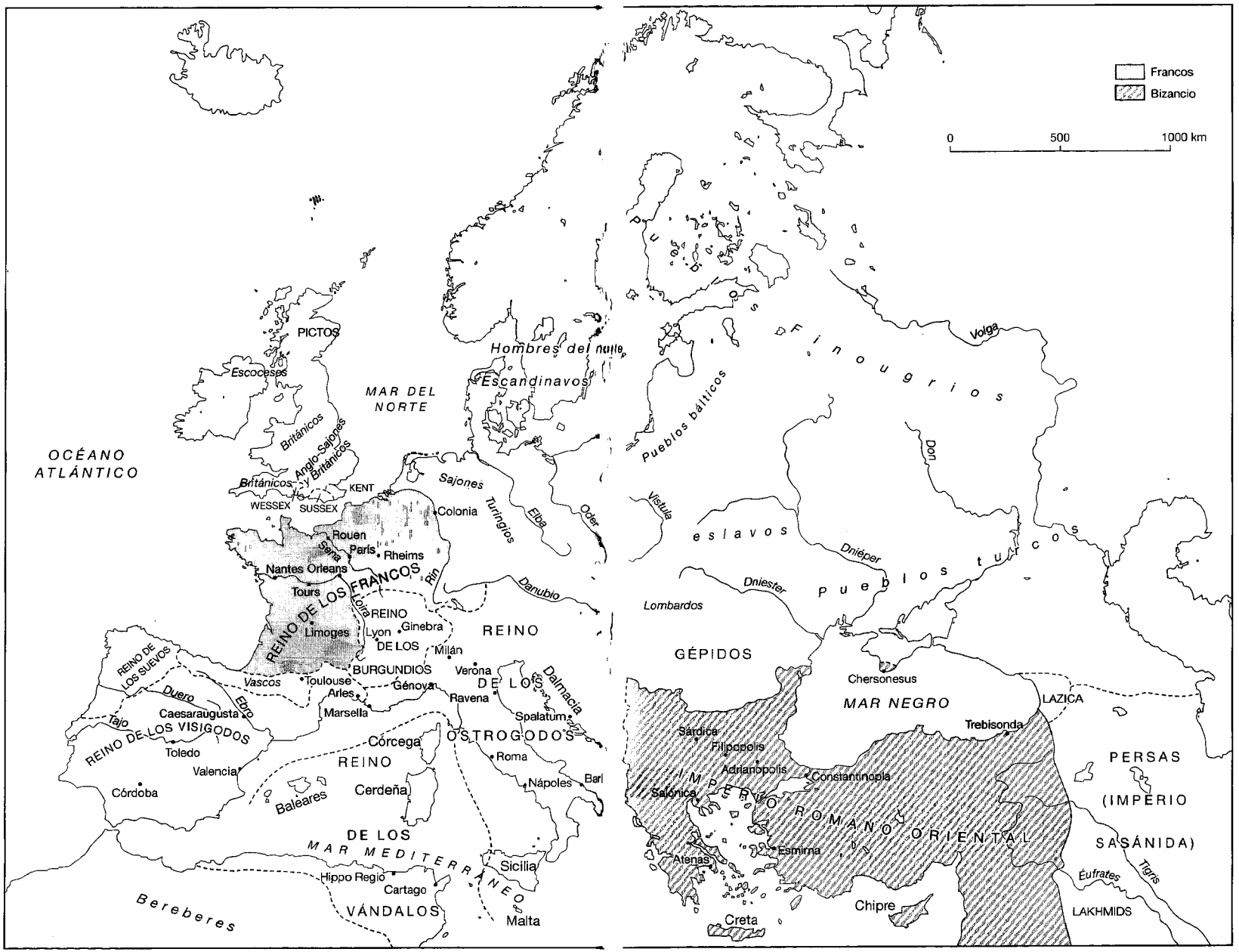
Primeros desembarcos escandinavos en el litoral norteamericano

1002 Muerte de Otón III

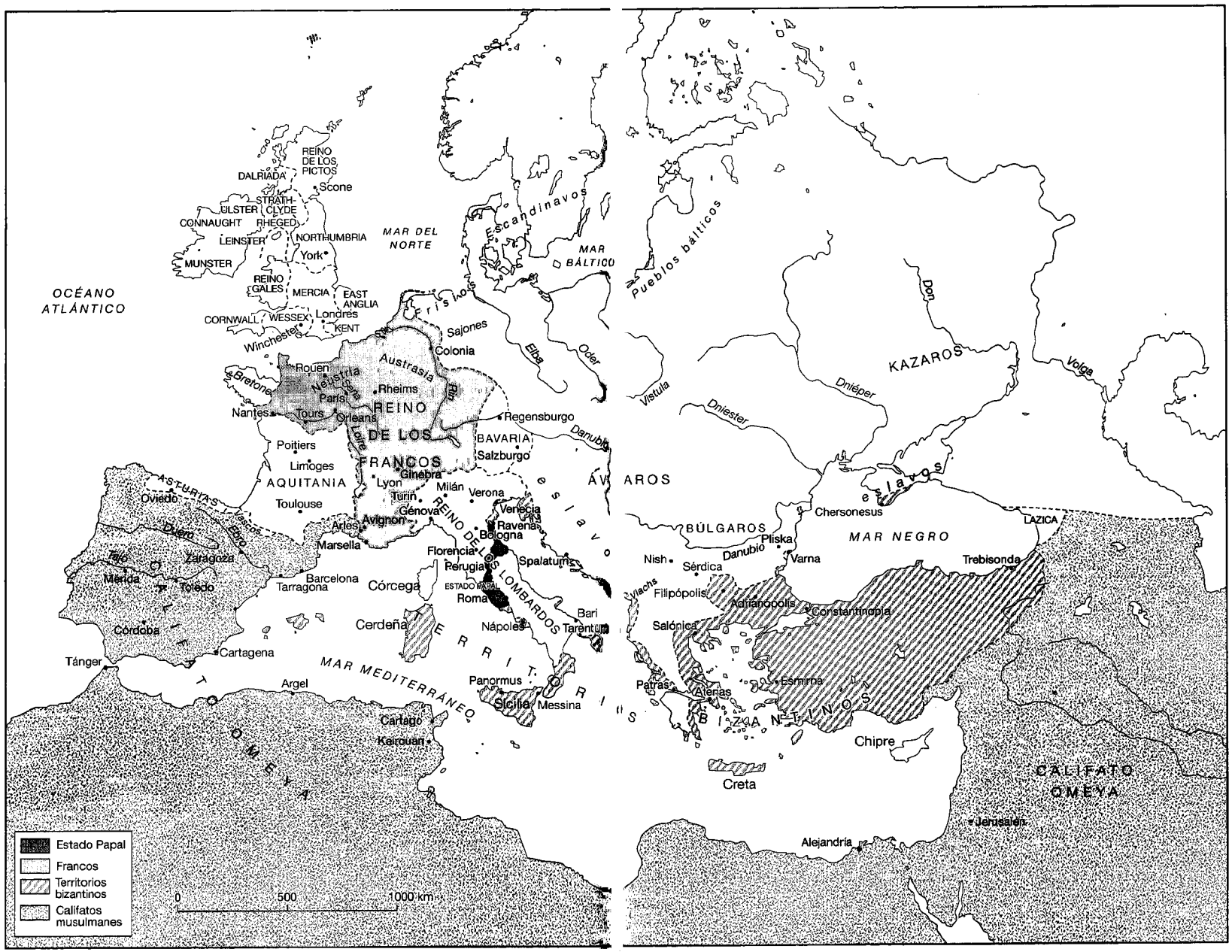
Mapas



Mapa 1 Europa *c.* 400: El antiguo Imperio Romano.

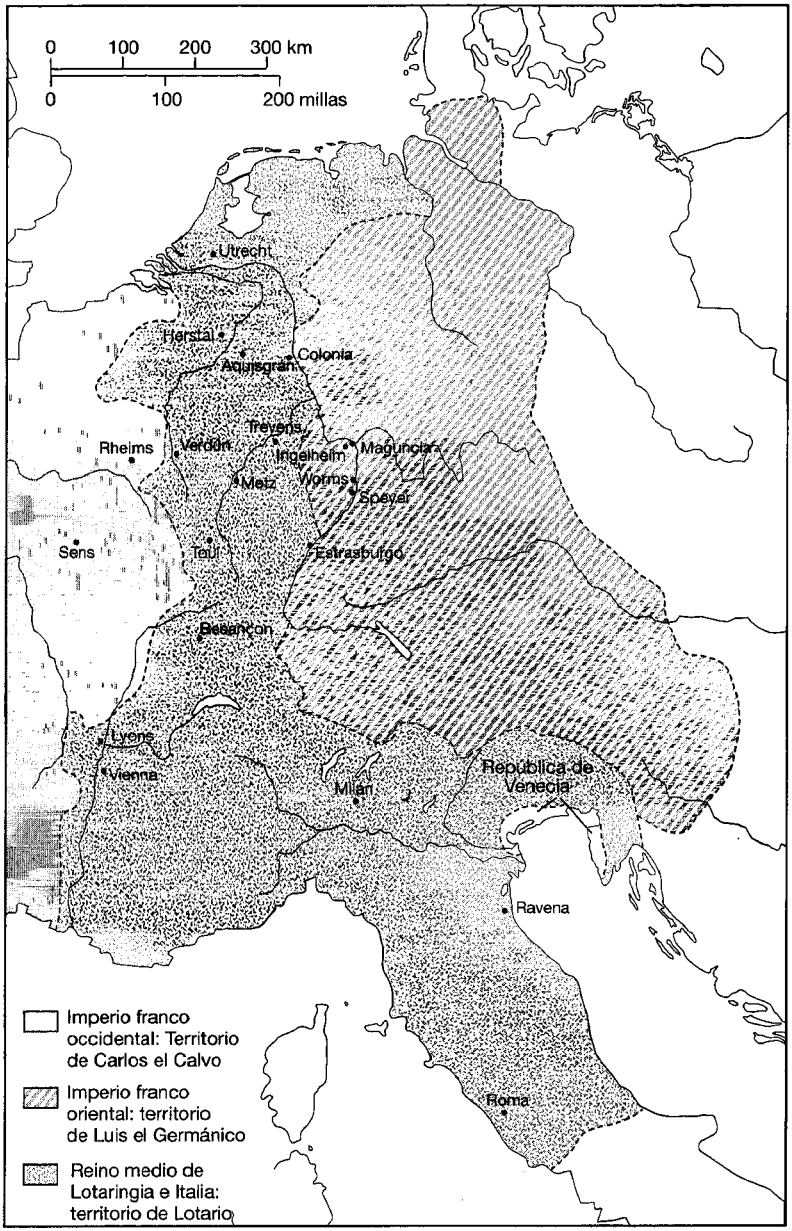


Mapa 2 Europa *c.* 526: Los primeros estados sucesores medievales.



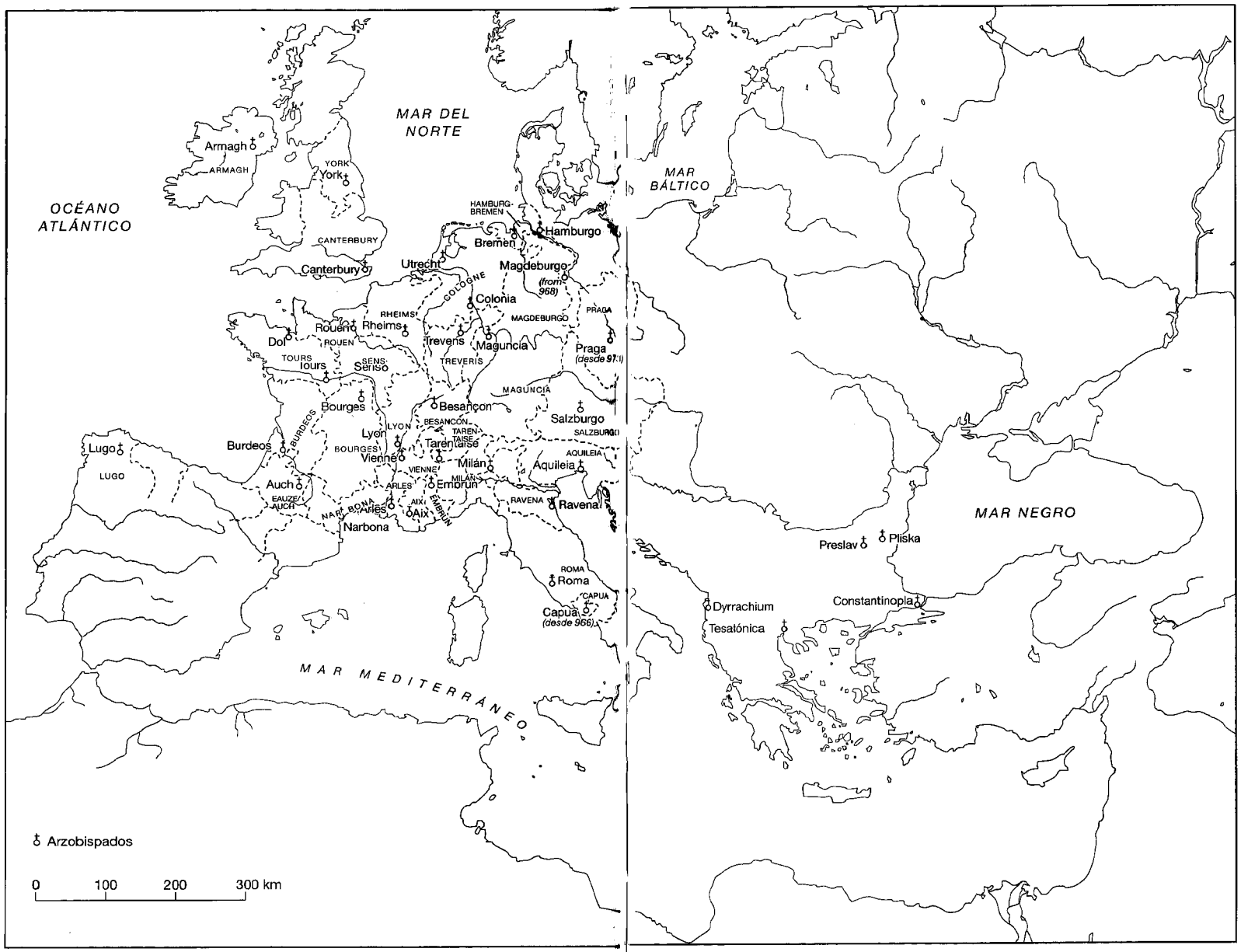
Mapa 3 Europa *c.* 732: la expansión árabe.

Mapa 4 Europa *c.* 814: el Imperio Carolingio.



Mapa 5 División del Imperio franco en el año 843.

Mapa 6 Europa altomedieval: centros monásticos y episcopales de erudición y cultura.



Mapa 7 Provincias eclesiásticas de la Europa latina (reflejando los cambios realizados en el año 811).

Mapa 8 Europa *c.* 1000.

Índice de mapas

1 Europa *c.* 400: El antiguo Imperio Romano

2 Europa *c.* 526: Los primeros estados sucesores medievales

Basado en *The Times Atlas of European History*, 2ª edición (1998)

3 Europa *c.* 732: la expansión árabe

Basado en *The Times Atlas of European History*, 2ª edición (1998)

4 Europa *c.* 814: el Imperio Carolingio

Basado en el mapa 4 de R. McKitterick (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, II. *c.*700-*c.*900 (Cambridge, 1995)

5 División del imperio franco en el año 843

6 Europa altomedieval: centros monásticos y episcopales de estudio y cultura

Basado en el mapa 20 de R. McKitterick (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, II. *c.*700-*c.*900 (Cambridge, 1995)

7 Provincias eclesiásticas de la Europa latina (reflejando los cambios realizados en el año 811)

8 Europa *c.* 1000

Índice de láminas

1 Relieve estucado de la iglesia del siglo VIII de Santa Maria en Valle, Cividale

Fotografía © Archivi Alinari

2 Estilicón, *magister militum*, y su esposa Serena (nieta del emperador Teodosio I) y su hijo Eucherio

Díptico en marfil del tesoro de la catedral de Monza. Fotografía © Archivi Alinari

3 Carlos el Calvo, rey de los francos de Occidente (840-877), coronado

Munich, Bayerische Staatsbibliothek Clm 14000, fol. 5^{v}. Escuela del palacio de Carlos el Calvo, oeste de Francia *c.* 870

4 Salterio de Utrech: una asamblea carolingia

Salterio de Utrech, Utrech University Library, MS 32, fol. 90^{v}. Hautvillers cerca de Rheims, *c.* 820

5 Beato de Liébana, *Comentario sobre el Apocalipsis*

Beato de Gerona, Museu de la Catedral de Girona, Núm. Inv. 7(11), fol. 134^{v}. 6 de julio de 975, realizado en el reino cristiano de León, probablemente en Tábara. Copiado por el escriba Senior e ilustrado por los artistas Ende y Emeterius. © Cabildo de la Catedral de Gerona

6 Palacio de Santa María del Naranco, Oviedo, construido durante el reinado del rey Ramiro I (842-850)

Fotografía con permiso de la Conway Library, Courtland Institute of Art

7 Relicario franco

The British Museum, London. Una caja de barba de ballena con un representación de Weland el Herrero y la adoración de los Reyes Magos. Fotografía © The British Museum, London

8 Sacramentario Gelasiano, realizado probablemente en Chelles o Jouarre, en la primera mitad del siglo VIII

Página alfa y omega. Roma, Biblioteca Apostólica Vaticana, reg. lat. 316, fol. 3^{v}

9 *Missorium* del emperador Teodosio I (379-395)

Madrid, Real Academia de la Historia

10 Escritura carolina minúscula

Con permiso de la British Library, London. Harley 3012, fol. 1. El texto es las *Retractationes* de San Agustín, «De animae quantitate», 1. Posiblemente escrito en Lorsch en la primera mitad del siglo IX.

11 Otón III rey (983-996) y emperador (996-1002), entronizado

Munich, Bayerische Staatsbibliothek Clm 4453, fol. 24^{r}. Reichenau *c.*1000

12 Hraban Maur, *Liber santae crucis*, con el retrato de Luis el Piadoso, emperador de los francos (814-840) como *miles Christi*

Roma, Biblioteca Apostólica Vaticana, reg. lat. 124, fol. 4^{v}. Fulda, *c.* 840

Lista de colaboradores

MAYKE DE JONG es profesora de historia medieval en la Universidad de Utrech. Después de sus primeras publicaciones sobre el monasticismo medieval, de las que destaca *In Samuel's Image: Child Oblation in the Early Medieval West* (Leiden, 1996), ha pasado ahora a estudiar la relación entre política, ritual y exégesis en el mundo carolingio. Ha editado un número de *Early Medieval Europe*, 7 (1998), sobre «The power of the word: The influence of the Bible on early medieval politics», y dos volúmenes en colaboración: (con Esther Cohen) *Medieval Transformations* (Leiden, 2000) y (con Frans Theuws y Carine van Rhijn) *Topograhies of Power in the Early Middle Ages* (Leiden, 2001). En su próximo libro estudia la dinámica de la penitencia en la política del reino de Luis el Piadoso.

JEAN-PIERRE DEVROEY es profesor de historia medieval en la Universidad Libre de Bruselas y miembro de la Académie Royale de Bélgique. Además de muchos artículos importantes sobre la economía de la alta Edad Media, ha publicado ediciones sobre los polípticos carolingios, de las que destacan *Le Polyptyque et les listes de Cens de l'abbaye Saint-Remi de Reims (IX^{e}-XI^{e} siècles)* (Reims, 1984) y *Le Polyptyque et les listes de biens de l'abbaye de Saint-Pierre de Lobbes (IX^{e}-XI^{e} siècles): Édition critique* (Brussels, 1986), y *Études sur le grand domaine carolingien* (Aldershot, 1993). Actualmente prepara un libro sobre *Peasant Economy and Societies in Carolingian Europe.*

ROSAMOND MCKITTERICK es profesora de historia medieval en la Universidad de Cambridge y miembro de Newnham College. Es «Korrespondierendes Mitglied» de la Monumenta Germaniae Historica. Sus trabajos incluyen *The Frankish Church and the Carolingian Reforms, 789-895* (1977), *The Frankish Kingdoms under the Carolingians, 751-987* (1983), *The Carolingians and the Written Word* (1989), *Books, Scribes and Learning in the Frankish Kingdoms, Sixth to Ninth Centuries* (1994), *The Frankish Kings and Culture in the Early Middle Ages* (1995) y los volúmenes editados *The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe* (1990), *Carolingian Culture: Emulation and Innovation* (1994), *The New Cambridge Medieval History, II c.700-c.900* (1995) y (con Roland Quinault) *Edward Gibbon and Empire* (1997). Actualmente finaliza el libro *The Migration of Ideas in Early*

Medieval Europe y prepara un nuevo estudio sobre el reino de Carlomagno.

JONATHAN SHEPARD era hasta fecha reciente profesor de historia rusa en la Universidad de Cambridge y miembro de Peterhouse. Sus diversas contribuciones a la historia bizantina, rusa, escandinava y balcánica incluyen la síntesis (con Simon Franklin) *The Emergence of Rus 750-1200* (1996), recientemente publicado en ruso, y la colección (con Simon Franklin) *Byzantine Diplomacy* (1992). Actualmente está acabando *Byzantium between Neighbours, 812-c. 1050.*

CHRIS WICKHAM es profesor de historia del período altomedieval en la Universidad de Birmingham, miembro de la British Academy y miembro correspondiente en la Academia Nazionale dei Lincei. Entre sus libros se incluyen *Early Medieval Italy: Central Power and Local Society* (1981), *The Mountains and the City: The Tuscan Appennines in the Early Middle Ages* (1988), *Land and Power: Studies in Italian and European Social History, 400-1200* (1994), y *Legge, pratiche e conflitti* (Roma, 2000).

IAN WOOD es profesor de historia de la alta Edad Media en la Universidad de Leeds y fue recientemente profesor visitante en la Universidad de Viena. Sus publicaciones incluyen *The Merovingian Kingdoms, 450-751* (1994) y *The Missionary Life: Saints and the Evangelisation of Europe, 400-1050* (2001). Entre sus trabajos editados está (con Evangelos Chrysos) *East and West: Modes of Communication* (1999). Es el editor general de la colección *The Transformation of the Roman World* resultado del proyecto de investigación de la European Science Foundation del mismo nombre del que fue coordinador.

Índice alfabético

Abbón de Fleury, 205
Abd al-Rahman I, 192
Abd al-Rahman III, 193
aceite de oliva,121
Adalberto, obispo de Praga, 248, 250
Adelaida, emperatriz alemana, 43
Admonitio generalis (789), 150, 196, 203, 242
adopcionismo, 53, 155
Adrián, misionero, 216, 218
Adriano I, Papa, 198, 203
Adrianópolis, batalla de, (378), 22
Adventus, 65
Aecio, general romano, 35
África, 210, 233
Agapito, Papa, 185
Agatías, historiador, 187, 27
agilolfingios, 25
Agilulfo, rey lombardo, 183
Agobardo, arzobispo de Lyon, 94
agricultura altomedieval, 125-127
Agustín de Canterbury, 145, 234
Agustín, San, obispo de Hipona, 180
  La Ciudad de Dios, 232
Aidan, misionero, 190, 234
alanos, 22-23, 228
Alarico, jefe de los visigodos, 22, 23, 36
Alberico II, duque de Spoleto, 173
Alboino, rey lombardo, 43
Alcuino, 149, 195, 199, 241
Aldeberto, hereje, 154
Alejandría, 213, 217
Alfonso II, rey de Castilla, 194, 203
Alfonso III, rey de Castilla, 194
Alfredo el Grande, rey de Wessex, 19, 88, 204, 240
Al-Hakam II, 193
alimentación, 71, 110-111, 114, 116, 125-126
Al-Kindi, 243
Al-Mansur, 193
Al-Maslama, 192
Althing, 53
alto alemán antiguo, 157
Amalasunta, princesa ostrogoda, 43, 185
Amando, misionero, 235
Ambrosio, arzobispo de Milán, 158, 180
América, 114
anales, 44
Anastasio, emperador, 24
Anastasio de Sinaí, 219
anfiteatro, 26
Angilram, obispo de Metz, 50
animales, 125
Annales mettenses priores, 201
Anscario, misionero, 239
Ansfrid, conde y obispo de Utrecht, 173, 174
Antiguo Testamento, *véase* Biblia
Antioquia, 70
Aquilea, patriarcado, 244
Aquisgrán, 52, 120, 206, 238, 246, 249, 251
  baños, 47
  capilla del palacio, 29, 182, 200
  concilios para la reforma (816/817), 161, 198
  construcción del palacio, 61
  coronación en, 254
árabes,conquistas, 27-28

invasores, 213-214, 217, 223, 229-230, 246
arado, 126
Arcadio, columna de, 210
arena, 26
aristocracias
altomedievales, 74-85
bases de poder, 81
bizantina, 82
civiles, 71, 74-75, 79, 84
de servicio, 75
estatus, 75
militares, 74, 77
romanas, 70-105
Aristóteles, 182
Armagh, 145
arrianismo, 26, 41, 144, 147, 181
artesanos, 69-70
asambleas, 52-55, 80, 88-90, 93-94, 103, 120
Asia, 210, 233
asimilación, 26
asistencia pastoral, 161-163
astronomía, 226, 239
Astrónomo, *Vida de Luis el Piadoso*, 201
Atalarico, rey ostrogodo,43
Ataúlfo, rey lombardo, 183
Ateliers Catholiques,18
Athelstan, rey de Inglaterra, 205
Atila el Huno, 35, 121, 226
Attigny, concilio de, 163
Augusta, 43
Ausonio, 185
Austrasia,28
Auvernia, 115
ávaros, 29, 61, 222, 236
tesoro, 64
avitacum, 73
Avito, emperador romano, 24, 73, 75
Avito, obispo de Viena, 183
Bagdad, 225
Balcanes, 111
Balduino I, conde de Flandes, 136
Balthilda, reina franca, 43
Baluze, Etienne, 18
banda, 51
baños, 72
bárbaro, 22
definición, 22
Barberini, díptico, 211
Baronto, visión, 220
Basilio I, emperador bizantino, 28, 96
Basilio II, emperador bizantino, 249
Basilio, obispo de Cesarea, 180
bautismo, 167
fórmulas, 157
Beato de Liébana, 194
Beda, 20, 88, 145, 147, 148, 153-155, 195, 203
comentarios, 191
De ratione temporum, 191, 235
Historia eclesiástica, 183, 187, 191, 205, 234-235
relatos de conversión, 143, 149
sobre las estructuras políticas, 38
Vida de San Cutberto, 191
Bélgica secunda, 182
Benedicto VIII, Papa, 253
beneficia, 61, 103
Benito Biscop, 191
Benito, Regla de San, 160-161, 164, 173, 186, 191, 195, 198
Beowulf, 188
Bertha, princesa franca, 145
Bertram, obispo de Le Mans, 76
Biblia, 171, 179-180, 189-190, 199-200, 205-206
exégesis, 154
influencia en el derecho de Irlanda, 37
inspiración, 149-150, 207

modelo para el comportamiento cristiano, 196
texto para la enseñanza, 185
Birka, 121-122, 242
Bizancio, 27-28, 198-199, 206
religión, 151-152
Bloch, Marc, 107-108
Bobbio, 190
Boecio, 241
Consolación de la filosofía, 182, 205
bohemios, 30
Bois, Guy, 108
Boleslaw, rey polaco, 250
Bonifacio, arzobispo de Mainz,148, 154, 156, 195, 200, 226
Bonifacio IV, Papa, 184
Bonnassie, Pierre, 108
Boris, kan búlgaro, 49, 237, 244
Bracciolini, Poggio, 18
Brescia, San Salvatore, 202
Bretaña, 37, 93, 145
Breviario de Alarico, 55
Brunhilda, 43, 81
Bruno, arzobispo de Colonia, 206
Bruno de Querfurt, 250, 255-256
búlgaros, 30, 170, 223-224, 228
conversión de los, 240
Burchardo, obispo de Worms, 56, 157
burgundios, 23, 25

caballos, 125, 137
collera de caballo, 126
caminos, 209, 213, 217, 222, 229
campesinado, 70, 90-101
altomedieval, 118-132
bizantino, 123
en Inglaterra, 88
resisten a los vikingos, 100
campo
altomedieval, 125-130
antigüedad tardía, 123-124
bizantino, 111-112
Campos Cataláunicos, batalla de los (451), 23, 35
canal entre el Rin y el Danubio, 61
cánones, 161
Canterbury, 17, 201
Capadocia, 186
capetos, 30
capilla del palacio, 50
capitula episcoporum, 165
Capitulare de villis, 131
capitularios, 53, 56-58, 242
Carlomagno, 28, 31, 41, 179, 203, 206, 209, 238-239
acuñación imperial, 17
como *pater europae*, 13
comparado con David, 241-242
comparado con Josué, 150
culto a 254
decisiones legales sobre servicios laborales, 129
emulación, 246
éxito militar, 61
exposición sobre, 19
imposición de diezmos, 128
impresionado por San Vitale, Rávena, 182, 200
intereses religiosos de, 155
legislación, 150
natación, 47
reformas religiosas de, 196-199
su tumba, 251, 254
su coronación como emperador, 29, 46, 148
Carlos el Calvo, rey franco, 32, 39, 136, 201
Biblia escrita para, 200
capitulario de, 166
comparado con David, 196
corte de, 155
retratos de, 66

Carlos el Simple, rey franco, 45
Carlos Martel, 28, 61
Cartago, 23, 217
cartas, 182, 199
casco de Sutton Hoo, 216-217
Casiano, Juan, 186
Casiodoro, 182, 185-187, 191
Castelseprio, Santa Maria foris portas, 202
Castilla, 25
castillos, 105
católicos, persecución, 41
caza, 47, 52
celibato, 166-167, 171
centros urbanos, *véase* ciudades
cereales, 125
  semillas fosilizadas, 116
ceremonial imperial, 250; *véase también adventus*
Cesáreo, obispo de Arlés, 185
chancillerías reales, 57
Chelles, 44
Chester-le-Street, 205
Chifflet, Jacques, 16
Childeberto II, rey de los francos, 216
Childerico, padre de Clodoveo [Cleodovico], 16, 26, 36
Chilperico I, rey franco, 182
China, 212, 222
Chosroes, 212
christiana religio, moneda, 63
Chrodegang, obispo de Metz, 196
cielo, 220-222
  carta del, 154
ciencia antigua, 225
cingulum, 74
circulación e intercambio, 119, 121-123, 131, 135-136
cismáticos, 153
ciudades, 107, 210-215
  altomedievales, 120-121
  antigüedad tardía, 116-117
  bizantinas, 117, 138
  declive del papel político de las, 78
  fortificadas, 210
  medievales, 135-138
Cividale, 244
  iglesia de Santa María, 202
civitas, *véase* diócesis
clásicos, conservación de los, 224, 225, 227
Claudiano, 179
claustrum, 160, 161, 174
clero, 164-165
clientelas aristocráticas, 102
clima, 110, 114
Clodoveo I, rey franco, 16, 25, 26, 36, 76, 182
  conversión de, 19, 143-144
Clodoveo II, rey franco, 43
Clotario II, rey franco, 76
Clotario III, 43
Cluny, 115, 172, 205
Cnut, rey danés de Inglaterra, 66
Código teodosiano, 55, 57, 65
códigos de derecho, 41, 49
Coifi, sacerdote pagano, 143, 155
colecciones de derecho canónico, 231
Colonia, 206, 207
  catedral, 17
  San Pantaleón, 206
Columbano, 146, 190
Columela, 124
Columnas de Hércules, 215, 227
Comerciantes, *véase* mercaderes
comercio, 212, 214, 234, 236, 243
  acuerdos, 209
  transfronterizo, 210
comunicaciones, 35, 131, 201, 217-219, 236-238
concilios, Iglesia, 48
condados, 39, 40

conducta política, 44-45
consanguinidad, 171
consensus, 44-46
Constantino I, emperador romano, 29, 65, 145, 183-184, 237-238, 243
  en Nicea, 147
  visión, 142
Constantino V, emperador bizantino, 223
Constantino VI, emperador bizantino, 43, 198
Constantino VII, emperador bizantino, 224, 227-228, 248
Constantino-Cirilo, misionero, 237, 244
Constantinopla, 70, 83, 178, 180, 183, 209-214, 231, 233
  artículos vidriados, 118
  concepto, 238
  mapa, 238
construcción de iglesias, 92-93, 121, 238
controles fronterizos, *véase* zonas fronterizas
controversia iconoclasta, 53, 151-152, 198-199, 219, 223
conventos, control, 81
Conversio Bogoariorum et Carantanorum, 244
conversión, 157, 240
  real, 142-144, 149
coptos, 181
Corbie, 190
Córdoba, 47, 86, 193
  calendario, 193
Corpus Iuris civilis, 55
correctio, 151
corrupción, 35, 51-52
cortes, 120, 241
  franca, 238-239, 244
  imperial, 223
Corvey, 199, 207
Cosme Indicopleustes, 212, 225, 239
cosmografía, 233, 239
Creciente Fértil, 212
crecimiento, 108-110, 132-133, 136-139
Cripta Balbi, 117-118
crisóbula de 992, 247
Crispino, comerciante, 92-93
cristianismo errante, 145-146, 157; *véase también* herejes
Cristiano de Stablo, 240
Cristo, iconografía, 206
Crith Gablach, 65
Crónica anglosajona, 253, 255
Crónica principal, 224
cuaresma, 169
culto uniforme, 147
curiales, 70-71
Cutberto, San, 205

Dagoberto, rey franco, 78
Damasco, 193
Dámaso, Papa, 184
Danevirk, 248
Daniel, obispo de Winchester, sobre los paganos, 156, 236
Danubio, 22
David, rey hebreo, 150, 196
De Administrando, 228, 229
De litteris colendis, 196
Defensor de Ligugé, *Liber Scintillarum*, 186
dependientes (familiares), 83, 96
Derecho del Agricultor, 97
derecho, 21, 53-58
  canónico, 56
  escrito, 87
  romano, 55
Desiderio, duque lombardo, 202
Desiderio, obispo de Cahors, 183

Dicuil, geógrafo, 221, 240
diezmo, 128
Digines Akritis, 84
Dinamarca, 35
dinastía omeya, 85, 192
dinero, *véase* moneda
diócesis, 35, 39, 40
Dionisio-Adriana, 56, 242
Diplomacia, 217, 225, 239, 244; *véase también* embajadas
díptico Barberini, *véase* Barberini
Doctrine of Jacob the Newly Baptised (La doctrina de Jacob el recién bautizado), 215, 217
documentación, métodos, 36, 48-51
Donación de Constantino, 250
Donato, 199
Dorestad, 121-122, 242
Drythelm, visión, 220
Dublín, 52, 121-122
Dunkeld, 52
Dunstan, arzobispo de Canterbury, 136, 173
duques, 47-48

earldordom, 40
Ebbon, arzobispo de Reims , 96-97, 200
Ebroin, mayordomo de palacio en Neustria, 216
Ecdicio, 73-74
Ecgfrith, rey de Northumbria, 191
Echternach, 191
Edgar, rey inglés, 205
Edwin, rey de Northumbria
conversión, 143, 183
Egbert, sacerdote, 235
Égica, rey visigodo, 41
Eginardo, 199, 203, 254
Vida de Carlomagno, 199, 201, 254
Egipto, 186
ejército, 40, 60, 62, 71
privado, 79
Elena, madre de Constantino, 145
Elfric de Eynsham, 205
Elftrude, hija de Alfredo el Grande 136
Elías, patriarca de Jerusalén, 241
Eligio, obispo de Noyon, 78
embajadas, 34, 212-213, 215, 239, 246
relatos literarios, 226-227
Emma, reina inglesa, 66
emperatrices teodosianas, 43
emporios, 121
enfermedades, 110-112; *véase también* peste
Enodio de Pavia, 185
Enrique el Pajarero, emperador germano, 245
Enrique II, emperador germano, 206
entierro, 168, 170
Épica de Paderborn, 13
Epistulae Austrasiacae, 182
Ermoldo el Negro, 239
Erwig, rey visigodo, 237
Escandinavia, 89-91, 114, 209, 215; *véase también* vikingos
Escaramuzas, 223
esclavitud, 90, 108, 128-130, 243, 248
escritura, canon, 142
escultura, 204
eslavos, 209, 235, 236, 245
de la cuenca del Danubio, 244
eslovenos, 30
espacio, 232, 233
sagrado, 61, 147, 160-161, 173
espadas, exportación, 242
España, glorificación de, 234
espejos de príncipes, 67
establecimiento

en Bizancio, 113
en la Alemania altomedieval, 113-114
en la Galia altomedieval, 113-114
Estado
antigüedad tardía, 115-116
bizantino, 131-132
estados
carolingios, 109, 127-130
altomedievales, 124, 127
antigüedad tardía, 113, 122-124
Esteban, rey de Hungría, 248, 250
Estilicón, *magister militum*, 12, 23, 24, 36, 178, 180
estribos, 222
estructuras políticas, 33-40
Etelberto, rey de Kent
conversión, 143, 145
leyes, 41, 87-88
Etelwoldo, obispo de Winchester, 136, 173, 205
etnogénesis, 19, 38, 80, 81
etnografía, 222, 225, 227
Eugipio, 186
Eulogio, 193
Eurico, rey visigodo, 26, 36
Europa/Europa,
definición de, 13, 19, 209, 232
formación de, 256-257
moneda única de, 63
Eusebio, obispo de Cesarea, 142, 143
Historia eclesiástica, 65
Vida de Constantino, 65
Evangelios, 177, 191, 200, 206
exégesis bíblica, 154-155

familia, 164
familias campesinas, 98
familias senatoriales, 70
Farfa, 17, 114
federados, 22-23
Federico Barbarroja, 254
Félix IV, Papa, 184, 201
ferias, 136-137
feudos, 102
Fleury, 173, 205
Focio, patriarca, 223
Foro de Nerva, 17
fortificaciones, 105, 135, 211
Francogallia, 19
francos, 23, 25
como el Pueblo Elegido, 20
conquistas, 33-34
Frankfurt, 52
concilio de (794), 53, 155, 198
Fraxinetum, 229
Fredegario, 187, 201
Fredegunda, reina franca, 81
frisios, 28
frontera lingüística, 112
fronteras, *véase* zonas fronterizas
fuego griego, 229
Fulberto de Chartres, 253
Fulda, 17, 154, 200, 201, 207

Gala Placidia, 178, 181, 183
Galberto de Brujas, 107
Gandersheim, 44
gastald, 51
Geismar, roble sagrado, 156
Gelimer, rey vándalo, 213, 215, 225
Génesis en sajón antiguo, 203
Génova, 119
geografía, 225, 227, 231-233, 239-240, 244-245
Geógrafo de Bavaria, 245
Gerardo de Brogne, 136
Gerardo de Cambrai, 107
Geraud, conde de Aurillac, 103
Gerbert de Aurillac, *véase* Silvestre II
Gernrode, 206
Gervasio, mártir, 159

Géza, rey húngaro, 248
Gildas, 186-187
Gisela, hermana de Carlomagno, 44, 223
Gisela, hija de Carlomagno, 44
Glaber, Ralph, 253
Gniezno, 250
godar, 51, 89
Godescalco de Orbais, 155, 201
Gododdin, 189
godos, 22
Godric de Finchale, 136
Goinswintha, reina visigoda, 43
Gorze, 173, 205, 207
gramática, 196-199, 202
Gran Bretaña, cristianos
Gregorio I, el Grande, Papa, 145, 148, 171, 184, 218, 220, 221
Cuidado pastoral, 205
Diálogos, 161, 187
Diálogos, en griego, 218, 220
Gregorio IV, Papa, 201-202
Gregorio V, Papa, 249-250
Gregorio, obispo de Tours, 20, 72, 75, 81, 110-111, 143-144, 187
familia de, 80
Historias, 41
griego, 71, 211
Grimoaldo, mayordomo de palacio, 64
Groenlandia, 256
guerras godas, *véase* Justiniano I
Guillermo, duque de Aquitania
Gundeperga, reina lombarda, 42
Gundobado, rey burgundio, 36, 41
Gundulfo, 80

hagiografía, 159
Halsall, Guy, 98
hambre, *véase* alimentación
Hamburgo, saqueo, 247
Hamwic, 121
Harald el del Diente Azul, rey danés, 247
Harald, rey danés, bautismo, 239, 243
Hautvilliers, 200
Hávamál, 90
hebillas, 180
Hébridas, 30
Hedeby, 21, 242
Heliand, 203
Heraclio, emperador bizantino, 28, 213
herejes, 153, 154
Herodoto, 226
herramientas, 126, 130
Hesdin, conde, 135
Hewald, misionero, 235
Hidatio, 187
Hildeboldo, arzobispo de Colonia, 50
Hildebrandslied, 203
Himerio, obispo de Tarragona, 167
Hincmar, arzobispo de Reims, 55, 166, 201
hindúes, 211-212
navíos, 212
Hispana, 56
historia
como teoría política, 41-42, 67
escritura de la, 19-20
nacional, 19, 44
Homero, 71
Honorato de Lérins 186
Honorio, emperador, 24
Honorio, emperador romano, 178
Honorio I, Papa, 184, 202
Hotman, François, 19
Hraban Maur, arzobispo de Mainz, 154, 252
De la naturaleza de las cosas, 239
Liber Sanctae crucis, 201
hundred, 40

húngaros, 245; *véase también* magiares
hunos, 22-23

Ibn Habib, 193
iconos, 198-199, 219
identidad, 15, 18-19, 38-39, 81
iglesia y gobierno, 56
Imperio
  idea, 33, 148, 210-222, 241, 249
  símbolos, 214-215, 223, 250-251
  vocabulario, 209
incesto, 171
Ine, rey de Wessex, 159-160
Inglaterra anglosajona, sociedad, 86-89
inglés antiguo, 203
inmunidad, 60, 160
inteligencia, 222, 227
intercambio, 119, 121-123, 131, 135-136
invasiones, 25; *véase también* árabes; húngaros; magiares; vikingos
Iona, 203
Ipswich, 101
Irene, emperatriz bizantina, 43, 198
Irlanda, 30
  conversión de, 145
Isidoro, obispo de Sevilla, 43, 159
  De natura rerum, 233
  Etimologías, 186, 233
  Historia de los godos, vándalos y suevos, 41, 183
  influencia de, 234
Islam, 152, 153
Islandia, 30, 53, 89, 256
Israel, hijos de, 20
itinerario real, 43-44, 52

Jarrow, *véase* Wearmouth
Jelling, 52, 204
Jerónimo, San, 22, 180, 200
Jerusalén, 217, 238
  Nueva, 221
  Santo Sepulcro, 199
  saqueo, 22
Jonás, obispo de Orleans, 141
Jordanes, 20, 38, 187
Josué, rey hebreo, 150, 196
Juan Casiano
Juan Crescencio, prefecto de Roma, 250
Juan el Gramático, 226
Juan Escoto Erígena, 201
Juan Tzimiscés, emperador bizantino, 206
Juan XII, papa, 246
Judíos, 148-149, 153-154
Judith, emperatriz franca, 43
Judith, hija de Carlos el Calvo, 136
Juicio Final, 164, 168
Julián de Toledo, *Vida del Rey Wamba*, 183
Julio Nepote, emperador, 24
juramento, 47, 77, 83
justicia, 40
Justiniano I, emperador bizantino, 27, 111, 182, 211-213
  Corpus iuris civilis, 55
  reconquista, 27, 116, 119

kázars, 228
  conversión, 240
Kells, Libro de (Dublín, Biblioteca del Trinity College, ms. 58 (A.I.6), 203
Kiev, 30, 121, 122
  conversión, 248
Königsnähe, 46-47, 76, 78

labores; *véase* servicios; impuestos
laicado, 167-168, 170

L'Anse aux Meadows, 17
Lanza Santa, 206, 246
  copia, 250
latín, 21, 37, 58, 71, 180-181, 187-188, 199, 202-203, 205
Lechfeld, batalla, 245, 247
legados papales en 786, 46, 48
Legatino, sínodo, 203
leges germánicas, 45-46
lenguas germánicas, 202
lenguas románicas, 202
lenguas vernáculas
  del este, 21
  europeas, 21
Leodegario, obispo de Autun, 188
León de Narbona, oficial galorromano, 36
León I, Papa, 148
León II, Papa, 237
León III, emperador bizantino, 151, 219
León III, Papa, 29, 148, 199
León V, emperador bizantino, 223
León VI, emperador bizantino, 224
Leovigildo, rey visigodo, 183
Lérins, 186
Leudast de Tours, 96
Lex Alamannorum, 128
Lex Baiuwariorum, 128
Lex Romana Visigothorum, 55
ley sálica, 97
Liber Pontificalis, 184
Libri Carolini, 198
libri memoriales, 163
libros de cofradías, *véase libri memoriales*
libros de derecho, 57
Lichfield, 49
líderes turcos, 212, 226
Lieja, 207
Liguria, control bizantino, 119
Lindisfarne, 191
literatura, 20-21, 50-51, 166, 202-203
liturgia, 21, 163, 196-198, 206-207
Liudprando de Cremona, 230, 231
  Antapodosis, 229, 246
lombardos, 24-25
Londres, British Library ms. Stowe 944 (*Liber Vitae* de *New Minster*), 66
Londres (Lundenwic), 121-122, 136
Lorsch, 17, 199, 200
Lotario I, emperador franco, 39, 200, 230
Lotario II, rey franco, 163
Louvre, 16
Lucca, 82, 92, 97, 118, 123
Lucullanum, 186
Ludwigslied, 203
Luis el Germánico, emperador franco, 63, 244
Luis I el Piadoso, emperador franco, 27, 39, 47, 96, 150-151, 198, 200, 243
  corte, 239
  moneda, 63
Lunata, 92-93
Lupercalia, 156
Lupo de Ferriéres, 132, 199
Luxeuil, 146, 190
Lyon, 121

Maastricht, 111
Mabillon, Jean, 18
machtiern, 51, 93
Madinat-al-Zahra, 193
Magdeburgo, 19, 205, 246,
magiares 30, 255; *véase también* húngaros
Mahoma, 192
Malaia Pereshchepina, 215
Malles, 202
mallus, 93-94

Mamerto, obispo de Vienne, 73-74,
Man, isla de, 30
manso, 91, 114, 127-129, 132, 135
Mantai, 212
manumisión, 95
manuscritos, copia, 218
Mar del Norte, 119
Mar Rojo, 212
Marsella, 111, 119, 186, 215-216
Martín de Tours, 186
mártires, 158, 159
Martynovka, 215
matrimonio, 81, 166, 170
Melania, aristócrata romana, 70
Melquisedes, sacerdote del Antiguo Testamento, 196
memoria, social, 20
Menandro el Guardia Real, 226, 227
mercaderes, 69, 135, 211-212, 215-216, 226
mercados, 62
Metodio, misionero, 237, 244
Metz, 98, 121, 200
Micy, 200
Miezko, rey polaco, 248
Migne, Abbé, 18
Milagros de San Demetrio, 84
Milán, 123, 131, 178, 185
milenio, 253-254
ministerium, 67, 150-151
misa, 163
  votiva, 163
misiones, 30, 156, 209, 213, 216, 228, 234-235, 239-240, 244-245
  a los eslavos, 244
  a los noruegos, 247
  a los rusos, 248
  a Moravia, 237, 244
missaticum, 51
missus dominicus (missi dominici), 49, 51
Moisés, 196
monasteria, 164, 167-168
monasterios, 160-161
monasticismo, 145-146, 160-161, 172
moneda, 60, 62, 215
moneda única europea, 63
Mont-Blandin,136
Montreuil-sur-Mer, 122
Monumenta Germaniae Histórica, 18
moravos, 30
movilidad social, 85-86
muerte, 164, 168, 220
mujeres
  aristócratas, 81
  ascetas, 163
  campesinas, 98-100
Muratori, Ludovico, 18
música, 207
Müstair, 202

Nancto, asceta, 78
Nantechilda, reina franca, 43
Naranco, monte, 195
natación, 47
Natán el profeta, 150
Naturns, iglesia en, 202
negotium, 73
nestorianos, 213
Neustria, 28
New Minster, 66
Nicea I, concilio de, 147
Nicéforo II, emperador, 246
Nicolás I, Papa, 170, 237
Nicolás Místico, patriarca, 230
Nitardo, historiador, 201
Nivelles, 81
Normandía, 30
noruegos, conversión, 249
notación musical, 207
Notitia Dignitatum, 35, 39
Notker de St. Gallen, 201

Novgorod, 30, 122
Nueva Israel,148, 151, 153, 155, 171
Nueva Jerusalén, *véase* Jerusalén
Nuevo Constantino, 142
Nuevo Testamento, *véase* Biblia

obispos, 72, 144, 246
obispos armenios, 256
oblación infantil, 164
obodritas, 30
Océano Índico, 212
Odoacro, *magister militum*, 24, 26
Odón, abad de Cluny, 173
Odón, rey franco, 45
Offa de Mercia, 9, 64, 88, 203
  moneda de, 63
  regalos a, 64
oficio episcopal, 150
oficio real; *véase* monarquía
ofrendas, 46, 59, 64, 83, 90-93, 99, 101-102
Ohthere, viajero noruego, 240
Olaf Tryggvason, bautizo, 249
Olga, princesa rusa, 228, 248
Onegesio, 226
oración, 159-160, 163-164
  conmemorativa, 66-67
  por los muertos, 168
  redes de, 163
Órcadas, 30
órdenes, los tres, 102
órgano, 223
origen, leyendas sobre el, 38
Orosio, *Historias*, 205, 232-233
ostrogodos, 25, 181-182
Osvaldo, rey de Northumbria, 173, 190
Oswy, rey de Northumbria, 146-147
Otfrid de Weissenburg
  Evangelienbuch, 203
otium, 73, 179
Otón I, emperador germano, 19, 30, 196, 230-231, 245-246
  coronación de, 148
  parientes femeninos, 44
  victorias de, 247
Otón II, emperador germano, 206, 247
Otón III, emperador germano, 179, 206, 249
  apertura de la tumba de Carlomagno, 254
  Evangelios, 177
  gobernadores otonianos, retratos, 66
  reinado, 255

Pablo Alvar, 193
Pablo Diácono, 20, 45, 76, 183, 187, 202
  Historia de los lombardos, 254
Pablo, San, 142
Pactus legis Salicae, 75
Paderborn, 52, 200
  exposición, 19
Padres de la Iglesia, 141-142
padrinazgo, 167-168, 170-171
paganismo, 144, 153, 155-158, 170, 183
pagus, *véase* condado
palacios, reales, 47, 52-53, 120-121; *véase también* capilla
Paladio, 145
Palaiseau, 91
Papado, 16-17, 29, 198-199, 244, 246, 249-251
  autoridad del, 148, 237
  datación, 231
  e iconoclastia, 219
  reforma llevada a cabo por el, 171-172
  y francos, 223
  y Roma

paraíso, 233
París, 82, 91, 121
parroquias, 165
partición de herencia, 42
Pascasio Radberto, 51
Pascual I, Papa, 201
paternidad espiritual; *véase* padrinazgo
Patricio, San, 187, 236
  confesión, 145
Patrologia Graeca, 18
Patrologia Latina, 18
Paulino de Nola, 72, 180
Pausanias, 188
Pavía, 52, 120, 131
paz, 40, 223-224
pechenegos, 228, 245, 256
Pedro, San, 148
Pelagio II, papa, 184
Pelagio, teólogo inglés, 186-187
penitencia, 169, 171
penitenciales, 169, 190
peregrinación, 158, 221
  a Roma, 148
  ideal de, 146
periferias, *véase* zonas fronterizas
Persia, 211
  comerciantes, 212
  cristianos en, 213
pesos y medidas, 62-63
pictos, 42
Pieve San Paolo, 92
pipínidas, 82
Pipino II, mayordomo franco de palacio, 64
Pipino III, rey franco, 28-29, 196, 223
  unción de, 67
Pirenne, Henri, 109, 116, 135-136
Pisa, 123
Pla de Nadal, 79
placitum, (placita), 48, 53, 57, 80, 93-94, 103
plaga, 111, 113; *véase también* enfermedades
plebs, 97
Plinio, *Historia natural*, 116
Pliska, 52
población, 111, 113-116
Poitiers, Hypogée des Dunes, 192
polacos, 30
polípticos, 17, 91-92, 98, 104, 114-115
portazgos, 63
posesión de tierras, 30
prácticas de elegir nombre, 80, 84
Praeiectus, obispo de Clermont, 188
predestinación, 155
prefecto, 35
Prisciano, gramático, 199
Prisco de Panio, 226-227
Probo, aristócrata romano, 70, 72
Procopio, historiador, 99, 187, 215
producción agrícola, 122-123, 230
Próspero de Aquitania, 124
Protasio, mártir, 159
protección, 95
proximidad al rey; *véase Königsnähe*
pseudo-Metodio de Patara *Apocalipsis*, 214, 219
Pueblo Elegido, 153
pureza, 166-167, 169, 272
purgatorio, 164
  Purgatorio de San Patricio, 220

Qu'ran, 192
Quedlinburg, 44
Quentovic, 17, 121-122, 135

rachimburgii, 57
Rafael, arcángel, 220

Ragamfred, mayordomo franco de palacio, 64
Ramiro I, rey de Castilla, 195, 203
Rastislav, príncipe moravo, 244
Ratchis, rey lombardo, 202
Ratgar, abad de Fulda, 200
Ratisbona, 52
Rávena, 24, 70, 178-179, 181, 184-185, 200
  anales, 178
  baptisterio arriano, 181
  baptisterio ortodoxo, 195
  catedral arriana, 181
  mausoleo de Gala Placidia, 178
  san Vitale, 29
Recaredo, rey visigodo, conversión, 40, 43, 147, 183
Recesvinto, rey visigodo, 183
Rechnitz, batalla de, 245
reconquista bizantina, *véase* Justiniano
Recópolis, 183
Redon, 93
reforma, 165
  gregoriana, 141, 171
  monástica, 173
Regino de Prüm, 56, 245
Regla de San Benito, 164; *véase también* Benito
Regularis Concordia, 173
Reichenau, 201, 207
Reims, 205
reina, papel de la, 42-43, 81-82
reinado, 36-37, 45, 64-67, 80-81, 150
  ideal, 228
  itinerante, 241
reliquias, 206-207, 223, 235,249-250
  de san Martín, 120
Remigio, arzobispo de Reims, 26, 182
Remiremont, monjas, 163
Renovatio, 177, 205, 207
República de San Pedro, 24
residencias, reales, véase palacios
Resurrección, 164, 168
retórica, 185, 219
retratos, reales, 66
rey
  elección, lombarda, 45
  papel, 40-42
  presencia, 52
  relación con la Iglesia, 41
reyes merovingios, 182-183
Ricimer, magister militum, 24
Rin, 22-23; *véase también* canal
rituales de coronación, 66
Roberto II, rey franco, 253
rogativas, 73
Roma, 70, 142, 148,180, 201, 206, 210, 219, 241, 249, 251
  como capital, 116
  concepto, 238
  cristiana, 29,137
  inspiración de, 29
  legado de, 13, 15, 29, 37, 55-56
  mapa de, 238
  monasterios griegos en, 218
  panteón, 184
  peregrinos a, 138, 209
  San Adriano, 184
  San Lorenzo, 184
  San Marcos, 202
  San Pablo, 184
  San Pedro, 184, 200
  Santa Cecilia, 201
  Santa Inés, 184, 202
  Santa Maria Antiqua, 184
  Santa Pressede, 201
  Santos Cosme y Damián, 184, 201
  sínodo de (745), 154
  supervivencia como ciudad, 118-119

y Otón I, 249-250
y papas, 181, 185
Romerée, 134
Romualdo de Benevento, 206
Rómulo Augústulo, emperador romano, 22, 24, 26
Rosamunda, reina lombarda, 43
Rotrud, hija de Carlomagno, 44
Rufino, traductor, 65
Ruricio de Limoges, 183
rusos, 224, 228, 242-243
conversión, 19
emisarios, 222
rutas, 217

sacerdotes rurales, 164-166
Sacramentarium Gregorianum, 198
Saint Denis
feria de, 136
monasterio, 17, 82
Saint-Bertin, 115
Saint-Germain-des-Prés, 82, 93, 91, 114, 130, 134
Saint-Martin, 156
Saint-Remi de Reims, 114, 129
Saint-Victor de Marsella, 114
sajones, 29, 149
Salónica, 84
San Jorge, 195
salterio, 163, 185, 196
salvación, 148-149, 168, 219-220, 232, 249
Salzburgo, 244
Samarcanda, 213
San Ambrosio de Milán, 36
San Apollinare Nuovo, Rávena, 17; *véase también* Rávena
San Bavo, 173
San Juan de Baños, 183
San Juan Evangelista, Rávena, 178, 181, 182; *véase también* Rávena
San Vincenzo al Volturno, 17, 52, 114
San Vitale, 182, 200; *véase también* Rávena
Sankt Gallen, 129, 173, 202
archivo, 17
plano, 52
Santa María de Melque, 194
Santa Sofía, iglesia de, 211
santidad, 158-159
saqueo, 59
seda, 211-212
ruta de la, 213
Segismundo, señor feudal, 92-93
Semana Santa, 136, 169
cómputo, 234, 239
servicio militar, 96, 132-133
servicios, 128-131, 134
servidumbre, 108, 128-130
servios, 30
servus, 91, 95; *véase también* esclavitud
Shetland, 30
Siagrio, oficial galorromano, 36
Sidonio Apolinario, 26, 36, 73-76, 182-183
Silvestre I, Papa, 238
Silvestre II, Papa, 205, 250-251
Símaco, 179
Siria, 186
Siricio, Papa, 167
sirio, 181, 211
sistema señorial, 130
Snorri Sturlason, 188
Solón, 36
Southampton, 121
Sri Lanka, 212
Staraia Ladoga, 30, 242
Strategicon, 222
strategos, 51
sublevación de Estilicón, 100

sucesión dinástica, 42-43
sucesión por vía materna, 42
suevos, 22-23, 25
Sulpicio Severo, 156
Sutton Hoo, 216-217
Sviatoslav, príncipe ruso, 248

Tácito, 188
Táin Bó Cualinge, 190
Tamworth, 47
Tara, 52
Tavigny, 127
tejidos, 122
  producción, masculinización, 136-137
telas, *véase* tejidos
tenencia de cargos, 71-72
tenencia de tierras; *véase* posesión de
Teódana, emperatriz germana, 43, 206, 247
Teodato, el Ostrogodo, 99
Teodeberto I, rey franco, 182
Teodeberto II, rey franco, 43
Teodelinda, reina lombarda, 42
Teodoberto III, rey franco, 43
Teodorico II, rey franco, 43
Teodorico el Ostrogodo, 24, 26, 36, 181-182, 185
Teodoro de Tarso, arzobispo de Canterbury, 218
Teodosio I, emperador romano, 29, 36
  missorium, 177, 179, 180
Teodulfo, obispo de Orleans, 51, 167, 198, 238
Teofana, emperatriz germana, 43, 206, 247
Teófilo, emperador bizantino, 230
terra rossa, 112, 126
Terranova, 17, 30
tesoro
  familia, 64
  ávaro, 64
Thegan, historiador, 96, 201
themes, 40, 51
Thiais, 134
Thietmar de Merseburgo, historiador, 168, 206-207
thign, (asamblea), 51, 89, 94, 97
Thionville, 47, 52
  Capitularios de (805), 242
Thule, 240
tiempo meteorológico, 94
tiempo, cristiano, 94, 168-169
Tierra Santa, 221
tierra, imagen, 238
  esfera, 225
Toledo, 52, 120, 147, 183
tourmai, 51
Tours, 120, 200, 206, 241
trabajo a destajo, 128
traducciones, 218-219, 221, 237, 240, 244
transformación del mundo romano, 25-26, 33
transporte de género, 131
tratados, 228
tributos, 93-94
Trier, Domschatz ms. 61 (Evangelios de Trier), 191
Trier, *Porta nigra*, 180
Trinidad, definición, 155
tuatha, 65

Uldida, obispo español, 43
unción de los reyes, 67
unidad, *véase* uniformidad
uniformidad, 147, 149
Utrecht, 173-174
Utrecht, Bibliotheek der Rijksuniversiteit ms. 32 (Salterio de Utrecht), 54, 200

vajilla de pasta roja, 216
Valentianiano III, emperador romano, 178-179
Valle Trita, 100
vándalos, 22-23, 25, 41
vasallaje, 83
Venancio Fortunato, obispo, 183, 188
Venecia, 30, 63, 119, 122, 131, 249
venecianos, 256
Verdún, tratado de (año 843), 28-29, 39-40
Verhulst, Adrian, 63
verso escáldico, 204
Vetus Gallica, 56
viajes, 235, 241
  documentos, 220-221, 231
victoria, culto a la, 211
vida urbana, 72
Viena, Österreichische Nationalbibliothek ms.449 *(Codex epistolaris carolinus)*, 17
vikingos, 29, 45, 90, 203-205, 255
  invasiones, 242-244, 254
  pago de tributos, 64
  rutas comerciales, 247
Villance, 127
Villeneuve, 91
vino, 123
Virgilio, 71-72
  Visión del Imperio, 210
Virgilio, obispo de Salzburgo, 190
Visigodos
  en España, 25
  en la Galia merional, 23-26
  véase también godos
Visión de San Pablo, 221
Visiones, 164, 220
Vita Pardulfi, 79
Vivarium, 185
Vladimir, príncipe de Kiev, 222, 248

Wademir, señor feudal, 76
Wala, primo de Carlomagno, 51
Walafrido Strabo, 201
Wanley, Humphrey, 18
Wearmouth-Jarrow, 191, 234
Weland el Herrero, 189
Whitby, 146-147, 234
Wiak, príncipe húngaro, *véase* Esteban
Wiching, obispo de Neutra, 244
Widukincio de Corvey, historiador, 207
wik, véase emporios
Wilfrido, obispo de Hexham, 234
Willibaldo, obispo de Eischstätt y peregrino, 218
Willibrordo, obispo de Utrecht y abad de Echternach, 148, 191
Winchester, 52, 205, 207

York, 52, 122, 195

Zacarías, Papa, 218
Zenón, emperador romano, 24
zonas fronterizas, 34 09-210, 212-214, 237

Índice

Prefacio del editor de la colección 7
Prólogo de la editora 9

Introducción 13
Rosamond McKitterick

El contexto 14
Las pruebas documentales y materiales 16
Los acontecimientos 22
El establecimiento de los primeros reinos bárbaros 22
Bizancio 27
La aparición de los carolingios 28
El siglo X 30

1 La política 33
Rosamond McKitterick

Las antiguas estructuras políticas romanas 35
Los primeros reinos medievales de Europa 36
El rey 40
La reina 42
Poder y responsabilidad: el consenso 44
La corte y la proximidad al rey 46
Oficiales y asambleas 48
El derecho 53
Los recursos y los aspectos prácticos del gobierno: las finanzas y el ejército 58
La ideología política 64

2 La sociedad 69
Chris Wickham

Las aristocracias romanas 70
Las primeras élites occidentales medievales 74

Bizancio y los árabes 83
Inglaterra y Noruega 86
El campesinado 90
El año mil 101

3 La economía 107
Jean-Pierre Devroey

Las interpretaciones tradicionales 108
Hechos y cuestiones clave 110
El despertar del siglo VIII 114
La antigua ciudad 115
Justiniano y Carlomagno 116
La ciudad occidental 120
La villa romana 123
Las transformaciones rurales, 400-1000 125
La evolución de los latifundios 127
La sociedad rural y el Estado 131
El problema del crecimiento rural 133
El año 1000 y después 134
El largo y lento desarrollo de las economías europeas occidentales 136

4 La religión 141
Mayke de Jong

El «cristianismo verdadero» 141
Las nuevas cristiandades 142
Los otros esquivos: judíos, heréticos y paganos 153
Las esferas sagradas y las estrategias de distinción 158
Legados en constante evolución 171

5 La cultura 177
Ian Wood

El último siglo del Imperio Romano occidental 178
Los estados sucesores y la tradición imperial 181
España después del año 711 192

El renacimiento carolingio 195
El siglo X 204

6 Europa y el ancho mundo 209
Jonathan Shepard

¿Un imperio sin límites? 210
El Mediterráneo como barrera para los viajes Oriente-Occidente 217
Experiencias extracorporales en Oriente y en Occidente 220
La política de supervivencia del Imperio oriental 222
Los relatos bizantinos sobre los «bárbaros»: el foco se estrecha 225
Los cristianos al otro lado del mar: el punto de vista del obispo Liudprando 228
Opiniones desde los límites: Orosio, Isidoro, Beda 231
Viajar y convertir 235
El ámbito de Carlomagno 238
Los límites del Imperio y Otón III 245

Conclusión: hacia el siglo XI 253
Rosamond McKitterick

Bibliografía complementaria 259
Cronología 271
Mapas 293
Índice de mapas 307
Índice de láminas 309
Lista de colaboradores 311
Índice alfabético 313